



LISA DESROCHERS

PECADO ORIGINAL



UNA NOVELA DE
DEMONIOS PERSONALES

se

El Infierno no está dispuesto a
ceder y el Cielo no se dará por vencido.

Lectulandia

Luc Cain nació y creció en el Infierno, pero ya no se siente tan demoníaco como antes, gracias a Frannie Cavanaugh y su excepcional poder. Desertar del averno tiene consecuencias y la pareja es perseguida por los demonios que antes eran aliados de Luc. Ambos aceptan la ayuda del Cielo y de su ángel más fuerte, Gabe. Pero Luc no es el único en sufrir los efectos del poder de Frannie, y enseguida Gabe entiende que estar cerca de ella es demasiado... tentador, por lo que delega la tarea de protegerlos en otro ángel de la guarda. En ese momento, aparecen unos demonios para arrastrar a Luc al Infierno. Gabe y Frannie usarán su poder para alejarlos. No todos saldrán vivos.

Lectulandia

Lisa Desrochers

Pecado original

Demonios personales - 2

ePub r1.0

Titivillus 27.08.18

Título original: *Original Sin*
Lisa Desrochers, 2011
Traducción: María Vall Personat

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Steven, por comprender sin tener que preguntar.

Como tú solo apuntas la mente a las terrenas cosas de la vera luz, las tinieblas te separan.

—Dante Alighieri, *Purgatorio*

Se puede sacar al demonio del Infierno...

Luc

No es que me queje, pero uno de los principales inconvenientes de ser un demonio convertido en humano es que ya no soy indestructible. Me quedo mirando atentamente al espejo, a mi rostro cubierto de sangre y enjuago la hoja de afeitar en el lavabo. Mientras analizo detenidamente todas mis heridas recientes, me pregunto cuánta sangre podrá permitirse perder un humano.

Lo que me lleva a otro de los inconvenientes de ser un humano: la higiene personal. La razón por la que el Todopoderoso diseñaría a los humanos de modo que necesitaran tanto mantenimiento es algo que se escapa a mi entendimiento. Y durante todos estos siglos había creído que nosotros, los demonios, éramos los que estábamos sometidos a las torturas.

Todavía me cuesta entender todo esto, mi nueva vida. Frannie. Me desperté en mi coche esta mañana con el corazón en un puño porque, por un instante, pensé que todo había sido un sueño. Pero fue mi dolorido corazón, y sobre todo el hecho de estar dormido, lo que me convenció de lo contrario. El azufre no duele.

Lo que me lleva a otro inconveniente: dormir. Ahora que tengo que dormir, no puedo proteger a Frannie como quisiera hacerlo. Con un poco de ayuda de la cafetería Starbucks, logré aguantar hasta anoche. Pero la madrugada me ha encontrado profundamente dormido en mi coche, delante de su casa, apoyado contra el volante y babeando sobre la manga de mi camiseta. Voy a tener que organizar turnos con Matt.

Frannie insiste en que no necesita ningún ángel de la guarda, pero yo estoy contento de tener ayuda. Evidentemente, no he sido del todo honesto con ella. No sabe que sigo vigilando su casa todas las noches. Probablemente me enviaría a la mierda si supiera que lo hago. Me resulta un poco embarazoso saber que mi novia, de uno cincuenta y cuarenta y cinco kilos, podría darme una patada en el culo, pero por desgracia es así.

—Frannie está de camino.

Aunque la voz suena suave y armoniosa, no puedo evitar asustarme cada vez que la oigo. Me alegro de que la cuchilla esté en el lavabo, porque de haberla tenido en la cara, me hubiera hecho una nueva herida.

Doy un salto y recorro con la mirada mi apartamento buscando la fuente de tal afirmación. Matt está apoyado contra la pared, al lado de la parte inacabada del mural, con los pulgares metidos en los bolsillos delanteros de sus pantalones

vaqueros.

—¿Es que tu madre nunca te dijo que era de mala educación entrar sin llamar? —le regaña. Pero ver a un ángel allí de pie, junto a un dibujo del Infierno que va desde el techo hasta el suelo, es más de lo que puedo soportar y suelto una carcajada.

Los rizos rubios rojizos de Matt le llegan casi hasta los hombros y su bronceado rostro es más que angelical, excepto por el hecho de que me está mirando como si quisiera matarme. Si no fuera porque sé que no es así, juraría que se trata de un ángel vengador y no un ángel guardián. Pero mientras me recupero del ataque de risa, una sonrisa se insinúa en sus ojos azules.

—Es posible que dijera algo en algún momento.

Odio que Frannie necesite un guardián. Odio no poder seguir protegiéndola. Pero mi poder ha desaparecido por completo. No queda ni una triste chispa en mi interior. Realmente añoro poder lanzar fuego eterno con mis manos y hacer que algo acabe en el olvido.

¿Pero estaría dispuesto a volver a ser lo que era?

Nunca.

Arqueo una ceja mientras lo observo.

—Entonces, si Frannie viene de camino, ¿por qué no estás tú con ella vigilándola? ¿Tan pronto empiezas a cometer errores en tu trabajo? ¿Qué mierda de maldito ángel de la guarda eres tú?

Una amplia sonrisa ilumina el rostro de Matt mientras se separa de la pared.

—Conduce tan rápido que ni siquiera los perros del Infierno podrían alcanzarla en el trayecto de su casa hasta aquí.

Sonrío al pensar en Frannie conduciendo su Mustang azul oscuro de 1965, con la capota bajada y la música a todo volumen. Realmente conduce peligrosamente rápido, pero es sexi.

—Gracias por tu apoyo anoche, por cierto —le digo a Matt mientras él pasa el dedo por mis libros de la estantería y estudia los títulos—. Tenía la esperanza de que todo eso de dormir estuviera un tanto sobrevalorado. Al parecer me equivoqué.

Mientras saca de la estantería mi original del *Purgatorio* de Dante se queda mirándome con el ceño fruncido.

—Sabía que ibas a resultar inútil. Por qué pensó Gabriel que podías sernos de ayuda es algo que nunca podré entender. —Pasa las páginas y luego vuelve a mirarme—. Acabarás volviendo a convertirte en lo que eras antes. Estoy seguro de ello. Los demonios nunca cambian.

—Pero yo ya no soy un demonio. No hay ningún «lo que era antes». He hecho borrón y cuenta nueva.

—Cambiarás. —Me enseña una ancha sonrisa de autosuficiencia y luego devuelve el ejemplar de Dante a la estantería—. Y, cuando lo hagas, espero estar presente. Estoy deseoso de poder castigar a alguien y nada me haría más feliz que saber que ese alguien eres tú.

—Pensaba que solo podía infligir castigo la mano de Dios.

Una enigmática sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

—No creas todo lo que oyes.

Me doy la vuelta y regreso al baño, sacudiendo la cabeza, para quitarme con la toalla los restos de espuma de afeitarse que todavía tengo en la cara.

—¿Cuándo llegará? —pregunto mientras vuelvo a analizar mis heridas en el espejo y repaso con los dedos los oscuros círculos que han aparecido debajo de mis ojos.

Con uno de mis dedos recorro la enrojecida cicatriz que atraviesa la parte derecha de mi rostro, regalo de despedida de Beherit, mientras Matt mira atentamente por encima de mi hombro hacia el espejo y dice:

—Ahora.

Lo empujo hacia un lado y salgo corriendo. Cruzo el apartamento hacia la ventana, que abro justo a tiempo para ver a Frannie aparcar al lado de mi Shelby Cobra negro del 68 y salir del coche. Su rostro está iluminado con una sonrisa mientras me saluda con la mano y se dirige hacia la puerta de mi edificio. Bajo a toda velocidad hacia el recibidor y me la encuentro por las escaleras.

Ella acelera el paso sonriendo.

—¡Eh! Te he echado de menos.

El largo y rojizo pelo de Frannie se agita suelto. Y no puedo evitar admirar el modo en que esa camiseta blanca de tirantes y esos gastados pantalones vaqueros dibujan cada curva de su cuerpo sin ser ajustados. Un roto en los pantalones, que deja a la vista un trozo de piel, me provoca y me hace estremecer.

—¡Hola! —digo. Le paso los brazos por los hombros y recorro su cabellera con mis manos, recogiendo su mata de pelo en la base de la nuca—. Yo también te he echado de menos.

Ella se pone de puntillas, estirando el cuerpo dentro del pequeño espacio que le dejan mis brazos, pero aun así, tengo que inclinarme hacia delante para poder besarla. La acompaño mientras subimos las escaleras hasta llegar a mi apartamento.

Abre la puerta y entra y cuando encuentra a Matt, sus ojos se iluminan. El simple hecho de verlos juntos, de ver lo feliz que está de tenerlo de nuevo a su lado, hace que me resulte evidente que ha sido su influencia lo que ha hecho que Gabriel eligiera a Matt como ángel guardián de Frannie. Y, lo mejor de todo es que ella ahora lo mira con el corazón en paz y los ojos llenos de alegría. La culpabilidad ha desaparecido. Tenía que perdonarse a sí misma por la muerte de Matt para que Gabriel pudiera marcar su alma para el Cielo. Yo sé que por fin se ha perdonado, pero algo se ilumina en lo más profundo de mi ser cuando lo veo reflejado con tanta claridad en su rostro.

—Eh, Matt, cuánto tiempo sin verte —dice.

La expresión de Matt es cálida y auténtica cuando mira a su hermana.

—Pensaba que ibas a romper la barrera del sonido mientras conducías hacia aquí. Estaba convencido de que serías capaz de ganarme y llegar antes que yo. —Le pasa

un brazo por el hombro—. Si no conduces con más cuidado, tendré que envolver ese Mustang en una burbuja celestial. —Pone los ojos en blanco y se queda como si estuviera contemplando el techo—. Y puede que hasta tenga que trucar el acelerador.

—Toca mi coche y eres hombre muerto, mi querido hermanito. —Tan pronto como las palabras han salido de su boca, abre los ojos llenos de pesar—. Quiero decir que...

Matt suelta una carcajada y la aprieta contra su cuerpo.

—Sí, bueno, buena suerte con eso de matarme. Y no soy tu hermanito.

Ella traga saliva, angustiada, y le ofrece una astuta sonrisa.

—Sí que lo eres. Según mamá por ocho minutos y medio.

Se aparta de él, se dirige hacia la pequeña mesa de madera de la cocina y deja su mochila en una silla.

Hasta hace unas semanas yo no tenía que comer, así que la única pieza de mobiliario que tenía en mi apartamento era una enorme cama de matrimonio negra con propósito recreativo. La suma de la mesa y las dos sillas se hizo necesaria al no dejar de encontrar restos de comida en la cama. Y ahora que también es necesario lavar las sábanas, los inconvenientes de ser humano crecen por momentos: comemos en la mesa.

Entrelazo mis dedos con los suyos.

—¿Has comido? Iba a hacer unas tortillas.

Ella me mira atentamente y con un dedo recorre la cicatriz de mi rostro. Yo me pierdo en sus ojos.

—Me parece bien —dice.

—¿Qué?

Una diabólica sonrisa le cruza el rostro.

—Lo de las tortillas.

—Ah, sí.

Matt

—No tengo hambre, gracias —digo.

Ambos me miran y Frannie sonrío abiertamente.

—Eso es porque nunca has probado una de las tortillas de Luc. Sacó la receta de la página web de cocina de Rachael Ray. Están para morirse —dice ella y justo después hace una mueca.

—Lo he pillado, hermanita. Son buenas. ¿Y cuál es el plan para hoy?

Frannie se encoge de hombros.

—Bueno, supongo que comer. Luego... —Ella mira al demonio y una traviesa sonrisa le ilumina el rostro—. ¿Estás pensando en lo mismo que yo...?

Pongo los ojos en blanco y le lanzo una mirada de ira a Luc.

Él se inclina sobre la mesa y me sonrío satisfecho mientras Frannie se dirige hacia la nevera.

—No seas tan malpensado, querubín. El Mustang necesita un cambio de aceite.

Luc se levanta de la mesa y se dirige a la cocina. Coge una sartén y un cuenco del armario que hay debajo de los fogones. Frannie saca huevos, leche y unas bolsas de verduras de la nevera. Mientras se mueven por la cocina ninguno de los dos habla, pero mientras preparan las tortillas, parece que son totalmente inconscientes de que en ningún momento dejan de tocarse, siempre están conectados y en perfecta sincronización.

De pronto, siento que lo que están compartiendo es demasiado íntimo. ¿Cómo puede resultar tan íntimo preparar la comida? Aprieto los dientes para evitar soltar un gruñido. No puedo soportarlo. Tengo que salir de aquí.

—Bueno, chicos, si no me necesitáis, me marcho.

Frannie se gira y me sonrío.

—¿Seguro que no quieres una tortilla? —dice con un tomate en la mano.

No puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Tengo que mantener esta fantástica figura.

Ella suelta una carcajada mientras yo me desvanezco, atravieso la pared y salgo al descansillo, donde me quedo haciendo guardia.

Solo.

Como siempre.

Me deslizo por la pared para sentarme en el suelo con la espalda apoyada contra la pared. Cuando Gabriel me sacó del entrenamiento para trabajar exclusivamente conmigo, me dijo que tenía un encargo especial para mí. Un trabajo que nadie podría hacer mejor que yo. Cuando me dijo que sería el ángel guardián de Frannie no me lo podía creer. No estaba orgulloso de cómo la había tratado cuando estaba vivo y el hecho de tener solo siete años no era ninguna excusa. Era perfecto. ¿Cuánta gente tiene la oportunidad de hacer las paces con su hermana desde el otro lado?

Lo que se olvidó de mencionar es que mi hermana estaba enamorada de un demonio muy particular. ¿Cómo pudo permitir que sucediera tal cosa?

Así que aquí estoy sentado, golpeando la cabeza contra la pared sin poder hacer nada mientras mi hermana está ahí dentro, en peligro. Gabriel me lo dejó muy claro. No puedo interferir. Dice que es su vida. Su decisión. Dice que todo saldrá bien.

Yo no lo creo en absoluto.

Y es solo cuestión de tiempo hasta que el demonio haga algo que demuestre que tengo razón.

Frannie

—Gabe está haciéndome practicar con eso de mi influencia —le digo después de comer, mientras le paso la sartén para que la seque.

Sus ojos se vuelven más duros y ni siquiera trata de ocultar los celos que impregnan su voz.

—Deja que lo adivine: por la noche los dos solos en tu habitación.

No puedo evitar la sensación de mariposas en mi estómago ni ponerme roja y odio esa sensación de culpabilidad. Pero así me siento. Todavía no tengo ni la más remota idea de lo que siento por Gabe. Lo único que sé es que lo necesito. Cuando él está cerca, casi puedo creer que todo irá bien y cuando me toca es como si todos mis miedos se derritieran y desaparecieran.

Sumerjo las manos en el fregadero lleno de agua con jabón y empiezo a fregar los platos como una loca.

—A veces. Pero si la única persona con la que puedo utilizar mi influencia es Gabe, de poca cosa sirve.

Él guarda violentamente la sartén en el armario haciendo tal estruendo que parece que hasta el suelo se estremezca y luego se queda observándose las manos.

—Sinceramente, dudo que haya algo que no puedas conseguir que Gabriel haga por ti si se lo pides.

Yo lo miro atentamente, porque en realidad el que puede leer mi mente es Gabriel, no Luc. Pero el modo en que me mira hace que me pregunte si él también puede hacerlo.

Suspiro profundamente y me tomo un momento para recobrar la compostura.

—No importa, básicamente lo que hemos estado haciendo es pasear por el parque. —Siento la presión en mi pecho mientras intento deshacerme de la frustración que amenaza con apoderarse de mí cada vez que pienso en todo esto—. Él cree que debería ser más fácil influenciar a los niños. Pero al parecer soy mejor provocando cosas que evitándolas.

Él tira del mango de la sartén que ha guardado en el armario.

—Bueno, eso es un buen augurio para la paz mundial.

Yo dejo caer la cabeza y me quedo mirando mis manos llenas de jabón mientras lanzo un gemido.

—Soy una mierda haciendo esto. No tengo ni idea de lo que él cree que soy capaz de hacer, pero ni siquiera puedo levantar un castillo de arena con un cubo y una pala. —Odio las lágrimas que resbalan por mis mejillas y caen sobre mis manos. En estos momentos lo odio todo—. No puedo hacerlo. No funciona.

Yo no lo miro, pero él se gira hacia mí y me abraza fuerte contra la encimera, su cálido cuerpo contra el mío. Su voz, de pronto, suena suave.

—Lo siento Frannie. Ya sabes lo duro que resulta esto para mí... acostumbrarme a todos estos sentimientos. Todo irá bien. —Él me levanta la barbilla con el dedo y me limpia con la mano los restos de espuma que tengo en la frente—. Todo se solucionará —dice mientras arquea una ceja—. Puedes practicar conmigo.

Yo me sorbo la nariz y me limpio la cara con el reverso del brazo.

—Ya lo he hecho.

Él sonrío abiertamente y se mira para asegurarse de que sigue intacto.

—¿Debería preocuparme?

Yo intento devolverle una especie de sonrisa.

—No. Ya hice que mi influencia ejerciera su poder sobre ti sin siquiera advertirlo. Fuiste como mi conejillo de indias. Mi primera víctima.

Antes de saber lo que era mi influencia, o que la tenía siquiera, la estaba utilizando sobre Luc. Evidentemente, en aquel momento yo tampoco sabía que Luc era un demonio. Pero lo quería. Mucho. Y conseguí que, de algún modo y por pura casualidad, se transformara en humano gracias a mi influencia.

Él me empuja todavía más contra la encimera y no puedo ignorar cómo me hace sentir tener su cuerpo tan cerca del mío: como si fuera de gelatina. La mirada de sus ardientes ojos negros hace que se me acelere el corazón.

—¿Y cómo fue el experimento?

Siento que todo mi cuerpo sube de temperatura a pesar de la fría espuma de los platos que me corre por los brazos. Envuelvo su cuello con mis manos llenas de jabón y observo la mueca que hace al sentir que le gotea el agua fría por la espalda.

—Creo que todavía no he avanzado lo suficiente con el experimento como para poder sacar conclusiones. Es una investigación en curso. Ya sabes, como... —Aprieto mi cuerpo contra el suyo—. ¿Qué sucede si hago esto? —Siento reaccionar su cuerpo; sus músculos se tensan y se le acelera la respiración. Yo sonrío—. O esto... —continúo, mientras me pongo de puntillas para besarle la nuez—. Una reacción interesante —digo cuando él echa la cabeza hacia atrás y se estremece—. Tendré que anotarlo en mi diario.

—Entonces parece ser que cuando haces algo de manera natural tu influencia funciona perfectamente. Puede que te estés esforzando demasiado en intentarlo.

Él levanta la cabeza y me mira con sus insondables ojos negros todavía ardiendo. Pero de pronto se aparta.

—Ojalá pudiera terminar lo que he empezado.

Yo lo vuelvo a atraer hacia mí, cogiéndolo por la cintura de los vaqueros.

—¿Por qué no puedes terminarlo?

—Porque la señora de la biblioteca me dijo que la llamara a la una. —Y hace un gesto hacia el reloj del microondas que marca las doce y cincuenta y ocho.

Lo aparto de un empujón y me doy la vuelta hacia el fregadero lleno de espuma y de platos.

—Muy gracioso —digo mientras sacudo la cabeza por la frustración—. ¿Ves lo bien que funciona mi influencia? Ni siquiera puedo conseguir que te olvides de hacer una triste llamada.

Él desliza sus manos hacia la curva de mis caderas y yo giro la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro.

—Oh, tu influencia conmigo funcionó más que bien —dice con una malvada sonrisa en el rostro—. La única razón por la que me estoy resistiendo a tus encantos en este justo instante es porque estoy prácticamente convencido de que podremos seguir por donde lo hemos dejado una vez haya terminado con la llamada.

—No estés tan seguro —le digo a sabiendas de que tiene razón—. Si te retiras ahora, pierdes el turno.

Por un momento parece realmente preocupado, pero luego su rostro se relaja.

—Ya lo veremos.

La sonrisa ha vuelto a sus labios y en sus ojos pueden leerse todo tipo de ideas más que perversas. Se sienta en una de las sillas de la cocina y se echa hacia atrás, balanceándose sobre las dos patas traseras de la silla.

Cuelga el teléfono pasados diez minutos, mientras yo estoy guardando en su sitio los últimos platos de una vieja vajilla de mi madre. Él vuelve a poner la silla sobre sus cuatro patas y me dice:

—Empiezo el sábado.

—No entiendo por qué crees que necesitas un trabajo. Deberías poder vivir eternamente... —Me muerdo la boca al ver su sonrisa de oreja a oreja—. Quiero decir, que podrías vivir el resto de tu vida de la indecente cantidad de dinero que tienes ahorrado.

Él detiene su mirada sobre mí.

—Y tú también.

Me vuelvo hacia la encimera, tratando de ignorar el estremecimiento que me recorre el cuerpo al pensar en todo lo que él está diciendo con esas palabras.

—No voy a quedarme con tu dinero, Luc. Ya lo hemos hablado.

—Muy bien, así que tú te vas a trabajar y yo me paso el día pululando por la pizzería o bien puedo intentar convertirme en un miembro productivo de la sociedad.

—Supongo que es lo mejor —admito.

Luc solía distraerme cuando estaba por allí. Mi primera semana en mi nuevo trabajo fue bastante dura y terminó teniendo que pagarle a Ricco, el dueño de la pizzería, lo que llevaba en la bandeja que tiré al suelo cuando me dirigía a una de las mesas.

Cuelgo el paño de la cocina del grifo y me doy la vuelta para mirar de cara a Luc.

—Probablemente Ricco haría que te arrestaran por acosarme y por asustar a toda la clientela si te pasaras el día metido en su restaurante. Todavía tienes ese no sé qué oscuro que da un poco de miedo, ya lo sabes. Te meterían en un agujero y tirarían la llave la mar.

—Hablando de llaves... —Se mete la mano en el bolsillo, saca una pequeña llave plateada y la mantiene colgando en el aire. Brilla bajo la tenue luz que entra por la ventana—. Es la llave del apartamento. Sé que solo es para un par de meses, pero quiero que puedas entrar y salir cuando te apetezca.

Yo me siento en sus rodillas.

—Pensaba que eso era lo que hacía ya.

—No tienes por qué llamar. —Me rodea con sus brazos y me acerca hacia él.

—¿No tienes miedo de que entre y te encuentre haciendo algo que no deberías estar haciendo?

—La única persona con la que podría estar haciendo eso sería contigo. —Su expresión cambia y adopta una sugerente mirada mientras desliza una mano por debajo de mi camiseta—, y en ese caso tú ya estarías aquí.

Cuando junto mis labios con los suyos, el ritmo de mi corazón se acelera. Él empieza a quitarme la camiseta.

—Por mí no os cortéis. —La voz de Gabe viene de la puerta y hace que me dé un salto el corazón.

Me doy la vuelta y allí está él, apoyado contra el marco de la puerta, con un aura angelical: una brillante sonrisa, unos rizos color platino, unos hermosos ojos azules que volverían loca a cualquiera y que relucen sobre un rostro fuerte y bronceado. Debería estar prohibido que haya alguien tan guapo.

Luc lanza un suspiro de frustración y vuelve a ponerme la camiseta.

—Por todos los demonios, ¿qué os pasa a los seres celestiales? ¿Podrías como mínimo acostumbraros a llamar a la puerta?

—¿Y perdernos el espectáculo? —dice sonriéndome mientras yo tiro de mi camiseta para volver a ponérmela bien.

Consigo liberarme de los brazos de Luc y me pongo en pie.

—Para ser un ángel, eres un poco perverso —dice Luc.

Gabe relaja su cuerpo contra la pared y se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Hay ciertas cosas por las que merece la pena perder las alas. —Su sonrisa ha desaparecido y tiene la mirada clavada en mí—. No importa, de todos modos solo venía para decir adiós.

—¿Adiós? —El pánico que tengo siempre instalado en las tripas se apodera de mi voz. Por muy culpable que haga que me sienta, no puedo hacer que mi corazón deje de palpar de este modo cuando me mira así, cuando me mira como si estuviera viendo mi alma.

Luc se da cuenta de mi incómoda mirada y del color de mis mejillas. Se levanta de la silla y examina a Gabe.

—No dejes que la puerta te dé en el culo cuando salgas.

—No utilizaré la puerta, tranquilo —dice mientras observa el mural de Luc—. Ya sabes que ahora juegas con el equipo contrario, ¿no? Deberías hacer algo con esto —dice recorriendo la derretida superficie anaranjada del lago del Fuego con los dedos.

—Eh, puedes sacar al demonio del Infierno, pero no puedes sacar al Infierno del demonio.

La sonrisa de Luc hace que mi corazón pase de estar agitado a ir a todo gas.

Gabe vuelve los ojos de nuevo hacia mí.

—Estarás bien, Frannie —me asegura, y hay una parte de mí que odia que pueda entrar en mi cabeza, que pueda leer mi mente, que sepa qué es lo que siento por él, incluso aunque yo no lo sepa.

Pero, de pronto, asimilo lo que está diciendo. Mi acelerado corazón late todavía más deprisa mientras una abrumadora sensación de alarma se apodera de mí al pensar que Gabe se marcha.

—No puedes irte. —Eso es todo lo que soy capaz de decir sin que mi voz suene como la de una histérica ni se note lo mucho que me tiembla.

Él da un paso hacia delante y me aparta unos mechones del rostro con un suave gesto de la mano.

—Es mejor así. Para todos —añade mirando a Luc.

—Pero...

—Estás en buenas manos, Frannie. Matt estará aquí si lo necesitas y Luc... —Se le tensan los músculos de la mandíbula y cierra los ojos casi imperceptiblemente—. Luc no dejará que te suceda nada.

Luc, al oír el desafío que emana de las palabras de Gabe, da un paso hacia delante y me rodea con sus brazos.

—Tienes razón. No dejaré que le pase nada.

Yo me aparto de los brazos de Luc y me acerco a Gabe.

—¿Por qué?

Él levanta una mano y acaricia con sus frescos dedos la línea de mi mandíbula. Yo inspiro profundamente su fresco aroma a sol de invierno y me siento mucho más clamada solo por el hecho de estar de pie junto a él. Cuando responde, su voz es suave y profunda, solo para mí.

—No es bueno para mí que pase demasiado tiempo a tu lado, Frannie.

—Pero...

—Ambos estáis marcados para el Cielo, y si os tenéis que marchar, vuestros escudos celestiales os mantendrán a ambos escondidos. Con Matt cerca cuidando de ti, todo irá bien. Pero yo no puedo quedarme —dice bajando la mirada al suelo.

Intento tragar saliva y deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Está bien —digo, consciente de que él lleva razón porque hay un motivo por el que ahora mismo temo girarme para mirar a Luc. No puedo negar que, por mucho que quiera a Luc, tengo una profunda conexión con Gabe. Luc es mi corazón y mi alma, pero Gabe es mi ancla. Lo abrazo y me alejo de él tan pronto como empiezo a sentir las lágrimas inundando mis ojos. Doy un paso atrás y Luc me rodea la cintura con sus brazos, mucho menos posesivo que antes. Lo miro convencida de lo que voy a ver en sus ojos, pero me sorprende al descubrir una mirada suave y llena de compasión. Me aprieta delicadamente entre sus brazos y me ofrece una tranquilizadora sonrisa.

Me doy la vuelta hacia Gabe y lo miro fijamente a aquellos ojos azules, infinitos como el cielo.

—Entonces, ¿cuándo te veré de nuevo?

—Iré yendo y viniendo para comprobar cómo marchan las cosas.

—¿Lo prometes? —Soy consciente de lo desesperada que suena la pregunta, pero no me importa.

Él levanta la mirada, pero no la cabeza, y me observa atentamente por debajo de sus largas pestañas blancas.

—Te lo prometo.

Sigue mirándome y, aunque sus labios no se mueven, estoy convencida de que me ha dicho «Siempre estaré a tu lado cuando me necesites».

Vuelvo a asentir y me limpio las lágrimas con el antebrazo. Abro la boca pero no hay ninguna palabra, así que vuelvo a cerrarla. Pero mis ojos expresan lo que mi boca no ha sabido decir. Y yo sé que él puede verlo, porque se le empañan los ojos y traga saliva con dificultad mientras desaparece.

—Lo siento, Frannie —dice Luc acercándose hacia él—. Intento no ponerme celoso, intento entender la conexión que hay entre vosotros dos...

—No es culpa tuya. —Lo abrazo con más fuerza. ¿Cómo voy a pretender que lo entienda si ni siquiera yo puedo saber qué es lo que siento?

Desliza la mano hasta mi rostro y me levanta la cabeza para darme un beso. Yo le rodeo el cuello con las manos, le cojo el pelo y lo atraigo con fuerza hacia mí, pero solo dura un instante antes de que yo me aparte de él, avergonzada. En sus besos ando buscando algo que no está ahí. Algo que he sentido solo en otro beso. Tengo que encontrar otro modo de calmar mis nervios.

Hago caso omiso del interrogante que pende de los ojos de Luc mientras él me mira atentamente, con el ceño fruncido.

—¿Me ayudas a cambiar el aceite del coche antes de ir a trabajar?

Estoy convencida, por el modo resignado en que me mira, que sabe que estaba pensando en Gabe y me fastidia ser tan mala escondiendo este tipo de cosas.

—Tus deseos son órdenes —dice—. ¿A qué hora tienes que estar en el trabajo?

—A las tres.

Él mira el reloj de la cocina.

—Entonces será mejor que nos pongamos ya con ello. ¿Tienes todo lo que necesitamos?

—En el maletero.

Me saco el llavero del bolsillo haciendo tintinear las dos llaves que ahora cuelgan de mi llavero, con forma de pata de conejo, con una sonrisa insinuante.

Él me sonríe y me coge la mano, dirigiéndome hacia la puerta.

—Has olvidado comprobar si tu llave funciona —me dice—. Pruébalo ahora.

Las hago tintinear de nuevo mientras salimos al descansillo y utilizo la nueva y brillante llave que me acaba de dar para cerrar la puerta. Luego la saco del cerrojo y siento cómo él me abraza con fuerza por detrás, cruzando las manos sobre mi cintura y mi estómago. Con los labios dibuja una línea desde de mi mejilla a mi oído y me

susurra:

—Estamos juntos en esto, Frannie. Todo irá bien.

Me doy la vuelta entre sus brazos y vuelvo a besarlo, esta vez deseándolo solo a él. El calor de su beso invade mi cuerpo hasta que noto que empieza a arder todo mi ser.

Mientras le acaricio con el dedo la cicatriz que Beherit dejó en su mejilla, me estremezco al pensar lo cerca que estuve de perderlo. Quiero decirle lo mucho que confío en él y que sé que estaría dispuesto a todo por mí. Ya lo demostró cuando sacrificó su propia vida para salvarme de Beherit. Quiero decirle que yo también estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por él. Pero no puedo hacer que las palabras atraviesen el nudo que tengo en la garganta. En lugar de eso, me doy la vuelta hacia la puerta, parpadeando para apartar las lágrimas. Meto la llave en el cerrojo, abro la puerta y lo empujo de nuevo dentro del apartamento.

Lo dirijo hacia la cama mientras lo beso. Nos sumergimos bajo las sábanas y lo único que quiero es perderme en su cuerpo, no tener que pensar en nada durante un tiempo. Pero justo cuando alcanzo el botón de sus pantalones, él me coge la mano con la suya y la lleva hasta su cara, besando suavemente la palma de mi mano.

—Así no, Frannie. Nuestra primera vez no será por él.

—No es por él. Solo quiero que tú y yo estemos más cerca. —Pero ni siquiera mientras lo digo estoy plenamente segura de que sea cierto, porque esos ojos azules y esa brillante sonrisa están clavados en mi mente. Siento el hueco que hay en mi corazón, donde él tendría que estar. Ya echo de menos a Gabe.

—Pronto —dice Luc mientras me besa—, pero ahora no.

Matt

Gabriel me ha puesto al corriente de todo antes de atravesar la pared y entrar en el apartamento de Luc. Estoy solo. Cuando he empezado a seguirlo, él me ha hecho un gesto con la mano, indicándome que esperara en el descansillo. Me ha dicho que necesitaba un momento de intimidad con Frannie. Me pregunto cómo pretende conseguirlo con ese demonio metido también en la habitación.

Frannie y el demonio han salido del piso un poco después, y ella parecía profundamente afectada. Pero él le ha susurrado algo al oído y han vuelto a desaparecer dentro del apartamento.

Y yo estoy aquí sentado desde entonces, pensando en qué se llevarán entre manos estos tres.

Gabriel es un Dominación. Uno de los más poderosos en el Cielo. El tercero en la línea hasta el mismísimo Dios. Pero cuando lo veo con Frannie, todo en él cambia, todo se suaviza. Él haría cualquier cosa por ella y los ojos que ha puesto cuando me

ha dicho que se marchaba... Angustia. Si no supiera que es imposible, juraría que está enamorado de Frannie.

¿Podría amarla? Los ángeles aman a todos los seres vivos. Eso es lo que hacemos. Pero, es decir... ¿hay algo más que eso? ¿De verdad la ama de ese modo?

Todavía sigo reflexionando sobre ese asunto cuando Frannie y el demonio vuelven a aparecer en el descansillo. Los sigo hacia las escaleras mientras ambos andan acompañados, cogidos de la mano. Justo cuando llegamos al final de las escaleras, la puerta del aparcamiento se abre de par en par. Frannie la mantiene abierta mientras aparece un montón de cajas con piernas. El montón de cajas tropieza con ella y la de más arriba se cae, dejando ver la cara de una chica. Es más o menos de nuestra edad, pero más alta que Frannie, con una abundante melena color chocolate cayéndole por el rostro y ocultando sus ojos verdes.

—Mierda. Lo siento —dice justo cuando la caja de arriba cae del montón. El demonio la coge antes de que llegue al suelo.

—La tengo —dice—. ¿Dónde vas?

—Al dos dieciocho —responde ella.

Él mira a Frannie.

—¿Quieres que te ayudemos?

—Claro —dice Frannie cogiendo una caja de la pila—. ¿Te mudas aquí?

—Sí —dice ella desviando la mirada—. Gracias, pero no tenéis por qué ayudarme, chicos. Parece que os ibais a alguna parte.

—Nada importante. El aceite puede esperar —dice Frannie mientras se vuelve para subir las escaleras.

El apartamento doscientos dieciocho está justo al lado del de Luc. Observo cómo los tres cargan cajas de la parte trasera de la destartada camioneta Ford naranja, suben las escaleras y las dejan en su apartamento. En tres viajes lo tienen todo descargado. La chica se seca el sudor de la frente con la manga de una sudadera gris.

—Debo irme a trabajar —dice Frannie—. ¿Ya lo tienes todo?

La chica se queda mirando al suelo mientras habla, sin coincidir con los ojos de Frannie.

—Ya está todo, gracias. No tengo muchas cosas.

Yo me quedo observando la pequeña pila de cajas que hay en medio de la habitación. Si eso son todas sus cosas, tiene razón.

La observo mientras examina la habitación. Aparte de los armarios de la cocina, que están pintados de un alegre naranja mandarina, el apartamento tiene un aspecto bastante lóbrego. Solo un rectángulo con unas paredes grisáceas desconchadas. Igual que en el apartamento de Luc, hay una gran ventana que da al aparcamiento. El cristal de la parte de arriba está roto, la rotura forma una intrincada tela de araña que parece que se deshará en cientos de fragmentos al más mínimo contacto. En la pared, a la derecha de la ventana, hay un desgastado sofá color verde con un gran agujero en el cojín del centro, por el que se sale toda la vieja espuma del relleno y cae al suelo.

Echando un vistazo general al apartamento es difícil comprender el brillo de alegría de los ojos de la nueva inquilina. Para mí es simplemente deprimente, que ya es decir mucho, pues los ángeles no se deprimen.

Frannie le ofrece la mano.

—Bueno, soy Frannie y este es Luc.

La chica estira el brazo hacia Frannie, dubitativa, y le estrecha la mano.

—Lili.

Ella agacha la cabeza como si le diera vergüenza ser el centro de atención.

—Bueno, y ¿de dónde vienes? —le pregunta Frannie.

—Oh, bueno, pues... en realidad de ninguna parte. Me he trasladado aquí porque iré a la universidad estatal en otoño. No puedo permitirme un piso más cerca de la ciudad.

—Bueno, yo estoy en la puerta de al lado si necesitas algo —dice Luc mientras él y Frannie se dirigen hacia la puerta.

—Gracias —responde ella y se pasa una mano por el pelo, apartando los mechones húmedos por el sudor de su rostro y ofreciéndome una visión completa de su cara.

Es bueno que sea invisible porque, cuando el demonio y Frannie desaparecen por el descansillo bajando las escaleras, me doy cuenta de que me he quedado clavado en el suelo mirándola. No puedo dejar de mirarla. Es totalmente diferente a todo lo que haya podido ver antes. O sentir. Hay algo completamente nuevo en su alma. Soy incapaz de leerla bien, solo consigo vislumbrar efímeros fragmentos de su alma. Tiene un lado oscuro y su alma ya está marcada para el Infierno, pero también hay una parte herida que pide ayuda. Y algo en esos ojos verdes hace que quiera ser yo el que la ayude.

Estoy tan fascinado con ella que me olvido de mi propia existencia y no soy capaz de apartarme a tiempo al advertir que ella se dirige a la puerta para cerrarla. Cuando me atraviesa siento un escalofrío, como si... Un algo.

¿Deseo?

Creo que sí. Me estremezco al sentir el eléctrico hormigueo que recorre todo mi ser, luego me doy la vuelta y veo que cierra la puerta y pasa el cerrojo.

De pronto se me ocurre pensar que estoy en el lado equivocado de la puerta. Esos cerrojos están ahí para mantener a la gente fuera. Me doy la vuelta, pero dudo un momento antes de atravesar la pared para salir al descansillo. Esos ojos... Hay algo en esos ojos.

Me acerco a ella y estiro el brazo para alcanzar su rostro, sintiéndome como una polilla inexplicablemente atraída por la llama. Necesito tocarla. Pero justo antes de que mi mano logre rozar su piel, ella se gira y se dirige hacia el montón de cajas.

Por todos los santos, ¿qué estoy haciendo?

Sacudo la cabeza y luego atravieso la pared y me quedo en pie en el descansillo un largo rato, intentando recobrar la compostura.

¿Qué ha sido eso? Nunca antes había sentido una necesidad tal, un deseo tan incontrolado, esa agitación salvaje en mi interior. Respiro profundamente y doy unos saltos con la intención de aliviar la tensión en mi interior, pero todavía no soy yo mismo cuando me traslado al asiento trasero del coche de Frannie. Me mantengo invisible mientras ella sale del aparcamiento y hasta que no estamos a mitad de camino, yo sentado en el asiento trasero del descapotable con el viento despejando la neblina que había en mi cabeza, no me materializo y dejo que Frannie y el demonio me vean.

—Qué alegría que te unas a nosotros —dice él mientras yo alcanzo el cinturón de seguridad para ponérmelo.

Me acurruco contra el respaldo del asiento, todavía un poco agitado por lo que sea que haya sucedido con Lili.

—Bueno, ¿qué pensáis de esa chica?

El demonio me lanza una inquisitiva mirada.

—Bien, creo que es una chica.

Yo frunzo el ceño.

—Ya, ya. Quiero decir que parecía como si..., no sé, como si necesitara ayuda o algo así.

Frannie me mira por el espejo retrovisor.

—Puede. Parecía muy tímida y como si estuviera asustada. Me mantendré alerta.

Yo también.

La cocina del Infierno

Frannie

Llego a casa y me pongo la camiseta ultraceñida del restaurante de Ricco, pero ya llego tarde a trabajar. Y Ricco no va a permitir que lo olvide.

La mejor amiga de mi hermana Maggie, Delanie, la maravillosa camarera, está de pie al lado de Ricco, en la caja, con el largo y negro cabello recogido en una coleta y sus ojos grises con un destello de satisfacción.

—Hola, Frannie —dice, luego mira de reojo a Ricco y sonrío levemente antes de dirigirse hacia el grifo de los refrescos.

Ricco me mira frunciendo el ceño, sus rasgos italianos hacen que su rostro parezca más duro y severo. Sin embargo, yo no me lo tomo como algo personal. He llegado a la conclusión de que Ricco odia a todos sus empleados. Está convencido de que estamos allí para robarle hasta el último centavo.

—Te toca la fiesta de cumpleaños de las tres y media —me dice.

Genial. Un grupo de asquerosos niñatos y sin propina.

Él mira por encima de mi hombro y una sonrisa le ilumina el rostro dejando al descubierto una boca llena de unos dientes torcidos y manchados por el café. Levanta el puño en el aire, dejando a la vista una gran mancha amarillenta en la axila de su uniforme de cocinero.

—¡Un toro! —le dice a Luc esperando que él le choque la mano con los nudillos.

Supongo que, al parecer, no le molesta que Luc ande pululando por aquí todo el día.

—¿Un toro? —pregunto.

Una cínica sonrisa aparece en los labios de Luc y él sacude la cabeza.

Vuelvo la cabeza hacia Ricco y veo que sigue sonriéndole a Luc, pero no me responde. Seguramente guarda relación con el hecho de que las chicas estén siempre revoloteando a su alrededor. Cosa que es cierta. Mientras observo cómo Luc se dirige hacia su mesa habitual, situada al fondo del restaurante, veo que las únicas personas que hay en el local, un grupo de cuatro adolescentes de primer año de instituto que hay en esa zona, se dirigen directamente hacia la mesa contigua a la suya.

Me doy cuenta de que estoy mirando a Luc y sonriendo como una lela cuando la voz de Ricco interrumpe mis meditaciones.

—Pareces contenta con lo de la fiesta de cumpleaños. Igual acabo dándote a ti todas las fiestas.

—No importa —digo y me dirijo al mostrador donde Dana, la otra camarera a la que Ricco todavía no ha echado a la calle, pasa por mi lado arrastrando los pies con un vaso gigante de refresco.

Cojo aire profundamente y trato de centrarme.

—Hoy nada de *pizzas* por el suelo —digo en voz alta, haciendo un pacto conmigo misma. Tengo que concentrarme. Pero sé de sobra que es inútil. Me duele el corazón y es casi imposible sacarme a Gabe de la cabeza. No puedo creer que realmente se haya marchado... pero sé que es cierto. No puedo sentirlo a mi lado. No me había dado cuenta de que se había convertido en una pieza tan importante de mi ser hasta que se ha ido. Respiro profundamente otra vez y suelto un largo suspiro mientras me doy la vuelta hacia donde está sentado Luc. De inmediato, vuelvo a sentirme culpable.

—Eres lista al tenerlo siempre vigilado.

Me ato el corto delantal negro a la cintura y me doy la vuelta hacia Delanie, que está de pie justo detrás de mí. Tiene una maliciosa sonrisa en los labios mientras me hace un gesto con la cabeza hacia donde está sentado Luc. Dana deja el vaso de refresco sobre la mesa mientras las adolescentes de primer año discuten sobre quién tiene que sentarse justo de espaldas a Luc. Tres de ellas se embuten en el banco de un lado, dejando sola a una rubia con granos, que hace un mohín de pura pena, para que se siente justo en el banco que le da la espalda a Luc.

Delanie se encoge de hombros y se dirige hacia Luc para limpiar la mesa con un trapo.

Luc

Todavía no he decidido si decirle a Frannie que está trabajando para un diablillo. Llevo cierto tiempo observándolo atentamente, y hasta el momento parece inofensivo. No estoy seguro ni de que él sepa lo que es. Al igual que sus homólogos celestiales, los nefilim, los diablillos son mortales, así que si no heredan ningún poder en particular de su pariente demonio, puede que nunca lleguen a saber lo que son. Pero hay algunos signos reveladores.

Los diablillos desprenden un sutil olor a azufre. No es nada que pueda llegar a apreciar el olfato humano, pero el mío todavía lo huele.

Pasando los ratos muertos con Matt por ahí, he descubierto que los diablillos no son los únicos con señales reveladoras. Los ángeles no proyectan una sombra perfectamente delineada. Sus sombras son siempre algo borrosas en los bordes. Así que, a no ser que esté oscuro como la boca de un lobo, son fáciles de descubrir. Los demonios son incluso más fáciles de descubrir que los ángeles. Nunca pueden esconder por completo el resplandor de sus ojos. Siempre hay cierto brillo fácil de

detectar con un poco de práctica, cosa que ciertamente tengo.

Me deslizo en el banco de la mesa de la esquina del fondo, con la espalda contra la pared, y estiro una pierna sobre el banco. Delanie se acerca y me limpia la mesa con un trapo sucio, dejándola peor de lo que estaba antes.

—Eh, Luc. ¿Vais a venir mañana a casa de los Gallagher a escucharnos tocar? — me pregunta deslizándose en el banco delante de mí.

—No me lo perdería por nada.

—Genial. Se supone que vendrá un cazatalentos a escucharnos. Si alguien te pregunta, dile que has ido para escucharnos.

—Os movéis por las altas esferas. ¿Os acordaréis de vuestros viejos fans cuando toquéis en estadios abarrotados de gente?

Una sonrisa sarcástica aparece en la comisura de sus labios.

—Eso espero.

Frannie se pasea tranquilamente por el restaurante con la libreta y el bolígrafo en la mano.

—¿Qué puedo servirle, señor? —me susurra insinuante.

Delanie le sonrío a Frannie y se levanta del banco.

—Hasta luego.

—Lo que yo quiero —froto el pie contra el muslo de Frannie—, no está en el menú.

Ella frunce el ceño pero no se aparta.

—¿Dónde habías dejado estas ganas hace una hora?

—Estaba pensando en una hamburguesa de queso —digo mientras lucho por contener una carcajada al ver que ella pone los ojos en blanco.

—Un trozo de *pizza* de queso acartonada, enseguida —dice ella garabateando en su libreta con una floritura.

No puedo evitar que mis labios sonrían al ver a Frannie alejarse hacia el mostrador. Respiro profundamente, me obligo a apartar los ojos de ella y analizo el restaurante con la mirada.

Desde esta posición tengo una panorámica perfecta del local, incluso del diablillo de detrás del mostrador. Me tomo la libertad de observarlo un rato mientras Frannie cuelga mi comanda en la ventanilla de la cocina. Está liado con el cajón de la caja registradora, con una avaricia desenfrenada que le devora los ojos y todo el rostro. Cierra el cajón justo en el momento en que se abre la puerta. Levanta la mirada expectante pero, de pronto, su rostro se convierte en una máscara de miedo.

El vello de la nuca se me eriza. Un instante después entiendo por qué.

Rhenorian.

Puede que después de todo un resto de mi sexto sentido haya venido conmigo en mi camino hacia la humanidad.

Incluso para un antiguo demonio resulta intimidatorio. Con sus dos metros de altura y su masa de músculos, es inevitable que haga que la mayoría de los humanos

se mueran de miedo. Se pasa una mano por el largo pelo castaño rojizo, con una actitud de lo más natural, y entra tranquilamente por la puerta. Cuando me ve, entrecierra los ojos y una sonrisa desdeñosa ilumina su enorme rostro redondo. Las chicas que hay sentadas junto a mi mesa se callan súbitamente mientras él se acerca e inclina su enorme cuerpo para sentarse enfrente de mí.

—Lucifer, ¡qué sorpresa más agradable!

Lucho contra el impulso de coger a Frannie y salir corriendo de allí. Es demasiado tarde. Estoy seguro de que Rhenorian tiene a alguno de sus lacayos haciendo guardia fuera. Y necesito averiguar qué sabe y por qué está aquí.

—Rhenorian. —Hago un gesto de asentimiento hacia él—. Me cuesta creer que esto sea una coincidencia.

Una enorme sonrisa se dibuja lentamente en el inmenso rostro del demonio.

—Bien y, ¿cómo hacemos esto?

—Bueno, primero tienes que mirar la carta —le digo acercándole una por encima de la mesa—, y cuando hayas decidido lo que quieres, la camarera se acerca y te toma nota.

Les echo una mirada a Frannie y a Dana que están observándome desde detrás del mostrador.

Cualquier rastro de simpatía desaparece de su rostro, pero la sonrisa sigue ahí.

—Siempre has sido un bromista, Lucifer, pero no puedes bromear con esto.

—De acuerdo. Entonces dime, ¿cómo hacemos esto?

—Bueno, eso depende. Fácil: tú te levantas y sales de aquí conmigo y, una vez fuera, nos transportamos al Infierno para el juicio. Difícil: te cojo y te saco a rastras y, una vez fuera, nos transportamos al Infierno para el juicio.

—Vaya, solo le veo un fallo en tu plan magistral.

Él se inclina hacia mí.

—¿Y cuál es ese fallo?

—¿En qué estoy pensando?

Su rostro se oscurece mientras parece que está meditando.

—No lo sé. Tienes como un campo de interferencias con el Infierno o algo así.

—Piensa un poco más, Rhen.

Levanto la mirada y veo a Frannie detrás del mostrador al otro lado del salón, luchando contra alguna fuerza invisible. *Matt*. Respiro más tranquilo sabiendo que ella está bajo su escudo protector. Pero aun así tiene los ojos clavados en Rhenorian, con la mandíbula apretada y todos sus músculos tensos. Conozco esa expresión. Está analizando cómo puede neutralizarlo. Consigo que me mire un instante y sacudo la cabeza casi imperceptiblemente. Rhenorian está centrado en mí y quiero que siga siendo así. Al parecer es completamente inconsciente de que Frannie es el principal objetivo.

Frannie me mira atentamente y cuando vuelvo la mirada hacia Rhenorian, veo que tiene el ceño fruncido por la frustración.

—No puedo leer nada de lo que estás pensando. Es casi como si fueras humano o algo por el estilo.

Inclino la cabeza ligeramente hacia él y arqueo una ceja.

Él se queda mirándome un instante con el rostro lleno de interrogantes. Luego abre los ojos y se pone en pie lanzándome la mesa y haciendo volar la carta.

—¿Qué demonios?

Dirijo la mirada hacia las chicas, sentadas en la mesa de detrás de Rhenorian, que nos están observando cautelosamente.

—Tranquilo, tío —digo sin inmutarme.

Él vuelve a sentarse en el banco, tras poner la mesa en su sitio. Durante un buen rato no dice nada, solo me mira, como si intentara ver a través de mí.

—¿Cómo lo has hecho? —consigue decir por fin.

—No he sido yo. Me lo hicieron.

—¿Alguien te ha convertido en humano? ¿Has encontrado un... qué? ¿Un prestidigitador?

Me doy cuenta de que es probable que haya hablado demasiado. Intento hacer que la conversación vuelva a girar en torno a mí y digo:

—Así que ya te puedes imaginar que no me voy a transportar a ninguna parte. Podrías simplemente matarme y llevar mi alma de vuelta al Infierno, si no fuera por lo otro.

Él coge con fuerza la mesa y entrecierra los ojos.

—¿Qué otro?

Me quedo mirándolo fijamente y no puedo evitar que en mis labios se dibuje una sonrisa cuando descubro en su rostro que acaba de entender lo que le digo.

—¡Maldita sea! ¡Estás marcado para el Cielo! —dice volviendo a levantarse del banco.

—Así que ya ves, Rhen, si quiere que regrese al Infierno, tendrás que elaborar un plan mucho más concreto y discurrir mucho para hallar el modo de que yo pueda llegar hasta allí.

—¿Por qué demonios no me diría nada?

—No lo sé. Puede que él pensara que con tu limitada capacidad intelectual...

Nuevamente lanza la mesa contra mí, luego me mira fijamente y farfulla:

—¡Vete al infierno, carita de ángel!

Se da la vuelta y sale del restaurante de Ricco como una exhalación, dejando tras de sí un hedor a huevos podridos.

Levanto la mirada mientras aparto la mesa y la coloco en su sitio y veo que las cuatro chicas de la mesa de al lado se han escabullido. Y cuando miro al mostrador, Ricco, Dana y Delanie están observándome boquiabiertos.

Ricco parece realmente aturdido y un poco asustado. Estoy convencido de que su pequeño cuerpo tiembla de miedo mientras se inclina en un gesto protector hacia la caja registradora. Pero no hay ni el más mínimo rastro de reconocimiento o de

entendimiento en sus oscuros ojos. Ni siquiera creo que sepa que existen los demonios. Así que, por lo que parece, el demonio que forma parte de su parentela no dejó ningún rastro. No me sorprende. Los demonios no son excesivamente buenos en eso de criar hijos.

Mi mirada se vuelve hacia Frannie mientras ella sale corriendo del mostrador y se acerca a mí.

—No pasa nada, Frannie.

—¿Qué quiere?

—Rhenorian es jefe de seguridad. Lo envían aquí para llevarme de vuelta al Infierno. Pero al parecer no le informaron sobre los detalles de lo que eso implicaría —le explico mientras la miro atentamente—. Y no creo ni que sepa que existes, así que todo está bien.

Ella se inclina hacia mí, el pánico todavía evidente en su rostro.

—¿Todo está bien? No está todo tan bien. ¡No puede llevársete!

—No se me puede llevar porque estoy marcado para el Cielo —le confirmo.

Considero esas palabras durante un instante mientras Frannie me mira. Es lógico que el rey Lucifer viniera a buscar su trozo de carne, supongo. Eso explicaría el hecho de que Rhenorian haya venido hacia mí sin, aparentemente, darse cuenta de la presencia de Frannie, pero...

—¿Por qué iba a enviar Lucifer a Rhenorian a por mí y no decirle que yo era humano? —me pregunto en voz alta—. A no ser que...

Y entonces lo comprendo: es posible que no lo sepa. Mi jefe, Beherit, era el único que sabía lo que yo era. El único que fue testigo de mi humanidad. Si él, por cualquier motivo, no lo hubiera dicho...

Pero ahora él lo sabrá. Rhenorian le informará. ¿Y entonces qué?

La puerta vuelve a abrirse y todas las cabezas se giran bruscamente para ver quién es. Cuando aparece el abuelo de Frannie, todos sueltan un suspiro de alivio colectivo.

El abuelo se dirige hacia nuestra mesa. Al sentir la tensión que se respira en el salón, frunce el ceño.

—¿Qué me he perdido?

Frannie me lanza una mirada de alerta mientras su abuelo se sienta en el banco, delante de mí. Él sabe lo que soy... o lo que era. Se lo dijimos porque necesitábamos su ayuda. Pero no sabe el peligro real que corre su nieta. El hecho de que Rhenorian estuviera aquí por mí, y no por ella, no ayudaría para nada a mitigar su preocupación.

Ella le muestra una gran sonrisa que brilla como si de una circonita se tratara.

—Nada, abuelo —dice dejando mi plato en la mesa, ante mí—. ¿Qué quieres que te traiga? ¿Lo de siempre?

Su expresión muestra preocupación.

—Eso mismo.

Cuando Frannie se dirige hacia la cocina con su pedido, él me estudia atentamente.

—¿Qué está pasando?

—Nada, de verdad.

—Todas esas sandeces de demonios puede que funcionen con los padres de Frannie, pero yo sé reconocer un montón de gilipolleces cuando las veo.

Suelto un profundo suspiro y dirijo la vista hacia Frannie, que está frente al grifo de los refrescos.

—Al parecer, al Infierno no le entusiasma demasiado mi deserción.

Su ceño fruncido muestra todavía más preocupación.

—Si estás poniendo a Frannie en peligro por estar aquí...

—Entonces mejor que me marche —digo terminando la frase por él.

Fija la mirada en mí un rato más y luego se acomoda en el banco.

—Tú dijiste que fue Frannie la que te cambió.

Puedo apreciar la pregunta colgada en sus labios y la preocupación en sus ojos.

Bajo la mirada hasta mis manos y hago girar el plato sobre la mesa.

—No sé cómo funciona —digo en un intento de adelantarme a su pregunta con media respuesta.

—Pero tú dijiste que lo hiciera como lo hiciese, esa es la razón por la que la quiere el Infierno.

Levanto la mirada pero sigo con la cabeza baja.

—Sí.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer para evitar que se la lleven?

—Sigo trabajando en ello.

—Ese chico, Gabriel...

Dios, ¿cuánto le contamos aquella noche?

—Es un ángel y nos está ayudando.

—¿Pudo marcar su alma como tú querías?

Esta vez sí que alzo la cabeza y sonrío.

—Sí.

—Y tú dijiste que eso la mantendría a salvo.

—Debería.

Por el momento parece que se queda satisfecho. Yergue la cabeza y le sonrío a Frannie mientras ella se acerca con su *pizza* y su refresco.

Matt

Esto es perfecto. Luc tiene a uno de los suyos tras él. Puede que sea ese enorme demonio quien consiga quitármelo de en medio. Llevárselo lejos de mí.

Sigo a Frannie hasta la cocina mientras ella lleva el pedido del abuelo, pero me detengo al ver a Luc y al abuelo cuchicheando con las cabezas juntas. Regreso a su

mesa y los escucho a hurtadillas. No puedo creer lo mucho que sabe el abuelo. Un abrumador sentimiento de necesidad, de querer mostrarme a él, casi consigue que me derrumbe. Si sabe de la existencia de ángeles y demonios, ¿por qué no? ¿Por qué no debería decirle nada? Yo no tengo a nadie y Frannie los tiene a todos. ¿Por qué no puedo tener al abuelo?

Estoy a punto de hacerme visible cuando se abre la puerta y una pareja con catorce niños irrumpen en el local como un torbellino. Una fiesta de cumpleaños.

Y eso me ayuda a recomponerme.

No puedo tener al abuelo, porque va en contra de las estúpidas reglas. Tenemos prohibido aparecernos a nuestros familiares. Eso podría provocarles demasiado dolor y pena a los vivos. Si me apareciera al abuelo solo porque quiero hacerlo, pondría en peligro mis alas.

Esa es la razón por la que tan pocos de nosotros somos elegidos para ser guardianes y por qué la instrucción es tan intensa y tan dura. Las tentaciones son casi irresistibles. La mayoría de los guardianes pasan siglos formándose antes de estar listos, por lo menos hasta que su familia inmediata ha muerto ya, pero yo solo he estado una década en formación.

Vuelvo a mirar al abuelo y me alejo de la mesa. Puede que, después de todo, todavía no esté preparado. Quizá no debiera haberme saltado la cola para convertirme en el ángel guardián de Frannie.

Puede que Gabriel cometiera un gran error.

El demonio en el interior

Frannie

Ese demonio que apareció en el restaurante de Ricco ayer hizo que me asustara de verdad. No pude dormir a causa de las pesadillas que tenía. En ellas la tierra se abría y se tragaba a Luc en una especie de horripilante terremoto demoníaco. No podía evitar levantarme cada dos por tres para acercarme a la ventana y asegurarme de que el Shelby todavía estaba ahí. Cuando esta mañana vi que se marchaba, me puse enferma. Hasta pensé en decirle a Matt que se fuera con él.

Siempre había pensado que vendrían a por mí desde el Infierno, pero nunca pensé en Luc. Nunca pensé que querrían que regresara.

Siento la bilis revolverse en mi estómago mientras conduzco, demasiado deprisa, hacia su casa. Quizá Gabe debiera de volver. Creo que los dos necesitamos un ángel guardián.

—He estado pensando. —Matt aparece repantigado en el asiento del copiloto, en mi coche, con los ojos cerrados. La capota está bajada y el viento hace que su cabello baile y luzca radiante sobre su rostro, haciendo que tenga un aspecto más angelical incluso.

—¿En qué?

Cuando abre los ojos para mirarme, veo un brillo de esperanza en ellos.

—Puede que debiera intentar hacerme visible.

—¿Quieres decir en casa? ¿Podrías aparecerte ante mamá y papá? —El corazón casi se me sale del pecho cuando lo miro de reojo.

Él sacude la cabeza lentamente mientras una triste sonrisa se dibuja en sus labios.

—Está prohibido. No se me permite aparecerme a nadie de mi familia o a nadie que pueda conocerme, de hecho.

—¿Pero puedes tener como una especie de vida? Quiero decir, como si... no lo sé... ¿Puedes hacer amigos y esas cosas?

Me doy cuenta de que tengo los nudillos blancos a causa de la fuerza con la que cojo el volante. Intento relajarme.

Lo miró nuevamente y veo que se mueve incómodo en el asiento. Parece que está a punto de decir que no, pero de pronto se vuelve hacia mí. Una tormenta invade sus ojos. La esperanza sigue ahí, pero nublada por la duda y la tristeza.

—No lo sé.

—Entonces, ¿para qué quieres hacerme visible?

—Creo que me resultaría más fácil protegerte así. No me gusta en absoluto que haya un demonio suelto por ahí que ande persiguiendo a tu novio.

Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando las imágenes de mi pesadilla de anoche aparecen claras en mi mente. Suelto un largo suspiro y sacudo la cabeza para apartarlas de mis pensamientos.

—Bueno, sería más fácil para mí si supiera cuándo estás por aquí.

Me doy cuenta de que estoy golpeando el volante con los dedos, nerviosa, y me obligo a parar. No necesita saber lo incómodo que me resulta ser consciente de que siempre tengo a alguien vigilándome. Él está haciendo su trabajo y yo estoy muy feliz de que haya aparecido. No quiero que se sienta mal por las circunstancias en las que nos encontramos.

Se encoge de hombros.

—También creo que debería conocer a la gente del edificio de Luc.

Hace un gesto con la cabeza indicando el edificio cuando giramos la esquina. Entramos en el aparcamiento.

—¿Como Lili, por ejemplo? —digo señalando con la mano el punto en el que ella acaba de aparecer, cargada con una enorme bolsa de basura.

Matt gira la cabeza a toda velocidad, como si tuviera un resorte, en dirección al edificio de Luc.

—Bueno... —dice justo antes de desvanecerse.

Sigo riéndome mientras aparco el coche en un espacio libre que hay al lado de la puerta y apago el motor.

—¡Eh, Frannie!

Lili pasa por el lado de mi coche y lanza la bolsa de basura en el contenedor.

—¡Hola!

Ella se acerca a la puerta del conductor.

—He visto salir a Luc hace un rato.

—Vaya —digo mientras echo un vistazo al aparcamiento—. ¿Adónde habrá ido?

Ella se encoge de hombros.

—No le pregunté. Pero ven —me dice haciendo un gesto con la mano en dirección al edificio—, puedes esperarle en mi apartamento.

—En realidad, voy de camino al trabajo —le digo mostrándole la camiseta del restaurante de Ricco.

Su largo y oscuro cabello le tapa el rostro al agachar la cabeza.

—Ah, bueno.

De pronto me siento mal al darme cuenta de que la pobre no conoce a nadie. Es posible que se sienta sola.

—Pero puedo esperar un rato, supongo —digo, y salgo del coche.

Los ojos de Lili se iluminan mientras se aparta los mechones de pelo que le habían caído por el rostro. Alarga la mano y señala el crucifijo que llevo colgado al cuello y que se ha salido de la camiseta.

—Qué bonito. Parece bueno. ¿De dónde lo has sacado?

Lo cojo de la cadena y se lo muestro para que pueda verlo mejor.

—Luc.

Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Pensaba que sería un regalo de tu abuela o algo así. Es muy... ¿romántico?

Yo me río.

—No especialmente. Es algo entre nosotros dos.

Caminamos juntas hacia su apartamento y juraría que es como si una bomba acabara de explotar allí dentro. Su vivienda es una combinación entre las cosas que están todavía a medio desempaquetar y la ausencia de espacio para guardar lo que ya está desempaquetado. Hay un andrajoso sofá verde en una esquina, lleno de papeles y ropa, básicamente sudaderas y pantalones deportivos en varios tonos de gris, esparcidos por todas partes. El único mueble que distingo, aparte del sofá, es un taburete alto de bar junto a la encimera. No hay ninguna cama. Seguramente dormiré en el sofá.

—¿Quieres beber algo? —dice mientras abre una vieja nevera que hay en la diminuta cocina—. Tengo... eh... —Cierra la nevera y señala el fregadero un poco avergonzada—. Agua.

Niego con la cabeza mientras me siento en un pequeño hueco que hay en el sofá.

—No, gracias, no quiero nada.

Ella se acerca arrastrando los pies y se sienta conmigo tras apartar unos papeles del sofá y tirarlos al suelo. Se sienta haciéndose un ovillo: flexiona las rodillas contra el pecho y se pasa los brazos alrededor.

—Perdona, esto parece un vertedero, es como si estuviera viviendo entre cajas.

Echo un vistazo alrededor. Realmente es un auténtico desastre.

—¿Quieres que te ayude a ordenar?

—No, gracias. En realidad no tengo demasiadas cosas. —Parece todavía más avergonzada y aprieta el cuerpo contra las piernas mientras se mira el desconchado esmalte de uñas verde—. La verdad es que tampoco tengo dónde poner las cosas si no es de nuevo en cajas.

—Mi madre tiene una vieja cómoda en el garaje, si la quieres.

Ella responde demasiado deprisa.

—No.

—De verdad, deberías llevártela. Está allí guardada, cogiendo polvo y ocupando espacio. Mamá estará contenta de deshacerse de ella.

Ella aparta los ojos de sus uñas y me mira.

—Bueno, si estás segura de que no la necesitáis...

—Estoy segura. Podemos cargarla en tu camioneta y traerla hasta aquí.

Le ofrezco mi sonrisa más tranquilizadora y ella se atreve a devolverme una pequeña sonrisa.

—Gracias.

—Y, como tendrás más sitio para guardar la ropa —le digo señalando una sudadera gris que cuelga del brazo del sofá—, puede que quieras ampliar un poco tu vestuario.

—¿Qué le pasa a mi vestuario? —responde ella, y en ese momento me doy cuenta, por el gesto en su rostro y el tono defensivo de su voz, de que la he ofendido.

—Perdona. Nada, de verdad. Pero estamos en el mes de junio y cada vez hará más calor. ¿No quieres algo un poco más... veraniego?

Ella parece acomplejada y baja la mirada al suelo. De pronto comprendo que se trata de un problema de dinero.

—No necesito nada.

—Toda la ropa de verano está de rebajas en el centro comercial. Es el mejor momento para encontrar buenas gangas.

La invitaría a que viniera a mirar lo que tengo en mi armario, pero estoy convencida de que eso la ofendería más todavía y, por desgracia, ella tampoco tiene la misma talla que yo. Es, como mínimo, quince centímetros más alta y no puedo llegar a saber si está un poco rellenita o si tiene un cuerpo espectacular. Con esa sudadera tan ancha es difícil de averiguar.

—En realidad no me preocupa en absoluto la ropa —dice señalando la sudadera que lleva puesta.

—Bueno, un par de tops, alguna camiseta.

—Puede. —Vuelve a mirarme—. Bueno... sí... de acuerdo. —Una gran sonrisa se dibuja en su rostro—. Genial, ¿cuándo?

Repaso mentalmente mi horario de trabajo.

—El martes que viene a mediodía. Les preguntaré a mis amigas Taylor y Riley si quieren acompañarnos. Día de chicas.

Su sonrisa flaquea por un instante.

—Bueno... si tú quieres ir con tus amigas...

—Te encantarán, no te preocupes. Y te vendrá bien conocer a más gente. Ellas también irán a la universidad estatal en otoño.

Parece insegura mientras se rasca el esmalte de las uñas.

—Bueno, bien. De acuerdo.

—Lo pasaremos genial, ya verás. Y de paso puedes pasar a recoger también la cómoda.

El sonido del motor del Shelby que se cuele por la ventana abierta llama mi atención y sonrío.

—Parece que Luc ha vuelto —dice levantándose del sofá. Me sorprende que haya reconocido el sonido del motor del coche de Luc tan fácilmente.

Me levanto del sofá y la sigo hasta la ventana.

—Tienes razón.

Observo a Luc salir del coche, coger un par de bolsas con comida del asiento del copiloto y dirigirse hacia las escaleras del edificio.

De pronto, su sonrisa es abierta y auténtica.

—No, tú tienes razón. Sabía que era él por tu reacción.

—Ah... —Intento hacer caso omiso del calor que se apodera de mis mejillas.

—Si quieres irte... —empieza a decir.

—¿Por qué no vienes al apartamento de Luc? Podemos quedarnos un rato.

Su sonrisa sigue ahí.

—Sí, claro, justo lo que vosotros dos necesitáis, un espectador.

El calor de mis mejillas aumenta todavía más.

—Nosotros no... quiero decir que... —No termino la frase y me preguntó por qué me preocupa lo que una extraña pueda pensar sobre lo que Luc y yo podemos hacer.

—Ve —dice haciendo un gesto hacia la puerta—. No pasa nada.

—Bien. Pero me pasaré a por ti el martes a mediodía e iremos a recoger la cómoda.

El pelo le cae encima de los ojos mientras me acompaña hasta la puerta.

—De acuerdo.

Matt

Frannie aparece en el descansillo justo cuando Luc llega a la puerta del apartamento y me doy cuenta de que sigo flotando en el aire al lado de Lili, justo en el quicio de la puerta donde ella sigue en pie.

—Hola, Luc —dice saludando con la mano. Cuando da un paso atrás para cerrar la puerta, me invade la desesperación ante lo que va a hacer, ya que, cuando la puerta se cierre, ella desaparecerá.

Antes de percatarme de lo que estoy haciendo, ya estoy en el descansillo de las escaleras y le doy una patada al fondo de una de las bolsas de comida, con eso consigo que se le caiga de las manos a Luc y, un momento después, que toda la comida esté esparcida por el pasillo y haya tomates y naranjas rodando por doquier.

Lili vuelve a salir a las escaleras, recoge una naranja y dos tomates y se los acerca a Luc, que se ha quedado mirando al infinito sin moverse.

—Caramba —dice una sorprendida Frannie, agachándose a coger una cebolla—. Mm... —añade mientras recoge el cartón de huevos por el que chorrea su contenido.

Lili le da a Luc lo que ha recogido del suelo.

—Qué extraño, es como si hubiera explotado una bomba dentro de la bolsa.

—Gracias. —Luc escudriña con la mirada todos los rincones del pasillo mientras toma lo que ella le ofrece.

Lili recoge una lechuga del suelo y se la entrega a Frannie.

—Gracias, Lili. Ya está todo.

—De nada —dice ella volviéndose hacia su piso.

No puedo evitar seguirla por el pasillo y, al cerrar su puerta, se me hace como un nudo en el estómago. Levanto las manos y las poso sobre la puerta, luchando contra mis deseos de atravesarla y entrar en su apartamento. Por fin, cuando he recuperado el control, me vuelvo hacia las escaleras y me doy cuenta de que no hay nadie.

Atravieso la pared del apartamento del demonio y veo a Frannie guardando la comida en su sitio y a Luc lanzando el cartón de huevos a la basura.

Él se vuelve lentamente hacia mí.

—¿Qué ha sido eso?

Me encojo de hombros con la esperanza de no parecer tan culpable como me siento.

—¿El qué?

—El truco de hacer volar por los aires la bolsa de la comida.

Levanto las manos y simulo un gesto de inocencia, porque no puedo abrir la boca para negar nada.

Él sacude la cabeza y en sus labios se dibuja una sonrisa tensa mientras se vuelve para seguir guardando las cosas en su sitio.

—De camino aquí, Matt me comentaba que quiere probar a hacerse visible cuando esté por aquí —dice Frannie cerrando la nevera.

Los ojos del demonio se posan sobre mí.

—¿Por qué?

Yo me acerco a la mesa y me siento en una silla.

—Quiero familiarizarme con la gente que vive en tu edificio.

—Yo ni siquiera conozco a la gente que vive en mi edificio —dice el demonio.

—¿Y qué pasa con esa chica? ¿Lili? —Un estremecimiento recorre mi cuerpo y me eriza la piel y deseo con todas mis fuerzas que no se haya visto reflejado en mi cara.

—¿Qué pasa con ella? —Hay un tono áspero en su voz.

Lo miro atentamente intentando leer sus ojos. Finalmente, me encojo de hombros.

—En realidad nada.

Frannie se apoya contra la mesa, a mi lado, y contempla a Luc esperanzada.

—No sé —empieza a decir, pero luego se encuentra con la mirada de Frannie y su rostro se suaviza—. Supongo que sería más fácil si fueras visible. Por lo menos sabríamos seguro cuándo andas por aquí —dice repitiendo las palabras de Frannie.

Sonrío aliviado, subo los pies a la mesa e inclino la silla para que se apoye solo en las patas traseras.

—Yo creo...

Frannie se abalanza sobre mí a toda velocidad, propinándome un empujón, quitándome los pies de encima de la mesa y haciendo que mi silla se caiga hacia atrás.

—¡Por todos los santos, Matt! Puede que tú no tengas que comer, pero nosotros

sí. Quita los pies de encima de la mesa.

—Lo siento —digo mientras me vuelvo a sentar en la silla—. Bueno, entonces creo que deberíamos comenzar con la gente de por aquí. Puedo empezar a conocerlos y ya veremos cómo va.

El demonio levanta súbitamente la cabeza y advierto un brillo extraño en sus ojos.

—¿Conocer a Lili?

—Supongo. Y a todos los que conozcas —digo a sabiendas de que no hay nadie más.

Frannie se sienta en la silla que hay enfrente de mí y lo mira atentamente.

—¿Qué te parece?

Él frunce un poco el ceño.

—Supongo que de acuerdo.

—Fantástico. Entonces, la próxima vez que Lili esté aquí haremos como que yo soy un amigo vuestro y que pasaba por aquí. Ya sabéis, a ver cómo marcha todo.

Frannie me sonrío feliz mientras se levanta de la mesa.

—¡Será estupendo! Saldrá perfecto.

Me doy cuenta de que estoy rezando para que tenga razón mientras ella le da un beso al demonio en la mejilla y se dirige hacia la puerta.

—Tengo que irme a trabajar. ¿Pasarás a recogerme para ir a la fiesta de los Gallagher? —dice.

Luc sonrío mientras se acerca a ella.

—A ver si eres capaz de impedírmelo.

En lucha contra tus demonios

Frannie

El primer turno en el restaurante de Ricco es siempre mucho más sencillo. Aun así, apesto cuando llego a casa y me voy directa a la ducha. Por fin me siento de nuevo casi como una humana con un top de tirantes y unos vaqueros cuando salgo del baño y entro en mi habitación.

Matt está tumbado en mi cama, bocabajo, con mis auriculares puestos escudriñando el menú de mi iPod. Levanta la cabeza y me sonrío y luego empieza a mover la cabeza arriba y abajo, los rizos rojizos volando, al ritmo de la música que solo él puede oír.

—En mi próxima vida seré una estrella del *rock* —me dice gritando.

Me abalanzo sobre él y le quito los auriculares de la cabeza.

—¡Calla! ¿Quieres que todo el mundo te oiga?

Frunce los labios en una mueca y abre los ojos.

—Perdona.

Suelto una carcajada cuando me doy cuenta de lo que acaba de decir.

—¿En tu próxima vida?

—Sí.

—¿Vas a tener otra vida? —indago mientras me siento en la cama a su lado.

—No. Al menos no en el sentido estricto de la palabra. Pero, cuando haya terminado con mi trabajo como guardián, puede que monte un grupo de *rock*.

—¿Hay grupos de *rock* en el Cielo? —le pregunto tratando de imaginármelo—. Eso no se parece en nada a los coros de ángeles de los que nos hablan en la iglesia.

Resopla.

—Nada de coros.

—Así que los estribillos celestiales suenan más a *Highway to Hell*... —Empiezo a reírme pensando en cómo se tomaría la noticia el padre O'Donnell. Cuando vuelvo a mirar a Matt, él me está sonriendo—. ¿Qué?

—¿Te acuerdas cuando intentamos vender a Maggie a los vecinos? —me dice.

Comienzo a reírme al recordarlo.

—Porque queríamos un cachorro de perro y mamá nos dijo que teníamos que empezar a ahorrar dinero.

—Y mamá nos hizo ir a explicarle al padre Mahoney lo que habíamos hecho...

—Y él nos dijo que no estábamos pidiendo suficiente dinero por ella —concluyo

la frase por él, partiéndome de la risa.

Él se gira en la cama y se pone bocarriba, muerto de risa. Luego se incorpora y se apoya sobre los codos. Su risa se desvanece, pero en el rostro tiene una brillante sonrisa.

—El padre Mahoney tenía razón. El Cielo no es un lugar tan estricto como se le hace creer a la gente.

Yo me giro también sobre mi espalda, a su lado, y me quedo mirando el techo, preguntándome cómo serían las cosas ahora si Matt todavía estuviera vivo. Hasta el mes pasado, en que Mary se mudó, yo era la única hermana que no compartía habitación, puesto que mi compañero de habitación murió. Y aunque estoy convencida de que Matt y yo no seguiríamos compartiendo dormitorio a estas alturas, sé que él seguiría siendo mi mejor amigo.

—He estado pensando en eso de mi influencia —empiezo a decir sin saber muy bien cómo continuar.

—Sí, vi la pelea en el parque la semana pasada. Buen trabajo, hermanita. —Él sonríe y yo tengo ganas de darle un puñetazo.

—¿Sabes qué?, olvídale.

—Perdona —responde, pero todavía sonriendo—. ¿Y qué has estado pensando?

Cojo aire profundamente.

—Si pude convertir a Luc en mortal...

Él se gira en la cama y me propina un empujoncito en el hombro.

—Todos cometemos errores.

Oigo el tono burlón en su voz y, de pronto, me pongo furiosa. Me siento en la cama y me quedo mirándolo fijamente.

—¡Por Dios, Matt! Estoy tratando de hablarte en serio.

Se me queda mirando y se levanta, dándome la espalda.

—Lo siento.

—Quiero que tú también seas mortal —le suelto—. Quiero que vuelvas.

Me mira más atentamente todavía y se sienta. Me observa durante un buen rato y ninguno de los dos dice nada. Al final, él empieza a sacudir la cabeza lentamente.

—No, Frannie. Es demasiado tarde para eso. Ahora tengo un trabajo. —Se acerca a mí—. Un trabajo muy importante. Y, de todos modos, no podría regresar siendo tu hermano. Si fuera mortal, tendría que volver a empezar desde el principio en algún otro lugar. Así, al menos puedo estar contigo —dice mientras una sonrisa ilumina su rostro—. Y ser un ángel tiene sus ventajas.

Se me parte el corazón al escucharlo, pero sé que tiene razón.

—Así que esto es lo más cerca que puedo estar de ti.

—No es tan malo. Y todavía puedo meterte el dedo en la oreja mientras duermes —me dice mientras se chupa el dedo y lo introduce en mi oreja.

Doy un salto fuera de la cama y cojo un pañuelo de la caja de pañuelos que hay encima de la mesilla de noche.

—¡Ah! ¡Eso es asqueroso! —le grito mientras me limpio la saliva del oído.

—La saliva de los ángeles tiene propiedades mágicas. Deberías guardarlo —me dice haciendo un gesto hacia el pañuelo con una gran sonrisa.

Yo lo miro, cogiendo el pañuelo de una punta, con el brazo estirado.

—Tales como...

En su rostro se dibuja una expresión de sorpresa.

—Creo que probablemente acabo de mentirte.

—Sabía que no eras ningún ángel —le espeto, lanzando el pañuelo a la papelera justo cuando mamá me llama desde el arranque de las escaleras para que vaya a cenar. Yo sonrío por encima de mi hombro y Matt desaparece mientras abro la puerta y empiezo a bajar.

Llego a la cocina en el momento en que la mosquitera de la puerta se cierra de golpe. Me doy la vuelta y veo al abuelo.

—¡Abuelo! —grito y corro a darle un abrazo.

—¡Esa es mi chica! —me dice justo en el momento en que Maggie entra en la cocina, y no me pasa desapercibido el gesto de enfado en su rostro. Siempre he sido la favorita del abuelo, desde que Matt y yo empezamos a trabajar en los coches con él cuando éramos pequeños, y no es que entonces le resultásemos de mucha ayuda. Ninguna de nuestras hermanas mostró nunca interés en unirse a nosotros en el garaje, así que, desde que Matt murió hace diez años, solo somos el abuelo y yo los que nos quedamos en el garaje después de la misa de los domingos. Mi Mustang del 65 descapotable color azul medianoche ha sido nuestro último trabajo de restauración.

—¿Ya has conseguido ese Shelby? —le pregunto arrastrándolo a la mesa de la mano.

—Se encuentra de camino. —Él saca una silla y se sienta a mi lado.

—¿Está totalmente renovado?

—Sí. Un trabajo bastante desastroso. No sé qué es lo que haré sin ti cuando te marches a la universidad.

—Bueno, ni se te ocurra sacar el motor cuando estés tú solo y sin nuestra ayuda.

—¿Nuestra ayuda?

Hago una mueca.

—Luc se unirá a nosotros en tu casa el domingo después de misa.

—Así que Luc quiere unirse a nosotros, ¿eh? —dice mientras se rasca la calva. Yo me inclino hacia él y le peino bien el flequillo para ponerlo en su sitio.

—Si te parece bien...

—No estoy seguro de querer compartir a mi mejor mecánico.

Mi gesto se convierte en una suplicante mueca.

Él rompe en una sonora carcajada.

—Ya veo que se trata de una propuesta de o todo o nada.

—Es muy bueno. No te arrepentirás.

Sus ojos azules resplandecen.

—Ya veremos.

Mamá se pone en pie justo detrás de él, secándose las manos en el delantal e inclinándose para darle un beso en la mejilla, justo antes de sentarse en su lugar habitual de la mesa. Se aparta un mechón de pelo rojizo del rostro antes de coger el plato del abuelo y servirle el pollo.

Mientras la observo no puedo evitar pensar en lo mucho que ha cambiado en las últimas semanas. Parece estar mucho más viva, como si por fin hubiera dejado ir a Matt. Siento una pequeña punzada en el corazón al mirar alrededor y pensar que él está aquí en alguna parte y en ese instante deseo con todas mis fuerzas que fuera posible compartirlo con ella.

Le devuelve al abuelo un plato lleno de comida.

—Me alegro de que pudieras venir a cenar, papá. No estoy segura de que estés comiendo como debieras.

—Como bien —dice mientras deja el plato en la mesa y se da unas palmaditas en la tripa.

Papá aparece por la puerta del salón con el resto de las hermanas, todas menos Mary, y cada cual se sienta en su sitio.

—¡Oh, mi plato favorito! Pollo con puré de patatas —dice mientras se pone la servilleta sobre las rodillas.

Todos nos pasamos las bandejas de la comida y todos comemos. La mesa de los Cavanaugh no es una mesa tranquila. Grace y Maggie se pelean por ver a quién le toca limpiar los platos esa noche, mientras papá está sermoneando a Kate por no haber buscado trabajo este verano. Todos tienen algo que decir y todos lo dicen a la vez. Mamá se vuelve hacia mí cuando encuentra un paréntesis en la conversación.

—¿Y para qué acontecimiento especial te has vestido hoy?

Me miro la camiseta de seda negra de tirantes y los vaqueros. Me pregunto qué dirá de mí la ropa que llevo puesta.

—Luc y yo vamos a casa de los Gallagher esta noche con Taylor, Riley y Trev.

—¿Trev? ¿Riley sigue saliendo con Trev?

No puedo evitar sonreír.

—Sí, y muy en serio.

—¿Y a Taylor le parece bien que salga con su hermano pequeño?

—Se está acostumbrando.

Lo que acabo de decir es una pequeña mentira. Taylor sigue bastante cabreada, pero así es Taylor, no es especialmente buena en eso de perdonar a la gente.

Taylor fue la primera persona a la que conocí aquí en Haden y para mí ha sido la amiga perfecta. Nos trasladamos aquí poco después de que Matt muriera. Por aquella época yo estaba bastante deprimida, así que me costó cierto tiempo darme cuenta de que mi madre también lo estaba. Lo que sí sé es que papá quiso que nos mudáramos aquí para que mamá pudiera estar más cerca de sus padres.

Bueno, Taylor era lo que yo necesitaba. Ninguna de las dos somos mucho de

compartir nuestros sentimientos ni cosas por el estilo. Riley apareció mucho después y es algo así como nuestra amiga accidental. Ella y todos sus sentimientos son peligrosos. Pero no puedo evitar alegrarme por ella al saber que ha encontrado al verdadero amor. Ella siempre supo que él estaba ahí fuera, en alguna parte. Lo que pasa que es una pena que haya resultado ser el hermano de Taylor.

—Chase también viene a por mí, mamá —dice Kate.

Observo lo que lleva puesto y siento una punzada de celos. Siempre está deslumbrante. Por alguna razón de injusticia universal, Kate no solo se quedó con los genes de la belleza de la familia, sino que también heredó los de la estatura. Es la única de las hermanas que supera el metro setenta.

—¿Es que no se cansan sus padres de todas esas fiestas? —pregunta mamá.

—No, les parece bien. Por lo menos saben dónde están todos sus hijos — responde Kate.

El novio de Kate, Chase, es uno de los diez hijos de los Gallagher y todas las fiestas del instituto, desde al albor de los tiempos, se han celebrado en su jardín.

Maggie empieza a dar saltitos en su silla.

—Yo también voy.

Papá apunta hacia ella con el tenedor y le lanza una mirada severa.

—Eso habrá que verlo.

—Pero Roadkill tocan allí esta noche. Delanie me ha pedido que vaya —dice gimoteando mientras me mira con ojos suplicantes.

Yo recojo los restos del pollo de mi plato.

—No depende de mí, Maggie. Lo siento.

Papá observa a Maggie con una mirada todavía más severa.

—Tendrás mucho tiempo de ir a fiestas cuando seas algo más mayor.

Ella se pasa la mano por los rizos y parpadea tímidamente.

—¡Papá! Ya no soy ninguna novata. Es verano, con lo que ya estoy en el segundo curso.

Papá sigue mirándola serio.

—Maggie...

Esta se levanta de la mesa con un empujón que hace que por poco se derramen todos los vasos. Justo en el mismo instante, dos de las tres bombillas de la lámpara del techo explotan y nos quedamos casi en la oscuridad.

—¡Odio ser la más pequeña!

Con un par de zancadas, Maggie sale de la cocina como una exhalación mientras explota la última bombilla, dejándonos a todos a oscuras.

Papá mira con cautela la lámpara y luego se levanta de la mesa.

—Voy a ver qué ha pasado.

Enciende la luz del lavadero y lo oigo comprobar los cables de la caja de fusibles. Vuelve al cabo de un momento con bombillas nuevas y se sube a la silla para cambiarlas.

—Habría habido algún cortocircuito en alguna parte —dice bajando de la silla.

Mamá suspira cuando se vuelve a iluminar la cocina y después me mira con preocupación en los ojos.

—¿Quién conduce?

—Luc y Riley.

Puedo ver el alivio en su rostro mientras se limpia la comisura de los labios con la servilleta.

—¡Mamá! —le digo un poco enojada—. Yo no conduzco mal.

—Yo nunca he dicho que lo hicieras, cariño.

—No importa —lanzo un gruñido mientras aparto la silla para recoger mi parte de la mesa.

Enjuago mis platos y termino justo en el momento en que llaman a la puerta. Salgo corriendo a abrir y me encuentro con Luc. Sonrío al verlo de pie, en el porche de la entrada.

Él me devuelve la sonrisa.

—¿Dónde está el fuego?

—En la cocina.

Doy un paso atrás para mirarlo bien y mi corazón se acelera sin que yo pueda hacer nada para evitarlo. Está guapísimo con esa camisa azul zafiro que lleva medio fuera de los pantalones y le cae sobre unos vaqueros negros gastados.

—Estás... —No puedo terminar. No tengo palabras—. Bonita camisa.

—Es del color de tus ojos —dice y logra que se me detenga mi acelerado corazón.

Cojo aire profundamente, aparto los ojos de él y salgo al porche de la entrada. Él se da la vuelta y me sigue.

—¿Ya has cambiado el aceite del coche? Podemos hacerlo ahora, antes de marcharnos —dice detrás de mí.

Me doy la vuelta y le sonrío.

—Como que vas vestido para cambiar el aceite. —Pero al pensar en él quitándose la camisa para cambiarle el aceite al coche, una ola de calor inunda mis mejillas y tengo que apartar la mirada—. El abuelo dice que lo haremos el domingo.

—Allí estaré —dice, y yo intento no imaginar lo atractivo que estará cubierto de grasa debajo de mi automóvil.

—Vamos a casa de Taylor a ver a qué hora quieren salir.

—¿Sabes?, había un hombre que se llamaba Alexander Graham Bell. Inventó una cosa llamada teléfono. De verdad que tendrías que comprarte uno. Son una pasada.

Una sonrisa sarcástica se dibuja en sus labios, lo cual incrementa mis ganas de besarlo.

Me obligo a apartar los ojos de él antes de que me absorba por completo.

—Ja, ja —le digo sacando el teléfono y acercándomelo al rostro—. No me digas que también fuiste su musa.

De pronto Luc me coge el brazo que tengo extendido y me hace una llave. El miedo hace que se me acelere el corazón. Se inclina hacia mí desde mi espalda.

—No, solo fui la musa de Dante —me susurra al oído.

—¡Capullo! —le digo entre dientes mientras intento liberarme de su llave. Pero cada movimiento que inicio hace que el hombro esté en una posición más forzada y me duela más—. Ya vale, Luc. Suéltame —le digo a sabiendas de que no existe ninguna posibilidad de que obedezca.

—¿Te rindes? —me pregunta con una sonrisa de satisfacción.

Dejo de forcejear y giro la cabeza por encima del hombro para mirarlo.

—Muy bien. Tus clases están dando sus frutos —afirmo justo antes de sacar la pierna y tirarlo al suelo, al césped. Cae de espaldas con un fuerte golpe y yo salto sobre él, le hago una llave y le presiono el antebrazo contra su tráquea.

—¿Te rindes?

—Me rindo —dice con la voz ronca y los ojos muy abiertos.

Retiro el brazo que tengo en su garganta, pero mantengo la llave y sonrío mientras lo observo bajo mi cuerpo.

—Creo que esto me gusta: tú, completamente a mi merced.

—Los vecinos, Frannie —me advierte, pero sonrío con la voz.

Libero su brazo y me siento sobre él a horcajadas.

—¿Quieres decir que no te gusta? Mentiroso.

—No he dicho nada de eso.

Se frota el hombro y luego pone las manos sobre la curva de mi cintura, haciendo que me estremezca.

—Solo me sorprende que quieras ofrecerles un espectáculo gratis.

Matt

Juro por Dios que casi le lanzo un rayo a ese demonio cuando he visto que cogía a Frannie. Las clases de judo han sido idea de ella. Ahora que el demonio es vulnerable, ella cree que tiene que aprender a defenderse. Pero el judo siempre parece degenerar en algo que parece más un forcejeo.

Y ahora mismo están en una actitud realmente desagradable. Junto a él, ella deja de pensar.

Todavía invisible e intentando no mirar el espectáculo público que están dando, me acerco al césped donde permanecen tirados, jugueteando, y le doy un golpecito a Frannie en el hombro con la rodilla.

—Buscaros una habitación, hermanita.

Ella da un salto, se aparta del demonio y se pone en cuclillas, en posición de defensa, atravesándome con unos ojos como dardos.

Automáticamente, yo doy un paso atrás.

—Tranquila, soy yo.

Ella frunce el ceño y se pone tensa, luego se gira para ofrecerle la mano a Luc, que sigue todavía en el suelo. Él se la acepta y Frannie lo ayuda a levantarse. Ella da un salto hacia atrás mientras el rubor cubre sus mejillas.

—¿Es que tienes que seguirme a todas partes?

—¡Sí! —dice el demonio antes de que yo pueda contestar.

Lo miro, aunque él no pueda verme.

—Casi —rectifico—. Además, no podéis acabar haciéndolo aquí, sobre la hierba, por muchas razones que ahora mismo podría enumerar.

—¡Cállate! —Ella se gira en la dirección hacia donde viene mi voz con el ceño fruncido y se queda mirándome a los ojos—. No hacíamos nada, solo estaba fastidiándolo.

El asqueroso demonio se pone en pie tras ella y le pasa un brazo por el hombro.

—Vamos —dice llevándola hacia el camino, pero mirando en mi dirección.

Ella suelta un largo suspiro.

—Sí.

Yo los sigo mientras ellos andan por la calle en dirección al parque. Es un atardecer con tintes dorados y rosados y yo observo las sombras de los sauces mientras Frannie y su demonio se paran frente a un banco y se sientan. Él la rodea con su brazo y yo me dedico a dar vueltas a su alrededor, tratando de mantenerme a una distancia prudencial para no escuchar lo que susurran.

Hay reglas en esto de ser un ángel guardián. La primera es no interferir en la vida de los que están a nuestro cargo. Ellos tienen que ser libres para poder tomar sus propias decisiones. La segunda regla es que no podemos invadir su intimidad, ni la de nadie más.

Luc ahora es humano, con lo que la regla también lo incluye a él, por desgracia.

Aun así, no puedo evitarlo y mi sentido de la responsabilidad anula su necesidad de intimidad. Me acerco un poco más y me inclino sobre la corteza grabada del tronco de un sauce, no muy lejos de su banco.

—Solo elige a uno y céntrate —murmura Luc.

Yo sigo su mirada y veo a un grupo de adolescentes en la pista de *skate* que hay justo enfrente de ellos. Los observo durante unos minutos mientras se toman el pelo unos a otros cuando alguno se cae.

—¿Que me centre en qué? ¿Qué se supone que debo conseguir que haga?

Luc sonrío y echa un vistazo por encima de su hombro.

—Bueno, imagino que Matt me lanzaría un rayo si dijera algo como que le hicieras hablar en una lengua antigua, así que, ¿qué tal si solo lo motivas para que les diga algo agradable a sus amiguitos?

Él levanta la mano que no tiene alrededor de mi hermana y señala.

—Ese que lleva la camiseta naranja parece especialmente desagradable. A ver qué

puedes hacer con él.

Ella se aparta un poco de Luc, inclina la cabeza sobre sus manos y apoya los codos en las piernas. Se concentra en el chico y frunce el ceño.

Yo observo al chico de la camiseta naranja. Hace un trompo en el aire al terminar la rampa, luego se desliza por la baranda y da un giro brusco frente a un chico que se esfuerza por mantenerse en pie sobre su tabla.

Por un momento parece que el chico de la camiseta naranja se va a apartar de su camino, pero pasa a toda velocidad al lado del otro chico más pequeño y lo empuja para que se estampe contra el suelo. El crío se cae de culo y el de la camiseta naranja sonríe alzando la mano para chocar los nudillos con un tercer chico que anda por allí.

Frannie se apoya contra el respaldo con la mano sobre la frente y gruñe.

—Soy lo peor haciendo esto.

Luc amaga con pasarle el brazo sobre los hombros de nuevo, pero Frannie lo aparta.

—Creo que tengo un dilema moral —dice con la mano todavía en la frente.

Él ríe con fuerza y ella lo empuja.

—Gracias por tu apoyo, Luc.

—Perdona —dice mientras se desvanece su risa—. Venga, dime a ver cuál es ese dilema.

—No creo que sea correcto jugar con la mente de la gente.

Él la mira un largo rato, sin añadir nada. Al final, lanza un suspiro y se inclina hacia ella.

—Cuando yo era un demonio —empieza diciendo, con la voz baja y tensa, como si le resultara doloroso recordarlo—, obligaba a la gente a que hiciera cosas que de ningún modo quería hacer. Podía jugar con la mente de las personas, como tú muy bien has dicho, pero no podía conseguir que hicieran nada que no estuviera en su forma de ser. Creo que tu influencia puede tener mucho que ver con eso.

—Sigo creyendo que no está bien. —Ella se inclina para apoyarse contra el respaldo del banco—. No lo usaré nunca con mi familia ni con nadie que no esté haciendo algo realmente malo, o mal, o algo así.

—Supongo que ese es uno de tus privilegios —dice Luc mientras se frota las sienes—. Y seguramente es a lo que se refería Gabriel cuando dijo que solo quieren que hagas lo que esté bien.

Esta vez, cuando el demonio intenta acercarse a ella, esta adelanta su cuerpo hacia él.

—Yo... —empieza a decir sin poder terminar la frase.

—¿Qué?

Ella pone la espalda recta y mira a Luc a los ojos.

—Esto suena muy estúpido, pero siempre he sentido como que estaba destinada a hacer algo. Cuando pensaba que quería llegar a ser una especie de diplomática, era porque siempre había sentido que podía hacer algo diferente. Pero todo esto de mi

influencia... Tengo miedo de que, sea lo que sea lo que esté destinada a hacer, me venga demasiado grande y no pueda con ello. —Vuelve a inclinarse hacia él—. Tengo miedo —dice de pronto y su voz suena pequeña y vulnerable.

El demonio suspira y apoya su mejilla contra su pelo.

Pero, al cabo de un minuto, ella se aparta y se saca del bolsillo el teléfono, que había empezado a sonar. Mira la pantalla.

—Taylor y Riley ya están listas para salir.

Las manos ociosas son las herramientas del diablo

Frannie

Para cuando llegamos a la casa de los Gallagher, la fiesta ya está en pleno apogeo. Grupos de adolescentes pululan entre los coches aparcados entre los árboles del bosque, al otro lado de la carretera, y se dirigen hacia el lugar de donde procede la música, los gritos y el jaleo.

Luc y yo cruzamos la calle para dirigirnos adonde ha aparcado Riley. Taylor se atusa el pelo amarillo y rosa de punta, luego sale del asiento trasero del coche de Riley y me da un codazo.

—Tenemos que cambiar un poco de ambiente, colarnos en alguna fiesta de Marblehead o algo así. Estoy harta de esta gentuza.

Riley bordea el coche y se acerca hasta donde estamos nosotras.

—Hay que pagar un dineral para poder entrar en una de esas fiestas —dice mientras Trevor le aparta los largos y oscuros rizos de la cara y le pasa el brazo por los hombros.

—Da igual —responde Taylor. Su piel blanca se torna rosada cuando aprieta la lengua contra el pendiente que lleva en la comisura de los labios. Le lanza una mirada asesina a su hermano y se da la vuelta, abalanzándose hacia la fiesta. Riley se encoge de hombros y Trevor le sonrío, haciendo que se marquen sus bronceados hoyuelos mientras siguen a Taylor, que ya ha cruzado la calle.

Luc entrelaza sus dedos con los míos.

—Ahí tienes un proyecto para practicar con tu influencia —me dice haciendo un gesto con la cabeza para señalar las espaldas de mis amigos.

Yo le doy un pequeño empujón.

—Sí, claro. Estamos hablando de Taylor. ¿Es que te gusta verme fracasar?

—Disfruto viéndote hacer cualquier cosa que hagas.

Vuelve a cogerme la mano y seguimos a Taylor hacia la multitud.

El grupo de Delanie, Roadkill, está tocando detrás de la casa, junto al porche. La música se oye cada vez más fuerte a medida que nos acercamos a la casa. Yo llevo a Luc entre la gente hacia el punto en el que se han detenido Taylor, Riley y Trevor, justo al lado de la hoguera.

—Voy a por algo para beber —dice Luc. Me aprieta la mano y luego se dirige hacia el otro lado del jardín, donde hay varios cubos con hielo alineados al lado de la casa. Yo me quedo mirándolo mientras se aleja. Siento un hormigueo en el estómago

al notar que se dibuja una sonrisa en mis labios. ¡Por Dios, es perfecto!

—Reefer está ardiendo —me dice Trevor al oído, sacándome de mi contemplación.

Se me hace un nudo en la garganta y giro rápidamente la cabeza hacia la hoguera, esperando encontrarme a Reefer sacudiéndose como un loco engullido por las llamas.

Trevor pone los ojos en blanco y apunta hacia la casa.

—Allá —me dice—, con la guitarra.

Me estremezco mientras me giro hacia donde están tocando. Aunque mi exnovio es inútil en todo lo demás, detrás de su guitarra se convierte en un virtuoso. Y debo admitir que el grupo suena bastante bien. Delanie salta arriba y abajo, con el pelo negro liso y suelto bailando salvajemente al ritmo de sus movimientos, cantando con intensidad, como una perfecta Avril Lavigne. Lleva unos vaqueros desgarrados, un chaleco de cuero y los ojos maquillados, muy negros. Tiene un aspecto totalmente diferente al que luce en el trabajo, con su camiseta del restaurante de Ricco y su coleta. Cualquiera que no la conociera diría que está más cerca de los veinticinco que de los quince.

—Delanie suena muy bien —añade Trevor y luego sus ojos se vuelven hacia mí—. Pero... —balbucea—, sonaban mucho mejor cuando tú cantabas en el grupo.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Si tú lo dices...

Cuando la canción termina, Reefer se descuelga la guitarra y le pasa el brazo a Delanie por los hombros.

—Parece que ya ha superado lo tuyo —opina Trevor, dándome un golpecito con el codo.

—Me alegro —respondo. Parece que fuera hace siglos cuando él y yo estábamos juntos, aunque en realidad fue hace nada.

Vuelvo a echarle un vistazo al grupo y me doy cuenta de que no los conozco a todos. El que toca el bajo es un chico alto, atlético y con el pelo negro al que, estoy convencida, no he visto nunca antes. Le doy un codazo a Trevor.

—¿Quién es el que toca el bajo?

Trevor entrecierra los ojos y mira atentamente al grupo que está al otro lado del jardín.

—No lo sé —dice por fin.

—Pero yo voy a averiguarlo —dice Taylor detrás de mí. Empiezo a volverme, pero ella ya me ha cogido el brazo con la mano y tira de mí hacia el grupo.

Cuando llegamos hasta ellos, Delanie sonrío.

—¿Dónde está Maggie?

Me encojo de hombros.

—Mi padre no la ha dejado venir.

Taylor me da un empujoncito con el hombro hacia Delanie, con un brillo lascivo en sus ojos grises.

—¿Quién ese tío tan bueno? —pregunta entre dientes.

Delanie lanza una mirada por encima de su hombro hacia el resto del grupo.

Reefer se toma el gesto como una invitación para unirse a nosotras. Se pone al lado de Delanie y aparta la mirada salvaje de sus ojos cuando se pasa la palma de la mano por el rostro.

—Hola, Frannie —dice mientras rodea con el brazo los hombros de Delanie. Me estremezco al sentir una punzada de culpabilidad y deseo que Delanie esté con él porque quiere estarlo y no porque yo los haya juntado de algún modo.

—Hola, Ref. ¿Cómo va todo?

Él acerca la nariz al cuello de Delanie.

—Muy bien.

Consigo reprimir la carcajada antes de que salga de mi boca. No es un mal chico, es del tipo de los que están obsesionados con el *Guitar Hero*, y casi llegué a quererlo, pero por qué cree que pueda ponerme celosa es algo que nunca entenderé. Al fin y al cabo fui yo la que rompió con él.

Cuando por fin ha terminado de hacer su numerito, que es algo así como «mira lo que podrías haber tenido», vuelve a mirarme.

—¿Qué, echas de menos todo esto?

Yo le ofrezco una amplia sonrisa, sin saber muy bien si se refiere a él o a la música.

—No. —Cierto en ambos casos.

Por un instante él parece herido, pero pronto se recupera.

—Bueno, que tú dejaras el grupo es lo mejor que nos podía haber pasado. La voz de Delanie es única, una entre un millón. —Con esto quiere decir que la mía no lo es, lo cual es verdad—. Hay una firma importante que nos ha pedido que hagamos una maqueta.

—¡Maldita sea! ¡Eso es genial!

Taylor me da un fuerte codazo en las costillas, haciendo que me falte el aire por un momento.

—Por Dios, Tay, ya voy. —Me froto el costado y echo un vistazo a los chicos que hay detrás de Reefer—. ¿Quién es el del bajo?

—Marc. Es nuevo.

Reefer se da la vuelta y levanta la mano. El chico nuevo levanta la vista de la guitarra que estaba afinando y me mira con un atisbo de sonrisa en los labios, como si supiera que estábamos hablando de él. Se levanta y desliza sus ojos sobre mí. Entonces hace un gesto de asentimiento con la cabeza y sigue afinando su guitarra.

Reefer le hace otro gesto con la cabeza al chico nuevo y luego se vuelve hacia mí.

—Él es el que nos ha conseguido lo de la maqueta. Dice que el tipo le debía un favor.

Aunque estoy convencida de que nunca antes había visto a ese chico, hay algo en él que me resulta muy familiar. Me doy cuenta de que lo estoy observando y bajo la

mirada cuando levanta la vista de la guitarra. Él arquea una ceja y dibuja una sonrisa espontánea en sus labios. Me vuelvo hacia Reefer y Delanie mientras siento que crece el calor por mi cuello.

De pronto, los ojos de Delanie se iluminan. Estira el brazo y me da un pequeño empujón en el hombro, con una sonrisa de oreja a oreja que ilumina su cara.

—¡Eh, deberías cantar algo!

Reefer se queda con la boca abierta.

—Yo no creo que...

—Ni en sueños —digo retrocediendo.

Delanie me coge la mano entre las suyas, tirando de mí entre los altavoces.

—Claro que sí. ¿Qué quieres cantar?

Yo intento soltarme de ella tirando hacia atrás.

—De verdad, Delanie. No creo que quieras arruinar vuestra reputación haciendo que yo destroce una canción ahí arriba. Sobre todo si hay un cazatalentos que os reclama para una firma importante.

Reefer echa un vistazo a la gente con cautela.

—Tiene razón.

—¡Canta, Fee! —grita Riley. Me vuelvo y la veo al lado de Taylor. Trevor me sonríe por encima de su hombro.

Pero justo en ese instante siento una oleada de electricidad estática tan fuerte que se me eriza todo el vello. Casi puedo sentir que cruje en mi piel.

Matt.

Matt

Sigo manteniéndome invisible. Me aparto del grupo de Frannie, doy una vuelta por el bosque e intento hacerme una idea de los alrededores. Allá donde mire hay parejas enzarzadas en diferentes estadios del proceso de seducción. Todo muy inocente, de verdad, por el momento no hay ningún alma en peligro. Pero mientras echo un vistazo a la multitud, la cara de Lili aparece en mi cabeza de pronto. Ha sucedido con bastante frecuencia en los últimos dos días, desde la primera vez que la vi, y cada vez que pienso en ella, me recorre el cuerpo una chispa eléctrica. La misma chispa que sentí cuando ella pasó a través de mí en su apartamento. Solo la he visto dos veces. Ni siquiera sabe que yo existo. Pero hay algo en ella que hace que sea casi imposible olvidarla.

Me apoyo contra el tronco de un arce en una esquina del jardín y observo lo que sucede. Y cada vez que veo a una pareja tocarse o besarse no puedo evitar preguntarme cómo sería estar con Lili así, tocarla de esa manera. Cierro los ojos y dejo volar mi mente tratando de figurármelo, tratando de imaginar cómo sería su piel,

su olor, su sabor... Siento un estremecimiento por todo mi cuerpo y me golpeo la cabeza contra el tronco.

Céntrate.

Abro los ojos. Frannie está hablando con la chica del grupo y Luc se ha apalancado justo al lado del barril de cerveza. Le ofrece una cerveza a una rubia que está intentando acorralarlo contra la baranda del porche. Ella le sonríe con sus brillantes labios rojos y coge su bolso, del que saca un papel rosa. Observo que él se lo guarda en el bolsillo antes de coger otro vaso y empezar a llenarlo.

Nunca me hubiera imaginado que mi hermana se enamoraría de un demoníaco imán para las mujeres. En cualquier momento le romperé el corazón. Por mí perfecto. Cuanto antes se dé cuenta de lo que él es en realidad, antes lo dejará plantado. Quizá pueda hacer algo para que ella encuentre ese papel...

Vuelvo a echarle un vistazo al jardín, mis ojos pasan por encima de los grupos de gente hablando y riendo y, en la periferia del jardín, veo cuerpos entrelazados escondidos bajo las sombras de los árboles.

Y, de pronto, Lili vuelve a aparecer en mi cabeza. Intento sacarla de mi mente, pero no se marcha. Así que me pierdo de nuevo en la fantasía. Siento que acerca su cuerpo al mío, haciendo que la desee de un modo que no debería. Pero en mi fantasía puedo tenerla. La estrecho entre mis brazos y cuando ella levanta la cabeza para mirarme, la beso. Yo deslizo mis manos por las curvas de su cuerpo, todos mis sentidos chisporroteando por el intenso calor que desprende su cuerpo mientras ella me devora con sus propias manos. Siento que la intensidad de mi deseo por ella crece en todo mi ser con una vertiginosa ola de desesperación.

El zumbido en mi sexto sentido hace que me sienta como si me hubieran electrocutado. De pronto, me doy cuenta de que el cosquilleo de mi fantasía no era solo por las manos de Lili. El zumbido detector de demonios lleva un buen rato avisándome.

He perdido toda la concentración.

Ni siquiera me detengo para averiguar de dónde procede o para reprenderme a mí mismo por mi fallo. Cruzo el jardín como una exhalación y envuelvo a Frannie en un campo protector.

Ella se separa un poco del grupo con un movimiento torpe.

—Tengo que irme —les dice a sus amigos y se gira para buscar a Luc, que se acerca a ella con dos vasos llenos de cerveza.

—La panda de amiguitos de tu novio están aquí —le susurro a Frannie al oído.

—¿Dónde? —me pregunta con los ojos abiertos y escudriñando el jardín.

—No lo sé exactamente, pero hay más de uno. Vete. —Le doy un pequeño empujón, pero ella ya se ha marchado.

Frannie alcanza a Luc.

—Matt dice que nos tenemos que ir —le susurra mirando en derredor.

Luc deja caer las cervezas y la coge de la mano. Nos dirigimos rápidamente de

vuelta al coche y, justo cuando llegamos a la calle, veo tres pares de ojos rojos observando desde la oscuridad del bosque. El gran demonio pelirrojo que estuvo en el restaurante de Ricco sale de las sombras y nos mira pasar. Aunque él no hace ningún gesto por detenernos, una fuerte corriente eléctrica atraviesa mi cuerpo.

Frannie está en posición de defensa, lista para atacar, pero Luc atrapa su mano y tira de ella en dirección al coche.

El demonio me lanza una sonrisa amenazadora. Aunque soy invisible, sabe que estoy aquí, de la misma forma que yo hubiera sabido que él estaba aquí si hubiera prestado atención. Dos más, más bajos que él pero igual de fornidos, aparecen de entre las sombras mientras yo me apresuro a llegar al coche de Luc.

¿Qué demonios está pasando? ¿Han venido a por Frannie?

Observo a Luc y a Frannie que se deslizan dentro del coche. Yo me quedo observando el grupo de demonios un rato más y luego me transporto al asiento trasero del Shelby.

Luc parece ensimismado, con los nudillos blancos de lo fuerte que coge el volante, mientras conduce esquivando los baches de la carretera.

—No vas a poder deshacerte de ellos —le digo mientras me hundo en el asiento trasero. Vuelvo los ojos hacia Frannie—. ¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, estoy bien.

—¿Te han hecho algo?

—No, solo lo que has visto.

—Es culpa mía. —La voz de Luc es débil, casi un susurro.

—Luc, basta.

Frannie posa su mano sobre el hombro de Luc, su rostro marcado por una profunda preocupación.

Luc sigue mirando hacia delante por el parabrisas, el rostro tenso, la mandíbula apretada.

—No creo que sea seguro para ti que andes cerca de mí.

—No me voy a marchar a ninguna parte para estar lejos de ti.

Él vuelve la mirada un momento hacia la cabeza de Frannie, apoyada sobre su hombro, y suelta un profundo suspiro antes de volver su atención de nuevo a la carretera. Parece estar convencido de algo, con ambas manos asiendo con firmeza el volante y los labios reducidos a una línea recta. Pero en esa breve mirada lo he visto.

La respuesta.

He visto sus ojos pasar de torturados a resueltos. Puede que, al fin y al cabo, sea capaz de hacer lo correcto. Si Luc creyera que está poniendo a Frannie en peligro, me parece que se marcharía.

Con esa convicción en mi mente, el demonio consigue ganar algo de respeto por mi parte. De hecho, si no fuera un demonio, creo que sería capaz de tolerar que estuviera con mi hermana.

Pero él es un demonio.

Así que ya sé lo que tengo que hacer.

Frannie

Luc ha aparcado donde siempre, bajo el enorme arce que hay al otro lado de la calle. Apenas puedo vislumbrar la parte de delante del parachoques del Shelby brillando entre las inquietas hojas a la luz de la luna. Pero llevo observándolo horas, desde que Luc me dejó en casa, e imaginándome que estoy allí fuera, en su coche, con él.

Levanto la barbilla de los brazos, que tengo apoyados sobre el alféizar de la ventana, y me froto con las manos el cuello dolorido. Cojo el teléfono móvil de mi mesilla de noche con la intención de llamar a Luc, pero me quedo mirándolo entre mis manos un largo instante, y pulso la marcación rápida para llamar a Gabe en su lugar.

Ni siquiera da ni un tono y salta directamente el contestador automático para decirme lo que yo ya sabía. No voy a poder localizar a Gabe por teléfono. Está desconectado o fuera de cobertura.

Pienso en la posibilidad de llamarlo con mi mente, de enviarle un mensaje reclamando su ayuda. ¿Vendría entonces?

Gimo para mis adentros y salgo de la cama. Gabe se fue por una razón. Podría sentarme aquí durante horas y seguir convenciéndome de que necesitamos que vuelva, cuando en realidad soy yo la única que lo necesita. Es estúpido e injusto por mi parte llamarlo para que vuelva solo porque lo extraño.

Suspiro y me pongo los vaqueros por debajo de la camiseta ancha que utilizo para dormir. Abro la puerta cuidadosamente para que no cruja y echo un vistazo al tranquilo y oscuro recibidor. Las bisagras de la puerta chirrían mientras abro esta lentamente y tomo nota mental de que hay que engrasar esas piezas. Mientras bajo las escaleras de puntillas, tomo más notas mentales. Era totalmente consciente de la existencia de un escalón que cruje al final de la escalera, pero hay algunos otros que también protestan, aunque de un modo más discreto, bajo mi peso.

Siento el latido acelerado de mi corazón en las sienes mientras me acerco a la entrada y tiro del pomo de la puerta. Con una última mirada hacia las escaleras, abro la puerta y aparezco en el porche.

Luc sale del coche a toda prisa y cruza la calle corriendo en cuanto me ve. Me coge la mano y me lleva directamente hacia el Shelby.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —me pregunta escrutando con la mirada el jardín de mi casa.

—Yo...

—¿Está aquí? ¡Mierda! ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? —Me mete en el coche en el asiento del copiloto.

—No, no es nada de eso. Yo simplemente...

—¿Qué te ha hecho, Frannie?

Él se pone en cuclillas a mi lado y me observa con unos ojos llenos de terror.

Siento el sabor del café en sus labios cuando me inclino, le paso la mano por el pelo y presiono mis labios contra los suyos. Sus músculos tensos no se relajan, pero es una tensión diferente. Su atención se desplaza de allí afuera a aquí dentro. Se centra en mí. Que es donde quiero que esté. Después de un momento, se aprieta más contra mí y me coge la nuca con la mano haciendo que nuestro beso sea más profundo. Al cabo de un buen rato, yo me aparto.

—No quería estar sola.

Luc me saca del coche de la mano y aprieta mi cuerpo contra la silueta del suyo.

—No es nada seguro para ti que estés aquí fuera —me dice suavemente entre mis cabellos—. Tienes que estar en casa, bajo el campo de protección de tu padre.

Yo me aparto de él.

—¿El qué de mi padre?

Sus labios se convierten en una línea mientras analiza el modo en que va a contestarme y lo mucho que me quiere decir.

—Hay algo que deberías saber sobre tu padre, Frannie. No sé exactamente lo que es, pero no podía leer su mente cuando yo era un demonio. —Sus ojos se deslizan hacia la calle y luego de nuevo hacia mí—. Tampoco podía atravesar las paredes para entrar en tu casa, cosa que solo puede pasar si hay un campo de protección celestial.

De pronto, me pongo a pensar en mi padre, que adora la tarta de manzana y el béisbol.

—¿Crees que sucede algo malo con mi padre?

Él sacude la cabeza, pero tiene el ceño fruncido, todavía pensativo.

—Nada malo, pero tiene alguna especie de conexión con los de arriba. ¿No se te ocurre ninguna razón?

—No, no hay nada extraño en mi padre... bueno, excepto que le gustan las coles de Bruselas. —Siento que se contrae mi rostro involuntariamente al hablar de ello.

Los ojos negros de Luc centellean bajo la plateada luz de la luna mientras sonrío y me pasa un brazo por la cintura dirigiéndome de nuevo hacia casa.

—¿Qué hora es?

—No lo sé, ¿las cuatro tal vez?

—Deberías estar durmiendo.

Yo vuelvo la cabeza y le sonrío.

—Tú también. Tu primer día de trabajo comienza en, ¿cuánto, seis horas? ¿No querrás quedarte dormido en el mostrador y babear encima de los libros?

Él se vuelve con unos ojos llenos de preocupación hacia mí.

—Después de lo que ha pasado en casa de los Gallagher esta noche no puedo dormir. Rhenorian anda por ahí merodeando, no voy a perderte de vista.

Llegamos hasta la puerta de entrada y él la abre lentamente. Me aprieta contra su

cuerpo con un beso y cuando intenta separarse, yo no le dejo. Cuando le paso las manos por el pecho, puedo sentir los latidos de su corazón bajo los dedos, casi tan rápidos como los míos. Sus labios trazan un camino desde mi boca a mi oreja y por mi cuello.

Intento despegarme de él y lo miro a los ojos.

—Creo que esto significa que tendrás que venir arriba conmigo —le susurro al oído.

Entrelazo mis temblorosos dedos entre los suyos y tiro de él hacia dentro para que cruce la puerta. Él se detiene en el umbral un momento y duda mientras sacude la cabeza.

Por favor. Por favor. Por favor, entra.

Suelta un profundo suspiro. Una sonrisa de culpabilidad se dibuja en la comisura de sus labios mientras da un paso adelante. Me mira fijamente con unos ojos interrogantes y yo le respondo llevándolo rápidamente al piso de arriba, hacia mi habitación, con la esperanza de que los escalones, que no dejan de crujir bajo nuestro peso, no suenen tan fuerte como me parece que suenan.

Cierro la puerta de mi habitación y me abrazo fuerte a él escuchando atentamente si se oye algún ruido en el pasillo o el recibidor. Al cabo de un rato, cuando veo que todo sigue tranquilo, me relajo y levanto los ojos para mirar a Luc.

Le brillan los ojos bajo la pálida luz plateada de la luna. Un cosquilleo eléctrico me recorre todo el cuerpo cuando él se inclina y me vuelve a besar, haciendo que se me ponga la carne de gallina. Lo empujo hacia la cama y me quito los pantalones vaqueros. Él suelta un suspiro agitado mientras yo me subo a la cama y le cojo el brazo tirando de él hacia mí.

—Frannie... —susurra mientras con la mano que tiene libre intenta agarrarse con fuerza al pomo de la puerta.

Yo me pongo un dedo sobre los labios y luego vuelvo a ofrecerle mi brazo para que se acerque.

Él le echa un vistazo a la puerta, luego se quita las botas y se desliza en mi cama. Yo me acurruco contra su cuerpo y acerco mi rostro a su cuello.

—Esta es una idea realmente mala —masculla entre mis cabellos. Pero mientras deslizo mis manos por su pecho, su estómago y más abajo, siento que su cuerpo opina que es una buena idea.

Le mordisqueo el lóbulo de la oreja.

—Creo que es la mejor idea que he tenido nunca. —Aprieto mi cuerpo contra el suyo y lo beso con pasión—. Llevas demasiada ropa puesta —le susurro al oído. Él se reclina sobre el codo y se quita la camisa por la cabeza y luego me quita mi camiseta. Se queda mirando mi prácticamente completa desnudez un instante mientras yo intento que él no vea que tiembla todo mi cuerpo.

—Frannie... —vuelve a decir susurrando y me doy cuenta de que no soy la única que está temblando.

Enredo mis dedos entre su pelo y atraigo sus labios hacia los míos. Su boca se desliza a mi oreja.

—No está nada mal para no saber cómo utilizar tu influencia sobre la gente.

Me estremezco al sentir su cálido aliento en mi oreja y sonrío.

—Tú eres el que ha dicho que tengo que practicar.

Cuando se reclina contra la almohada, su expresión es tensa.

—Tenía la esperanza de que eligieras otro objetivo. Ya sabes de sobra que tu influencia funciona perfectamente conmigo.

Él cubre mi cuerpo con la sábana, arrojándose con cuidado y luego me aparta el pelo enredado de la cara con uno de sus dedos.

Yo me acuesto bocarriba y suelto un suspiro de frustración.

—¿Quieres que utilice mi influencia para atraer a otra persona que no seas tú a mi cama? A la mayoría de los chicos ni siquiera habría que preguntarles si quieren dormir con sus novias.

—Supongo que a estas alturas ya deberías saber que yo no soy la mayoría de los chicos. —Su dedo dibuja la línea de mi ceja—. He pasado siete milenios haciendo mal las cosas, y esto es algo que realmente quiero hacer bien.

—Pero yo te quiero. No hay nada malo en que quiera estar contigo.

Su rostro se oscurece y sus ojos se distancian de mí.

—Estoy casi seguro de que todo lo que tenga que ver con que tú estés conmigo está mal.

—No hagas que vuelva a utilizar mi influencia sobre ti otra vez —musito acariciándole la mejilla y haciendo con ese gesto que él vuelva a la habitación, a mi lado.

Cuando fija sus ojos sobre los míos, su mirada es profunda.

—Frannie... —empieza a decir sin terminar la frase, se apoya sobre el codo y sigue mirándome fijamente a los ojos—. No tienes que utilizar tu influencia para hacer que te quiera. En toda mi larga existencia, nunca había querido tanto una cosa. Pero necesito que esto —hace un gesto entre nosotros dos— sea algo más que solo sexo.

Él me cubre las mejillas con sus manos, suavemente.

—No quiero estropear lo que tenemos haciendo algo imprudente.

Yo le doy un empujón para apartarlo de mí.

—¿Estás diciendo que es como si tuviera una enfermedad contagiosa o algo así?

Él reprime una carcajada y se tapa con las sábanas a mi lado, entrelazando mi cuerpo con sus brazos y hundiendo su rostro entre mis cabellos.

Quiero cabrearme con él, pero me siento extrañamente feliz mientras me acurruco en la curva de su hombro y me relajo sobre la suavidad de su piel.

Hasta que se oye un golpe en el pasillo.

En un abrir y cerrar de ojos, Luc se aparta a un lado de la cama y se pone de pie entre la ventana y la cama. Yo cojo mi camiseta del suelo, pero cuando me la pongo

por la cabeza huelo a canela y me doy cuenta de que me he equivocado y he cogido la de Luc. Me la pongo igual y me tapo bien con las sábanas.

Se encienden las luces del pasillo y oigo puertas abriéndose mientras toda mi familia sale al pasillo. Al cabo de un momento, oigo que llaman a mi puerta.

—¿Sí? —digo intentando parecer dormida aunque siento que el corazón se me va a salir por la garganta y apenas puedo respirar. Realmente estoy todo menos dormida, creo que nunca en mi vida había estado tan despierta como ahora mismo.

La puerta se abre y aparece papá en el umbral. Él mira en derredor y dice:

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Qué ha sido eso?

—El espejo del recibidor ha caído de la pared. Debe de haber cedido el clavo.

—Vale —digo dándome la vuelta de espaldas a él y haciendo como que estoy prácticamente dormida. Pasado un buen rato, la puerta se cierra.

Me quedo tumbada, completamente quieta, mientras la casa vuelve a sumirse en la calma y las luces del pasillo se apagan. Después de lo que me parece una eternidad, Luc asoma la cabeza por encima de la cama.

—Te dije que esto era una mala idea —dice susurrando con una sonrisa nerviosa en el rostro—. Si tus padres me pillan aquí...

No necesita terminar de expresar ese pensamiento. Hemos empezado a hacer progresos con mis padres. A ellos no les gusta Luc, pero parece que ya no lo odian tampoco.

Me siento en la cama y él se fija en que llevo su ropa.

—Me gusta cómo te sienta.

—Perdona —le digo mientras empiezo a quitármela.

Levanta una mano con una especie de pánico en el rostro.

—No te la quites. Tengo mi camisa en el coche.

Sonrío. Me gusta verlo sin camiseta. Vuelvo a extender el brazo hacia él, pero sacude la cabeza tranquilo mientras una suave sonrisa cruza su rostro.

—Creo que ya hemos tentado demasiado a la suerte.

Se dirige hacia la ventana, mira abajo y duda un momento.

—Esto sería mucho más fácil si me pudiera desvanecer y teletransportar a mi coche.

Yo me levanto de la cama y me pongo a su lado.

—Te vas a partir el cuello. Deberías quedarte. —Le cojo la mano y le paso el brazo por mi cintura.

Quédate conmigo.

—Frannie, por favor. Ha sido tu influencia lo que me ha traído hasta aquí, contra todo lo que mi juicio me decía que hiciera, debo añadir. Pero de verdad que me tengo que marchar.

Él me besa y luego vuelve de nuevo la mirada hacia el árbol. Con el corazón en un puño, observo que abre la ventana y sube al alféizar. Alcanza una rama del árbol y

tira de ella un par de veces para comprobar su resistencia. Luego la coge con ambas manos y salta fuera de la casa. La rama se dobla bajo su peso. Yo doy un grito ahogado al oír un crujido, pero la rama puede mantenerlo hasta que sus pies alcanzan otra rama mayor, más cercana al tronco. Lo miro y es como si fuera un gato negro saltando de rama en rama, con los pies firmes y seguros. Poco a poco, va bajando hasta llegar al suelo. Entonces me doy cuenta de que estaba aguantando la respiración y suelto aire en un tembloroso y lento resoplido cuando él, por fin en el suelo, se vuelve para mirarme. ¡Dios mío, qué guapo es!

El horizonte está empezando a colorearse de rosa con el principio del nuevo día. Luc se aleja lentamente hacia su coche y el corazón me duele un poco más con cada paso que da.

—¿Qué demonios pasa contigo? —me susurra Matt al oído, dándome un susto de muerte.

Consigo reprimir el grito y me vuelvo hacia él. Me está mirando con el ceño fruncido y cuando me ve con la camiseta de Luc pone los ojos en blanco.

—¿Aquí? ¿Ibais a hacerlo aquí? ¿Con papá y mamá justo en la habitación de al lado?

Me arde el rostro y tengo que luchar para mantener mi voz en un susurro.

—¿Nos estabas mirando?

Él retrocede unos pocos pasos.

—Soy un ángel, no un mirón. No os observaba. Pero no es necesario ser un ingeniero aeronáutico para suponer que no arrastras a tu novio a tu habitación en mitad de la noche solo para hablar.

—Para tu información, estábamos solo hablando. Luc me ha detenido.

—Sí. Por eso llevas su camiseta. —Su sonrisa es amarga.

Me doy la vuelta para ocultar mis mejillas que están ardiendo.

—En cualquier caso, no es asunto tuyo lo que Luc y yo hagamos ni dónde lo hagamos.

—Ese es exactamente mi trabajo. Mi trabajo consiste en protegerte, incluso si es de ti misma. No voy a permitir que hagas esto, Frannie. No voy a permitir que arruines tu vida.

Una incontrolable ira se apodera de todo mi ser cuando de pronto me doy cuenta de lo que ha pasado... de lo que ha hecho. Me pongo de pie y lo sacudo tan fuerte como puedo.

—Tú has hecho que el espejo se cayera de la pared, ¿verdad?

Él se aleja de mí unos pasos tambaleándose y una sombría sonrisa cruza su rostro.

—¡Por Dios, Matt! —Me cojo de los pelos y tiro de ellos mientras lanzo un gemido y me vuelvo hacia la ventana. Observo el Shelby que sigue aparcado en la calle y respiro profundamente. Luego me vuelvo hacia Matt.

—¿Podemos hablar de esto más tarde?

Su rostro se suaviza, asiente y desaparece.

Subo a la cama y me tapo con la sábana hasta la cabeza. Al cabo de un rato, saco la cabeza de debajo de la sábana y escruto la habitación con la mirada. Sigue vacía.

Dibujo el recorrido de los labios de Luc con el dedo y todavía puedo sentir el cosquilleo en mi piel cuando me toca. Cierro los ojos y me llevo su camiseta a la cara, lo cual apacigua mi respiración y hace que mi corazón vuelva a latir a un ritmo normal.

Estoy feliz de tener a Matt de nuevo a mi lado. Pero ¿quién iba a imaginarse que tener un ángel de la guarda acabaría siendo algo tan tremendamente molesto? Él es como mi cinturón de castidad personal. Aunque he jurado que no utilizaría mi influencia sobre mi familia, puede que debiera intentarlo con Matt, solo para hacer que me deje un poco más de margen. Al fin y al cabo tengo que practicar.

Sonrío al recordar lo bien que casi había funcionado con Luc. Aunque en realidad yo no pretendía utilizarlo. Finalmente me quedo dormida con el olor de la canela en mi nariz y el crepitar del fuego bajo mi piel. Y en mis sueños, Matt no nos interrumpe.

Un trato con el demonio

Luc

El edificio de la biblioteca del condado de Essex, en Haden, es una mole grisácea que hay cerca del instituto. La biblioteca está ubicada en lo que antes era el ayuntamiento, una de las construcciones de la ciudad más antiguas, que se remonta a mediados del siglo XVI. Y, al igual que muchos de los edificios de Haden, parece tan viejo como es. Dejo el coche en el aparcamiento y cruzo la calle corriendo hacia el edificio de piedra. Le echo un vistazo al reloj de la torre y compruebo que llego puntual. Quería haber llegado un poco antes mi primer día, pero he pasado por casa de Taylor a dejar a Frannie de camino hacia aquí y no podía irme hasta estar seguro de que Matt se encontraba allí.

No puedo evitar sonreír mientras observo atentamente a través del panel de cristal que hay en las puertas de madera talladas. Luego las abro y entro en la biblioteca. Incluso mi nariz humana es capaz de advertir los perfumes del recinto: polvo, papel viejo e historia. Les echo un vistazo a los lomos de los libros que hay en las estanterías mientras me dirijo hacia el mostrador. Una selección bastante limitada, pero también puedo ver todos los clásicos y algunos excelentes títulos algo más oscuros.

La escuálida figura de una mujer detrás del mostrador que hay en el centro de la grande y tenebrosa sala está sacando libros del carrito y colocándolos en una estantería en la que se puede leer «Reservados».

Yo me acerco, me inclino sobre el mostrador y me aclaro la garganta. Cuando ella se vuelve yo le ofrezco la mano.

—Hola. Soy Luc Cain.

Ella me observa detenidamente con unos inquisitivos ojos de un gris pálido. No puede tener menos de cien años a pesar de los rizos color negro azabache que le enmarcan el arrugado rostro. Ella me devuelve el saludo con su fina y huesuda mano y me da un apretón con una fuerza sorprendente.

—Soy Mavis Burnes, directora de la biblioteca. Hemos hablado por teléfono.

—Encantado de conocerla.

—Lo mismo digo —responde ella con una voz temblorosa mientras me suelta la mano—. Debo admitir que me quedé más que sorprendida por su conocimiento sobre los libros y el sistema de clasificación —dice mirándome de nuevo—. Evidentemente eres demasiado joven para haber trabajado en cualquier otra biblioteca con

anterioridad.

—Pero he pasado mucho tiempo leyendo. —Me doy la vuelta y vuelvo a analizar con la mirada la pila de libros, preguntándome si habrá alguno que no haya leído todavía y que merezca la pena ser leído.

Chase Gallagher, que es por el que me enteré de este trabajo, aparece por entre las estanterías con una colorida camiseta y se recoloca los mechones sueltos en la pequeña coleta que lleva anudada a la nuca.

—¡Eh, Luc! ¿Listo para empezar?

—Sin lugar a dudas.

Chase me explica el sistema que manejan con el ordenador para organizar los libros. Mavis escucha a hurtadillas y nos interrumpe para subrayar la importancia de algunos puntos específicos. Termina mi charla de orientación con una visita a toda la biblioteca.

—La semana que viene tenemos que trasladar la sección infantil aquí —señala con el dedo una amplia zona de la biblioteca cerca de la entrada, donde ahora se encuentra la sección de libros de viajes—. Así que te tocará quedarte hasta tarde por lo menos una tarde, seguramente el jueves de la semana que viene, para ayudarnos a reorganizar los libros en las estanterías.

—Ningún problema.

Él me da un codazo.

—Luego podríamos acercarnos a la casa de los Cavanaugh a por nuestras mujeres.

Casi soy incapaz de reprimir la sonrisa al pensar en lo que Frannie haría si me oyerá referirme a ella como «mi mujer». Me la imagino haciendo volar a Chase por los aires y tirándolo al suelo. Se me dibuja una sonrisa en los labios. Él la malinterpreta y arquea las cejas sugerente.

—Las chicas Cavanaugh son algo especial, ¿verdad?

Mi sonrisa se hace más amplia.

—Muy especial, de hecho.

Se mete la mano en el bolsillo y saca una llave.

—Mavis abre siempre —dice haciendo un gesto con la cabeza hacia el mostrador—. Y nosotros nos turnaremos cerrando, así que la necesitarás.

Mientras cojo la llave de su mano, miro por encima de su hombro y veo a la chica de mi edificio, Lili, que entra por la puerta. Se detiene una vez ha atravesado el umbral, se da la vuelta y parece que va a marcharse por donde ha venido.

—Perdona —le digo a Chase. Me acerco a ella mientras abre la puerta para salir.

—¿Buscabas algo, Lili?

Ella da un salto y se gira para mirarme con los ojos muy abiertos. Al verme a mí allí, suelta un suspiro.

—¡Oh, hola, Luc!

Yo le sonrío con la intención de inspirarle confianza.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Bueno, pensaba que aquí habría algún tablón de anuncios con ofertas de trabajo o algo así.

—¿Estás buscando trabajo?

—Ya casi me he pulido el dinero de este mes. Necesito encontrar algo y rápido.

—Mmm... —Echo un vistazo en derredor y el único tablón que veo tiene anuncios relacionados con la biblioteca sobre los horarios de lecturas para niños y la lectura de un autor en particular—. Deja que le pregunte a Mavis.

Ella vuelve a dar un salto del susto cuando le cojo el brazo para llevarla hacia el mostrador, y luego suelta un nuevo suspiro y esboza una tímida sonrisa. Camina a mi lado hacia el mostrador donde Mavis está revisando los libros que se han devuelto.

—Mavis, ¿sabe si hay algún sitio en el que haya anuncios de ofertas de trabajo por el barrio?

Mavis me observa atentamente y luego dirige su mirada hacia Lili, jugueteando con los dedos con la cadena de plata que lleva colgada al cuello.

—¿Aparte del periódico? Bueno, siempre puedes mirar en el centro de la comunidad que hay en la calle Elm. Creo que sería la mejor opción.

—Gracias —dice Lili bajando la mirada.

—¿Sabes dónde es? —le pregunto mientras nos dirigimos hacia la puerta.

Lili asiente con la cabeza.

—Así que trabajas aquí —dice mientras escruta con la mirada los montones de libros antes de mirarme a mí.

—Desde hoy.

Sus ojos se iluminan con una sonrisa sincera.

—Al parecer no eres solo una cara bonita.

Yo suelto una carcajada y Mavis me mira con el ceño fruncido por encima de las gafas.

Lili vuelve rápidamente la mirada hacia Mavis. Se encoge de hombros y entrecierra los ojos.

—Perdona —dice susurrando.

—Ha sido culpa mía —le respondo con otra sonrisa tranquilizadora—. No te preocupes. ¿Nos vemos luego?

Ella asiente y se desliza por la puerta.

Pero justo en el momento en que me encamino al mostrador la puerta se abre y Rhenorian entra en la biblioteca. Se queda revisando las estanterías que hay en la entrada, pero sus ojos no se fijan en ningún libro. Sus ojos están fijos en mí. Hace un gesto de asentimiento casi imperceptible con la cabeza, un recordatorio para que no olvide que me está vigilando.

Me está persiguiendo, diría yo.

Pero mejor que sea yo al que persigue que no a Frannie. Nunca se lo diría a Frannie, pero desde lo de la fiesta del otro día en casa de Chase no estoy muy seguro

de que Matt esté todo lo centrado que debería. Es culpa mía que Rhenorian y los suyos anden por aquí, pero Matt debería haberse dado cuenta de su presencia antes de que se acercaran tanto. Gabriel escogió a Matt porque tiene un interés especial en Frannie, pero no creo que eso sea suficiente.

Rhenorian sonrío dejando entrever sus colmillos antes de darse la vuelta y salir a la calle. Yo me acerco a la puerta y observo que se desliza en el asiento del conductor de un Lincoln plateado descapotable. Una parte de mí desea que se marche, pero al ver que no lo hace, pienso que es mucho mejor así. Hay algo tranquilizador en el hecho de saber quién es tu enemigo, o como mínimo saber su paradero.

Pienso en Frannie, que está en la presa con sus amigas. Intenté convencerla para que no fuera, pero ella quería ir y Matt había prometido que haría bien su trabajo. Al final acabé cediendo porque Frannie no puede vivir como un animal enjaulado. Necesita tener su vida, lo que significa que yo debo confiar en Matt.

De todos modos, es mejor tener a Rhenorian donde lo pueda vigilar.

A las cinco, cuando salgo de la biblioteca, todavía está ahí. Me observa cruzar la calle para dirigirme a mi Shelby. Al principio pienso en marcharme directamente a mi apartamento para mantenerme alejado de Frannie. Pero no puedo hacerlo. Necesito verla, asegurarme de que está bien. Así que cojo el coche y conduzco en dirección a la presa.

Y Rhenorian me sigue.

Aunque no parece ser una amenaza inmediata para Frannie, continúa sin gustarme que esté cerca de ella. Por mucho que odie admitirlo, una parte de mí desearía que Gabriel no se hubiera marchado porque lo poco que queda de mí de los infiernos va a hacer que me resulte muy complicado poder proteger a Frannie como debería.

El hecho de pensar que Frannie estaría mucho mejor si yo me marchara me taladra la cabeza mientras observo a Rhenorian detrás de mí. Y aunque eso fuera cierto, y a pesar de lo que le prometí a su abuelo, no estoy seguro de que pudiera obligarme a mí mismo a marcharme de aquí.

Frannie

Cuando veo a Luc de pie sobre la roca que hay en el sendero, no puedo evitar sonreír. Me acerco nadando hasta las rocas y salgo del agua, abrazándolo con fuerza y mojando por completo la parte de delante de su camiseta y sus vaqueros. Pero él me abraza con más fuerza todavía.

Estar entre sus brazos en la parte rocosa de la presa hace que acudan ciertos recuerdos a mi mente. Lanzo un vistazo al columpio, hecho con una cuerda que hay justo detrás, y recuerdo la noche en que traje a Luc aquí, bajo las estrellas. Me estremezco ante el recuerdo. No fue nuestro primer beso, pero fue definitivamente de

ensueño y la noche más romántica de mi vida, hasta que pasó lo que pasó. Puede que fuera culpa de las estrellas. Pero, aparte de eso, Luc bajó la guardia y aquella noche me mostró quien era él en realidad. Estoy convencida de que fue entonces cuando me enamoré de él, aunque en aquel momento nunca hubiera sido capaz de admitirlo.

Ahora mismo, por el contrario, una de las personas a las que más detesto está sentada sobre el disco de madera que hace de asiento del columpio, con sus dorados rizos al viento, mojándose los pies en el agua con el balanceo del columpio y tratando de poner una pose lo más atractiva posible. Aunque en realidad no se meterá en el agua. Por nada del mundo permitiría que se le enmarañara el pelo y se le corriese el perfecto maquillaje para aparecer como una rata mojada. Sus desarrollados pechos apenas caben en el pequeño bikini negro que lleva y deseo que Luc y yo ya nos hayamos ido antes de que ella se tome un par de cervezas más y acabe enseñándoselos a todos. Hay que decir a su favor que son cien por cien auténticos. Todos nosotros, chicos y chicas por igual, hemos asistido al desarrollo de sus pechos desde sexto curso con gran fascinación e interés.

Riley y Trevor salen del agua por las rocas y se acercan hasta donde estamos nosotros.

—¡Vaya, Luc! —dice Trevor—. Ya te has librado de los libros, ¿eh?

Yo le doy un codazo.

—¡Cállate, Trev! Si tú supieras leer...

Me lanza una sarcástica mirada acompañada de una sonrisa.

—¿Dónde está Tay?

Riley señala hacia la presa a un grupo de chicos que están sobre el acantilado que hace de trampolín, que no es un acantilado propiamente dicho, solo un grupo de rocas que sobresalen sobre el agua. Tienen una altura de unos tres metros solamente, pero supongo que el hecho de llamarlo acantilado hace que los chicos se sientan más masculinos.

Evidentemente Taylor está allí arriba, imponente con su diminuto bikini rojo. Tuerzo un poco el gesto al descubrir con quién está hablando.

—¡Maldita sea! ¿Ese es Brendan?

Riley asiente.

—Ha vuelto para las vacaciones de verano.

¿En qué demonios está pensando Taylor?

Mi gesto se tuerce y frunzo el ceño.

—Así que Taylor vuelve a existir para él. Muy bonito por su parte.

Brendan Nelson es el chico con el que Taylor perdió su virginidad y a pesar de todo lo que dice, él es el único chico con el que se ha acostado. También es el único chico que le ha roto el corazón. Se marchó a la universidad de Penn State con una beca de fútbol completa el año pasado, y por lo que sabía Taylor, seguían saliendo juntos. Cuando él dejó de responder a sus llamadas y no se molestó en decirle a ella que había vuelto a casa para la fiesta de Acción de Gracias, se hizo evidente que no lo

estaban.

—Lo sé —dice Riley—. No puedo creer que esté allí con él.

Trevor pone los ojos en blanco.

—Ese tío es un auténtico gilipollas.

Vuelvo a mirar a Taylor justo en el momento en que Brendan le desliza un musculoso brazo por la cintura. Ella le rodea el cuello con los brazos y él se inclina hacia ella para besarla.

Esa escena hace que tenga ganas de vomitar.

Pero un instante después, Brendan Nelson está volando por los aires y gritando como una niña pequeña. Cae al agua y los gritos se detienen para volver a empezar justo cuando su cabeza vuelve a salir a la superficie. Por el modo en que se retuerce, algunos de sus amigos se dan cuenta de que no sabe nadar y se lanzan al agua para sacarlo. Lo arrastran hasta las rocas mientras él no deja de gritar y maldecir.

Yo empiezo a partirme de risa cuando Taylor nos saluda con la mano y se tira desde el acantilado con un elegante estilo. Se acerca nadando hacia nosotros y sale del agua.

—¡Qué gilipollas! —dice repitiendo las palabras que acababa de pronunciar su hermano.

Me vuelvo para explicarle la situación a Luc y veo que sus ojos siguen clavados en el acantilado. Al seguir su mirada descubro a tres tipos escondidos entre los árboles cerca del acantilado, vestidos de un modo bastante inapropiado para ir a nadar, con vaqueros y camisetas negras. Reconozco al que está en medio de los tres. Es el tipo enorme y pelirrojo de la fiesta de los Gallagher y del restaurante de Ricco.

Luc entrelaza sus dedos con los míos.

—No debería haber venido hasta aquí —dice en un susurro que solo yo puedo oír. Me vuelvo de nuevo hacia el acantilado y han desaparecido.

—No pasa nada. Podemos marcharnos.

Él me acaricia la mejilla con los dedos.

—¿Anda Matt por aquí?

Yo asiento, prácticamente convencida de que es cierto y de pronto una piedra sale volando por los aires y le acierta a Luc en la cabeza. Él hace una mueca de dolor y se gira para mirar a sus espaldas, donde evidentemente no hay nadie.

—Está aquí —dice con voz disgustada.

Yo echo un vistazo al espacio vacío que hay detrás de Luc.

—Vámonos.

Él sonrío y me da un beso suave en la mejilla.

—Deberías quedarte con tus amigos. Solo quería asegurarme de que estabas bien —vuelve a lanzar una mirada sobre su hombro— y de que no estabas sola.

Yo lo cojo por el brazo.

—Quédate.

Sus ojos vuelven a quedarse clavados en el acantilado.

—Sería preferible que no lo hiciese.

—Está bien —digo enfadada con un bufido—. Haz lo que quieras.

Él se ríe y me coge entre sus brazos.

—No tienes la menor idea de lo guapa que estás cuando te enfadas.

Yo sonrío, me acerco más a él y poniendo carita de niña buena le digo:

—¿Lo suficientemente guapa como para hacer que te quedes?

Todavía sonriendo, él echa un vistazo en derredor. Angelique se baja del columpio y se pone a hacer poses. Él vuelve a mirarme y pone los ojos en blanco.

—Diviértete con tus amigos. Nos vemos luego.

Me aprieta la mano, regresa al sendero y se pierde entre las sombras del bosque. Yo veo tres sombras que se mueven tras él. Empiezo a caminar por el sendero tras él, pero algo me tira del hombro y me detiene. Matt.

—Ya es mayor, Frannie. Estará bien —me susurra al oído.

Observo a Luc mientras se marcha, deseando que no fuera tan malo en judo como es en realidad.

Matt

Una vez sé que Frannie se quedará quieta donde está, sigo a los demonios por el sendero detrás de Luc. Luc se sube al Shelby y cuando Rhenorian y los hermanos Tweedle^[1] se transportan dentro del Lincoln, yo hago lo mismo.

—Bueno, he estado pensando que...

Antes de que pueda terminar de decir lo que he pensado, aparecen tres puños encendidos a escasos milímetros de mi cara.

—Nada como matar al mensajero —digo entrelazando los dedos detrás de mi cabeza y repantigándome en el asiento trasero.

Los ojos de Rhenorian siguen el Shelby de Luc mientras se incorpora a la carretera y avanza. Baja el puño y los demás lo imitan.

—¿Qué quieres?

—Estaba a punto de haceros la misma pregunta.

En una centésima de segundo vuelvo a tener sus puños frente a mi cara.

—No juegues conmigo, querubín.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Podemos seguir así todo el día —digo apartando el puño de mi cara—, o podemos intentar averiguar cómo podemos ayudarnos mutuamente.

Él se queda en silencio durante un largo minuto y luego habla:

—Primero dime si lo has hecho tú.

—¿Hacer qué?

—Convertirlo y marcarlo.

Yo suelto un bufido sonriendo.

—Supongo que hablas del demonio.

—Lucifer —me confirma él.

—Antes que nada, el hecho de que esté marcado para el Cielo me da ganas de vomitar, si tuviera estómago. Y segundo, yo no tengo el poder para convertir a un demonio en humano.

—¿Entonces quién?

Esto es peligroso. Tengo la sensación de que puedo poner a Frannie en peligro si lo digo, pero por otro lado no puedo mentir. Ni siquiera a un demonio.

—¿Qué más te da? ¿Qué consecuencias tiene para ti que el demonio sea mortal? Entrecierra los ojos y me mira atentamente.

—Tengo órdenes. Se supone que debo llevarlo de vuelta.

—¿Para un juicio? —No consigo esconder la esperanza que se escapa de mi voz. Él sigue mirándome detenidamente pero no responde.

Me muevo incómodo en mi asiento y cruzo la pierna sobre la rodilla.

—Puede que estemos del mismo lado, por muy extraño que parezca.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no se me rompería el corazón si el demonio desapareciera.

Una malévola sonrisa se dibuja en sus labios, haciendo que su rostro adquiriera un aspecto más demoníaco si cabe. He conseguido captar su interés.

—Él es un demonio. Igual de estúpido que todos los demonios —digo haciendo un gesto hacia el par de imbéciles que tengo a ambos lados.

Me lanza un gruñido con los ojos rojos llameantes, pero no se mueve.

—Así que, ¿hasta qué punto puede ser difícil hacerlo pecar? ¿Invertir su marca? —sigo diciendo.

El demonio más grande se apoya contra el asiento.

—Te escucho.

—Lo necesitas de nuevo en su forma demoníaca para devolverlo al Infierno para un juicio, ¿no es así?

—Sería lo mejor. —En el rostro de Rhenorian se dibuja una malévola sonrisa, como un gato que ha visto un ratón—. Pero arrastrar su alma humana de nuevo al Infierno sería la segunda opción.

—Bien. Si pudiéramos convencerlo... —Me detengo de pronto al darme cuenta de que casi descubro el secreto de Frannie—. Creo que sé el modo de volver a convertirlo en demonio.

Los ojos de Rhenorian sueltan un destello rojo.

—¿Cómo?

—Yo me ocuparé de ello. Vosotros solo tendréis que estar preparados. Cuando llegue el momento, sed rápidos, antes de que ella... —Me detengo de nuevo—. Solo estad preparados. Será evidente cuando vuelva a convertirse en un demonio.

Estira la mano y me coge de la camiseta con el puño.

—Necesito más, querubín. Detalles.

El hermano Tweedle que tengo sentado a mi lado en el asiento trasero intenta cogerme por el brazo y yo lo neutralizo con un relámpago blanco. Suficiente para hacer que se detenga.

—No —le advierto, inclinándome hacia delante y acercándome al rostro de Rhenorian para que vea que no me siento intimidado.

Él sonrío a medias, y observa mientras uno de los Tweedle arde y cuando el otro se da la vuelta para contraatacar, Rhenorian me suelta la camiseta y le propina un puñetazo en la mandíbula. Se vuelve hacia mí y sonrío.

—Así que se supone que lo único que puedo hacer es confiar en ti. ¿Te crees que soy estúpido?

No puedo apartar la sonrisa de suficiencia de mi cara.

—Igual de estúpido que todos los de tu clase.

De pronto siento su puño ardiendo en mi rostro. Levanto las manos, mi cara es una máscara de fingida inocencia.

—Eh, has preguntado, y los ángeles no pueden mentir.

Su puño brilla todavía más y luego lo baja con un gruñido.

—Simplemente estad preparados —repito y luego me vuelvo a transportar a la presa con Frannie. Todo lo que tengo que hacer es convencer a Luc de que ella estará mejor sin él. Él se marcha, ella se olvida de él y, *voilà*, él estará muerto o se habrá vuelto a convertir en un demonio. Cualquiera de las dos opciones me vale. Y si se convierte en un demonio, el hecho de que Rhenorian lo lleve al Infierno me asegurará que no pueda cambiar de opinión y regresar con Frannie.

Observo a Frannie y a Taylor tirarse agua a la cara y casi me siento culpable. Pero lo cierto es que inevitablemente Luc acabará defraudándola. En su verdadera esencia, él es un demonio. Y quién sabe cuánto daño puede hacer mientras tanto.

Mejor para ella que nunca llegue a sufrir todo eso. Estoy haciendo lo correcto.

Culpable como el pecado

Luc

Dejo el coche en la zona de aparcamiento de mi edificio y apago el motor. Por el espejo retrovisor veo que Rhenorian aparca su coche en un espacio libre que hay en una esquina. No puedo distinguirlo a través de los cristales tintados, pero mientras el crepúsculo dorado se va acercando cada vez más al negro, capto el brillo de unos ojos rojos mirándome desde la oscuridad del coche.

Él está aquí en una misión, igual que yo lo estaba. El fracaso supone el desmembramiento en el pozo del Fuego Eterno, porque estoy bastante convencido de que nadie va a convertirlo en un ser mortal ni a marcar su alma para el Cielo. Lo que significa que no va a rendirse.

Me quedo allí sentado, observando a quien me observa y preguntándome cómo evolucionará todo esto. ¿Cómo puedo deshacerme de él? Mientras tenga a esta sombra pisándome los talones tendré que mantenerme alejado de Frannie. Antes me he comportado como un egoísta al ir hasta la presa. No puedo ponerla en peligro.

La camioneta de Lili aparca justo a mi lado mientras yo estoy saliendo del coche.

—¡Eh, Luc! —dice Lili mostrándome una caja blanca—. He pedido una *pizza* a pesar de que no me lo puedo permitir. Tenía antojo de salami. ¿Quieres ir a medias?

—Perfecto. —Le abro la puerta de las escaleras para que pase delante.

Ella se desliza por debajo de mi brazo y cuando llegamos al segundo piso se da la vuelta y me mira con un gesto avergonzado en el rostro.

—¿Te parece bien si comemos en tu apartamento? El mío está hecho un desastre.

—Claro.

Cojo la caja de la *pizza* de las manos y abro la puerta del apartamento de par en par. Dejo la *pizza* encima de la mesa de la cocina y voy hacia el armario para sacar unos platos.

—¿Qué quieres beber?

—Me da igual, lo que tengas.

Me siento en la silla con los platos y dos botellas de agua.

—¿Qué te debo por la *pizza*? —le pregunto desenroscando el tapón de su botella y ofreciéndosela.

Ella coge un trozo de *pizza* de la caja y rompe los hilos de queso con el dedo.

—Diez. Me parecía que no me podría terminar una grande y que me sobraría, pero luego he pensado que igual tú no habías comido y querías... —Deja la frase sin

terminar y vuelve los ojos con un movimiento rápido hacia mí—. Que querías un poco.

Sus ojos se encuentran con los míos y, de pronto, algo salvaje me recorre todo el cuerpo y hace que me estremezca. Con cierto esfuerzo, logro deshacerme de su mirada y cojo un trozo de *pizza* de la caja.

—Gracias.

Comemos en silencio y yo tengo que esforzarme por mantenerme concentrado en la *pizza*. Pero, a pesar de todos mis esfuerzos, no puedo evitar que mis pensamientos se centren en Lili, tratando de descifrar qué es lo que veo en su mirada. Al final, sacudo la cabeza. No era nada. Solo mi febril imaginación. Rhenorian me tiene completamente fuera de mis casillas, eso es todo.

Mientras recobro la compostura en mis adentros, dejo que mis ojos vuelvan a toparse con los de ella.

—Y qué, ¿has tenido suerte buscando trabajo?

Ella se encoge de hombros.

—Estoy en ello. Había algunos trabajos de verano en el tablón de anuncios de la asociación de vecinos del barrio, pero me he puesto a buscar un poco tarde, así que la mayoría ya están cubiertos.

—Estoy convencido de que algo encontrarás. Me mantendré alerta por si me entero de algo.

Siento que se relajan mis músculos, que tenía totalmente contraídos, mientras le respondo. Definitivamente ha sido todo cosa de mi imaginación. No hay nada extraño en ella aparte de esos inquietantes ojos verdes.

—Así que estás trabajando en la biblioteca. ¿Y Frannie, también trabaja?

Cojo otro trozo de *pizza* de la caja y rompo los hilos del queso con los dedos.

—Frannie empezó a trabajar en el restaurante de Ricco justo después de que terminaran las clases.

Ella me sonrío.

—El restaurante de Ricco es un poco cutre. ¿Cómo dejas que tu novia trabaje ahí?

Yo suelto una carcajada y me inclino hacia atrás con la silla apoyada sobre las patas traseras.

—No conoces bien a Frannie. Yo no le dejo que haga nada, ella manda.

—¿De verdad? Tú más bien pareces de esos tipos que se hacen cargo de todo. — Una casi sonrisa hace que se curven las comisuras de sus labios.

Yo aparto mis ojos de los suyos y me cojo a la mesa justo a tiempo para evitar perder el equilibrio y que la silla caiga hacia atrás. Porque cuando ha sonreído, solo por un segundo, lo que se me ha pasado por la mente ha sido...

Me levanto de la silla y cruzo la cocina en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Me has dicho que te debía diez por la *pizza*? —Me tiembla la mano mientras hurgo en mi bolsillo buscando dinero.

—Sí, gracias.

Cojo aire profundamente y me vuelvo hacia ella lentamente.

—Quédate con lo que sobra —le propongo—. Yo ya me he comido mi mitad —digo mientras intento dibujar una sonrisa en mis labios aunque, al parecer, la culpabilidad se ha apoderado de ellos.

Ella cierra la caja de la *pizza* y la quita de la mesa. Yo me dirijo hacia la puerta y la abro, ofreciéndole los diez dólares mientras ella cruza el umbral y sale al pasillo. Se gira y me sonrío al llegar a su puerta.

—Hasta luego.

¿*Qué demonios pasa conmigo?* Pensaba que tenía esto de las hormonas humanas adolescentes completamente controlado.

Sigo en pie en el descansillo, mirando en su dirección, cuando ella desaparece dentro de su apartamento.

Que es por el motivo por el cual no me doy cuenta de que Rhenorian está justo detrás de mí. Reacciono cuando oigo su voz por encima del hombro.

—Ay, ay, Lucifer, qué bonita es la juventud. Engañar a tu novia es un pecado, por si ya lo habías olvidado. Llevo todos estos días devanándome la cabeza pensando en cómo podría invertir tu marca y ahora resulta que me estás poniendo el trabajo muy fácil.

Me doy la vuelta y lo encuentro apoyado contra la pared al lado de mi puerta. Su sonrisa brilla como el filo de una espada.

Yo cojo aire profundamente y elimino los últimos vestigios de niebla que empañan mi cabeza.

—Estás celoso.

Él dibuja una media sonrisa en su rostro y se aparta de la pared.

—De hecho, sí que lo estoy. —Su sonrisa se convierte en una mueca—. Pero por ahora tengo problemas más importantes.

De pronto, su mano sale volando y me coge el cuello de la camiseta, empujándome contra la pared.

—¿Quién ha sido?

Yo bajo la mirada.

—No lo sé.

Sus ojos rojos brillan todavía más. Se inclina hacia mí con la nariz a pocos milímetros de mi cara.

—Mentiroso.

—Es lo que soy, lo llevo en la sangre. —Me deshago de él y vuelvo a la puerta de mi apartamento—. Además, ¿a ti qué más te da?

Su mirada es como un puñal que se me clava en el cuerpo.

—Porque necesito que deshaga lo que ha hecho para poder llevarte de vuelta.

—Entonces, lo más probable es que yo no tenga el menor interés en ayudarte a averiguarlo.

Su rugido resuena en todo el pasillo mientras yo cierro la puerta en sus narices.

Frannie

La fiesta en la presa ha terminado y Riley y Trevor nos dejan a Taylor y a mí en mi casa. Nos cruzamos con Maggie y Delanie por las escaleras.

—Eh, Delanie —dice Taylor cogiéndola por el codo—. ¿Tienes el número de Marc? El chico nuevo del grupo.

Ella sacude la cabeza.

—Es posible que Reefer lo tenga. Él es el que se ocupa de toda la organización.

Taylor se pone la mano en la cintura y le ofrece a Delanie una cínica sonrisa.

—Bueno, ¿y puedes conseguirlo?

—¿Ahora? —pregunta Delanie en un tono que insinúa que debe de estar de broma.

—Vamos, Delanie. —Maggie tiene la mano en el pomo de la puerta y mira impacientemente hacia las escaleras.

Delanie pasa junto a Taylor.

—Le diré a Ryan que te llame —dice y sale por la puerta con Maggie.

Yo pongo los ojos en blanco y sigo subiendo las escaleras.

—Solo te falta asaltarla con un cuchillo.

—Lo haría si con eso consiguiera el maldito número —farfulla Taylor.

Cierra la puerta a sus espaldas, coge mi iPod y lo conecta a los altavoces. Me tira una botella de aloe vera que se ha sacado del bolso y se tumba a mi lado en la cama.

—Pónmelo en la espalda —dice mientras se quita la camiseta con mucho cuidado y deja a la luz una brillante espalda enrojecida. Se tumba bocabajo y se desabrocha el biquini.

—¡Por Dios, Tay! ¿Es que no sabes lo que es la crema protectora?

Ella me echa un vistazo.

—¿Me vas a poner eso en la espalda o no?

Le echo un buen chorro de crema entre los omóplatos y sonrío cuando ella se estremece.

—¡Joder, está frío!

—Perdona —digo sin sentirlo realmente.

—Cabrona —dice sintiéndolo de verdad.

Le restriego la crema por la espalda, haciendo que mis dedos aprieten con más fuerza en los puntos más rojos. Una vez que le he infligido suficiente dolor, me levanto de la cama y me limpio las manos en su toalla de baño, que está tirada en el suelo.

—Bueno, ¿y qué cuenta Brendan? —digo mientras vuelvo a tirarme en la cama.

—Deberías haberlo oído. Todo tonterías.

Ella se sienta en la cama y tira la camiseta hacia donde está la toalla. Empieza a atarse el bikini, pero se detiene, se lo quita y lo tira también al suelo sobre el montón

que han formado la toalla y la camiseta.

—No paraba de decir que me había echado mucho de menos y que había estado pensando en mí. ¿Quién se puede creer todas esas gilipolleces? Y luego va y me dice que me quiere. Y yo ya no he podido soportarlo más y lo he empujado al agua. —Sus ojos brillan y una maléfica sonrisa se dibuja en su rostro—. ¿Has oído cómo gritaba? ¡Dios mío!

Empiezo a reírme al recordarlo.

—Ha sido bastante patético. —Cojo una de las revistas *Elle* de Kate y empiezo a hojearla—. ¿Te apetece ir de compras el jueves?

—Siempre me apetece ir de compras.

—Hay una chica nueva en el edificio de Luc que vendrá con nosotras.

Ella me mira y frunce el ceño.

—¿Otra vez acogiendo a los desamparados, Fee? Recuerda lo que sucedió con Riley...

Sonrío mientras recorto de una fotografía los labios de Angelina Jolie a tamaño natural. No, en el caso de sus labios, más grandes.

—No conoce a nadie y además también irá a la universidad del condado el curso que viene.

—Como tú quieras. —Taylor me quita la revista de las manos y se la acerca a la altura de los labios. Se queda observándose en el espejo—. ¿Crees que tengo los labios demasiado finos?

Yo me muerdo los míos para evitar reírme y saco el bote de pegamento del cajón de la cómoda que hay delante de ella.

—Sí, claro. Anda, déjalo ya y pega esto ahí arriba.

—Vaya, esta es buena. —Mira las paredes de mi habitación cubiertas con recortes de revistas que hemos ido colocando en el último año—. Te estás quedando sin espacio. ¿Seguro que no quieres repintarla antes de marcharte?

—No puedo imaginarme nada más deprimente que regresar a casa de la universidad y tener las paredes vacías.

—Supongo. Parece que todavía queda un espacio libre cerca del techo —dice señalando una esquina encima de la puerta.

—Sí, ahí irá bien.

Sus ojos se quedan fijos sobre los míos mientras yo empiezo a levantarme de la cama.

—¿Qué fue lo de la fiesta de los Gallagher la otra noche? De repente desaparecisteis.

—Había un chico que conocía Luc de antes, de donde vivía antes. Son como enemigos o algo así.

Sus ojos brillan de emoción y una ligera sonrisa se dibuja en su rostro.

—¿Como pandilleros o algo así?

—Algo así, supongo. Pero en realidad Luc nunca estuvo en ninguna banda. No en

ese sentido.

Su expresión se vuelve melancólica y se le nubla un poco la vista.

—Siempre supe que había algo peligroso en él.

Si tú supieras...

—Está pillado, Tay.

Sus ojos se aclaran y vuelve a mirarme.

—¡Eh, has picado! ¿Sabes?

—No, gracias por decírmelo de nuevo. Las primeras cien veces que me lo habías dicho no me había dado cuenta.

—Has picado.

—Entendido.

—Entonces, si ese tipo es de donde solía vivir Luc, es que no debe de ser de muy lejos.

—Supongo —digo sin saber exactamente adónde quiere ir a parar con eso, pero convencida de que quiere llegar a alguna parte.

—Y entonces, ¿de dónde es?

Pongo pegamento en el trozo de papel con los labios de Angelina Jolie.

—Del sur.

—¿Del sur? ¿Segura? Yo pensaba que todos los del sur de Boston eran irlandeses. Y no hay ninguna posibilidad de que Luc sea irlandés.

—De ningún modo —confirmo—. No creo que sea de ese sur.

Cojo la silla, la pongo debajo de la puerta y me subo para pegar los labios cerca del techo.

Taylor saca un rotulador permanente de su bolso y me da un empujón para que baje de la silla. Ella se sube y garabatea «Morritos Angelina» con unas enormes letras de caligrafía bajo los labios, y luego se vuelve y me mira con una sonrisa.

Echo un vistazo alrededor, a los recortes de la pared y las frases escritas por Riley o Taylor.

—¿Por qué no podéis escribir algo que no hable de sexo?

Ella vuelve a sonreírme y baja de la silla.

—¿Qué más hay en este mundo?

Una canción de los Breaking Benjamín empieza a sonar a todo volumen. El sonido sale del bolso que hay en el suelo. Ella saca el teléfono del bolsillo de delante y se repantiga en la cama. Sus ojos brillan al ver la pantalla.

—Hablando de sexo... —dice con una sonrisa lasciva. Abre el teléfono y se lo acerca a la oreja—. ¡Hola, Ref! ¿Tienes un número para mí?

El Cielo en la Tierra

Matt

Me ha costado dos días encontrar las fuerzas para hacer esto. Estoy tremendamente nervioso. Y me siento como un auténtico perdedor. Estoy convencido de que vomitaría si no fuera porque no tengo estómago.

Observo a Lili salir de su camioneta desde la ventana del demonio.

¿Qué estoy haciendo?

Frannie me da un golpecito en el hombro y me lanza una dudosa sonrisa.

—¿Preparado para el gran debut?

Sinceramente no estoy seguro, pero le devuelvo la sonrisa.

—Claro que sí.

Sus ojos brillan y suelta una risita mientras me aparta a un lado.

—¡Eh, Lili! ¡Sube! —grita por la ventana.

El demonio se acerca sigilosamente hacia la ventana y me mira de arriba abajo.

—Estás nervioso.

—No, no lo estoy —digo convencido de que, con o sin estómago, voy a vomitar.

Él me observa con el ceño fruncido.

—Estás brillando. Una de dos, o estás nervioso o te has tragado un comprimido fluorescente. Sea como sea, tienes que apagarlo.

Me doy cuenta de que lleva razón. Mi conciencia de mí mismo no es lo que debería ser. Apago mi fluorescencia e intento mantenerme centrado en el factor brillo.

Estoy de pie junto a la puerta, esperando a que llame Lili, decidido a no marcharme de aquí sin haberla conocido oficialmente.

Así que, evidentemente, cuando toca a la puerta, a mí me da un ataque de nervios y me desvanezco.

Frannie estalla en una carcajada.

—¿Demasiado para ti?

Luc abre la puerta con una sonrisita y Lili entra con un paquete de seis cervezas.

—¡Hola, Frannie! —dice a través de los mechones que le caen por la cara.

—¿Qué celebramos hoy? —pregunta Frannie señalando las cervezas.

Ella saca una del paquete y se la ofrece a Frannie.

—Me han dado un trabajo en KwikMart. He empezado hoy. No pagan mucho, pero debería darme para cubrir los gastos del alquiler y la comida, que es todo lo que necesito.

Una diabólica sonrisa ilumina su rostro.

—De hecho, he cogido prestado este paquete de cervezas. —Su sonrisa desaparece de pronto y frunce el ceño—. Lo que es completamente ilegal, teniendo en cuenta que solo tengo dieciocho años, así que lo más probable es que o bien me echen a la calle o bien me detengan.

Suelta el paquete de cervezas en la mesa como si súbitamente se hubiesen convertido en veneno.

—Supongo que debería haber pensado todo esto de la celebración un poco mejor —dice mientras frunce los labios pensativa y le ofrece una cerveza a Luc antes de abrirse una para ella—. Pero no oigo sirenas, así que me imagino que estoy a salvo. Tendré que borrar las cintas de las cámaras de seguridad mañana cuando vaya al trabajo.

Frannie empieza a reír y yo no puedo evitar sonreír. Ese es un aspecto de Lili que nunca me hubiera imaginado.

—Parece un buen plan —dice Luc.

Lili se deja caer sobre una de las sillas de la cocina de Luc, echa atrás la cabeza y le da un largo trago a la cerveza.

—¡Oh, qué refrescante! —dice.

No me extraña que necesite refrescarse. Lleva los mismos pantalones anchos para hacer deporte y la misma sudadera que llevaba cuando se trasladó aquí el fin de semana pasado, aunque en la calle seguramente estemos a más de treinta grados.

Frannie se sienta en la otra silla de la cocina.

—¿Te está gustando Haden por ahora?

—No está mal, supongo. Y no está demasiado lejos del metro, así que no tendré que coger el coche para ir a clase a Boston.

—La «T» —dice Frannie.

—¿Qué?

Frannie rasca con la uña la etiqueta de su cerveza.

—El metro. Aquí lo llamamos la «T».

—¡Ah!

—¿Seguirás trabajando una vez empiecen las clases? —le pregunta Luc.

—Tengo que hacerlo. Necesito el dinero.

—Vaya, eso será duro —responde él.

Ella se mueve incómoda en la silla.

—Sí. Y tengo una beca de estudios, así que tengo que hacer todo el curso.

La frente de Frannie se arruga mostrando su preocupación.

—¿No hay nadie que pueda echarte una mano?

—No, no tengo familia —dice Lili y una sombra le oscurece el rostro.

—¿A nadie? —pregunta Frannie sorprendida.

Lili simplemente sacude la cabeza, sus ojos se enturbian y baja la cabeza. Frannie también baja la mirada.

No puedo soportar el dolor que veo en los ojos de Lili. Alguien le ha hecho daño de verdad. Me acerco hacia el punto de la cocina en el que se ha quedado con la cabeza entre las manos y totalmente hundida y me arrodillo frente a ella. Siento un deseo desesperado de tocarla. Ni siquiera puedo explicarlo, lo único que puedo decir es que es como si algo, en lo más profundo de mi ser, tirara de mí, como una honda y dolorosa necesidad. Consigo detenerme antes de que la mano, que yo no sabía que había levantado, llegue a rozar su rostro y me obligo a bajarla de nuevo. Al mirarla a los ojos deseo que, solo por una vez, fuera capaz de leer las mentes.

¿Quién eres?

Su mirada por fin se aclara, casi como si alguien le hubiera dado a un interruptor, y se vuelve hacia Luc.

—¿Sabes que había un tipo mirando tu coche en el aparcamiento cuando he llegado?

Luc da un salto hacia la ventana y se queda mirando al aparcamiento.

—Perfecto.

—¿Qué? —dice Lili.

Luc y Frannie intercambian una mirada.

—Nada —dice él.

Frannie y Lili se levantan de las sillas y se acercan a la ventana.

—Debería haberle dicho que se largara, pero pensé que igual era un amigo o algo —dice Lili observando por la ventana.

—Yo no tengo amigos —dice Luc.

Frannie le da un codazo.

—Aparte de Matt.

—¿Matt? —Lili observa a Luc arqueando inquisitoriamente las cejas.

Al oír el sonido de mi nombre saliendo de los labios de Lili siento un estremecimiento de placer, cálido y eléctrico, que me recorre todo el cuerpo, un estremecimiento que a la vez está mezclado con cierta sensación de temor. De hecho es terror. ¿Y si cuando me conoce no le caigo bien? No podría soportarlo.

—Sí, es un amigo de Luc —dice Frannie con una sonrisa mientras escudriña la habitación con los ojos—. Se suponía que hoy tenía que venir. Igual al final ha decidido pasar de nosotros.

Yo me pongo a su espalda, estiro un par de dedos y tiro del enganche de su sujetador. Ella da un salto y lanza una patada en mi dirección, encontrándose solo con aire.

Luc observa con una sonrisita en los labios y Lili parece incómoda en esa situación.

—Bueno, tengo que marcharme. Quedaos con las cervezas. —Su rostro se ilumina con una sonrisa y a mí se me corta la respiración. ¡Es tan guapa!

Frannie coge las cervezas de la mesa e intenta dárselas.

—Coge.

—Nunca antes en mi vida había visto la marca de cerveza Officer —dice Lili levantando las manos con un gesto de negación y alejándose de la mesa.

Frannie se parte de la risa.

—¿Sigues en pie lo de ir a comprar mañana?

Lili pestañea.

—Claro.

—Perfecto. Riley y Taylor también se apuntan. Pasaré a buscarte a mediodía y así podemos pasar primero a por la cómoda de mi madre.

—Muy bien —dice Lili y Luc la acompaña hasta la puerta.

Tomo una decisión precipitada. Necesito hablar con ella para poder superar esta obsesión, sea lo que sea. Si me escabullo al descansillo detrás de ella y me hago visible... ella pensará que justo acabo de llegar.

Pero cuando Luc abre la puerta para dejar salir a Lili, ella levanta la mano y le roza el costado en una caricia. Levanta la vista para mirarlo con una pícaro sonrisa y se muerde el labio inferior.

—Bueno, nos vemos luego.

Él abre los ojos sorprendido y vuelve la cabeza hacia Frannie, que está metiendo las cervezas en la nevera sin enterarse de nada.

—Sí, hasta luego —le responde sonriendo.

De pronto me pongo furioso. No puedo decidirme entre darle una paliza directamente o seguir a Lili al pasillo como había planeado. Opto por la segunda opción, consciente de que darle una paliza es algo que debe hacerse en privado, y atravieso la puerta para quedarme justo delante de ella. Dejando completamente de lado mi plan, la sigo por el pasillo hasta su puerta y analizo su rostro mientras introduce la llave para abrir la cerradura. La tristeza ha vuelto a sus ojos. Suspira y entra en el apartamento. Casi la sigo, pero me detengo. Por mucho que quiera saber lo que está pasando, no puedo invadir su privacidad. No sería correcto.

Me apoyo contra la pared, me deslizo sobre ella hasta quedarme sentado en el suelo con la cabeza entre las manos e intento controlar mis desbocadas emociones.

Lo que aparece claramente en primer lugar es odio. Se me estremece el cuerpo con tanto odio. Odio a Luc por Frannie. Ella lo quiere y confía en él, pero evidentemente esa confianza está fuera de lugar. Porque, solo por un instante... el modo en que lo ha mirado Lili...

Es una ironía, pero de pronto se me ocurre que esto es lo que yo estaba deseando. Necesito que Frannie vea el demonio que realmente es. Y el hecho de que él desee a la primera chica que ve es un buen comienzo. Pero si tuviera algo con Lili, eso destrozaría a Frannie.

Y puede que también me destrozara a mí.

Porque, cuando pienso en Lili, todo un abanico de nuevas emociones invaden mi cabeza. Celos. Y lujuria. No puedo negarlo por mucho que quiera hacerlo: la deseo.

Una amarga carcajada se me escapa del pecho. En este preciso instante no suena

nada angelical, ¿verdad?

Pero Lili..., *Dios santo, Lili*. Si pudiera hablar con ella... tocarla...

Necesito saber qué está pasando entre los dos.

Me pongo en pie y recorro el pasillo arriba y abajo, un buen rato, intentando controlar mis desbocadas emociones. Al final atravieso la pared de Luc y me meto en su apartamento.

Pero lo primero que veo es un destello de carne entre las sábanas revueltas y siento como si me hubieran dado una patada en el estómago. Vuelvo a atravesar la pared para salir al pasillo y me siento con la cabeza entre las manos otra vez, obligándome a quedarme allí quieto y no irrumpir en la habitación y separarlo de Frannie. Es demasiado tarde. Me he distraído y me he olvidado de dónde estaba el auténtico peligro.

Cada vez que se han acercado demasiado he podido interrumpirlos de algún modo, pero era evidente que no iba a poder hacerlo siempre.

¿De cuántas maneras más voy a ser capaz de estropear mi misión por esta obsesión que tengo con Lili?

Frannie

La mayor parte de nuestra ropa está en el suelo y nos movemos entre las sábanas de la gran cama negra de Luc al ritmo suave de la música que suena. Una pequeña parte de mí desea que pudiera deslizar su esencia en mi interior, como hacía cuando todavía era un demonio. La cabeza me da vueltas al pensar en cómo me sentía al tenerlo tan cerca. Hay algo mágico en ser poseída por la esencia del chico del que estás locamente enamorada, incluso aunque él sea un demonio.

Pero sentir su piel sobre la mía, estar así de cerca, más cerca de lo que nunca he estado de otro ser humano... Deseo algo. Algo que él no podía darme cuando era un demonio porque eso me hubiera marcado para el Infierno. Pero ahora que es humano y que él está marcado para el Cielo... Quiero sentirlo más cerca, y no hay nada que pueda detenernos.

Cuando Taylor me tiró aquel condón la primera vez que apareció Luc, lo hizo para avergonzarme. Estoy convencida de que ella nunca pensó que fuera a utilizarlo. Pero ahora, mientras pienso en ese condón en mi bolso, siento un fuerte cosquilleo en el estómago.

Luc me da un beso en la oreja y me susurra:

—¿Estás bien?

Yo le sonrío.

—Más que bien.

—De pronto es como si estuvieras a kilómetros de aquí.

—De eso nada. Estoy aquí mismo. —Lo abrazo con fuerza—. Te quiero.

Una esquina de su boca perfecta se levanta.

—Lo sé.

Él se desliza sobre mí, apoyado en los codos, y se inclina para besarme cuando, de pronto, una idea golpea mi cabeza y lo aparto de mí.

—Dilo.

—¿Qué?

—Ya sabes qué.

Él arquea las cejas.

—No lo sé.

—Nunca me has dicho que me quieres.

Él se me queda mirando con el ceño fruncido.

—No seas absurda.

Respuesta equivocada.

Siento que el calor me sube por el cuello y me inunda el rostro mientras la vergüenza y la ira compiten por el control. Lo aparto de mí con más fuerza y me hago hacia atrás contra las almohadas para dejar espacio entre los dos.

—¿Por qué no lo dices?

—Frannie, son solo palabras.

El corazón me da un vuelco cuando me doy cuenta de la verdad, como si me acabaran de dar un tortazo. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Lo empujo lejos de mí y me siento en la cama.

—¿Sabes qué? Olvídalo —le digo intentando meterme en mis pantalones.

—Frannie...

Yo levanto la mano y él se detiene. Me pongo la camiseta y ya estoy a medio camino de la puerta cuando él me sigue. Intenta hacer que me pare poniéndome la mano sobre el hombro, y yo pienso en cogerlo, hacerle una llave y tirarlo al suelo, pero tengo que salir de ahí antes de echarme a llorar. Hago un gesto para deshacerme de su mano y corro hacia la puerta. Una de mis chancletas sale volando por los aires, pero no me importa. Llego a la puerta antes que él, pero no consigo abrir los malditos cerrojos a tiempo y él me alcanza.

—Frannie, escúchame.

Tiene las manos sobre la puerta, a ambos lados de mi cabeza, y puedo sentir su cálido aliento en mi oreja.

De repente, un sollozo se escapa de mi garganta.

—No... no importa —digo hurgando torpemente en los cerrojos—. Me tengo que ir a trabajar.

Él aprieta su cuerpo contra el mío y me pasa los brazos por la cintura, abrazándome. Odio que se me acelere el corazón al sentir su tacto. Y lo que más odio todavía es no poder detener las lágrimas que se derraman por mis mejillas.

—No lo he dicho nunca —dice con una voz suave a mi oreja—, porque no es

suficiente... Esas palabras no son suficientes.

Consigo descorrer el último cerrojo y dirijo mi mano hacia el pomo de la puerta antes de poder procesar lo que me acaba de decir. Me detengo y apoyo la frente contra la puerta tratando de pensar, de respirar.

Él me da la vuelta y me coge el rostro con las manos mientras me mira directamente a los ojos.

—Dios santo, claro que te quiero —le brillan los ojos—. Te quiero con cada célula de mi cuerpo.

Se le quiebra la voz en la última palabra, cierra los ojos y suelta un profundo suspiro. Aprieta los labios en una línea recta antes de volverse de espaldas a mí y alejarse de mi lado. Se dirige hacia la mesa de la cocina. En el último paso parece que pierde el equilibrio y apoya las manos en la mesa para sujetarse. El corazón me late con tanta fuerza que parece que se me vaya a salir del pecho cuando veo que él agacha la cabeza y se queda allí, quieto.

—Te quiero tanto que hasta me duele —dice al fin, tan bajito que apenas puedo oírlo.

Yo sigo apoyada contra la puerta. Me he quedado completamente congelada. Intento abrir la boca para decir algo, pero mi cuerpo no me responde. Mi cerebro no puede encontrar las palabras que busco y aunque pudiera, mi boca no sería capaz de pronunciarlas.

Él se aparta de la mesa, se pasa el dorso de la mano por el rostro y se gira lentamente hacia mí con las facciones tensas, luchando por no perder el control. Inclina la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y suelta un suspiro tembloroso.

—Después de siete mil años, pensaba que ya sabía todo lo que había que saber. —Duda, luego baja la mirada y me mira un largo rato con ojos torturados—. Nunca me hubiera imaginado que algo así fuera posible. —Se lleva el puño al corazón y lo mantiene allí—. Nunca me hubiera imaginado que podría necesitar algo... a alguien... tan intensamente. Yo...

No puede terminar de decir la frase y vuelve a bajar la cabeza.

Antes de darme cuenta de que lo han hecho, mis piernas me han llevado a cruzar la habitación y estoy entre sus brazos. Apoyo la cabeza contra su pecho y escucho el latido de su corazón, tan acelerado como el mío, mientras él me abraza fuertemente.

—Eres mi vida, Frannie —susurra entre mi pelo—. Por todos los santos, tú lo eres todo para mí.

Él me levanta del suelo y me besa, y lo siguiente que recuerdo es que nuestra ropa está esparcida por el suelo y estamos de nuevo en la cama. Él me besa con más pasión y aunque sé que ya no es posible, casi puedo sentir su alma arremolinándose con la mía en mi interior. Y en su alma puedo sentirlo, un amor tan intenso que hace que vuelva a empezar a llorar.

Él se aparta y me enjuga las lágrimas con unos dedos temblorosos y con un interrogante claro en los ojos. Yo le respondo con un beso, tratando de transmitirle

todo el amor que tengo en mi interior. Nos sumergimos entre las sábanas, en los cuerpos de ambos y ya no existe nada más. Solo él y yo. Nuestras almas bailan y dejo que Luc me lleve al Cielo.

¡Por todos los santos!

Frannie

La cara me arde y siento un cosquilleo por el vientre cuando me acuerdo de lo de ayer. Paso por delante de la puerta de Luc y me es casi imposible seguir hasta la de Lili. Pero la verdad es que si me paro en casa de Luc, nunca llegaré a la de Lili.

—Hola, Frannie —dice al abrir la puerta. Está metida en la sudadera gris que siempre lleva, tiene gotas de sudor sobre el labio superior y su pelo negro le cubre la frente.

—¿Preparada para recoger esa cómoda? —pregunto.

Ella se encoge los hombros.

—Supongo. —Sale al pasillo y cierra con llave.

Echo una mirada triste a la puerta de Luc cuando paso por delante.

Lili mete la camioneta en el camino de entrada y pasa mi casa para poder acceder al garaje independiente que hay detrás. Salto de la camioneta y bordeo la que hay en el camino, ahogándome con la columna de polvo que sale por la puerta del garaje. Mantengo la respiración y me atrevo a entrar. Papá está en la esquina trasera, barriendo.

—Hola, papá —le digo desde atrás, poniéndome la camiseta sobre la nariz y la boca.

Él apoya la escoba en la esquina y se gira.

—Frannie. ¿Vienes a echarle una mano a tu viejo? —El sudor forma un riachuelo por la capa marrón de su cara y cuando sonrío, sus dientes son increíblemente blancos en comparación con el polvo de su piel.

—En realidad, no —digo y me encojo de hombros—. ¿Te acuerdas de esa antigua cómoda?

Se gira y mira a la esquina, donde está enterrada bajo una pila de trastos viejos la cómoda cubierta por una sábana.

—¿La vieja cómoda de Matt? Sí.

—¿Se la puedo dar a Lili?

—¿A quién?

—Papá, esta es Lili. Se acaba de mudar al edificio de Luc.

Se gira hacia Lili con una sonrisa mientras ella se coloca detrás de mí.

—Claro. Si la necesitas... —dice extendiendo la mano.

Me giro hacia Lili, que parece más pálida de lo habitual. Tiene los ojos como platos y duda antes de darle la mano.

—Hola.

Cuando sus manos conectan, papá se queda quieto un momento a mitad del saludo y después mantiene la mano cogida un segundo más de lo habitual.

—Me sueñas de algo. ¿Es tu familia de por aquí?

Ella mueve la cabeza con una negación y, de pronto, parece tremendamente triste.

—Y entonces, ¿de dónde eres?

Lili no puede mantener su mirada y baja pesadamente la suya a sus pies.

—De muchos sitios. Cambio mucho de lugar.

Papá la mira un segundo más.

—Juraría que nos hemos visto antes. ¿En Saint Catherine, quizá?

Ella me mira.

—La iglesia católica —digo, y ella niega con la cabeza otra vez.

Papá se frota la frente de nuevo, haciendo caer el polvo marrón sobre sus cejas y dejando una mancha blanca en el caballete de su nariz.

—Bueno, ya lo averiguaré —dice sonriendo—. Bueno, chicas, os ayudo a cargar la cómoda.

Al volver con la cómoda sujeta por cuerdas en la parte trasera de la camioneta de Lili, veo el Shelby de Luc aparcado y no puedo contener la sonrisa que se extiende por mi cara. La sonrisa se convierte en risa cuando veo que se aparece Matt en la ventana.

Matt

Las veo aparcar y lucho por mantenerme en mi forma visible. Cuando camino hasta la camioneta de Lili y me apoyo en la ventana del copiloto, los ojos de Frannie se abren y su cara rompe en una sonrisa.

—¡Matt! Hola.

—Hola, Frannie. ¿Está Luc por aquí?

Me doy cuenta de que parezco un idiota. Por supuesto que ella no sabe si él está por aquí. Acaba de aparecer.

Y estoy seguro de que también parezco un idiota porque no puedo parar de pasar mis ojos de Frannie a Lili cada pocos segundos.

Frannie intenta mantener la cara seria, pero no puede esconder la risa en su voz.

—Eh... bueno... su coche está aquí, así que supongo que sí.

—Perfecto. —No hagas más el gilipollas—. Bueno, chicas... ¿tenéis que llevar eso arriba? —pregunto señalando mi vieja cómoda que veo que llevan cargada en la

camioneta de Lili.

—Sí. ¿Nos quieres ayudar?

—Claro.

Lili sale de la camioneta, la bordea y tira de la puerta de atrás. Yo me subo, sorprendido de lo entumecido que me siento, como si todo mi cuerpo se estuviera agarrotando, tengo todos los músculos tensos.

—Bueno, soy Matt —le digo, disparando una mirada a Frannie.

—Hola, yo soy Lili. —Ella no me mira cuando responde—. ¿Así que eres amigo de Luc?

—Sí.

Desato las cuerdas con las que está sujeta la cómoda y le doy un empujón hasta la puerta de atrás.

Y no se me ocurre nada más que decir.

Frannie empuja la parte superior de la cómoda fuera de la superficie de la camioneta. Yo salto abajo y cojo el otro extremo.

—No soy completamente inútil —dice Lili, aventurando una pequeña sonrisa—, ya que me la vas a regalar, déjame al menos que la lleve yo arriba.

Frannie hace caso omiso de las palabras de Lili.

—Coge la otra esquina.

Recorremos el camino hasta la entrada y pasamos la puerta, Frannie y Lili van arrastrando los pies marcha atrás, y nos abrimos paso con cuidado escaleras arriba. Pero Frannie da un traspié, tropieza con el rellano de la parte superior de la escalera y deja caer el lado de la cómoda que tiene cogido. Lili intenta compensar el peso, pero es demasiado tarde. La cómoda cede empujándome y caigo hacia atrás todo el tramo de escaleras. Siento que la parte trasera de mi cabeza se golpea bruscamente contra el filo de un escalón en mi camino hacia abajo y mi brazo termina retorcido bajo mi cuerpo cuando aterrizo al pie de la escalera.

Lili arrastra la cómoda hasta el rellano.

—¡Maldita sea!

Frannie le lanza una mirada a Lili, luego se levanta y corre escaleras abajo.

—Matt, ¿estás bien?

Yo estoy aquí tumbado, al pie de las escaleras, sin saber cómo actuar. Debería estar herido, pero, por supuesto, no lo estoy.

—Mm... sí, eso creo.

Quizá debería decir que me he hecho algo pequeño. ¿Un esguince en el codo? ¿Un chichón en la cabeza? Me incorporo y hago un gesto de dolor, sin estar todavía seguro de lo que debería dolerme.

Lili llega al pie de las escaleras.

—Te has dado un golpe muy fuerte en la cabeza. Deberías tumbarte y quedarte quieto un buen rato.

La cabeza, entonces. Gimo un poco para dar efecto y me froto la parte trasera de

la cabeza, fingiendo estremecerme.

—No, no, tranquila, creo que estoy bien.

—¿Seguro? ¿Y el cuello?

Le sonrío.

—El cuello está bien.

—¿Te puedes levantar? —me dice Frannie, alargándome su mano.

—Sí. —Le alcanzo la mano y la utilizo para levantarme—. Gracias.

Lili me pone la mano en la espalda para ayudarme a enderezarme. Cuando me toca, una descarga eléctrica me atraviesa, haciéndome soltar un quejido. Con su ayuda, me levanto lentamente.

—No hay problema —dice Frannie liberando mi mano.

Lili se gira, se dirige a las escaleras y Frannie me echa un ojo. Me encojo de hombros.

—Lo conseguiremos —dice Lili cuando alcanzamos el tramo superior de la escalera.

Me muevo con cautela pasillo abajo, frotándome la parte trasera de la cabeza mientras ellas llevan la cómoda al apartamento de Lili.

Luc

Frannie, Lili y Matt entran de sopetón por la puerta, Frannie con la llave en alto para que yo la vea.

—¿Tienes hielo?

—Sí. ¿Qué pasa?

Ella lucha para que no se le escape una sonrisa divertida que asoma a sus labios.

—Matt se ha golpeado la cabeza.

Matt alza los hombros y suelta una sonrisa dubitativa cuando me vuelvo a mirarlo. Yo pongo los ojos en blanco. Ese chico es una tragicomedia de equivocaciones.

Me dirijo a la cocina, vacío una cubitera en una bolsa y se la alargo a Matt, que se desliza sobre la silla de la cocina y no puede apartar los ojos de Lili ni para darme las gracias.

—De nada —mascullo.

Él coge la bolsa con los hielos y la presiona sobre la parte trasera de su cabeza.

—Ah, sí. Gracias.

Lili se coloca detrás de él.

—Yo te la sostengo.

Una expresión clara de atontado cruza la cara de Matt al alargarle a ella la bolsa.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —pregunto interrogando a Matt con la mirada.

Él sonrío abiertamente, tratando de hacer rodar los ojos hacia la parte trasera de su cabeza para ver a Lili.

—Frannie ha intentado matarme. Muerto por una cómoda.

—Lo siento —dice Frannie, acomodándose en la otra silla.

Vuelvo a mirar a Matt. Hay algo que definitivamente no marcha.

—¿Pero tú estás bien?

—Sí, solo un chichón en la cabeza.

La mano libre de Lili cae sobre el hombro de Matt y lo frota.

—Se te va a hinchar. Si empiezas a ver borroso o te sientes mareado, tienes que ir al hospital.

Matt sigue poniendo esa grande y estúpida sonrisa y parece un poco descentrado. Quizá tiene realmente una conmoción cerebral.

—No, no necesito un médico —dice levantando el brazo y apoyando la mano en el hombro de Lili—. Lo que estás haciendo surte efecto.

De pronto, la verdad de lo que está pasando me sacude como si me hubiera alcanzado un rayo. ¡Por todos los demonios, Matt desea a Lili! ¿Por qué no me creyó Gabriel cuando le dije que todo esto era una mala idea?

Lili se ruboriza y se aparta de Matt.

—¿Aún vamos a ir de compras? —le pregunta a Frannie.

—¡Por supuesto! —dice Frannie.

Lili se dirige hacia la puerta.

—Voy a coger mis cosas y el dinero. Dame unos quince minutos.

—Sin problema. Tómame tu tiempo —dice Frannie mientras Lili se desliza por la puerta.

Cuando se va, arranco a Matt de la silla tirándole del cuello de la camiseta.

—¿Qué coño estás haciendo?

Frannie salta de su silla tan rápido que la vuelca hacia atrás.

—¡Luc!

—Tienes que cortar estas gilipolleces y centrarte —le digo con mi cara a escasos milímetros de la de Matt.

—Y tú tienes que apartar ese rostro diabólico de mi cara —me replica.

—¿En qué estás pensando? No puedes empezar una relación con una mortal.

Me planta la mano en el pecho y me empuja.

—No estoy empezando una relación con nadie. Estaba trasladando una cómoda.

—Si no te puedes centrar en tu trabajo, estaremos mejor sin ti.

—Realmente eres tan estúpido como pareces. Si hay que elegir entre tú y yo, ¿con cuál de nosotros estará Frannie más segura?

Vuelvo a acercarme hasta su cara.

—Eso debería ser evidente, pero contigo distraído, no estoy tan seguro.

Matt

—Yo no estoy distraído.

No puedo creer a ese chico. Todo ese gran despliegue chulesco es solo celos. Conmigo visible, tiene competencia para atraer la atención de Lili y eso no le gusta. Lo peor de todo es que Frannie no puede ver por qué lo hace. Ella piensa que obra con nobleza, por protegerla a ella. Cuando lo único que está protegiendo es su ego.

Frannie nos mira con el ceño fruncido a causa de la preocupación.

—Luc, no creo que Matt intentara de verdad empezar algo con Lili. —Su mirada inquisitiva cae sobre mí y yo aparto los ojos para no encontrarme con los suyos.

—Si es listo. Pero por el momento, diría que su coeficiente intelectual es un tema que está por dilucidar —dice Luc.

Frannie viene a mi lado.

—En serio.

—Hablo completamente en serio. Si no se mantiene centrado, es inútil para ti.

Mientras los escucho discutir, siento que la frustración y la rabia aumentan en mi interior como una tormenta eléctrica. Soy una masa crítica a punto de explotar.

Doy un paso adelante y lo empujo, desafiándolo a contraatacar.

—Eres un hipócrita, por no decir un gilipollas —le digo mientras lo empujo más fuerte y consigo lo que quiero cuando agarra el cuello de mi camiseta y me lanza contra la pared. Siento mi poder cobrando vida, preparado para arremeter contra él hasta hacerlo caer en la inconsciencia, pero desafortunadamente Frannie aparta a Luc de mí y se mete entre nosotros.

—¡Dejad ya de hacer el imbécil, chicos!

Le echo a Luc una mirada feroz por encima de la cabeza de Frannie.

—No estoy empezando nada con Lili, pero si lo hiciera, ¿a ti qué te importa? ¿Por qué es tan diferente que un ángel se enrolle con una mortal a que lo haga un demonio?

Él aparta a un lado a Frannie como si fuera un montón de polvo y se inclina hacia mí, su nariz casi tocando la mía, la mandíbula apretada.

—Porque tu misión es proteger a tu hermana y no puedes hacerlo sin tus alas.

Sobre la superficie de mi piel crepitan las chispas. Voy a acabar matándolo si no salgo de aquí.

—¿Sabes qué? A la mierda.

Antes de que nadie responda me retiro al pasillo donde me siento con la espalda contra la pared de enfrente de la puerta de Lili, invisible, luchando contra las ganas de transportarme a su apartamento.

Pero el olor a azufre me saca de mis pensamientos. Me pongo en pie de un brinco, todavía invisible.

—Bueno, estoy esperando, querubín. La pregunta es: ¿qué estoy esperando? —

Rhenorian está de pie a mi lado, el ceño fruncido oscurece su cara ya oscura de por sí.

—Estoy trabajando en ello —digo bruscamente.

—Aquí trabajamos con un horario muy ajustado. No tenemos el resto del milenio. Me vuelvo a apoyar en la pared.

—Las cosas no son tan simples como esperaba —le digo, pensando en la excusa que tendría para poder ver a Lili sin que Luc esté por aquí. Ninguna—. Si tienes una idea mejor, adelante.

Me fulmina con la mirada y me deja claro que no tiene ninguna otra idea.

—¿Cómo puede ser tan difícil? Cógelo, sencillamente —le digo. Entonces me doy cuenta de que esa es la solución. Me reincorporo y lo miro—. Simplemente secuéstralo.

Me imagino a Lili y a mí juntos, buscando a Luc, conociéndonos, uniéndonos afectivamente, la podría consolar... secarle las lágrimas con mis besos.

—¿Y después qué? —La voz de Rhenorian me saca de mis fantasías.

Golpeo la cabeza fuertemente contra la pared, luego lo miro con rabia.

—Tú eres un demonio. No me digas que no puedes pensar en alguna manera de invertir su marca.

Me devuelve la mirada furiosa y se desintegra en una nube de azufre justo cuando Lili abre la puerta y sale.

Sin maldecir

Luc

Todo este asunto de Matt y Lili no está yendo nada bien. La verdad es que tengo una sensación extraña con Lili. No es nada que pueda identificar especialmente, pero hay algo en ella que me inquieta.

O quizá sea yo. A lo mejor estoy siendo injusto. Porque ha habido algunos momentos en los que me he dado cuenta de que estaba fantaseando... con ella.

Me he dicho a mí mismo que son estas malditas hormonas de adolescente. Pero siento que es algo más.

Miro a Frannie vaciar la bolsa de hielo de Matt en el fregadero y sé que no hay nada más que pudiera querer nunca. Pero tengo que admitir, aunque solo sea para mí mismo, que he sentido el frío puñal de los celos atravesarme el cuerpo cuando me he dado cuenta de que Matt desea a Lili.

Frannie se estremece cuando doy un paso hacia delante para colocarme detrás de ella y beso su cuello mientras deslizo un dedo por su brazo hacia abajo.

—¿No crees que Matt estaba actuando un poco... extraño con Lili?

Ella gira la cabeza para mirarme.

—No sé. Quizá. Pero aunque le guste, no creo que vaya a hacer nada al respecto.

—Yo no estoy tan seguro. Pero aunque solo se la coma con los ojos, eso sigue siendo una distracción para él.

Ella se da la vuelta y se aprieta contra mí, únicamente estrechándome entre sus brazos y haciéndome perder el hilo de mis pensamientos.

—Por eso te tengo a ti.

—Mm... —murmuro intentando recordar por dónde iba—. Pero yo tengo mi propia sombra por la que preocuparme. Rhenorian está ahí fuera y tiene dos alternativas: resolver cómo me puede devolver al Infierno o quemarse para siempre en el pozo del Fuego Eterno.

Frannie se pone de puntillas y me besa la nariz.

—¿Se iría si yo utilizara mi influencia... si lo convenciese de que no te quiere?

No puedo parar de sonreír.

—¿Estarías dispuesta a comprometer tus normas morales por mí?

Ella me aparta de un empujón mientras arruga la frente y aprieta la boca en una fina línea.

—Cállate o cambiaré de opinión. ¿Quieres que lo intente o no?

Yo tiro de ella hacia mí.

—Quizá —digo con mi boca entre su pelo—, pero espero averiguar antes lo que se trae entre manos. Desde que se dio cuenta de que soy humano parece que tiene dudas y me observa con más curiosidad que otra cosa.

—Pero dijiste que no te puede llevar al Infierno, ¿no? Tú estás marcado para el Cielo.

—Por ahora.

Ella me aprieta más fuerte.

—Para siempre.

—Eso está por ver. El asunto es que no parece que él esté haciendo nada. No ha hecho ningún esfuerzo por invertir mi marca. —Me da una punzada en el estómago por el sentimiento de culpabilidad, pensando en lo que dijo Rhenorian: *todas esas cosas jóvenes y bonitas*. Aparto su voz de mi cabeza—. Es espeluznante. Solo está observando.

—A lo mejor estoy equivocada, pero creo que observar es mejor que actuar. —Ella fuerza una sonrisa maliciosa y desliza su mano bajo mi vientre por debajo de la camiseta—. Al menos en lo que respecta al Infierno.

Yo me estremezco al sentir su tacto.

—No es característico de él. Es una criatura iracunda. Contener su genio y solo mirar no es algo que forme parte de su carácter. Me está poniendo nervioso.

Ella me pasa sus brazos alrededor del cuello, tirando de mí hacia abajo para encontrarse conmigo en un beso.

—Bueno, ¿qué tengo que hacer para quitarte los nervios? —dice, sonriendo en mis labios.

Yo le sonrío de vuelta.

—Esto está bien.

Justo en ese momento, llaman a la puerta.

—Esa es Lili. Hora de ir de compras.

—Te diría que os llevaseis a Matt, pero si va a estar babeando con Lili todo el tiempo, no creo que vayáis a estar más seguras. Quizá debería ir yo con vosotras. —Mi voz se agría, no puedo remediarlo, esta situación me preocupa.

Ella me mira fijamente.

Yo arqueo una ceja.

—Me gusta ir de compras.

—Sí, realmente puedo imaginarte a ti y a tu sombra demoníaca echando un vistazo a las estanterías de rebajas de Victoria's Secret.

Pienso en ello durante un segundo y una sonrisa aparece en mi cara.

—Yo también.

Ella sacude la cabeza mientras se dirige a la puerta, recogiendo el pelo atrás, en una coleta.

—No, solo chicas. Excepto Matt, supongo, porque realmente no puedo hacer nada

al respecto.

Ella abre la puerta.

—Hola, Lili.

—Hola, ¿estás preparada? —dice Lili, pasando la mirada de Frannie a mí.

—Sí —responde Frannie—, recogemos a Riley y a Taylor de camino al centro comercial.

Lili baja la cabeza y el cabello le cae por la cara.

—De acuerdo.

Frannie me da un beso en la mejilla.

—Hasta dentro de un rato.

Sonrío, imaginándome lo que encontrará en esa estantería de rebajas de Victoria's Secret.

—Te estaré esperando conteniendo el aliento.

Frannie

Nos detenemos en el camino de entrada de la casa de Taylor y ella baja las escaleras a toda prisa. Riley y Trevor se quedan atrás, con las manos del uno metidas en los bolsillos traseros del otro.

Taylor salta hasta la puerta del copiloto antes de darse cuenta de que ya hay alguien sentado en ese sitio.

—¡Oh! Hola. ¿Eres Lili?

Lili se desliza fuera del coche, empuja el asiento delantero y comienza a meterse detrás para sentarse.

—No —digo yo—, hoy le toca a Lili ir delante.

Taylor me lanza una mirada fulminante y yo se la devuelvo. Empuja a Lili y se monta en el asiento trasero.

Riley y Trevor vienen finalmente hacia el coche. Una vez que han dejado de mirarse el uno al otro, hago las presentaciones y Riley se desliza en la parte trasera del coche junto a Taylor. Trevor se queda de pie en el camino de entrada, como un cachorro perdido, mientras nos vamos.

—Bueno, ¿es que se han puesto de moda las sudaderas en verano? —dice Taylor mofándose desde el asiento trasero.

—¡Taylor! —digo yo y le lanzo una mirada a Lili.

—No pasa nada —dice encogiendo los hombros. Pero no se da la vuelta para mirar a Taylor—. Las venden por tres pavos en el Walmart.

Puedo ver una réplica maliciosa aparecer en los labios de Taylor pero Riley le da un manotazo en el brazo y le lanza su mejor mirada.

—Lili —dice Riley, tocando el hombro de Lili desde atrás—, Frannie dice que

vas a ir a la universidad estatal.

Lili se da la vuelta en su asiento, pero no mira realmente a Riley.

—Sí, ese es el plan.

—¿Qué vas a estudiar, diseño de moda? —dice Taylor sonriendo con suficiencia.

Me vuelvo y la miro.

—¿Sabes, Tay? ¡Cierra la maldita boca!

—Mm... Frannie —susurra Riley—, la carretera, estás conduciendo... —dice señalando con el dedo tembloroso hacia delante.

Lili se agarra al asiento y se pone a mi lado, mirando fijamente por el parabrisas, con los ojos muy abiertos, mientras me abro paso entre el tráfico. Taylor y Riley charlan en el asiento trasero pero escucho la voz preocupada de Riley que se levanta cada vez que cambio de carril. Y Taylor sigue hablando sobre vestidos de verano y cosas de rebajas en Walmart. Debería haber supuesto que era demasiado esperar de ella que se comportase.

Conseguimos un sitio decente donde aparcar, cerca de la zona de restaurantes y entramos en el centro comercial.

—¿Aeropostale? —les pregunto a las chicas, porque allí siempre hacen buenas rebajas.

—Suena bien. —Riley comienza a andar en esa dirección y la seguimos.

Le echamos un vistazo a todos los estantes rebajados y Lili se aleja con tres camisetas estampadas, un par de camisetas sin mangas y un par de pantalones cortos realmente monos por treinta y cuatro pavos. Yo me quedo un poco decepcionada por no haberla visto probárselos. Tengo todavía curiosidad por ver lo que esconde bajo esa sudadera tan ancha.

Después nos dirigimos a Victoria's Secret. Son las rebajas trimestrales de sujetadores, así que escojo uno nuevo de encaje rojo y otros cuantos más. Mi mejor hallazgo es un camisón corto, de seda color azul zafiro, rebajado a quince pavos, que estoy segura que le va a encantar a Luc.

Lili mira por los estantes de la talla D y encuentra dos sujetadores muy monos que se puede permitir. Así que deduzco que tiene una silueta normal.

Cambiamos de tienda y vamos a Macy's y atacamos todos los mostradores de perfumes. Riley y Taylor se echan la una a la otra fragancias escogidas al azar, mientras que Lili se pasea por el mostrador de JLo y prueba uno con olor a cítricos y vainilla. Un buen perfume.

—Te sienta realmente bien —le digo, porque es así—. Deberías comprártelo.

Ella se encoge un poco de hombros.

—¿Cuánto cuesta?

Miro al mostrador.

—Bueno, como unos treinta pavos.

Ella frunce el ceño.

—No puedo. —Lo deja y se aleja, pero se da la vuelta, oliéndose la muñeca de

nuevo—. Es realmente estupendo, ¿verdad?

Yo le sonrío, encantada de verla salir un poco del cascarón.

—Lo es.

Ella saca un manojito de pequeños billetes de su bolsillo y me devuelve la sonrisa.

—¿Quién necesita comer esta semana?

Diez minutos después, todas nos separamos del mostrador de perfumes oliendo a una combinación entre frutero y florista.

—¿A la zona de restaurantes? —les propongo.

—Por supuesto —dice Taylor, porque allí es donde se pasan todo el día los chicos del instituto.

Me río cuando llegamos y miro las mesas. Trevor y Jackson Harris están allí con el resto de su pandilla. Ya tienen un montón de patatas fritas y hamburguesas delante de ellos. Estoy convencida de que los chicos adolescentes nunca pueden estar a más de diez metros de distancia de la comida o se consumirían y morirían.

Riley y Trevor se echan miraditas pero Riley demuestra un gran dominio de sí misma y se queda con nosotras cuando nos dirigimos al mostrador del Panda Express. Nos pedimos cosas para compartir y Lili me mira un poco avergonzada cuando le digo que invito yo.

—Te debo la cerveza del otro día —le digo.

Ella trata de sonreír, aunque no lo hace realmente, mientras vamos hacia las mesas. Y no come mucho.

Finalmente, cuando acabamos de picotear toda la comida que somos capaces de ingerir, junto todos los platos y voy hacia la basura. Justo cuando estoy volviendo a la mesa, los ojos de Taylor empiezan a chispear.

—Oh, ahí hay uno para ti, Lili —dice, señalando directamente a un chico que merodea con unos vaqueros sucios y una sudadera gris manchada. Él mira hacia nosotras y tropieza consigo mismo. Tiene el pelo castaño largo y le cae sobre la cara, de manera que casi esconde lo rojo que se ha puesto. Y odio decirlo, pero con esa sudadera y ese pelo, parece una especie de homólogo masculino de Lili. Se apresura a pasar y desaparece entre la multitud de compradores de verano.

Le echo a Taylor una mirada fulminante.

Pero justo entonces, por encima de la chillona música ambiental, escucho una risa disimulada desde la otra parte de un pequeño tabique entre las mesas y el surtidor. Ese sonido hace que se me pongan los pelos de punta. Porque conozco esa risa. Me vuelvo para ver a Angélique Preston y su banda saliendo de Abercrombie.

Angélique mira y nos ve. Instantáneamente, su nariz se arruga. Camina al alcance del oído de nuestra mesa.

—Chicas, ¿oléis eso? ¡Uf! A alguien se le ha olvidado sacar la basura. —Me mira durante un segundo, luego vuelve la mirada hacia Lili—. Muy amable de tu parte alimentar a los sin techo, Cavanaugh.

Me muevo más cerca de Lili y al levantar la mirada me sorprende al ver que

Riley y Taylor también se acercan a ella.

Taylor se pone delante de Lili y fulmina con la mirada a Angelique.

—¡Vete a la mierda!

Angelique sonríe con suficiencia y se va pavoneándose hacia Hollister, con sus subordinadas siguiéndola detrás.

Y, a partir de ese momento, Taylor y Lili se han convertido en uña y carne. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Matt

Taylor ha estado arriesgando su vida un buen rato, pero parece que ha entrado en razón. He estado a punto de echarle salsa de pato en la camiseta hasta que ha aparecido Angelique.

Pero tengo que decir que estar esperando fuera de los probadores mientras Lili comprobaba cómo le quedaba la ropa, especialmente en Victoria's Secret, ha hecho que tuviera que emplear todo el autocontrol angelical que he sido capaz de reunir.

Las chicas hacen sus compras y finalmente vuelven al coche. Frannie deja a Taylor y a Riley y cuando entra al aparcamiento del edificio de Lili, da justo la casualidad de que llego yo y me aparezco bajando las escaleras con el pelo al viento.

—Señoritas —digo con mi mejor sonrisa cuando se bajan del coche de Frannie.

—Hola, Matt —responde Frannie.

Lili se vuelve para recoger las bolsas de la compra del maletero.

—¿Qué tal han ido las compras? —digo, señalando sus cosas.

—Bastante bien, supongo. Frannie sabe dónde hay buenas rebajas. —Y aventura una pequeña sonrisa.

—Chicas, ¿vais arriba? —Señalo con el brazo el edificio.

—Sí —responde ella.

Alargo la mano para coger sus bolsas.

—Yo te las llevo.

Frannie pone los ojos en blanco detrás de Lili, pero esta se agarra a sus bolsas con más fuerza.

—Creo que lo puedo hacer sola, gracias.

Levanto las manos al aire.

—Solo era un ofrecimiento...

Sigo a Frannie y a Lili al interior del edificio y Lili se vuelve hacia mí al pie de la escalera.

—Mira por dónde caminas —dice con una sonrisa. Sus ojos brillan cuando se encuentran con los míos y una chispa caliente y electrizante me atraviesa.

Me froto la cabeza por detrás.

—Sí. —Eso es todo lo que se me ocurre decir. Soy un imbécil.

Frannie mete su llave en la puerta de Luc y justo cuando abre la última cerradura se escucha un golpe desde dentro del apartamento. La puerta se abre y Rhenorian levanta la cabeza de un respingo desde donde los hermanos Tweedle tienen a Luc agarrado y contra la pared, inmovilizado. Él baja el puño incandescente y una oleada de pánico se apodera de mí al preguntarme cuánto habrá visto Lili.

Lili. *Mierda.*

Estará esperando que haga algo para ayudar al que se supone que es mi amigo.

Rhenorian se gira y le da a Luc un puñetazo en la mejilla izquierda. Después los hermanos Tweedle lo apartan de la pared.

—¡No! —Frannie va rápidamente hasta Luc, pero yo la retengo y miro a Lili. Ella solo está mirando fijamente el espectáculo. Esta podría ser mi mejor oportunidad para impresionarla.

Así que ahora tengo que salvar al demonio.

Mierda.

Entro en la habitación.

—Déjalo en paz.

Rhenorian me sonrío con suficiencia.

—Sí, claro. —Veo sus ojos moverse rápidamente hacia Lili y una gran sonrisa aparece en su cara—. ¿Me vas a hacer algo?

Si luchamos de manera justa con nuestras formas humanas, estoy acabado. Lo que significa que no puedo luchar de ese modo. Cruzo la habitación y le echo un ojo a Luc. Él asiente.

En el mismo instante, Luc se retuerce y se suelta de los hermanos Tweedle y arroja a uno de esos dos contra la pared. Yo arremeto con un puñetazo electrificante contra la mandíbula de Rhenorian. Espero que Lili no note el polvo celestial que deja tras de sí. Rhenorian huye de los puñetazos tambaleándose y me mira enfurecido.

—Por los pecados de Satanás, querubín, resuelve de qué parte estás.

Lanzo una mirada a Luc, pero él está demasiado ocupado luchando con uno de los hermanos Tweedle como para haber oído lo que ha dicho.

Rhenorian agarra al otro hermano Tweedle por el cogote y se dirige hacia la puerta.

—De todas maneras, era un plan estúpido —se queja, mirándome maliciosamente al pasar.

Luc suelta al hermano Tweedle que tenía cogido y este va tras ellos, lanzándome una mirada feroz por encima del hombro.

Lili está de pie justo en el quicio de la puerta, en la parte de dentro, mirando horrorizada y confundida. Frannie da un portazo tras los demonios y corre hacia Luc.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien? —Mi hermana alarga la mano y toca el moratón violáceo que está apareciendo en la mejilla de Luc.

—Estoy bien.

Lili tiembla mirando a Luc con los ojos muy abiertos, asustada.

—¿Quiénes eran esos?

—Unos con los que solía tratar antes —dice Luc consciente de cómo va a sonar esa frase.

En la cara de Lili aparece comprensión.

—Pandilleros.

—Por decirlo de alguna manera —responde Luc. Luego se vuelve hacia mí—. Gracias.

Yo aparto la mirada. Odio esa sensación de culpabilidad.

—Sí, no importa.

Frannie se estrecha contra Luc, acercando su cara a la de él y besándole el cardenal.

—¿Cómo han entrado?

—Llamaron a la puerta y les abrí. —Él le sonrío de manera cínica.

—Oh, Dios —dice ella—. Te voy a traer hielo.

Lo mira durante un instante más largo, levantando su mano para tocarle la cara otra vez y luego se va a la cocina.

Lili se mueve hacia la puerta.

—Creo que debería irme... —Alcanza el pomo de la puerta, pero duda.

Yo camino hacia ella y le aparto la mano.

—Déjame que eche un vistazo. —Abro la puerta y escudriño el pasillo. Está vacío. Me vuelvo hacia Lili—. Se han ido.

Mira a Frannie y a Luc.

—Bueno, si estáis bien, hasta luego, supongo.

—Déjame que te acompañe a tu apartamento —le digo y me doy cuenta de que sueno excesivamente ansioso, así que le sumo un añadido—. Creo que se han ido, pero... por estar seguro.

—Vale —contesta ella.

Pasamos la puerta para salir al pasillo y un segundo más tarde se escucha el ruido seco de los cerrojos detrás de nosotros.

Ella se vuelve y camina los pocos pasos que hay hasta su puerta, buscando a tientas la llave.

—Bien... supongo que ya nos veremos...

—Matt —le recuerdo yo, terminando la frase que ha empezado, aunque no implicase que ella lo quisiera.

Ella me mira.

—¿Qué?

—No estaba seguro de que te acordases de mi nombre. Matt. Me llamo Matt. — Soy un idiota, me recrimino.

Ella abre la cerradura y empuja la puerta.

—Bueno. Pues nos vemos... Matt. —Sus ojos se mueven rápidamente hacia los

míos, provocándome un escalofrío y una casi sonrisa le tuerce el gesto—. Ten cuidado —dice, mirando pasillo abajo, hacia las escaleras.

Se desliza a través de su puerta. Y estoy solo.

Otra vez.

¿Qué demonios?

Frannie

Luc está reorganizando los libros en la biblioteca esta noche, así que me hizo prometerle que me quedaría en casa. Los Red Sox están perdiendo tan claramente contra los Yankees que hasta duele ver el partido. Y los improperios que suelta mi padre son más coloridos de lo habitual. Empuja el reposapiés de su asiento reclinable y se inclina hacia delante, los codos apoyados en las rodillas. Se concentra en la televisión como si pensase que puede hacer ganar a su equipo por su pura fuerza de voluntad. Yo me levanto del suelo y me dirijo a las escaleras.

—¿Has decidido pasar de los chicos? —dice.

—¿Yo? ¡Nunca! —respondo con indignación burlona.

Él sonríe, pero luego se pone serio.

—Está bien tenerte en casa por la noche para variar.

Mamá levanta la vista de su crucigrama.

—Deberías pasar más tiempo en casa, cariño. Es verdad, en unos meses ya no te tendremos aquí con nosotros.

Me apoyo contra la pared a la subida de los escalones, con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¿Entonces, eso significa que vais a dejar de tratar a Luc como a un...?

Mamá deja caer el periódico en su regazo.

—Nosotros nunca lo hemos tratado de otro modo que no fuera con respeto.

—Hablemos en serio, mamá. Tú no lo tratas como a Chase. Nunca puede subir arriba a mi dormitorio.

—Bueno, él... Yo estoy...

—Lo que está intentando decir tu madre —intenta explicar mi padre, mirando a mamá con una ceja levantada y una sonrisa divertida—, es que, hasta ahora, ha demostrado que es un joven responsable y que estamos dispuestos a darle el beneficio de la duda.

Yo me levanto del suelo.

—¿De verdad? ¿Así que puede, por ejemplo, pasar algún rato en mi dormitorio?

Mamá le lanza a papá una mirada fulminante.

—Con la puerta abierta.

Yo siento una sonrisa ridícula salir de mis labios y es inútil intentar pararla.

—Vale, de acuerdo. —Empiezo a salir del salón cuando se me ocurre algo.

Espero a que a mamá se le pase la punzada en el corazón antes de volver—. ¿Cómo es que nunca tuve que dejar la puerta abierta cuando venía Gabe?

Ellos se miran y después me miran a mí.

—Bueno, Gabe es un ángel —dice mamá.

Doy un respingo al oírla. No tengo réplica para esto. Él es un ángel. *Mi ángel*. Y Luc, definitivamente, no lo es. Al volver a las escaleras siento el dolor en el vacío de mi corazón, ese dolor que solo he sido capaz de disimular manteniendo mi cabeza ocupada en otra cosa que no sea Gabe y en cuánto lo echo de menos. Me esfuerzo por pensar en otra cosa que no sea él. Empiezo a repasar el horario de trabajo en mi cabeza mientras subo las escaleras, pero solo he podido llegar hasta el sábado cuando alcanzo el final y me topo con Grace que sale del cuarto de baño.

Se quita la toalla de la cabeza, dejando caer su pelo húmedo sobre sus hombros, que le gotea por la espalda.

—¡Estás en casa!

—No por gusto. Luc está en la biblioteca.

Ella tan solo me lanza una mirada escalofriante, al más puro estilo Grace, como si esos ojos azul pálido pudieran ver a través de mí de alguna manera. Pero cuando paso a su lado, se vuelve y me dice:

—Él es diferente.

Me giro hacia ella, irritada.

—¿Quién?

—Luc. Ha cambiado.

La miro durante un minuto, sin estar segura de qué decir y, de repente, me pregunto cuánto es capaz de ver Grace en realidad.

Asiento.

—Sí, ha cambiado.

Me giro y me dirijo al pasillo, pero justo antes de alcanzar mi dormitorio oigo que me dice:

—¿Cómo? ¿Hiciste...? —Y su voz indecisa se va apagando.

Cuando me vuelvo hacia ella, sus ojos me miran intensamente. Es imposible que ella pueda saber exactamente cuánto ha cambiado Luc y no hay manera de que pueda saber que yo lo hice. Pero hay algo en su mirada que me hace reflexionar.

—Al parecer no es tan malo como pensabas.

Cuando empujo mi puerta para abrirla, la escucho decir:

—Pero él era... —Más como un diálogo interno que para mí.

Cojo mi viejo ejemplar de *Apocalipsis*, de Stephen King, de mi escritorio y me tumbo en la cama, intentando poder concentrarme en la lectura. Pero no puedo parar de pensar en Grace. ¿Cuánto sabe? Me sacudo la conversación de la cabeza, cojo el teléfono y le envío un mensaje a Taylor: «¿Vams a The Cove sta noche?».

Al cabo de un momento suena mi teléfono: «Sta noche no pued».

¿Qué? Taylor siempre tiene ganas de ir a The Cove. Suele haber muchos turistas,

pero las noches que no hay fiesta en casa de los Gallagher, se llena de chicos del instituto. Ella se los come con los ojos mientras yo supero mi propio récord en el simulador del circuito de carreras.

«¿Pq no?», le contesto.

Espero.

Y espero.

Justo cuando voy a marcar la tecla de llamada rápida para llamarla, suena el teléfono: «He kedad con Lili», dice el texto en mi pantalla.

La quemazón de los celos me sorprende. Eso era lo que yo quería, que Lili hiciera amigos. Le doy a la tecla de llamada del teléfono y Taylor responde al primer tono.

—Bueno, pues yo me apunto con vosotras. ¿Adónde vamos?

—Lo siento —dice, y siento crecer mi irritación—. Vamos a una fiesta a la que me ha invitado Marc. No creo que sea para ti, Fee.

Me encantan las fiestas.

—¿Desde cuándo no es una fiesta algo para mí?

—Escucha, Fee... es solo que, por alguna razón, te has convertido en un imán para los tíos buenos. No se me pasó que Marc se estaba fijando en ti la otra noche en casa de los Gallagher y la verdad es que no quiero tener competencia esta noche.

—Estás de coña, ¿verdad?

—Eh... no.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Piensas que te voy a robar los chicos?

—A propósito no, supongo, pero... sí.

—Genial —contesto y arrojo violentamente el teléfono antes de cortar la llamada. Bien, esto ha sido maduro, me digo a mí misma. ¿Qué demonios pasa conmigo?

Pero sé lo que me pasa. Realmente no tengo amigos íntimos, en el sentido estricto de la palabra. Taylor es la persona más de fiar que podría haber encontrado con la que tener una amistad. Nunca me pide que dé demasiado y a cambio, yo nunca cojo mucho. Así que no sé de dónde me viene esta necesidad de aferrarme a ella. Pero me duele un poco que Lili me esté quitando la amistad que nos ha unido durante nueve años. Y también me asusta un poco no haber sido consciente hasta este mismo instante de lo mucho que me estaba engañando creyendo que yo no necesitaba a nadie.

Matt

La escucho por las escaleras mientras espero en el pasillo y la cabeza empieza a darme vueltas. Bajo la cabeza y observo mi forma humana mientras me apoyo contra la pared y trato de hacer ver que estoy tranquilo. Debería hacer algo en vez de seguir aquí de pie, observando el vacío como si fuera un acosador. Ella llega a las escaleras

y, por un segundo, siento pánico mientras intento resolver qué debería ser ese algo. Me deslizo hacia abajo y me siento con la espalda pegada contra la pared. Un viejo ejemplar de *Guerra y paz* de Tolstói se materializa en mi mano y unas gafas con montura negra aparecen en mi rostro. Al parecer me he decidido por el aspecto de intelectual. No puede haber nada malo en que ella crea que soy inteligente.

Sé que Gabriel estaría dándome un sermón por no estar con Frannie, pero ella permanece en casa, bajo el escudo protector de papá. Allí está segura. Ningún demonio puede atravesar ese escudo.

Así que aquí estoy. No puedo evitarlo, tengo que conocerla mejor.

Lili vuelve la esquina del hueco de la escalera, hojeando la publicidad que tenía en el buzón, y no me ve hasta que tropieza con mis piernas. Suelta un taco y mira hacia abajo para ver con qué ha tropezado. Cuando me ve, se va unos pasos hacia atrás, con los ojos muy abiertos.

Me pongo en pie.

—Vaya, lo siento mucho —digo encogiéndome de hombros y cogiendo mi libro.

Sus ojos se entrecierran mientras pasa por encima de mí sigilosamente y se queda pegada a la pared de enfrente... Da unos pasos atrás hacia su puerta.

—¿Qué haces sentado en el pasillo?

—Estoy esperando a Luc —digo haciendo un gesto hacia su puerta—. Lo siento mucho. No quería asustarte... ni intentar matarte ni nada de eso —añado con una sonrisa.

Esa sonrisa parece hacer efecto, porque baja los hombros y su pose defensiva se suaviza.

—¿Estás esperando a Luc?

—Sí, he llamado a la puerta pero no ha contestado nadie.

Ella frunce el ceño.

—Dijo algo de que tenía que trabajar hoy hasta tarde, creo.

—Oh, gracias. De todos modos creo que lo esperaré un rato más.

Se gira hacia su puerta sin responder, pero yo estoy convencido de haber visto la más pequeña de las sonrisas serpentear por su cara antes de deslizar la llave en la cerradura. Mi humor se hunde cuando empuja la puerta y desaparece tras ella.

Yo me quedo allí sentado, sin perder la esperanza de que vuelva a aparecer y estoy a punto de retirarme lentamente a la casa cuando escucho que el cerrojo de su puerta se descorre. La puerta se abre y su cabeza asoma.

—Bueno... puedes esperarlo aquí, si quieres.

—Gracias.

Camino hacia su apartamento y ella me mira fijamente durante un minuto largo y embarazoso. No estoy seguro de qué decir. Entonces ella abre la puerta un poco más.

—¿Quieres una cerveza o algo?

Mis pies atraviesan el umbral de la puerta y durante un segundo el pensamiento de «¿qué estás haciendo?» se dispara en mi cabeza. Pero lo aparto de mi mente

cuando siento un cosquilleo que me recorre el cuerpo.

—Claro.

Ella cierra la puerta y miro a mi alrededor. El apartamento está desordenado. Es igual que el de Luc, solo que hay platos sucios y... trastos, supongo, amontonados por todas partes. Le echo una ojeada al correo que llevaba en las manos hace un minuto y que está esparcido sobre un montón de cartas más grande sobre la encimera.

—Lo siento, está todo hecho un desastre —dice, afirmando lo que es obvio. Coge una pequeña pila de platos del sofá y los pone en el fregadero, en una pila más grande todavía—. Siéntate.

Lo hago.

Va al frigorífico, se agacha y vuelve con dos cervezas. Viene y se sienta junto a mí en el sofá, cerca pero sin rozarme, y me alarga una. La cerveza ayuda a mi boca seca y estamos charlando durante un largo rato. Mi mente se acelera y apenas soy capaz de seguir la conversación, pero estoy encantado de que no me pregunte nada que no sea capaz de responder.

—¿Otra cerveza? —me invita, moviendo su botella vacía y levantándose del sofá. Sin ella a mi lado, aunque no nos estuviéramos tocando, de repente siento frío.

—Yo estoy bien.

—Bueno, esta noche voy a una fiesta —dice metiendo la cabeza en el frigorífico y luego vuelve hacia mí—, le podría preguntar a mi amiga si le importa que vengas. —Mira hacia abajo y empieza a arrancar la etiqueta de la cerveza—. Si quieres.

Un zumbido eléctrico me atraviesa el cuerpo. Sé lo que quiero decir, pero...

—Ya tengo... No puedo, lo siento. —Qué poco convincente, en momentos como este me gustaría poder mentir.

—No hay problema —dice desenroscando el tapón de la botella de cerveza, pero sin mirarme todavía.

—De verdad que me apetece mucho. —El entusiasmo con el que lo digo hace que me suba el calor por el rostro y, de repente, temo estar ruborizándome. Nunca me hubiera imaginado que fuera posible sin tener sangre corriendo por las venas.

Entonces ella me mira.

—Pero tienes novia.

—¡No!

—Entonces, ¿por qué no puedes venir?

—Se supone que tengo que hacer... algo. —Lo mismo que siempre.

—Escaquéate.

—Ojalá pudiese.

Baja la mirada a sus rodillas, pero sonrío.

—La historia de mi vida. Los buenos siempre tienen algo mejor que hacer.

Ella piensa que soy uno de los buenos. Siento una punzada de dolor por dentro. ¿Pueden tener los ángeles ataques al corazón?

—Vale, voy.

Sus grandes ojos vuelven a fijarse en los míos.

—¿De verdad?

—Claro.

¿Qué estoy haciendo?

Rompiendo las reglas.

Un extraño sentimiento se apodera de mi alma, como si estuviera implosionando y explotando al mismo tiempo. Me estremezco ante tal sensación y siento que una sonrisa aparece en mi cara.

—Claro —digo otra vez.

Me siento como un flan, salvaje, fuera de control. Y me gusta. Así es como se siente uno al tomar sus propias decisiones. Estoy haciendo lo que quiero y me siento de maravilla, como si pudiera tener una vida propia.

Espero en el pasillo mientras Lili se cambia y cuando sale del apartamento, todo pensamiento racional me ha abandonado. Ha cambiado su sudadera gris por vaqueros y un top suelto negro. Lleva el pelo recogido atrás, en un moño improvisado, y está preciosa.

—¡Caramba!

Dulce cielo sobre mí, ¿por qué no puedo mantener la boca cerrada?

Pero cuando ella suelta una sonrisa y se ruboriza, decido que quizá no he metido tanto la pata. No puedo apartar los ojos de ella mientras vamos a por su camioneta y conducimos para ir a recoger a Taylor. Cuando llegamos a su entrada es un poco raro hacer como que nunca he estado aquí antes, después de todo el tiempo que he pasado en este porche mientras Frannie pasaba el rato aquí. Taylor viene bailoteando y abre la puerta del copiloto. Cuando me ve abre los ojos un momento antes de que una sonrisa lasciva se le extienda por la cara.

—Oh... buena chica, Lili.

—Soy Matt —digo alargando mi mano.

Ella la coge y la utiliza para ayudarse a subir a la camioneta. Me deslizo al medio del asiento corrido y ella entra de manera que su piernas tocan las mías.

—Taylor —dice como si me comiera con los ojos.

Lili se inclina hacia delante y mira a Taylor.

—Espero que no te importe.

—Los chicos siempre son bienvenidos, Lili, especialmente chicos tan guapos como este —dice apretando su hombro contra el mío y sonriendo abiertamente.

Conducimos hacia la zona norte de Boston, a un barrio de desolados y viejos edificios de arenisca. Cada cierto tiempo se ven grupos de gente rondando por las aceras: adolescentes, vagabundos... Todo parece gris: los edificios, los coches y la gente. De todo este barrio se desprende un sentimiento de desesperanza.

—Ahí —dice Taylor señalando un aparcamiento libre entre un mar de Harleys y un viejo coche fúnebre negro.

Lili aparca mientras Taylor apaga su GPS y se lo mete en el bolso.

—¿Cómo te has enterado de esta fiesta? —pregunta Lili mirando al coche fúnebre y pareciendo un poco insegura.

Los ojos de Taylor brillan.

—Me lo dijo un chico guapísimo. Toca en un grupo.

Lili aún no parece muy segura, pero abre la puerta y baja lentamente a la calle. Yo me deslizo detrás y doy la vuelta a la camioneta junto a ella para encontrarnos con Taylor, que está en la acera.

Caminamos hacia uno de los edificios en una esquina, desde donde se escucha a todo volumen una versión de *Purple Haze* de Jimi Hendrix. Un grupo de adolescentes que están en la esquina empiezan a silbar. No hay duda de que Taylor es guapa y su falda corta negra está diseñada para llamar la atención.

La puerta se abre y entramos. Inmediatamente sentimos una bocanada de hachís en nuestras caras al pisar el pequeño y oscuro recibidor. Seguimos la música y el humo por el pasillo hasta una sala casi oscura atiborrada de cuerpos que se mueven al ritmo de la música. Aquí el humo se mezcla con olores más salvajes a sudor y almizcle. Mi cabeza se inunda con visiones de necesidades primarias siendo satisfechas. Siento despertar mi propio deseo y suelto un profundo suspiro.

Miro a Lili, que parece hipnotizada por la escena. Una sonrisa fascinada serpentea por sus labios mientras contempla a la multitud vestida con cuero a través de la luz tenue.

Taylor tiene la boca abierta y su mirada está fija en el grupo que está instalado en la esquina de la sala, en una plataforma baja. Ella entra y se abre paso hasta el escenario a través de los cuerpos que giran y se retuercen.

Mi sexto sentido me alerta intensamente. Aquí hay demonios. Muchos. Pero están tan entremezclados con la masa de humanos que tengo problemas para hacerme una idea de dónde están.

Lili me tira de la camiseta y señala hacia la esquina donde hay un barril en una cubeta de hielo. Empieza a hacer camino en esa dirección y yo la sigo. Coge un vaso de plástico rojo de la pila y me lo alarga, después coge otro para ella. Agarro el grifo y lleno los vasos.

Alguien me golpea por detrás, haciendo que la cerveza se me derrame en la mano. Me giro lentamente y un chico alto, delgado, quizá en los veinte, me mira fijamente desde arriba y sus firmes ojos negros me dicen sin palabras que sabe exactamente lo que soy.

Y yo también sé lo que es él.

—¿Quién te ha invitado?

Antes de que pueda contestar, sus ojos se deslizan de mí a Lili, que está a mi lado.

—¿Has sido tú, señorita? —Él alarga su mano hacia ella, ella se la coge y él se la lleva a la boca, besándole el dorso de los dedos. Una sonrisa torcida florece en su cara oscura—, porque si es así olvidaré la indiscreción.

—He sido yo. —Casi no puedo oír la respuesta de Lili a través de la música.

—Soy Chax. Encantadísimo de conocerte.

—Lili —responde ella.

Me pongo delante de Lili y le quito la mano de su mano.

—Y yo soy Matt. —Las ganas de sacarla de allí son incontenibles—. Ya nos íbamos —le digo intentando no mirarlo con todo el odio que siento dentro.

Sus ojos no dejan a Lili y su voz se torna de hielo.

—No te estaba hablando a ti. —Se vuelve y mira hacia atrás, donde se ve salir de la cocina a un chico más bajo, de pelo largo y negro recogido en una coleta que tiene los mismos ojos fríos y negros que él. Chax levanta el brazo.

—¡Eh, Andrus!

Su colega sonrío y viene hacia nosotros. Los cuerpos parecen apartarse, como el mar Rojo con Moisés, de su camino. Él nos alcanza y una sonrisa maléfica parte su rostro.

La sonrisa de Chax se convierte en ofensiva cuando pasa su brazo sobre el hombro de su amigo.

—Andrus, me gustaría que conocieras a Lili —dice dándole a Andrus un golpe suave con el codo.

Lili se pega más a mí y yo le estrecho la cintura con mis brazos. Con ella cogida siento que mi poder crece y de repente me siento invencible.

La risa de Chax se convierte en pura maldad.

—Oh, y a su amigo Matt —añade con un movimiento de la mano.

Justo entonces el grupo para de tocar y pese a las charlas y los gritos de la gente, todo parece estar en silencio.

—Hola —dice Lili tirando de su camiseta. Ella mira severa a Andrus y este asiente, pensativo.

Con la lengua se aprieta el anillo que le atraviesa el labio inferior.

—¿Y puedo preguntar cómo te has enterado de nuestra pequeña reunión?

Los ojos de Lili se mueven rápidamente hacia Taylor, que le está dando una calada al porro que un chico alto y corpulento, con el pelo negro y enmarañado, le acaba de pasar. Está vestido con unos vaqueros rajados y una camiseta negra rasgada y a la espalda lleva colgado un bajo negro.

—Creo que nos invitó aquel chico... o nuestra amiga, no importa —dice Lili.

Andrus le da un codazo a Chax.

—Marc ha encontrado un nuevo juguete. —Vuelve a mirar a Lili con una sonrisa depredadora.

Tengo que conseguir sacar a estas chicas de aquí lo antes posible.

Le agarro más estrechamente la cintura.

—Bueno, Lili... ¿lista para que nos vayamos?

La sonrisa de Chax se hace más amplia y sus ojos brillan bajo la luz tenue, sin apartarse de Lili.

—Tú no te vas todavía. La fiesta acaba de empezar.

Le agarra la mano a Lili, arrancándola de mis brazos, y la lleva a un sofá al fondo de la habitación, donde mágicamente les hacen un sitio. Se instala en él y se da unos golpecitos en el muslo indicándole a Lili que se siente.

La furia de los celos me recorre el cuerpo y las ganas de golpearlo son irresistibles. Puedo imaginarme a mí mismo convocando mi poder y lanzando una ráfaga que lo envíe al olvido, o como mínimo de vuelta al Infierno.

—Eh... no lo creo —dice ella.

Buena chica.

Me mira, y tan solo por un segundo, parece que ella ve mi yo real. Sus ojos se fijan en los míos y su boca se inclina con una pequeña sonrisa. Intenta coger mi mano, entrelaza sus dedos en los míos y mi interior explota en un estallido de éxtasis.

Plantando cara a tus demonios

Frannie

Me estoy poniendo cada vez más nerviosa. Me siento en la silla de mi escritorio y apoyo la barbilla en el alféizar de la ventana, mirando fijamente el remolino rosa y gris del atardecer y esperando ver el Shelby.

¿Dónde demonios se ha metido Luc? ¿Cuánto se tarda en colocar un montón de libros en unas estanterías?

Menos tiempo si yo lo ayudo.

Salto, me pongo las chanclas y bajo las escaleras dando brincos. Paso por el salón y saludo a mamá y a papá de camino a la calle.

—Voy a la biblioteca.

—¡Dios, maldito sea Jeter! —le grita mi padre a la televisión.

—¡Daniel! —le reprende mi madre y se vuelve hacia mí—. ¿No están cerradas las bibliotecas a estas horas?

—Luc trabaja hasta tarde cambiando libros de sitio. Voy a ayudarlo —digo, avanzando hacia la puerta.

—Bueno, pero llámanos si luego vas a otro sitio.

Cruzo la puerta bailoteando, entro en el coche, giro la llave... y suelto un grito cuando un demonio enorme de pelo cobrizo se materializa en el asiento del copiloto.

—Hola —dice.

Salgo del coche de un salto, sin cerrarlo.

Mi instinto es correr, naturalmente. Pero entonces recuerdo que Luc dijo que quería información. Me paro en seco y busco a tientas el crucifijo que llevo colgado al cuello, intentando no parecer tan asustada como realmente me siento. Recuerdo el daño que mi último crucifijo le hizo a Belias y espero no tener que usar este.

—¿Quién eres?

—Soy Rhenorian —dice en voz baja, tratando obviamente de calmarme. Sonríe—. Pero mis amigos me llaman Rhen.

Mi corazón está tratando de suicidarse golpeándose despiadadamente contra mis costillas.

—¿Qué quieres?

Me mira como si intentase ver en mi interior.

—Lo hizo por ti, ¿verdad?

—¿Quién hizo qué?

—Lucifer. Es humano.

—Lo sé.

—¿Cómo lo hizo?

—Yo... no sé —miento.

—Él dijo que alguien lo hizo humano. ¿Quién?

—No lo sé —repito.

Él gira la llave y apaga el motor, la saca y sale del coche. Al ponerse en pie alcanza su estatura máxima y una sonrisa de hielo se posa en su boca.

—Eres una mentirosa malísima —me lanza las llaves sobre el coche—. Te lo dice un profesional.

Mientras el pánico me recorre el cuerpo entero se me ocurre, en algún punto en lo más profundo de mi mente, que Matt debería estar aquí.

—No sé cómo funciona.

Él camina despacio alrededor del coche.

—Yo creo que sí.

—¿Por eso sigues a Luc? —El miedo atraviesa mi garganta, estrangulando mis palabras. ¿Qué estoy haciendo? No me va a contar nada.

Me retiro unos pasos e intento centrarme.

No quieres a Luc.

Él duda por un momento y su cara se relaja. Pero entonces mueve la cabeza y me vuelve a mirar con ojos seguros, cortantes.

—Voy a terminar averiguándolo.

—Él no te va a contar cómo funciona. Tampoco lo sabe.

Sus ojos se fijan en los míos.

—Eso lo veremos.

Yo me agacho cuando avanza hacia mí, ignorando los fuertes latidos de mi corazón e intentando seguir centrándome en su mente. *Vete. No quieres a Luc. No quieres a Luc. No quieres a Luc.*

Él da un paso hacia atrás, confuso.

No quieres a Luc, insisto otra vez.

El ruido de un motor capta la atención de Rhenorian y alza la vista, aclarándosele la cara justo cuando el Shelby de Luc para en seco de un frenazo.

Luc vuela fuera del coche con los ojos muy abiertos y se detiene junto a mí.

—Déjala en paz, Rhen.

Rhenorian le lanza una mirada cortante a Luc.

—Cuando tenga las respuestas que busco.

—¡Por el amor de todos los demonios, Rhen! No hay nada que contar.

Respiro hondo y me concentro otra vez en su mente. *No quieres a Luc.*

—Déjalo —dice Luc.

Retrocedo unos pasos, sin apartar los ojos de él. Él no hace ningún movimiento hacia mí, pero sus ojos están también fijos en los míos y hay algo en su expresión que

no puedo leer.

Nos volvemos para la casa y contengo la respiración mientras apretamos el paso, medio esperando que trate de pararnos.

Vete. No quieres a Luc.

—Nos vemos —dice a nuestras espaldas.

Entramos en casa y cerramos la puerta a nuestras espaldas. Me apoyo contra la pared, temblando, segura de que voy a vomitar. Kate aparece justo bajando las escaleras. Su cara se contrae cuando ve a Luc.

—Eh, ¿cómo has adelantado a Chase?

Luc entrelaza sus dedos con los míos y me lanza una mirada preocupada antes de volverse a Kate.

—Estaba cerrando cuando yo salí. Seguro que viene detrás.

Mamá alza la vista de su crucigrama.

—Ha sido rápido.

Me retiro de la pared.

—Sí, Luc ha llegado justo cuando yo estaba saliendo. Me he ahorrado el viaje. — Espero que no note el temblor de mi voz—. Vamos arriba.

Ella solo me mira, el significado de su mirada está más que claro.

Pasamos por delante de Kate y subimos las escaleras hacia mi habitación. En mi dormitorio, Luc cierra la puerta. Pienso en la regla de mamá sobre lo de cerrar puerta, pero no la abro.

—¿Qué ha pasado?

—Estoy bien, gracias por preguntar —le digo.

Él me atrae hacia sí y casi me arranca la vida del cuerpo de lo fuerte que me abraza.

—Frannie, cuando te vi ahí fuera con él...

Me aparto de su abrazo.

—Estaba aburrida. Creí que si iba a la biblioteca y te ayudaba, terminarías más rápido.

Entrecierra los ojos y presiona los labios en una dura línea.

—¿Dónde demonios está Matt?

—Buena pregunta.

—Esto no va bien. Gabriel se equivocó. Matt no puede con todo esto. —Sus palabras suenan tranquilas, pero sus ojos no lo están en absoluto. Se avecina una tormenta en esos dos pozos negros.

—Para, Luc. Matt está aquí. Estoy segura de que hubiera hecho algo si yo hubiera estado realmente en peligro.

—Llámalo —dice retándome.

Me acerco a él y le ofrezco la mejor de mis sonrisas seductoras, que probablemente no es para nada sensual, pero es lo mejor que consigo dibujar en mis labios en estos momentos.

—No lo quiero aquí ahora. —Deslizo mis manos bajo la camiseta de Luc, intentando distraerlo porque, la verdad, estoy prácticamente segura de que Matt no está aquí.

Luc sujeta mis muñecas con sus manos y las lleva a su cara, rozando sus labios sobre el dorso de mis dedos y me mira con dureza.

—Lámalo.

—No —digo, apartando mis manos de él—. Lámalo tú.

—Si yo lo llamo no tiene por qué venir, pero si lo llamas tú, no tiene elección.

Cruzo mis brazos y los aprieto contra mi pecho.

—Muy bien.

Matt

Sentado aquí, con Lili a mi lado, me sería fácil olvidar que estamos en una habitación llena de demonios. El grupo se deja el alma en su actuación, su ritmo machacón me sacude el corazón.

Miro hacia Taylor. Aunque el grupo está tocando, el bajo la tiene apretada contra él, sus brazos alrededor de sus hombros, balanceándose juntos y fundidos en un beso. Sé que debería ir hasta allí y rescatarla, pero con Lili tan pegada a mí en el sofá, con el calor de su cuerpo invadiendo el mío... No voy a ningún sitio. Ella tiene su mano sobre la mía y el sentimiento que me inunda es maravilloso. Electrificante.

Deslizo mi brazo sobre sus hombros y la aprieto más contra mí. A pesar de la luz tenue, no hay ninguna duda de la manera en que me mira. Lío un dedo en su pelo mientras ella mueve su mano hacia mi muslo y lo que siento es algo totalmente desconocido. Se extiende por todo mi cuerpo, un revuelo interior que también alcanza algunas partes de mi exterior, hasta que en lo único en lo que puedo pensar es en Lili. Todo lo demás desaparece cuando alcanzo su cara y me inclino para besarla.

Y entonces siento el zumbido en la cabeza.

Frannie.

¡Maldita sea!

Doy un salto y me levanto del sofá.

—Tengo que irme, Lili, lo siento.

—¿Qué?

Agarro su mano y tiro de ella para que se levante del sofá.

—Tengo que irme, ahora mismo. Tú también. No te puedes quedar aquí sola.

—Vale, supongo. Déjame que busque a Taylor.

—Está allí. —Señalo al escenario mientras me vuelvo hacia la puerta, sintiendo que mi forma humana empieza a deteriorarse—. Cógela y salid de aquí de inmediato.

—¿No nos esperas?

—No puedo. Lo siento —le digo saliendo ya al recibidor de camino a la puerta—. Coge a Taylor y marchaos. Ahora mismo.

—¿Cómo te vas a ir a casa?

—No te preocupes por mí. Tú coge a Taylor y os largáis.

Mantengo su mirada durante un segundo más, después me giro y corro fuera de la sala antes de verme forzado a evaporarme delante de todo el mundo. Este es el riesgo de ser visible. Como ángel guardián, cuando la responsabilidad me llama tengo que llegar a ella inmediatamente, no importa dónde esté.

Una vez fuera, suelto un taco por lo bajo mientras me traslado a la habitación de Frannie. Cuando levanto la vista, Frannie está sentada en la cama y Luc de pie, cerca de la puerta. Y los dos me miran con unos ojos llenos de reproches.

—¿Qué?

—Tú estás de coña, ¿no? —dice Luc. La calma en su voz es traicionada por sus puños, que aprieta y suelta lentamente.

Yo vuelvo los ojos hacia Frannie y me aproximo a la cama.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Ella solo me mira con unos ojos llenos de interrogantes.

—¿Dónde demonios estabas? —gruñe Luc.

—Estaba... no he sentido nada. —Aparto mis ojos de ella y una mueca involuntaria aparece en mi cara.

—Me da igual lo que tú hayas sentido —dice Luc con una voz ácida. Alza la mirada mientras su mandíbula se aprieta y frunce el ceño—. Frannie se encontraba en apuros y tú, el gran guardián, estabas ilocalizable.

Cierro los ojos, sintiendo el temor frío que me invade.

—¿Qué ha pasado?

—Rhenorian ha estado aquí —dice Frannie.

Levanto los ojos hacia ella, aliviado.

—¿Y esa es la novedad? Todos sabemos que está siguiendo a Luc.

—Él estaba aquí cuando yo no estaba —dice Luc, y siento el afilado acero de su mirada.

Sus palabras son como un puñetazo en la barriga. Ese no era mi trato con Rhenorian.

Intento que mi voz suene segura, sin apartar los ojos de Frannie.

—¿Ha venido a por ti?

—De alguna manera. Quería saber cómo se convirtió Luc.

Los ojos de Luc se dirigen también rápidamente hacia ella.

—¿Eso era lo que quería? ¿No andaba detrás de ti?

—No. Preguntó sobre cómo te habías hecho humano. Pensaba que lo habías hecho por mí y quería saber cómo.

Luc se gira y cae en la silla de oficina de Frannie, los codos en sus rodillas y la cabeza en sus manos.

Me dirijo hacia la ventana y miro hacia fuera. Rhenorian está en la acera cerca de los arbustos del vecino, con los ojos fijos en la casa. Me ve mirando y saluda en mi dirección. Yo lo miro y le mando un aviso, un destello de luz blanca. Si anda persiguiendo a Frannie, ya no es más un aliado. Pero por mucho que odie admitirlo, es todavía mi mayor esperanza para conseguir que Luc deje a mi hermana.

Vuelvo la mirada hacia Luc.

—Bueno, me parece que tú eres el que pone a Frannie en peligro.

Luc levanta la cabeza de sus manos. Su cara parece atormentada, como si hubiera llegado él a la misma conclusión. Mira con ojos agonizantes a Frannie.

—Tiene razón. Rhenorian me quiere a mí. Si nos separamos no tendrá ninguna razón por la que acercarse a ti.

Sí... acéptalo, Frannie.

Pero el pánico en los ojos de Frannie me dice que no lo va a aceptar.

—Tú no te vas a ninguna parte —dice. Se levanta de la cama y se mueve en dirección a Luc.

—Frannie, sé razonable —dice cogiendo su mano al alcanzársela ella.

—Deberías dejarlo irse, Frannie. Te está poniendo en peligro. Hasta él lo ve —digo en un último y desesperado intento, pero compruebo que resulta inútil. Frannie se sienta en sus rodillas y enrosca sus brazos alrededor de su cuello.

—No. Si te vas, me vas a tener que llevar contigo —dice.

Tozuda, como siempre.

La cara de Luc se ilumina de esperanza.

—Quizá eso es lo que tenemos que hacer, irnos. Con nuestro escudo no serían capaces de encontrarnos. Solo tenemos que despistarlos. ¿Y si nos vamos a Los Ángeles? Podríamos salir temprano.

—¿Y qué le cuento a mis padres?

—Te creerían si les dijeras que ya lo habíamos decidido hace días. Usa tu influencia.

Ella mira a Luc con dureza.

—No voy a usar mi influencia con mis padres, Luc. Y de todos modos, aún no estoy preparada para irme.

—Bueno, pues si te quedas y él también —digo mirando a Luc—, necesitamos planear algo para mantener a Rhenorian lejos.

Luc me devuelve la mirada.

—Si tú no te movieras de tu sitio sería de gran ayuda. Tienes un trabajo que hacer, Matt.

Tiene razón. Y tengo que empezar a hacerlo. He sido un idiota al pensar, solo por un segundo, que podría tener una vida. Esta obsesión con Lili tiene que acabar. Conocerla ha sido un gran error. No ha cambiado nada, quizá solo ha empeorado las cosas. Dejé que me convenciese para que abandonara a Frannie. No volverá a pasar.

No creía que fuera posible para los ángeles tener dolor de cabeza, pero mientras

los pensamientos zumban por ella en una vertiginosa confusión, estoy prácticamente seguro de que eso es lo que me está ocurriendo. Me siento con cuidado al borde de la cama de Frannie, apoyo mis codos en las rodillas y me aprieto la frente.

—Yo me ocuparé de Frannie. Tú piensa en qué se puede hacer para librarnos de Rhenorian.

Las bellezas del Infierno

Luc

Parece que Matt se está tomando su misión más en serio en los últimos tres días. He hecho a Frannie que lo ponga a prueba, llamándolo en momentos escogidos al azar, y siempre ha venido. Esta mañana estoy menos preocupado. Frannie se encuentra con su familia en la iglesia y el riesgo de que Rhenorian, o algún otro demonio, la siga hasta allí es casi remoto. No es que toda esa parafernalia religiosa nos vaya a espantar. Es que es simplemente muy difícil no empezar a reírse a carcajadas. No es una táctica muy acertada si estás intentando mezclarte con los mortales.

Tocan a la puerta y espero que quizá sea Frannie, que se ha escaqueado de la iglesia. Pero cuando la abro, es Lili con un cuenco blanco de cereales.

—Hola. Se me ha acabado la leche y mis Froot Loops no se han puesto muy contentos. ¿Me puedes prestar un poco?

—Sin problema —digo, abriendo la puerta ampliamente. Se desliza dentro pasando bajo mi brazo y yo la cierro.

—Gracias. Estoy muriéndome de hambre y lo único que tengo son Froot Loops. Un poco triste, ¿no?

Abro el frigorífico y le enseño su contenido: una botella de leche casi vacía, medio paquete de mantequilla, un cartón de huevos casi vacío y una porción sobrante de *pizza* de salami envuelta cuidadosamente en papel celofán y una caja de cartón del restaurante de comida rápida Ming's Bamboo House que contiene quién sabe qué.

—No tan triste, diría yo —la rebato con una sonrisa.

Me devuelve la sonrisa y, por primera vez, me doy cuenta de que de hecho es bastante atractiva. Esta mañana lleva el pelo recogido hacia atrás, así que puedo ver bien su cara. Incluso sin maquillaje, es una belleza clásica.

—Coge un cuenco y un par de cucharas. Tengo Froot Loops de sobra para los dos. —Deja su cuenco en la mesa y corre al pasillo, dejando la puerta abierta. Vuelve en un minuto con una caja de Fruity Ohs de marca blanca. Pongo un cuenco sobre la mesa y ella lo llena, después reparte la poca leche que queda entre los dos cuencos.

Se sienta en la silla que hay enfrente de mí y se quita la sudadera gris extraancha. Debajo lleva un par de vaqueros cortos desteñidos con una camiseta escotada sin mangas de un blanco casi transparente y un sujetador negro.

¡Vaya!

—¿Es nuevo? —digo, señalando su conjunto.

Ella sonríe tímidamente.

—Sí. Frannie me ayudó a encontrar algunas gangas.

Nunca hubiera adivinado que ese cuerpo estaba escondido bajo todo su desaliño habitual. Apoya un codo en la mesa y sostiene su mejilla con la mano. De pronto, me descubro a mí mismo mirando fijamente su escote, que se realza con su pose y obligo a mis ojos a que se vayan a los aros naranjas, verdes y amarillos que flotan en el cuenco delante de mí. Me pongo muy nervioso, mis pensamientos son un montón de ideas enmarañadas.

—Bueno, ¿está por aquí?

—¿Quién?

—Frannie. —Escucho la sonrisa en su voz, pero no alzo la mirada.

—En la iglesia. Está en la iglesia —digo aclarándome la garganta—. Bueno, ¿y cuándo empiezan las clases? —le pregunto mirando la punta de mi cuchara remover los aros flotantes uno por uno.

—En seis semanas. Espero tener para entonces suficiente dinero ahorrado de mi trabajo en el KwikMart para pagar los libros.

—Buena suerte entonces. Eso es más o menos también cuando Frannie empieza las clases. Nos vamos a Los Ángeles en un mes.

—Eso es un gran cambio. ¿Estás nervioso?

Levanto la vista y trato de pegar mis ojos a la cara de Lili.

—Nos vendrá bien empezar de nuevo en algún sitio lejos de aquí.

Mis ojos siguen sus dedos al moverse de su mejilla al tirante del sujetador que asoma por debajo de la camiseta sin mangas.

—Todos necesitamos comenzar de nuevo alguna vez —dice con una voz suave y baja.

—Mm —musito, asintiendo a su afirmación y centrándome de nuevo en mi cuenco. Me llevo una cucharada de cereales a la boca.

—¿Qué vais a hacer en Los Ángeles?

—Todavía no estoy muy seguro —digo entre dos bocados—. Quizá busque un trabajo.

—¿Haciendo...?

—Buena pregunta.

—Deberías probar cómo modelo. Las grandes tiendas están en Nueva York, pero Los Ángeles también tiene buenas agencias.

Levanto la mirada y sonrío.

—¿Crees que estoy de coña? —dice levantando las cejas.

Aparto la mirada de ella.

—Sí.

—Bueno, pues no. Tú tienes un aspecto que hace que a las mujeres se les caiga la baba. Eres oscuro y peligroso.

Levanto de nuevo mis ojos hacia ella. Ella tampoco está nada mal. Y cuando fija

su mirada en la mía, algo primitivo se mueve dentro de mí. Estoy viendo algo en su mirada que no debería ver.

—Ya veremos —digo, quitando mi cuenco de la mesa. Me levanto y voy hasta el fregadero, concentrándome en lavarlo. Aclaro mi mente y la dejo en blanco de todo pensamiento menos de la cara de Frannie. Cuando he vuelto a recuperar el control, me aparto de la encimera y me giro hacia ella.

—Tengo que irme a la biblioteca.

Se levanta de la silla.

—Gracias por la leche. —Va a coger su cuenco pero se le cae al suelo y se derrama toda la leche con los cereales—. ¡Mierda! —Ella se agacha y empieza a recoger los cereales y a meterlos de vuelta en su cuenco.

Cojo una servilleta de papel y me agacho junto a ella para secar la leche. Cuando su mano roza la mía, un escalofrío me recorre el cuerpo. Aparto mi mano y finjo que no acabo de sentir el deseo carnal más fuerte que jamás he experimentado.

—Lo siento —susurra.

—No pasa nada, ahora lo limpio en un momento —le digo adiós con la mano, pero no puedo mirarla.

Ella se detiene un instante en la puerta.

—Si quieres hacer algo después del trabajo, estaré por aquí.

Cierra la puerta a sus espaldas y me caigo de culo al suelo. Me quedo sentado una eternidad, tratando de respirar y explicarme qué demonios acaba de pasar.

Frannie

—Este chico me tiene loca —dice Taylor mirando al espejo mientras se pone brillo en los labios hinchados. Observo cómo se derrite con el pensamiento. Eso es algo que nunca había visto que le pasara antes—. Hemos estado todas las noches juntos desde el jueves —continúa—, y anoche, en la parte trasera de su coche fúnebre, fue...

—Demasiada información, Tay —digo, levantando la mano—. ¿No crees que quizá vayas un poco rápido?

Me lanza una de esas miradas a lo Taylor a través del espejo.

—Quiero decir, que lo acabas de conocer.

Ella guarda el brillo de labios en su bolso y se gira, con las manos en las caderas.

—Mira quién habla. No hace mucho eras tú la que estabas liada no con uno, sino con dos chicos.

Mi corazón se contrae cuando pienso en Gabe y bajo los ojos.

—Eso era diferente.

—Solo porque eran dos tíos a la vez, lo que te hace el doble de mala que a mí.

Vuelvo mis ojos hacia ella para mirarla de nuevo.

—Y fueron solo besos.

Una sonrisa lasciva asoma en sus labios y me arquea las cejas.

—Pero ahora ya no...

El calor me sube por el cuello.

—¡Lo sabía! —grita triunfante.

Sacudo la cabeza y me hundo en la silla del escritorio.

—¿Qué fiesta era esa a la que fuisteis Lili y tú? —Mi voz suena solo la mitad de rencorosa de lo que en realidad me siento.

Se tira sobre mi cama y se arroja sobre las almohadas.

—Alucinante. —Pero su risa se convierte en una mueca con el ceño fruncido—. Hasta que Lili me arrastró fuera de allí.

—¿Y dices que Lili llevó a un chico? —digo con interés muy a mi pesar.

—Sí. Estaba muy bien también. Tenía el pelo ondulado rubio oscuro, más o menos como el tuyo pero más corto, y unos maravillosos ojos azules. Creo que Lili se lo está ligando.

Me río pensando en la tímida Lili ligándose a alguien.

—¿Cómo se llamaba?

—Matt.

La respiración se me corta en la garganta. ¡Mierda! ¿Cuántos Matts que se parecen a mí puede conocer Lili? ¿Realmente...?

Intento comprenderlo. Luc tenía razón. Matt estaba por ahí de fiesta con Taylor y Lili mientras Rhenorian me acechaba a la entrada de mi casa.

Taylor mueve la cabeza y arquea una ceja.

—¿Lo conoces?

—Sí. Es un amigo de Luc. —Por no mencionar que es mi hermano-ángel guardián—. Así es como lo ha conocido Lili.

—Bueno, yo lo hubiera atacado si no fuera por Marc, pero... bueno... ya has visto a Marc. Está muy bueno —se incorpora y mueve las cejas.

—Y besa muy bien, según puedo ver por el aspecto de tus labios —sonrío con complicidad.

Una mirada lasciva ondula sus labios hinchados y sus ojos chispean.

—¡Uf! Es muy bueno con la boca.

Levanto otra vez la mano, avisándola de que pare ahí.

—Bueno, ¿vais a salir otra vez?

—Esta noche, a The Cove.

—¿Te parece bien si vamos Luc y yo?

Parece cautelosa durante un segundo.

—Claro. Supongo. Bueno, ¿te vas a casa de Luc?

—No. Está en la biblioteca esta mañana, luego nos encontraremos en casa de mi abuelo.

Ella se mueve hasta el borde de la cama.

—¿Me acercas de camino?

—¿Quieres que te lleve a casa de Luc?

—A la de Lili.

—Oh. ¿Qué pensáis hacer?

Ella se deja caer de nuevo sobre la cama.

—Solo pasar el rato.

Espero una invitación para unirme a ellas. Obviamente no llega.

—Coge el bus —le digo con voz amarga.

Ella se da la vuelta y se apoya sobre el codo.

—¿Qué problema tienes? Acabas de decir que vas a casa de tu abuelo.

—No lo sé. Supongo que creía que pasaríamos el rato juntas antes de irme.

—Lo estamos haciendo. Después me voy a pasarlo con Lili.

—Vale —digo con un resoplido—. No dejes que la puerta te pegue en el culo de camino a la calle.

Se levanta de la cama, me mira con rabia, después saca el teléfono de su bolsillo. Me giro, cojo un libro al azar de mi estantería y lo abro. Lo miro fijamente mientras Taylor sale furiosa de mi habitación. Pero antes de que la puerta se cierre de un portazo detrás de ella, la oigo decir:

—Hola, Ry. Necesito que me lleves a casa de Lili.

Luc

La biblioteca está siempre tranquila los domingos. Estoy terminando y preparándome para dirigirme a casa del abuelo de Frannie cuando levanto la vista de la pantalla del ordenador y veo a Taylor y a Lili que se aproximan a las puertas de la biblioteca.

Taylor levanta la vista y sonrío ante la expresión de sorpresa en mi cara. La biblioteca no es el lugar típico donde pasar el rato.

Lili aún lleva el top y los pantalones cortos, así que pego mis ojos a Taylor. Me retiro de detrás del escritorio cuando Mavis frunce el ceño.

—Señoritas.

Taylor se me acerca sigilosamente, demasiado cerca, como de costumbre.

—Hola, Luc. ¿En qué estás trabajando?

Señalo el ordenador.

—Catalogando los libros que han llegado nuevos. —Miro a Lili, luego de nuevo a Taylor—. ¿Os puedo ayudar a encontrar algo?

Taylor le da un codazo a Lili.

—No, gracias. Solo estamos investigando una teoría que tiene Lili.

Miro a Lili arqueando la ceja.

—¿Una teoría?

—No es nada. —Pasa su brazo alrededor de Taylor y comienza a llevarla a los ordenadores—. Podemos encontrar lo que queremos nosotras mismas.

Taylor estira la cabeza sobre su hombro y sonrío abiertamente mientras Lili se la lleva.

—Hasta luego.

Se acurrucan en una terminal de ordenador y buscan en el catálogo durante algunos minutos, después desaparecen por las estanterías. Cuando reaparecen, diez minutos más tarde, traen tres libros grandes. Reconozco dos de ellos, con los que estoy íntimamente familiarizado: *Demon Lore* y una traducción moderna de *La llave menor de Salomón*. El tercero, un texto más moderno de magia negra, solo lo conozco de pasada.

Esparcen los libros en una mesa y se inclinan sobre ellos, susurrando y riendo tontamente. Dos o tres veces se echan a reír a carcajadas y Mavis se acerca, arrastrando los pies, para hacerlas callar. A pesar del hecho de que el delgado cuerpo de Mavis probablemente sería arrastrado por el viento si soplara relativamente fuerte, en su territorio, que es la biblioteca, intimida lo suficiente como para que las chicas no se vuelvan a reír tontamente hasta que ha desaparecido.

Mavis se coloca bien el jersey alrededor del cuello y hace un recorrido lento por las estanterías altas, enderezando libros a su manera obsesiva-compulsiva; después vuelve al escritorio arrastrando los pies. Mira con el ceño fruncido a Taylor y Lili en su camino de regreso a su sitio.

Voy hasta allí y veo que entre ellas hay un pequeño cuaderno sobre la mesa. Lili apunta algo cuando me aproximo, pero lo cierra antes de que pueda ver lo que ha escrito. Deslizo mi cadera por el borde de la mesa.

—¿Habéis encontrado lo que estabais buscando?

Lili levanta la mirada hacia mí y un atisbo de sonrisa ronda por la comisura de sus labios.

—Estamos bien, gracias.

—Habla por ti. —Taylor le da un codazo y esa risa lasciva característica de ella se extiende por su cara—. Siempre estoy dispuesta a aceptar una pequeña ayuda del bibliotecario.

—Traeré a Mavis, entonces. Ella es la bibliotecaria —digo, atisbando por encima de Taylor unas páginas de *La llave menor de Salomón*. La página que tienen abierta va sobre conjuros y manifestaciones de demonios sobre la tierra. Un montón de estupideces, la verdad. No se requiere de ningún ritual, como el libro sugiere. Simplemente aparecemos donde queremos y cuando queremos. Un mortal no puede hacer mucho, en ningún sentido.

—Decidme si hay algo más que necesitéis —digo y me largo de la mesa. Ambas me observan mientras alcanzo el mostrador.

—La juventud de hoy en día —dice Mavis cuando vuelvo, olvidando que, hasta donde ella sabe, yo soy uno de ellos— no tiene respeto por nada. —Ella se da cuenta

de con quién está hablando y su ceño fruncido pasa a convertirse en una breve sonrisa—. Bueno, al menos algunos de ellos. Tú eres un alma vieja, Luc. —Vuelve a fruncir el ceño cuando cambia la mirada de mí hacia las chicas—. Probablemente se creen que son unas adoradoras del demonio —dice, tirando de la cadena que tiene al cuello y toqueteando la cruz.

No puedo hacer nada para evitar que una sonrisa no me recorra la cara.

—¿Por qué dices eso, Mavis?

—Ese libro, *Magia negra moderna*. Estaban copiando los pentagramas que aparecen. No entiendo esa fascinación de los chiquillos por los vampiros y los demonios. Mientras más oscuro sea el tema, mejor. Es lo único que quieren leer. ¿Qué ha pasado con los clásicos?

—Hay algunos clásicos oscuros. Bram Stoker, Mary Shelley, Edgar Allan Poe... —digo enumerando una serie de autores que no son más antiguos que este edificio, mientras pienso que le tengo que decir a Frannie que averigüe lo que Taylor se trae entre manos.

Ella sacude la cabeza.

—El mundo va camino del apocalipsis más rápido de lo que pensamos, y esta generación —dice extendiendo una mano hacia las chicas— es la que nos va a conducir hasta allí.

Mi sonrisa se hace más amplia.

—Ya lo veremos.

Justo entonces, la puerta se abre y Rhenorian entra dando zancadas. Me sonrío abiertamente y da despacio una vuelta por la biblioteca. Cuando sus ojos encuentran a Lili y a Taylor, sus zancadas se hacen más lentas y parece sorprendido momentáneamente. Me lanza otra fría sonrisa y se va.

Al mirar rápidamente a Lili, suelto un suspiro cargado de culpabilidad.

—¿Sabes, Mavis? Puede que tengas razón.

Taylor y Lili retiran sus sillas con un chirrido. Lili me busca desde debajo de sus largas y oscuras pestañas y hojea el libro de *Demon Lore*, después salen en fila tras Rhenorian. Voy a su mesa a restituir los libros en su sitio y encuentro el ejemplar de *Demon Lore* abierto por la leyenda de Adán y Lilith. Leo la historia de la primera mujer de Adán, sobre cómo abandonó el Edén enfadada y después erró por la Tierra durante años, seduciendo hombres, como aliada de Lucifer.

El primer súcubo.

¿Qué demonios os traéis vosotras dos entre manos?, me pregunto a mí mismo mientras cierro el libro.

Para toda la eternidad

Frannie

El abuelo sale tranquilamente del garaje cuando detengo el automóvil delante de su casa. Me bajo del coche y me abraza con fuerza.

—¿Listo para sacar ese motor y ponerlo a punto? —digo mirando al Shelby Cobra que tiene metido en la zona dedicada a taller mecánico del garaje.

El abuelo camina lentamente hacia el coche.

—Lo he preparado ya para empezar cuanto antes. Tú te encargas del cabrestante —dice señalando la palanca de control de la maquinaria.

—Luc llegará en un minuto —le digo mirando por encima de las cadenas del cabrestante, atornilladas al bloque del motor—. Deberíamos de esperarlo.

Él me mira con el ceño fruncido.

—Llevo haciendo esto toda mi vida. No necesito que ningún chiquillo lo haga por mí.

—Te quiero, abuelo, pero ya no eres tan joven como antes y tenemos que sacar el motor del coche.

—Es un cabrestante, Frannie, hidráulico. No va a pasarme nada.

Le echo una mirada fulminante al abuelo justo cuando el Shelby de Luc entra por la calle. Él se baja del coche y camina hacia la puerta abierta del garaje, mirándonos a ambos.

—Bueno, ya estoy aquí.

—Dile al abuelo que pare.

Luc se ríe en voz alta y sus ojos se dirigen al abuelo.

—Cree que me va a escuchar más a mí que a ella. No sé de dónde se habrá sacado esa idea tan ridícula.

Una risa aparece en la cara del abuelo.

—Tú te ocupas del motor y yo del cabrestante.

Luc levanta las cejas a modo de disculpa antes de deslizarse a mi lado, apartándose del coche amablemente.

—Preparado —dice.

El abuelo pone en marcha el cabrestante que tira del motor hacia arriba mientras Luc saca el bloque del motor y la caja de cambios del coche.

Agarro el banco para descansar el motor y lo deslizo para colocarlo en su sitio, pero el abuelo me da un golpe suave con el codo y me aparta del camino.

—Luc, ¿sabes cómo mover el cabrestante?

Luc se mueve hasta el mando de control.

—Sí, señor.

El abuelo pone una sonrisa torcida, como si estuviera compartiendo un secreto.

—Llámame Ed.

Luc le devuelve la sonrisa.

—De acuerdo, Ed. —Se sitúa delante del cabrestante y lo pone en marcha tirando del motor. El motor se desliza cuidadosamente a su posición sobre el banco donde el abuelo lo atornilla para que no se mueva del sitio.

Luc me mira arqueando una ceja, claramente orgulloso de sí mismo por haberse ganado la confianza del abuelo y le devuelvo la mirada con rabia.

Quiero gritar. No solo me están dejando de lado, sino que se ha creado entre ellos una especie de lazo afectivo. Sé que esto debería hacerme feliz, pero en este momento lo único que hace es tocarme las narices.

—Bueno, supongo que no me necesitáis —digo.

Me giro y entro como un vendaval en la casa, cerrando la puerta de un golpe detrás de mí. Me tiro al sofá llena de odio hacia el abuelo, por no darse cuenta de que se va a hacer daño si sigue realizando ese esfuerzo tan grande, y con más odio todavía hacia Luc por consentirlo.

Escucho la puerta del garaje abrirse detrás de mí y un segundo más tarde está Luc sentado junto a mí en el sofá. Se mueve para pasarme un brazo sobre los hombros, pero me aparto.

—Ni lo pienses.

Deja caer su mano, luego se inclina hacia delante, los codos en las rodillas.

—Tenía que elegir a quién tocarle las narices de los dos y estaba prácticamente seguro de que no te importaría si te las tocaba a ti. ¿Me he equivocado?

—Sí —digo soltando un resoplido, acurrucándome en el sofá y cruzando los brazos con rigidez sobre mi pecho.

—Frannie... —Trata de alcanzar mi mano, pero se la aparto.

—Se va a matar ahí fuera y tú vas a ayudarlo a hacerlo.

—Solo estaba trabajando con el cabrestante. No hubiera dejado que se hiciera daño.

Ambos saltamos con el estrépito y el alarido que se escucha a continuación. Cuando irrumpimos en el garaje, el abuelo está en el suelo de cemento con la pierna inmovilizada bajo la transmisión del coche. Levanta la vista hacia nosotros y hace un gesto de dolor.

—El maldito tornillo se ha roto.

Corremos hacia él y nos arrodillamos.

—¡Por Dios, abuelo! ¿Estás bien?

—Sí —dice—. Solo me que quedado inmovilizado aquí abajo. ¿Me podéis quitar esta cosa de encima?

Luc y yo levantamos la transmisión de encima del abuelo y él se desliza para salir de debajo de ella.

Dejo a Luc sosteniendo la transmisión y me arrodillo al lado del abuelo.

—Tienes sangre en los pantalones, abuelo. Estás herido.

—No es nada —dice, intentando levantarse del suelo, pero le tiro de la pernera del pantalón para descubrir un gran corte, profundo y sangriento, a lo largo de la espinilla.

—Quédate ahí quieto —le digo. Después miro furiosa a Luc, que está de pie por encima de nosotros—. No dejes que se mueva.

Corro hasta la casa y hurgo por los cajones del cuarto de baño hasta que reúno lo que necesito. Cuando vuelvo al garaje, compruebo que Luc ha seguido mis instrucciones por una vez. Tiene su mano en el hombro del abuelo, manteniéndolo tumbado.

—Aguantate quieto, abuelo —le digo y pongo las cosas para el vendaje en el trozo más limpio del suelo que puedo encontrar—. Esto te va a escocer. —Le echo un chorro de desinfectante en el corte y lo extiendo con una toallita para limpiar la cara. El abuelo se comporta y se queda quieto mientras le vendo la herida con gasas y esparadrapo.

Luc y yo lo ayudamos a levantarse.

—Te dije que te ibas a matar si seguías así —le recrimino.

—Se rompió el tornillo, Frannie. Eso no tiene nada que ver con que sea viejo.

Mientras caminamos lentamente para entrar en casa veo que intenta no cojear. Finalmente, le rodeo la cintura con mis brazos para ayudarlo. Primero se sujeta manteniendo la distancia, pero luego se da por vencido y se apoya en mi hombro.

Lo siento con cuidado en una silla de la mesa de la cocina.

—Tenemos que llevarte al hospital. Podrías tener algo roto.

—No tengo nada roto.

Luc se agacha a su lado y levanta la pierna del abuelo. Manipula el tobillo y aprieta la parte inferior de la pierna, observando la cara del abuelo. Como el abuelo no hace ningún gesto de dolor, Luc la suelta y levanta la vista hacia mí.

—Creo que está bien, Frannie.

Miro con dureza al abuelo.

—Esta vez has tenido suerte, pero no quiero que hagas nada en el taller sin mí.

El abuelo se ríe entre dientes.

—Sí, jefa.

—Bueno, ¿os apetece comer algo? —dice Luc, abriendo el frigorífico y tratando de ver lo que hay dentro. Aparece con un cartón de huevos—. ¿Tortilla?

—Si quieres cocinar... —dice el abuelo.

Luc sonrío y comienza a remover los armarios para encontrar un cuenco y una sartén.

Una vez hemos comido, el abuelo me mira fijamente con el ceño fruncido desde

el otro lado de la mesa.

—No puedes seguir enfadada con él después de una comida como esta. —Su mirada se desliza hacia Luc—. ¿Dónde has aprendido a cocinar así? —le dice, moviendo su tenedor sobre el plato vacío.

—Cojo ideas de aquí y de allá —responde Luc.

Yo suelto un suspiro de frustración. La mano de Luc se desliza bajo la mesa y me aprieta la rodilla. Esta vez no se la aparto.

—¿Por qué no me escucháis ninguno de los dos? —digo, desesperada.

Ellos intercambian una mirada y se echan a reír.

Y aunque me gustaría pegarles un tortazo a ambos, me encuentro sonriendo yo también cuando los escucho reír. Me muerdo los labios hasta que me duelen para parar de reír y vuelvo a fruncir el ceño. Luc me pasa el brazo sobre el hombro y me da un beso en la frente. Yo lo aparto y al mirar de nuevo al abuelo veo que tiene una expresión pensativa.

—Bueno, ¿cómo va a funcionar todo esto? —le pregunta a Luc.

—¿Cómo va a funcionar qué?

—Todavía no he podido dejar de darle vueltas a lo tuyo.

—Hasta donde yo sé, soy tan humano como todo el mundo —dice Luc.

El abuelo frunce el ceño.

—¿Y ella te hizo así? —pregunta, inclinando la cabeza hacia mí.

—Su amor por mí —replica Luc asintiendo, moviendo sus ojos hacia mí.

—Bueno, lo mismo estoy precipitándome, pero ¿podrías seguir juntos... casaros y tener niños y todas esas cosas?

El corazón se me acelera al instante. Nunca había pensado a largo plazo. Con todo lo que ha pasado, pensar en el día siguiente ya es todo un reto. Y parece que Gabe piensa que el Cielo tiene planes para mí. ¿Podremos casarnos Luc y yo alguna vez? ¿Está escrito en mi futuro que pueda llevar una vida normal con una familia real?

Una extraña sensación que me corroe el vientre me dice que la respuesta es que no. Si me baso en lo que ha sucedido en los últimos meses, estoy prácticamente segura de que nada en mi vida va a ser normal.

Pero el brillo de esperanza en los ojos de Luc muestra una posibilidad diferente.

—Quizá —responde—. Según sé, esto no tiene precedente. No conozco otros demonios que se hayan convertido en humanos, así que no tengo realmente nada a lo que atenerme.

El abuelo asiente valorativamente.

—Pero te vas a Los Ángeles con ella.

Los ojos de Luc se fijan en los del abuelo y me aprieta más contra su hombro.

—Sí.

El abuelo asiente y recoge su plato. Yo se lo quito de las manos y los llevo todos al fregadero. Él se pone cómodo en su silla y mientras Luc y yo limpiamos la cocina,

me giro un momento y me encuentro al abuelo mirándonos con una sonrisa melancólica.

Le devuelvo la sonrisa.

—¿Qué?

Él mantiene su expresión, pero baja los ojos.

—Me habéis recordado a alguien.

Recuerdo que el abuelo me contó que él y la abuela se comprometieron el verano después del instituto. Tenían nuestra edad.

Rodeo la mesa y lo abrazo por los hombros.

—Yo también la echo de menos —le susurro a la oreja.

Él levanta el brazo y aprieta mi mano.

Después de volver a poner el motor en su sitio, asegurado con nuevos tornillos, miro al abuelo para comprobar que puede moverse bien, y le cambio las vendas ahora que ha parado de sangrar. Una vez que ha prometido quedarse lejos del garaje, nos vamos a casa de Luc.

—Bueno, vayamos a The Cove esta noche con Taylor y el nuevo chico de sus sueños con el que sale.

Él fuerza una sonrisa.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Toca en el grupo de Reefer. Pone a Taylor a cien.

Su sonrisa se hace más amplia.

—¿No está Taylor siempre a cien?

Me río, recordando cómo babeaba por Luc cuando apareció la primera vez en el instituto Haden.

—Bueno, esta noche podremos conocerlo. Así que ya veremos qué pasa.

Matt

Aunque nunca lo admitiría delante de él, creo que el falso demonio de mi hermana tiene razón. Me he descentrado. Es mejor que me mantenga invisible. Que me convierta en la sombra de Frannie.

La he seguido en silencio los últimos tres días, desde mi fallo en la fiesta. Soy el obediente ángel guardián.

Pero nunca me imaginé que ser un guardián sería tan duro. Gabriel me dijo que habría tentaciones. Me contó que habría retos. Pero también me dijo que era para lo que estaba hecho, por lo que había nacido. Y yo lo creí.

Pero esto va más allá del reto. Esto es una tortura.

Todo este asunto de tener que ver cómo mi hermana arruina su vida enrollándose con un demonio. Pero eso no es lo peor.

Lo peor es que me estoy dando cuenta de lo que me estoy perdiendo.

Viendo a Frannie vivir su vida... una vida que podría haber sido mía si las cosas hubieran resultado diferentes... No puedo evitar querer todo eso que no puedo tener: la palmadita del abuelo en la espalda; un buen amigo que me haga pasar un mal rato; el primer beso con mi primera novia... Pero todas esas posibilidades se esfumaron aquel fatídico día de hace diez años.

Así que ahora esta es mi realidad: sentarme en el pasillo e intentar averiguar qué decirle a Frannie cuando me pregunte por qué fui a esa fiesta con Lili y Taylor.

¿Cómo pude llegar a pensar que Frannie no iba a enterarse? Pero entonces recuerdo aquel dolor punzante que sentí en la ingle y me doy cuenta de que estaba prácticamente pensando con la cabeza equivocada, cosa que no voy a explicarle a mi hermana.

Mientras espero en el pasillo a que Frannie y Luc acaben lo que estén haciendo en el apartamento de Luc, aparece Lili subiendo las escaleras. Y está llorando.

Mi interior se vuelve frío como el hielo cuando la veo girar la llave en la cerradura y aunque sé que acabo de decidir quedarme aquí clavado y atender solo a mi trabajo, de repente siento una enorme necesidad de ayudarla. Me deslizo a la entrada de las escaleras, me hago visible y aparezco poco a poco caminando por el pasillo hasta llegar a la puerta de Luc justo cuando ella está entrando en su apartamento.

—¿Lili? ¿Estás bien?

Ella levanta la vista hacia mí con unos ojos grandes y heridos e incluso antes de darme cuenta de que lo he hecho, estoy de pie en su puerta rodeándola con mis brazos.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto con la boca entre su pelo.

Ella se pone tensa en mis brazos y se aparta, mirando fijamente al suelo.

—Nada.

Levanto mi mano y le limpio las lágrimas de la mejilla.

—Esto no es nada —digo suavemente, levantando mis dedos húmedos. A pesar de la rabia que siento asentada en mi pecho como una roca por pensar que alguien haya podido herirla, me veo dibujado en sus ojos. Soy completamente consciente de su cuerpo contra el mío y el calor se expande por todo mi interior hasta que siento como si nos estuviéramos fundiendo el uno con el otro. Sin darme realmente cuenta de que lo estoy haciendo, me inclino hacia ella y casi la beso, pero se aparta.

—Es solo... Nada, olvídalo.

Se vuelve hacia su apartamento y empieza a cerrar la puerta, pero logro meter el pie en el quicio.

—Habla conmigo, Lili.

Levanta la mirada otra vez hacia mí.

—No es nada. Solo que he sido una estúpida.

—Cuéntame.

Baja sus ojos al suelo.

—Ha sido ese chico. Me estaba siguiendo y me he asustado.

Mi interior se retuerce en un doloroso nudo.

—¿Qué te ha hecho?

Ella mueve la cabeza y empiezan a caerle otra vez las lágrimas por las mejillas.

—¿Te ha hecho daño?

Sacude la cabeza con más fuerza.

—No... pero...

La vuelvo a coger en un abrazo y esta vez no se resiste.

—Ya ha pasado todo. Ahora estás a mi lado. —Algo parecido a unas chispas eléctricas chisporrotea entre nosotros cuando la cojo—. ¿Quién era? ¿Lo has reconocido?

—No —dice con la boca pegada a mi hombro. Entonces levanta la cabeza y me mira, las lágrimas surcando sus mejillas—. Espera... quizá. Puede que estuviera en esa fiesta.

La mantengo contra mí un poco más. Puedo sentir vibrar su corazón contra mi pecho y estoy seguro de que si tuviera uno, el mío estaría haciendo lo mismo. Finalmente me aparto de ella. Sé lo que tengo que hacer.

—Quédate aquí y cierra con llave.

Ella abre los ojos.

—¿Qué vas a hacer?

Sostengo su cara entre las palmas de mis manos y le limpio las lágrimas con mis pulgares. Ella levanta la vista hacia mí y, cuando nuestros ojos conectan, es como si algo en mi interior por fin encajara en su lugar. Una pieza de mi existencia que se había perdido de alguna manera, como la pieza clave en un rompecabezas: Lili y yo estamos predestinados a estar juntos.

No me siento asustado o ansioso por la revelación. Simplemente me siento bien. Y ella también lo sabe. Lo veo claramente en sus ojos.

—Voy a ocuparme de esto.

Ella me rodea con sus brazos y me acerca hacia su cuerpo y yo puedo escuchar un gemido que se escapa de mi interior.

—Ten cuidado —dice con la boca contra mi hombro.

Miro en lo más profundo de su ser un momento más, después me retiro y cierro la puerta, golpeándola con la palma.

—Cierra con llave.

Los cerrojos encajan en su sitio uno por uno. Pero justo cuando comienzo a transformarme de nuevo, Frannie y Luc salen del apartamento de Luc.

Y mi corazón está dividido entre volver a esa casa en la que se celebró la fiesta para perseguir y atrapar al cabrón que está acosando a Lili o seguir a Frannie.

Haz tu trabajo, Matt.

Realmente no tengo elección. Vuelvo a mirar hacia la puerta de Lili mientras sigo

a Frannie y a Luc escaleras abajo hasta el Shelby y me subo al asiento trasero.

Pecados mortales

Luc

Maldita sea.

Marchosias.

¿Dónde ha encontrado Taylor a Marchosias?

Frannie y yo abrimos las puertas de la sala de juegos y los veo colocados uno encima del otro entre la máquina de cambio y las mesas de *hockey* sobre mesa. La música retumba por los altavoces y las luces relampaguean. La gente da empujones y se retuerce por la sala en un baile sin coreografía, gritando por encima de los estridentes sonidos de las máquinas del salón recreativo y de la música. Pero Taylor y Marchosias no parecen distraerse con nada de eso.

Frannie me lanza una sonrisa y empieza a abrirse camino a codazos a través del gentío. Le agarro la mano y tiro de ella hacia atrás. ¿Debería contárselo? De cualquier manera, no es seguro para Frannie estar aquí. Porque Marchosias solo puede estar aquí por una razón.

Ella se vuelve hacia mí, la irritación hace que se le arrugue la frente y aprieta los labios en una dura línea.

—¿Qué?

—Lo conozco.

Ella abre los ojos.

—¿De...?

—Mierda, sí. Es un sirviente del Pozo y... un amigo, supongo. Se llama Marchosias.

Ella vuelve la mirada sobre su hombro cuando Taylor enrosca sus brazos alrededor del cuello de Marchosias y casi trepa por él.

—No puedes estar hablando en serio. —Se le ponen rojas las orejas mientras el miedo y la rabia aparecen en su cara. Se vuelve y se dirige como un vendaval hacia ellos, pero le agarro el brazo más fuerte—. ¡Suéltame! —me grita.

—Frannie, para. No está aquí de vacaciones. Está intentando llegar hasta ti a través de Taylor.

De un tirón consigue deshacerse de mí.

—Bueno, pues funciona.

Ella sigue recorre el salón recreativo hacia la pareja, que todavía no ha respirado ni una sola vez.

Yo la atrapo a mitad de camino y la giro hacia mí, agarrándole ambos brazos por la parte superior.

—Esa no es la mejor estrategia, Frannie. Taylor no lo sabe. Sería incluso más peligroso para ella.

Ella cierra los ojos y respira profundamente, tratando de calmarse.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—Tú te quedas aquí. —Examino los alrededores, esperando que Matt esté por ahí cerca. Como si hubiera leído mi mente, siento un golpecito en la parte trasera de mi cabeza. Miro para arriba y me froto la cabeza.

—Voy a hablar con ellos.

—No, Luc, yo voy. Ella es mi amiga. —Me estudia con unos ojos duros, resueltos.

—Como quieras —capitulo cuando me doy cuenta de que está claro que no voy a conseguir disuadirla—. Quédate detrás de mí.

Nos abrimos paso entre la muchedumbre y finalmente llegamos al sitio donde Marchosias tiene a Taylor presionada contra la pared con su cuerpo. Antes de darme cuenta de que lo ha hecho, Frannie pasa delante de mí y tira de la camiseta de Taylor.

—Tay.

Taylor se separa de Marchosias, los ojos turbios y la respiración entrecortada. Se toma un minuto para orientarse y sus ojos se aclaran lentamente.

—Oh, hola, Fee. ¡Al final habéis venido! —dice, aunque su rostro no muestra ninguna alegría.

Pero Marchosias parece encantadísimo. Pasa un brazo alrededor de los hombros de Taylor y le echa una mirada lasciva a Frannie.

—Tú estabas en la fiesta, ¿verdad? —dice alargándole la mano.

—Y yo soy Luc —digo agarrándole la mano antes de que Frannie pueda hacerlo. Ni muerto voy a dejar que la toque.

Su sonrisa se convierte en una risa voraz.

—Marc. —Aprieta mi mano fuertemente, retándome, pero sus ojos se quedan fijos en Frannie.

Dejo caer su mano y nos quedamos todos allí quietos, durante un largo segundo, en mitad de un silencio embarazoso.

—Bueno, ¿alguien tiene hambre? —dice Frannie finalmente—. Podríamos comernos una *pizza* aquí al lado.

Taylor parece hambrienta, pero no de *pizza*.

—Um... Sí, claro.

Marchosias guía a Taylor por la masa de gente hasta la puerta. Justo cuando la alcanzamos, esta se abre y Angélique entra cogida del brazo de un chico excesivamente musculoso, más o menos de mi estatura, con el pelo corto y rubio y una mirada inquietante en sus ojos marrones hundidos, algo retorcido y violento. No necesito ser un demonio para saber que ese tipo es peligroso y lo más probable es que

ya esté marcado para el Infierno. Taylor se detiene un momento, con los ojos abiertos, y Frannie le agarra la mano.

Parece que Taylor ni siquiera percibe a Angelique. Sus ojos están fijos en el chico. Y recuerdo dónde lo he visto antes. En la presa.

—Hola, Brendan —dice Taylor, mirándolo un poco aturdida.

Cuando Marchosias mete la mano en el bolsillo trasero de Taylor y aprieta, sus ojos se enturbian mientras su poder la baña. Ella se arrima a él y parece olvidar a Brendan totalmente.

Los ojos de Angelique se deslizan sobre Marchosias y finalmente se detienen sobre Taylor.

—Taylor —dice con una sonrisita satisfecha, arrastrando un dedo por los abdominales de Brendan. Ella saca su abundante pecho y me mira con malicia, como si colgarse del brazo de un bruto que tan pronto intenta pegarle como acostarse con ella fuera a hacerme reconsiderar sus numerosas ofertas—. Hola, Luc.

Los ojos de Brendan se apartan de Taylor y se posan sobre mí con dureza. Es una mirada hecha para intimidar, sin duda. Yo reprimo una carcajada al acordarme de él gritando como una niña. Ese grito será un gran éxito cuando esté pasando la eternidad quemándose en el Infierno. Los sirvientes del Pozo viven para mortales como este. Resultan todo un entretenimiento.

Pongo una mano en el hombro de Taylor y miro a Brendan y a Marchosias. De alguna manera, Taylor se las apaña para ir de mal en peor.

—Angelique —respondo después de un minuto, asintiendo en su dirección. No puedo evitar fruncir el ceño cuando miro al chico que es su cita.

—¿Quién es tu amigo?

Brendan me mira con más dureza.

—Brendan —dice, apartando a Angelique y adelantándose.

Yo sonrío y le tiendo la mano.

—Luc.

Él me mira la mano un momento y luego la agarra y la aprieta. Yo le devuelvo el apretón a modo de advertencia, deseando poder hacer más que simplemente eso.

Brendan se gira hacia Taylor.

—¿Y quién es tu amigo? —dice él con sorna.

Los ojos de Marchosias brillan al rojo vivo cuando extiende un brazo hacia Brendan, con una sonrisita pícara.

—Marc —dice.

Brendan le estrecha la mano y le devuelve la sonrisa, mientras le da a Marchosias el mismo apretón que a mí. Pero veo que se le abren los ojos al sentir su mano aplastada por la de Marchosias. Intenta liberarla, pero una sonrisa maléfica tuerce el gesto de Marchosias mientras un chisporroteo de rayos rojos sale de la superficie de su mano.

—¡Ay! —grita Brendan, retorciendo su cara en una mueca. Cae sobre sus rodillas

cuando el poder de Marchosias lo invade. Él tira desesperadamente del brazo y finalmente Marchosias lo deja irse.

Lo celos me atraviesan el cuerpo añorando mi viejo poder, deseando haber sido el que hiciera arrodillarse a ese gilipollas. Sacudo la cabeza para apartar ese pensamiento fuera de mi mente, paso mi brazo alrededor de los hombros de Frannie y, con un empujón, superamos a Brendan y a Angelique y salimos por la puerta hacia la acera.

Frannie

—No puedo creer lo niño que es Brendan —dice Taylor riendo mientras cuelga sus brazos alrededor del cuello de Marchosias—. Lo único que has hecho es darle la mano y ha caído al suelo gritando como un bebé. Ha sido fantástico.

Entramos en el restaurante de Ricco y mantengo la cabeza agachada, esperando que Ricco no se dé cuenta de que estoy allí. Pero, por supuesto, lo hace. Levanta la mano para saludar a Luc.

—¡Eh, toro! —dice con una ancha sonrisa.

Luc asiente.

—Ricco.

Luego los ojos de Ricco se deslizan hacia mí y se estrechan hasta convertirse en dos finas líneas.

—No hay descuentos —dice.

—Lo sé —digo mientras lo dejo atrás dándole un empujoncito y me siento al fondo, en el banco habitual de Luc. Luc se desliza a mi lado mientras Marc se sienta enfrente de nosotros y baja a Taylor hasta su regazo. Pero sus ojos no me dejan, incluso cuando Taylor entierra la cara en la suya.

Miro expectante a Luc. Se supone que tiene un plan. Uno que no implica estar aquí sentados viendo a mi mejor amiga comerse a besos a un demonio.

—¡Hola, chicos! —Levanto la vista hacia donde viene la voz. Delanie pone cuatro platos de plástico rayados y una pila de vasos de soda al final de la mesa y se saca una libretita y un bolígrafo de su corto delantal negro.

—Estoy practicando y Dana me ha dicho que puedo coger vuestra mesa.

Miro a Dana, que se dirige al mostrador, mirando a Delanie. La saludo con la mano y ella sonrío de vuelta.

—Hola, Delanie. Tráenos una jarra de cola y... —Miro a Taylor para que diga algo.

Ella aparta su cara de la de Marc lo suficiente para decir:

—Sin cebolla... ni ajo. —Le sonrío a Marc. Al mirarlo, él levanta una ceja y desliza a Taylor de su regazo al asiento.

—Una grande de queso —digo, volviendo a mirar a Delanie.

Delanie repite el pedido en voz alta mientras lo apunta en el bloc.

—Enseguida viene —dice, entonces se ríe—. Me estaba muriendo por decirlo. — Se vuelve y su larga cola de caballo negra se mueve de un lado a otro mientras se va pavoneándose hacia la cocina, donde pega nuestro pedido en la ventanilla. Se gira y me sonrío otra vez, claramente orgullosa de sí misma. Dana le da una palmadita en la espalda.

Al volver a mirar al frente, hacia la mesa, la expresión de Marc me produce un escalofrío que me recorre toda la espalda.

—Bueno, Taylor dice que os conocéis desde hace tiempo.

Yo asiento.

Él toquetea a Taylor, pero sus ojos están fijos en mí. Mi frustración crece y descargo mi rabia en Luc. Debería hacer algo. Entonces siento su mano en mi rodilla, apretándola. Sus ojos se deslizan hasta el fondo del restaurante y sigo su mirada. Los servicios. Le doy un empujoncito a Luc y él se levanta, dejándome salir del banco.

—Eh, Tay. Necesito ir al cuarto de baño. ¿Vienes conmigo?

Taylor duda y mira a Marc antes de decir:

—Sí, como quieras —responde, y se desplaza fuera del banco.

Agarro a Taylor por el brazo y atravesamos el restaurante hacia el pasillo oscuro que hay al fondo y que lleva a los baños. Una vez fuera de la vista de la mesa, me acerco más a Taylor y la miro fijamente y con dureza.

—Tay, ese chico lleva escrito en la cara la palabra problemas.

Taylor aparta su brazo de mí.

—Oh, qué gracioso —dice con un aire despectivo—. ¡Estás celosa!

—En serio. No estoy celosa en ese sentido. Solo creo que es peligroso.

Los ojos de Taylor chispean y una sonrisa se extiende por su cara.

—¿Y qué hay de malo en peligroso?

—No, Tay. Quiero decir seriamente peligroso. Tengo un mal presentimiento con él.

La sonrisa de Taylor no titubea.

—Yo lo he sentido casi todo de él y, créeme, no hay nada malo. Y ya has visto lo que le ha hecho a Brendan. Estaba protegiéndome.

—¡Taylor, estoy hablando en serio!

Su risa se esfuma y me mira fijamente con el ceño fruncido.

—¿Sabes qué, Fee? Piérdete. Tienes a Luc, así que es absurdo que te pongas celosa.

—No estoy celosa —le gruño. No entiende absolutamente nada.

—Como quieras —dice con los ojos en blanco—. ¿Tienes que ir al baño o qué? —dice señalando con una mano el pasillo que conduce a los baños—. Porque, si no tienes que ir, regreso a la mesa.

Yo solo la miro fijamente, intentando averiguar qué decir para que lo comprenda.

Ella me mira con rabia, entonces da media vuelta y se marcha pavoneándose a la mesa.

—Tay, espera —le digo mientras la agarro por el brazo, justo antes de que vuelva la esquina hacia la mesa—. Luc lo conoce, de donde vivía antes. Dice que este chico ha hecho cosas realmente malas.

—Bueno, a mí me está haciendo cosas realmente buenas, así que tendrás que olvidarte de todas esas gilipolleces.

Es malo para ti. No lo quieres.

Me avergüenzo de mí misma al convocar ese pensamiento en mi cabeza y en mi interior crece un sentimiento de odio por hacerle esto a Taylor.

Ella solo me mira fijamente.

Hago otra vez el esfuerzo. *Te va a hacer daño, como Brendan.*

Taylor se desploma contra la pared y baja la mirada.

—¿Crees que me va a hacer daño?

Su voz suena de repente insegura y en esta ocasión la vergüenza que siento es evidente en mi rostro. Pero tiene que mantenerse lejos de él. Estoy haciendo lo correcto.

—Sí.

Ella sacude la cabeza como si intentara aclararse la mente, después levanta sus ojos hacia los míos.

—Pero...

—Es un tipo peligroso, Taylor.

Asiente despacio.

—Peligroso.

Siento el ácido en mi estómago y de repente noto que me pongo enferma. No me puedo quitar el pensamiento de la cabeza de que lo que hago está mal, aunque sea para ayudar a Taylor.

—Entonces, ¿te vienes con Luc y conmigo?

Ella asiente de nuevo.

Le suelto el brazo y nos dirigimos a la mesa.

LUC

—Bueno, ¿es que en el Infierno se han quedado sin demonios de verdad? Me pregunto por qué han enviado a un principiante como tú.

Marchosias me observa con una mirada asesina desde el otro lado de la mesa.

—Mira quién fue a hablar.

De la superficie de la mano que tiene sobre la mesa, con el puño apuntando en mi dirección, chisporrotean unos rayos rojos.

—Enséñame de lo que eres capaz, Lucifer.

—En serio, ¿por qué iban a enviar a un simple sirviente del Pozo a por Frannie?
Sus ojos estallan en un fulgurante destello rojo.

—Tu... deserción dejó una vacante en Adquisiciones, que he estado más que contento de ocupar. Es el departamento con más potencial para poder moverse hacia arriba y con Beherit ardiendo en el Pozo y todo eso... —Una risa maligna se despliega en su cara—. Fue mi último encargo oficial antes de mi ascenso.

Delanie pasa la bayeta rápido por el extremo de nuestra mesa, deslizando la *pizza* sobre ella. Deja la jarra de refresco y recorre la mesa con la mirada.

—¿He olvidado algo?

Le sonrío, pero mi sonrisa resulta definitivamente forzada. No me gusta el modo en el que Marchosias la está mirando.

—Gracias, Delanie. Creo que está bien.

—De acuerdo, Luc. Dímelo si necesitáis algo más. —Sus ojos se mueven hacia Marchosias—. ¿Nos vemos en el estudio mañana?

Una sonrisa puramente perversa aparece en su cara.

—No me lo perdería por nada.

Sus ojos se iluminan.

—No puedo creer que hayas conseguido que podamos grabar esa maqueta. ¡Va a ser fantástico!

Sus ojos la devoran mientras asiente.

—Bueno, hacédmelo saber si necesitáis algo más —dice mientras se traslada a la mesa que hay a mis espaldas, mientras Marchosias la mira lascivamente.

Yo me reclino en el banco y subo la pierna al asiento.

—Supongo que Frannie ha dejado de ser una prioridad si han decidido enviar a un demonio en prácticas.

Se inclina sobre sus codos y toquetea un pedazo de *pizza*.

—Olvídalo, Lucifer. Te conozco mejor que la mayoría.

—Tienes que retirarte, Marchosias.

—¿Por qué demonios iba yo a hacer eso? Estoy haciendo grandes progresos. Mírame, sentado aquí en la mesa contigo y con mi objetivo. —Sus ojos se mueven hacia el vestíbulo del fondo y en su boca se despliega una lenta sonrisa—. Y Taylor... digamos que es la guinda del pastel. Un plus tremendamente apetitoso. Estoy pensando en quedármela.

Siento que me hierva la sangre y tengo que reunir todas mis fuerzas para no saltar sobre la mesa y estrangularlo.

—Esto es entre nosotros, Marchosias. Deja a Taylor al margen.

Su sonrisa se hace más grande y sus ojos echan chispas.

—Lo siento... demasiado tarde. Ya está muy metida en el asunto. ¿Has escuchado ese dicho sobre tener un pastel y comérselo también? Bueno, yo tengo mi pastel y me lo voy a comer, si entiendes lo que digo.

No hay quien lo pare. Empujo la mesa contra él y lo agarro por el cuello de la camiseta. La *pizza* y la jarra de refresco salen volando esparciéndose por toda la mesa y por el suelo.

—¡Aléjate de ella!

La sorpresa se dibuja en su rostro y una sonrisa divertida cruza sus labios. Se levanta del suelo.

—Y según parece, podría ser una bonificación añadida invertir tu marca. Los tres de una sola vez. Eso podría convertirse en un récord en Adquisiciones.

Sacudo la cabeza.

—Ni en tus mejores sueños.

Taylor y Frannie giran por la esquina de los baños y recorren el camino que las separa de nosotros. Cuando llegan a la mesa, Frannie mira el desastre que hay en el suelo. Sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Qué pasa?

—Un pequeño desacuerdo. Marc ya se iba —respondo mirando a Marchosias.

Delanie se para detrás de Frannie.

—¿Necesitas ayuda, Fee? —Sus ojos se deslizan entre Marchosias y yo, luego hacia Frannie.

—No, todo en orden —dice Frannie, agachándose a coger la jarra de refresco vacía del suelo—. Lo siento por el desastre.

Delanie arroja un paño encima del charco en la moqueta y recoge la *pizza* esparcida por el suelo, metiéndola dentro de la bandeja abollada de aluminio. Luego mira con dureza a Frannie.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunta mientras le lanza una mirada a Marchosias.

—Sí, gracias Delanie. —Frannie le alarga la jarra.

Nos ponemos de pie y Delanie se apresura en volver al mostrador, lanzando una última mirada preocupada a Frannie por encima del hombro.

Dejo un billete sobre la mesa, después cojo con fuerza la mano de Frannie y se la aprieto.

—Nos marchamos.

—Vamos, Taylor —dice Frannie, volviéndose a su amiga, pero veo su cara derrumbarse cuando encuentra a Taylor mirando fijamente a los ojos a Marchosias. Él le pasa un dedo lentamente por la frente y Taylor se hunde en su regazo.

Frannie intercambia miradas desesperadas conmigo y con Taylor.

—Tay —dice, intentando alcanzar el codo de su amiga—. Has dicho que te venías con Luc y conmigo.

Taylor aparta los ojos de Marchosias y su típica sonrisa lasciva está de vuelta.

—Cambio de planes.

Marchosias me levanta una ceja, con una sonrisa lenta.

Los ojos de Frannie se mueven hacia mí, suplicantes, luego se dirigen hacia los de

Taylor.

—Tay... vuelve con nosotros a casa de Luc... Por favor.

Taylor le sonríe con suficiencia.

—¿A hacer qué, Fee? ¿A mirar cómo os liais? No lo creo.

—Yo he traído entretenimiento —dice Marchosias, sacando una bolsa enrollada de su bolsillo. Hay un surtido de pastillas en el fondo.

Los ojos de Taylor lanzan una mirada a Ricco, que está embobado contemplándonos desde detrás del mostrador, a nosotros y a los pocos clientes que hay en el restaurante. Ella sonríe mientras le pega un codazo.

—Esconde eso —murmura.

Frannie agarra la mano de Taylor.

—Por favor, Tay. Vente con nosotros.

Taylor la observa y una mirada de irritación se dibuja en sus facciones.

—Eh... no. —Se suelta de Frannie y se pone al lado de Marchosias. Él le cubre los hombros con su brazo, se giran y salen por la puerta andando despacio.

Mi mirada se posa sobre Frannie y si las miradas pudieran matar...

Matt

Me quedo suspendido en el aire sobre Frannie cuando sale hecha una furia detrás de Taylor y yo estoy cabreado con Luc por haber metido a Frannie en esto. Nunca debió dejar que se acercara tanto a un demonio.

Ella empieza a andar por la acera detrás de Taylor y Marchosias y se gira hacia Luc cuando este le agarra el brazo por detrás.

—¿Por qué los has dejado irse? —dice y sigue su marcha por la acera detrás de Taylor, que se está alejando—. ¡Taylor! —grita, sin obtener respuesta.

Luc la alcanza por el brazo y ella se aparta de él. Se agacha en la acera con las manos sobre la cabeza y un gemido herido y desgarrador sale desde algún sitio profundo dentro de su ser. Cuando levanta la vista, su rostro húmedo brilla bajo las luces de neón que destellan por las ventanas de The Cove.

—Mi influencia es inútil.

Algo se mueve en las sombras entre el salón de juegos y el restaurante de Ricco y solo tengo un segundo para reaccionar, envolviendo a Frannie en un escudo protector antes de que un demonio gigantesco se pare en la acera.

—Rhen —gruñe Luc. Sus ojos se mueven en dirección hacia donde ha desaparecido Marchosias—. Fabuloso. ¿Tenemos hoy reunión familiar de mil demonios?

Antes de que ninguno de nosotros la pueda parar, Frannie se pone de pie y carga contra Rhenorian. Lo empuja con fuerza, pero él casi no se mueve.

—¿Es que nunca nos vais a dejar en paz?

Luc la agarra por la cintura y la aparta, mientras yo me pongo delante de ella.

Pero el estruendo de la risa de Rhenorian nos pilla a todos por sorpresa. Sus ojos pasan de Frannie a Luc.

—Me gusta. Es como una fierecilla.

Frannie se suelta de Luc y se vuelve a poner delante de la cara de Rhenorian.

—No nos puedes llevar a ninguno de los dos.

—Todavía —responde con un destello cortante en su mirada—. Pero estoy tramando un plan. —Su mirada cambia al sitio donde yo estoy, invisible—. Uno muy bueno. —Después se va.

—¿Qué demonios ha sido eso? —La voz de Luc suena con un tono agudo y lleno de irritación y me giro para verlo agarrar por los hombros a Frannie, examinándola—. Te podría haber matado.

Frannie lo mira, totalmente derrotada.

—No me va a matar. Estoy marcada para el Cielo.

Él la suelta.

—Yo no estaría tan seguro.

—Da igual. Tenemos que ayudar a Taylor.

Él se mete los pulgares en los bolsillos delanteros y camina tras ella mientras ella se adelanta por la acera hacia su coche.

—Frannie, no voy a cambiar tu seguridad por la de Taylor. Haré lo que pueda por ella, pero tú eres la prioridad.

Por una vez estoy de acuerdo con el demonio, pero eso no significa que vaya a dejar de pensar que tiene toda la culpa de lo que está sucediendo. Se deslizan en el Shelby y me materializo en el asiento de atrás.

—Sí, buena estrategia, proteger a Frannie yendo a comer *pizza* con un demonio.

Luc aprieta la mandíbula y me dispara una mirada furiosa por el espejo retrovisor.

—Si pudiera confiar en que haces tu trabajo en vez de andar soñando con formas creativas de perder tus alas... —gruñe.

Frannie divide una mirada fulminante entre ambos, sus ojos son una tormenta de furia.

—¿Sabéis qué? ¡Ambos podéis iros a la mierda! Yo puedo cuidarme sola.

Me vuelvo a encorvar en mi asiento.

—Frannie, yo sé que le puedes pegar una patada en el culo a cualquier demonio, pero tienes que ser razonable. No tenías que haber ido nunca a ningún sitio en el que pudieras acabar estando cerca de Marchosias o de Rhenorian. ¿En qué estabas pensando?

Sus ojos se enturbian y la cara se le ensombrece.

—Tengo que ayudar a Taylor. —Baja la mirada y se muerde el labio inferior—. Todo esto es por mi culpa. Está usándola para conseguirme —dispara una mirada de vuelta a Luc—. Hoy he usado mi influencia con ella. Se iba a venir con nosotros.

Después él le ha hecho esa cosa en la frente y ella ha cambiado de opinión. ¿Qué ha sido eso?

—Le ha hecho un barrido de mente. Es una de las técnicas más potentes que tenemos para entrar en la mente de otro. Pero, recuérdalo, Frannie: incluso con un barrido de mente, no podría haberla obligado a hacer nada que tu amiga no quisiera hacer.

Ella gime y deja caer la cara sobre sus manos y todos nos quedamos callados el resto del viaje, absortos en nuestros propios pensamientos. Los de Frannie en Taylor, estoy seguro, y los de Luc en Frannie probablemente. Los míos están todavía en el apartamento de Lili. Cada segundo es una tortura porque no puedo sacarme de la cabeza la cara llena de lágrimas de Lili. Alguien la está acosando. Y, si estaba en la fiesta, es probablemente un demonio. Tengo que averiguar cómo protegerla.

¿Qué podría querer un demonio de Lili?

Su alma está marcada para el Infierno. Lo sé desde el minuto en que la vi por primera vez. Probablemente pasó algo que estaba completamente fuera de su control. Pero estar marcado para el Infierno no significa normalmente que haya demonios que te acosen. La mayoría de los mortales están marcados para el Infierno toda su vida sin saberlo nunca.

Mi garganta se ahoga cuando pienso en la única razón lógica que puede haber para perseguir a un alma marcada para el Infierno.

La quieren ya, a ese chico le han mandado para recogerla.

No se la pueden llevar.

No voy a permitir que se la lleve. Ella no pertenece al Infierno.

¿Cómo voy a proteger a ambas, a Frannie y a Lili? Ni siquiera yo puedo estar en dos sitios a la vez.

Luc entra en el camino de casa y aparca el coche.

—¿Quieres que entre? —pregunta.

—No —responde Frannie, pero no alcanza el pomo de la puerta. Ella lo mira y las lágrimas corren por sus mejillas. Él la echa sobre su hombro y cuando le levanta la cara y la besa. De repente, no quiero estar más aquí. Me traslado al porche y espero a que los dos terminen su despedida.

Cuando Frannie finalmente se baja del coche y me adelanta en su progresión hacia la puerta, lleva los ojos rojos. Recorre el camino hacia el interior de la casa, mientras Luc conduce fuera de la entrada hacia la calle.

Me quedo suspendido en el aire, invisible, en el porche, luchando conmigo mismo. Tengo que quedarme, pero necesito irme. Floto fuera del porche y miro hacia arriba, mientras las luces del dormitorio de Frannie se encienden. Ella está segura bajo el campo protector de papá. Nadie debería ser capaz de llegar hasta ella.

Ignoro la ola de culpabilidad que me inunda mientras me traslado al pasillo, enfrente de la puerta de Lili, y toco a su puerta. Escucho a alguien moviéndose detrás de la puerta, pero nadie abre.

—¿Lili? Soy yo, Matt —digo al otro lado.

Después de una pausa, que se me hace eterna, los cerrojos empiezan a descorrerse y la puerta se abre. Lili mira hacia fuera fijamente, pero no dice nada. La puerta se abre más y, sin decir una palabra, coge mi mano y me mete dentro. Cuando ha cerrado y los cerrojos están de vuelta en su sitio, me arrastra hasta el sofá. Me siento y ella se enrosca a mi lado. Yo acurruco mi cara en su pelo y mantengo el abrazo hasta que se duerme.

Castigo eterno

Frannie

—No voy a quedarme sentada y dejar que un demonio le haga Dios sabe qué a Taylor —digo golpeando la frente contra la mesa de Luc.

—Ella puede decidir, Frannie —dice Luc.

—¡Pero él anda detrás de ella por mi culpa!

Estoy luchando contra este apabullante sentimiento de culpabilidad desde que Taylor se marchó del restaurante de Ricco el domingo por la noche. No puedo dormir y tengo constantemente la sensación de que voy a vomitar. Pero tampoco he podido comer nada en toda la semana, así que no tengo nada en el estómago que pueda vomitar. Debo ayudarla, pero ella ni siquiera quiere hablar conmigo. No responde a mis llamadas y nunca está en casa cuando llamo a su puerta.

Y toda esa maldita historia de mi influencia... He intentado todo lo que se me ha podido ocurrir: decirle que se mantenga alejada de Marc, decirle que no lo desea, decirle que me llame...

Ha pasado casi una semana y el teléfono no ha sonado ni una vez.

Puede que tenga el poder de la influencia, pero no tengo ningún control sobre él, lo que hace que sea algo totalmente inútil.

Luc se desliza sobre la silla que hay al otro lado de la mesa delante de mí y se inclina hacia delante, cogiendo mi mano entre las suyas.

—¿Por qué iban a querer leer cosas sobre demonios Taylor y Lili?

—¿Qué?

—El domingo estuvieron en la biblioteca. Buscaron libros sobre temas demoníacos y magia negra y estuvieron copiando símbolos para conjuros.

Lo que acabo de oír hace que se me revuelva el estómago más todavía.

—No lo sé. —Suelto un suspiro de frustración—. ¿Qué trata de hacer Marc? ¿Cómo cree que puede conseguir tenerme a través de ella?

—Imagino que su plan consiste en intentar acercarse a ti, en invertir tu marca. Pero la estrategia de Taylor de evitarte a toda costa supongo que está desmontando su bien urdido plan y está haciendo que se vaya a la mierda.

Lo que él no dice, pero yo sí que puedo oír, es que también la está poniendo a ella en peligro.

—¿Es posible que Taylor lo sepa? ¿Puede que esa sea la razón por la que estaban buscando cosas sobre demonios?

La preocupación marca el ceño fruncido de Luc.

—Espero que no.

—¿Por qué?

—Ya sabes la razón, Frannie. Si ella sabe lo que es él y aun así sigue con él...

—¡Oh, Dios mío! ¿Está tratando de marcarla? —Toda la sangre de mi cuerpo abandona de pronto mi rostro y se me nubla la visión.

Luc me mira atentamente con ojos inquietos y sacude la cabeza.

—Es imposible.

—Puede que debiéramos hacer lo que dijiste. Si nos marchamos y nos escondemos en alguna parte, ¿la dejaría entonces tranquila?

Él vuelve los ojos hacia mí y luego los aparta.

—Puede.

Doy un salto cuando oigo sonar mi teléfono y cuando lo cojo para ver quién es, la cara de Taylor me sonríe desde la pantalla. Lo abro y contesto.

—¡Tay!

—Marc dice que no estoy siendo justa.

Solo por el hecho de oír su voz, siento el alivio en la mía.

—¿Qué significa eso?

—Opina que no debería cabrearme tanto contigo. ¿No decías tú que era un auténtico capullo? —suelta con un comentario despectivo.

—Lo siento.

—Sí, como quieras. Bueno, que Marc os invita a una fiesta que hace en su casa. Esta noche. A las diez.

Miro el reloj. Son las nueve y cuarto.

—Genial. ¿Dónde?

Escribo la dirección mientras ella me la dicta.

—Pues nos vemos allí —dice Taylor y se corta la línea.

Debo de estar todavía muy tensa, porque cuando Matt aparece a mi lado, vuelvo a dar un salto.

—¿Puerta? ¿Llamar? ¿Te suena de algo?

Él, con los ojos muy abiertos, señala el papel que hay encima de la mesa.

—Ahí es donde fue la fiesta. Estaba lleno de demonios. Es una trampa, Frannie. No puedes ir.

Yo lo miro fijamente.

—¡Y una mierda no voy a ir!

Luc

Matt tiene razón, Frannie no puede ir, pero yo sí que puedo.

—Iremos Matt y yo —digo—. Tenemos más posibilidades de entrar y salir de allí de una pieza.

—¿Sabes? Estoy empezando a hartarme de todo ese rollito de macho protector. Tú eres el que le ha dicho al abuelo que eres tan humano como yo y sabes de sobra que si me lo propongo puedo acabar contigo. ¿Por qué estás tan seguro de que estarás a salvo? Puede que sea yo la que tenga que ir a protegerte.

Tiene razón, pero...

—Yo no soy su objetivo. Y al parecer tú sí que lo eres.

—Perfecto. Así que soy su objetivo. ¿Qué me van a hacer? Estoy marcada para el Cielo y no creo que eso vaya a cambiar en los cinco minutos que nos costará entrar en ese antro y sacar a Taylor de allí.

Observo a Frannie con ojos cautelosos y pienso en la biblioteca, Taylor y Lili con las cabezas juntas, como uña y carne.

—Puede que debiéramos llevar también a Lili. Entre las dos puede que os resulte más fácil convencer a Taylor de que salga de allí sin Marc.

—¡No! —grita Matt y ambos nos giramos a mirarlo. Él baja la mirada al suelo y se queda abstraído examinándose los pies—. Hay unos demonios que la persiguen. Está bastante cabreada. No sería seguro para ella volver a meterse allí.

—¿Volver a meterse dónde? —Lili está de pie junto a la puerta. Se queda allí quieta, observando nuestras caras de sorpresa—. Disculpad, la puerta estaba abierta...

Solo que yo estoy seguro de que no lo estaba. La he cerrado yo mismo. La estudio con cautela. Vuelve a llevar su ancha sudadera gris.

El rostro de Matt se suaviza. Se acerca a ella, coge su mano entre las suyas y se queda mirándola a los ojos un buen rato antes de volverse a mirarme.

—En ninguna parte. No es nada.

Si necesitaba más pruebas de que Matt estaba distraído, él mismo acaba de dárme las. No hay lugar a dudas, es evidente en sus ojos. Lili es su prioridad. Ha perdido el norte.

Frannie se aclara la garganta.

—Taylor está en peligro. Vamos a una fiesta a la que va ella también. Es en casa de ese chico... —Su rostro cambia y aparecen unas arrugas de preocupación en su ceño, que dibujan toda una serie de arrugas en su frente mientras levanta las cejas—. Es donde fuisteis vosotros a la fiesta del otro día —dice pasando la mirada de Lili a Matt.

La culpa en el rostro de Matt es inconfundible. Mucho peor de lo que hubiera imaginado.

Yo me quedo mirándolo fijamente.

—Esto es perfecto.

La preocupación es evidente en el rostro de Lili.

—¿Taylor ha vuelto a ese antro? Debemos ir y sacarla de allí —dice. Se gira y se dirige a la puerta.

Frannie, Matt y yo la seguimos por el pasillo. Tengo que informarme mejor sobre dónde nos estamos metiendo.

—¿Qué sabes de esos tipos? ¿De los que dan la fiesta? —le pregunto.

—No mucho —responde ella bajando las escaleras—. Taylor me dijo que ese chico que le gusta le había hablado de la fiesta. Que le había dicho que habría un grupo tocando. Yo invité a Matt y fuimos, pero cuando llegamos vimos que el ambiente que había allí era bastante escalofriante y luego Matt tuvo que marcharse, así que cogí a Taylor y nosotras nos fuimos también.

Yo miro a Matt de nuevo con el ceño fruncido mientras alcanzamos la camioneta de Lili. Él sube y hace un ostentoso numerito abrochándose el cinturón de seguridad para no tener que cruzar su mirada con la mía.

—Seguidme —dice Lili y pone en marcha el motor.

Yo observo a Frannie mientras seguimos a Lili, que sale del aparcamiento.

—¿Me crees ahora?

Ella me mira.

—¿Sobre?

—Matt y Lili. Hay algo entre los dos.

Ella contrae el rostro en un acto reflejo defensivo.

—Son amigos, ¿y qué pasa?

Yo sacudo la cabeza.

—Es más que eso.

Su mirada atraviesa el parabrisas y se posa en la destartalada camioneta naranja.

—¿Tú crees?

No parece tan enfadada por todo esto como debería estarlo, al contrario, parece más bien como si estuviera esperanzada.

Nos detenemos al lado de un bordillo, en una zona de la ciudad bastante deteriorada, y salimos. Lili y Matt se reúnen con nosotros al lado del Shelby. Unos instantes después, veo a Rhenorian, que aparca su coche en doble fila, justo en la esquina de enfrente. Espero que esta noche no venga a por nosotros otra vez.

—¿Listos? —dice Lili.

Yo miro a Frannie, que está al otro lado del capó, rogándole con la mirada que espere en el coche con Matt.

—Eso no va a suceder —afirma y empieza a cruzar la calle hacia la estridente música.

Entramos en una sala oscura e incluso a pesar del martilleo del ritmo de la música, puede percibirse un extraño silencio en el lugar. Casi la mitad de las cabezas se vuelven para observar nuestra entrada.

No reconozco a la mayoría de los demonios que hay allí, pero sus ojos los delatan. A unos pocos sí que los reconozco.

Andrus está aquí. Interesante. Tiene tantos años como mi mente puede recordar y es el jefe de Relaciones Públicas. No me sorprende que le vaya el rollo mortal. Él y su gente viven de pasearse entre los mortales quitándole importancia a todas las gilipolleces que esparcen las iglesias sobre el fuego eterno y el Infierno. No es cuestión de que los mortales tengan demasiado miedo de nosotros.

Los cuerpos ondulantes se van apartando a su paso mientras se acerca a nosotros y deja que su auténtica forma brille a través de su caparazón humano, justo lo suficiente para que sea algo ligeramente perceptible.

—Lucifer, qué sorpresa más agradable. —Una sonrisa divertida aparece en sus labios y sus ojos se deslizan de mí al resto del grupo—. Y has traído entretenimiento.

Matt se acerca todavía más a Lili.

—Marchosias me ha enviado una invitación personal. ¿Cómo iba a negarme? — respondo.

Otros demonios empiezan a aglomerarse a nuestro alrededor, formando un círculo claustrofóbico, y Frannie instintivamente levanta la mano preparada para luchar. Yo le cojo el brazo.

—Tranquila, no pasa nada.

—Y esta debe de ser tu novia. —Su mano empieza a levantarse en dirección al rostro de Frannie.

—¿Dónde está Marchosias? —digo poniéndome delante de ella para evitar el acercamiento.

En la expresión de su rostro aparece una depravada sonrisa mientras deja caer la mano que había levantado.

—En estos momentos está ocupado. Lo siento pero parece que te tocará tratar conmigo.

Una risita se extiende entre la multitud que se ha congregado a nuestro alrededor. Cojo a Frannie de la mano y sigo avanzando, pasando por delante de Andrus y sus secuaces. Observamos detenidamente toda la sala en busca de Marchosias y de Taylor. El grupo está tocando pero él no está en el escenario. Matt me da unos golpecitos en el hombro y señala con el dedo hacia el otro lado de la habitación donde está la puerta de la cocina. Nos deslizamos entre los ondulantes cuerpos y entramos en la cocina.

Frannie suelta un grito ahogado y se queda a mi lado, petrificada.

El único tubo fluorescente de la lámpara del techo que funciona parpadea, convirtiendo la imagen en una visión estroboscópica, pero incluso bajo la titubeante luz, la escena es clara como el día. Todos los armarios y muebles de la cocina han sido arrancados de cuajo, dejando el linóleo del suelo despegado, los agujeros en las paredes y las tuberías a la vista. El único mueble que hay es una vieja mesa robada de madera en el centro de la habitación. Esparcidos encima hay unos mecheros, varias jeringuillas, unas latas vacías de cerveza y una botella de Jack Daniel's abierta y casi vacía en una esquina.

También sobre la mesa, en una esquina, está Taylor echada hacia atrás, apoyada con las manos separadas sobre la mesa, la cabeza caída hacia atrás, los ojos cerrados y la falda alrededor de la cintura.

Y las piernas enroscadas alrededor de Marchosias.

En un instante Lili está allí, apartando a Marchosias de Taylor.

—¿Qué coño es esto? —grita este subiéndose la cremallera de los pantalones.

Taylor está totalmente fuera de sí, con el rostro laxo, los párpados caídos sobre unos ojos completamente idos. Ella mira en derredor, sin ver nada en realidad, y se baja la falda. Matt está a su lado cuando Lili le pasa un brazo por los hombros a Taylor y la ayuda a bajar de la mesa.

—¡Oh, Dios mío! —dice Frannie y corre hacia Taylor antes de que yo pueda detenerla.

Taylor ni siquiera la reconoce cuando Frannie rodea con un brazo su espalda y la guía hacia donde estoy yo.

Cuando Marchosias levanta la mirada y me encuentra en el umbral de la puerta, una sonrisita maliciosa le ilumina el rostro.

—Así que eres tú el que me ha fastidiado la fiesta. Solías ser muy divertido, Lucifer. ¿Qué demonios ha pasado contigo?

Me siento completamente asqueado ante la imagen de lo que yo era antes. Una intensa ira hacia Marchosias, hacia mí mismo, va creciendo en mi interior y se convierte en un pozo revuelto de ácido ardiendo. En cuatro pasos estoy delante de él. Lo cojo por la camiseta y lo lanzo contra la pared.

—Deja en paz a Taylor.

Él arquea las cejas.

—No puedes quedarte con todos los mortales para ti solito, Lucifer.

Le echo una mirada a Lili con la esperanza de que esté suficientemente ocupada encargándose de Taylor para no haber oído lo que Marchosias acaba de decir. Ella y Frannie se llevan a Taylor hacia la sala oscura donde está la fiesta. Cojo fuerte a Marchosias y lo empujo contra la pared.

—No vuelvas a tocarla.

—Llegas tarde. Se lo he mostrado. —Su caparazón humano brilla cuando el demonio que realmente es intenta mostrarse a través de él: ardientes ojos rojos insertados en una suave piel carmesí, rasgos angulosos, cuerpo de sátiro con pezuñas y el requisito indispensable de dos cortos cuernos negros—. Le he mostrado lo que le espera y aun así suplicaba que se lo diera.

Vuelvo a lanzarlo contra la pared. Tiemblo de la frustración, pues sé que no hay nada que yo pueda hacer para causarle daño. Luego lo dejo marchar y salgo de la cocina. Alcanzó a Frannie y a los otros en su camino hacia la calle. Frannie y Lili sujetan por cada lado a Taylor, y se la llevan casi a rastras. Matt les cubre las espaldas, vigilando a los demonios que se han reunido para ver cómo se marchan.

—¿Está bien? —pregunto a pesar de conocer la respuesta. No está bien. Está

marcada para el Infierno.

Frannie intenta ocultar las lágrimas que le resbalan por las mejillas. No puede responder.

—Le han dado aliento del diablo^[2]. Está bastante mal —dice Lili.

Cuando levanto la vista, entiendo por qué estamos llamando la atención: Andrus. Está apoyado contra el marco de la puerta bloqueándonos la salida.

—¿No os iréis a marchar ahora? —dice con las cejas arqueadas en un simulado gesto de asombro.

Continuamos hacia la salida y hacia él, pero cuando llegamos a la puerta él se aparta del marco y se pone en el umbral. Yo miro por encima de su hombro y veo que Chax lo respalda situándose, tras él en la acera.

—Lucifer, tú y tu... brillante amigo. —Mueve la boca en un gesto nervioso y vuelve la mirada hacia Matt—. Vosotros podéis marcharos cuando queráis. Pero las señoritas... —Una salvaje sonrisa se extiende por su rostro convirtiéndolo en algo espantoso—. Ellas se quedan.

Y mientras lo dice sus ojos se posan sobre Frannie.

—Ni en tus mejores sueños —dice Matt poniéndose delante de Lili. El aire cambia y se carga de electricidad estática. Casi puedo verla danzar sobre la superficie de la piel de Matt.

La cara de Andrus se transforma, frunce el ceño severamente y observa a Matt.

—¿Una exhibición pública? ¿De verdad? ¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

En un abrir y cerrar de ojos, Matt tiene a Andrus contra la pared, con el brazo oprimiendo la garganta del demonio. El hedor del ozono se siente fuerte y pesado en el ambiente nocturno, y Andrus tiene todos los pelos del cuerpo de punta.

—Sí —dice Matt con los ojos entrecerrados y la cara a pocos milímetros de la de Andrus.

Chax carga sobre Matt, con su puño rojo fulgurante, pero yo arremeto contra él y le cojo el brazo cuando él lo levanta. Le hago una llave y lo lanzo de narices contra el suelo.

—¡Marchaos, Frannie! —grito.

Ella y Lili saltan a Chax y salen a la acera arrastrando a Taylor. Y entonces es cuando descubro a Rhenorian de pie, apoyado contra el semáforo, al otro lado de la calle.

—¡Mierda! —digo para mis adentros.

Frannie se vuelve para mirarme una vez ya están fuera.

—¿Luc...?

—¡Marchaos! —las apremio.

Ella duda solo un instante, pero Lili continúa avanzando, así que ella la sigue.

Yo le pongo la rodilla a Chax en la espalda y siento su energía aumentar vertiginosamente bajo mi cuerpo.

Andrus mira a Matt, su forma de demonio chisporroteando bajo su cascarón

humano.

—Las compañías con las que te juntas últimamente me parecen simplemente desagradables, Lucifer.

—Sí, a mí también, pero de vez en cuando me resulta de lo más útil.

Yo miro atentamente hacia la calle desde la puerta. Frannie y las chicas ya casi han llegado al Shelby. Le hago un gesto a Matt y ambos soltamos a los demonios y escapamos de un salto a la acera. El brillo de Matt aumenta, una señal de alerta que espero que sea demasiado sutil como para que los humanos que hay por aquí la vean. Aunque evidentemente si empieza a lanzar relámpagos de luz divina, será difícil que pasen desapercibidos. Retrocedemos hasta el coche y yo le lanzo las llaves a Frannie.

Frannie y Lili cargan a Taylor en el asiento trasero del Shelby y luego Lili sale corriendo con Matt hacia su camioneta, que está al otro lado de la calle. Yo vuelvo la vista atrás, en dirección a los edificios de arenisca y veo a Rhenorian de pie en la acera con Andrus y con Chax, y no puedo evitar pensar en qué demonios maquinarán entre los tres como venganza.

Frannie y yo nos metemos en el coche y cerramos las puertas. Introduzco la llave, pongo el motor en marcha y salimos derrapando del aparcamiento.

Yo miro a Frannie mientras ella esconde su rostro entre las manos y empieza a sollozar.

Tengo el corazón en la garganta porque sé que ella se culpa a sí misma. Y ni siquiera sabe lo peor de todo.

Y no voy a ser yo quien se lo diga.

Matt

Subimos a Taylor al apartamento de Luc y él me aparta a un lado.

—No puede saber lo de Taylor —me dice con una mirada de alerta y luego mira a Frannie mientras ella acompaña a Taylor al baño.

—Tiene que saberlo. Si sigue insistiendo en intentar salvarla, lo único que conseguirá es ponerse a sí misma en peligro.

—¿Y tú crees que no va a intentar salvarla si sabe que Taylor está marcada? Entonces será peor, se culpará a sí misma.

—Tienes que decírselo —le digo mientras oigo las arcadas de Taylor en el baño.

—Todavía no.

—Pronto —le digo.

Lili se acerca por detrás de Luc.

—Frannie está con Taylor —dice sacudiendo la mano en dirección al baño y su rostro se contrae—. Y yo no voy a vomitar, así que me marchó.

—Te acompaño a casa —le digo.

Ella me observa atentamente.

—Son como diez metros. Creo que puedo arreglármelas yo sola.

—Te acompaño —insisto mientras ella se vuelve hacia la puerta.

Luc frunce el ceño cuando yo me doy la vuelta y se va hacia el baño.

Yo salgo al pasillo con Lili.

—¿Viste al que te acosa? ¿Estaba allí?

Ella niega con la cabeza mientras mete la llave en el cerrojo de la puerta.

—No me he parado a mirar.

—Quiero que te mantengas alejada de esos tipos. Dame tu número de teléfono.

Ella baja la vista al suelo y rasca con el pie un trozo de chicle que hay pegado al suelo.

—No me puedo permitir tener móvil.

Unos escalofríos de pánico serpentean por todo mi cuerpo. No estarán nada contentos con todo lo que ha pasado esta noche y ya han empezado a acosar a Lili. Ella es el eslabón más débil de todos nosotros. Una mortal que ya está marcada para el Infierno. Acabarán viniendo a por ella.

—Quiero saber si alguno de ellos se acerca a ti en el trabajo o en cualquier parte.

Baja la mirada al suelo antes de entrar por la puerta. Yo la sigo.

—Este no es el lugar más seguro en el que vivir, lo sabes.

Se gira hacia mí de un salto y me mira.

—Es todo lo que puedo permitirme.

—¿No tienes a nadie que te ayude?

—Ya llevo una buena temporada apañándomelas. Tuve que arreglar lo de la universidad yo sola. Tengo una beca y ayuda económica para pagar la matrícula, pero en mi puesto en KwikMart no me pagan mucho y se va todo en el alquiler y todo lo demás.

Observo que ella vuelve a cerrar los cerrojos con cuidado y se dirige a la cocina. Abre la nevera y coge dos refrescos de cola. Yo abro la lata y me siento en el sofá.

—¿Y tú familia? —le digo.

Ella se desliza para sentarse en el sofá y siento una cálida electricidad que me sacude el cuerpo cuando se acurruca a mi lado.

—No hay nadie por quien me preocupe. Nunca conocí a mi madre y mi padre...

—Todo su cuerpo se contrae formando un ovillo tenso.

Siento un pinchazo en mi interior, como si me estuvieran arrancando el alma. Quiero ayudarla sea como sea, pero no sé qué puedo hacer. Le paso el brazo por los hombros y la acerco a mí con fuerza, acariciándole el pelo.

Cuando empiezan a brotar sus lágrimas, me descubro a mí mismo deseando enjugárselas con mis besos. Pero no lo hago. Ella esconde el rostro en mi hombro y dejo que lllore. Cuando las lágrimas empiezan a disminuir le pregunto:

—¿Te ayudaría hablar de ello?

Ella levanta la cabeza de mi hombro.

—No creo que pudiera hacerlo.

—Bueno, si quieres, o ahora o en cualquier otro momento, tengo unas orejas grandes y una boca pequeña.

Sus labios dibujan algo parecido a una sonrisa.

—Tus orejas sí que son un poco grandes, pero tu boca me parece perfecta.

Y cuando se inclina y sus labios se encuentran con los míos, estoy convencido de que un rayo de fuego infernal me atraviesa el cuerpo. El calor inunda mi cuerpo humano.

No sé qué hacer. Dios sabe que esto es lo que he estado deseando desde el primer momento en que la vi. Estoy completamente dividido entre acercarla más a mí o apartarla. Pero no puedo apartarla. No puedo obligarme a hacerlo. Así que le devuelvo el beso. Me siento como aterrorizado, pero mientras me derrito en su beso, el fuego que recorre mi cuerpo se convierte en un cálido resplandor. Yo la beso con más pasión, necesito sentirla más cerca, quiero que este, mi primer beso con mi primera novia, dure eternamente.

Cuando ella se aparta, me quedo quieto un segundo, a la espera de ver surgir a los vengadores para quitarme mis alas. Al ver que no aparecen, suelto un suspiro de alivio y me doy cuenta de que Lili me está mirando fijamente con unos ojos tan asustados como yo me siento por dentro.

—Perdona —dice—. Pensaba que...

La detengo poniendo un dedo sobre sus cálidos y húmedos labios.

—Has pensado bien —digo en un susurro mientras me inclino de nuevo hacia ella.

Un estremecimiento me recorre el cuerpo al sentir su tacto. Todos mis deseos estallan en llamas. Ella es todo lo que quiero pero no puedo tener.

¿Podría? ¿Con Lili? Si esto es amor y no lujuria, ¿perdería igual mis alas? Porque yo la amo. La he amado desde el mismo instante en que la vi por primera vez.

Cojo su rostro entre mis manos y acerco su cara a la mía otra vez. Ahora que el miedo está empezando a disminuir, puedo centrarme en ella y lo que siento mi ser al poder tocarla de este modo. Y mientras nos besamos, lo que siento es... es algo que no puedo comparar con nada que haya experimentado antes. Siento que las emociones crecen en mi interior y, antes incluso de que me haya dado cuenta, he abierto la boca y me oigo a mí mismo decir:

—Te quiero, Lili.

Ella da un salto del sofá y se pone en pie con los ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Qué?

El corazón, si tuviera uno, se me habría atascado en la garganta.

—Lo siento. No pretendía...

—No pretendías decir eso, lo sé —dice parpadeando y bajando las pestañas.

Yo me separo lentamente de los cojines y me pongo en pie sin estar muy seguro de cuál es la respuesta adecuada. Pero no puedo mentir.

—Sí que quería decirlo. Solo lo siento porque igual no debería de haberlo dicho.

Ella me mira más aturdida todavía y se separa de mí unos pasos más. Nos quedamos allí de pie, mirándonos el uno al otro durante un instante que parece una eternidad. Luego ella se vuelve y sale corriendo hacia el baño.

Ante la imperiosa necesidad de hacer algo para ayudarla, corro tras ella, pero en cuanto llega a la puerta del baño, levanta la mano en señal de advertencia.

—Solo dame unos minutos, ¿de acuerdo?

Yo vuelvo a sentarme en el sofá mientras ella cierra la puerta. Estoy a punto de atravesar la pared, invisible, para ver cómo está, pero ella me ha pedido intimidad, así que me quedo pegado a los cojines del sofá.

Cuando vuelve a salir del baño, se acerca al sofá y se acurruca junto a mí. Una lágrima recorre un sinuoso camino por su mejilla. Yo se la seco con el dedo y vuelvo a besarla.

—¿Estás bien?

—Solo es que nunca he estado con nadie que... Nadie me ha querido nunca antes.

—Te quiero —le repito y la acerco más hacia mí.

Ella se acurruca en mi costado y yo la abrazo. Y entonces sé que aquí es donde se supone que debo estar.

Pecado original

Frannie

Taylor está en la ducha y yo tengo que estar entrando y saliendo todo el rato para asegurarme de que se mantiene en pie. Anoche, al ver en el estado en el que se encontraba y que no podía aparecer así por su casa, la traje a la mía. Hice que llamara a su madre, cuando vi que se sentía algo mejor, para que le dijera que dormiría en mi casa. La he tenido que ayudar a ir al baño dos veces esta noche para que pudiera vomitar y he pasado el resto de la noche acurrucada a su lado en la cama mientras ella temblaba.

Me quito la toalla húmeda del pelo y la lanzo sobre la cama donde está Matt tumbado, holgazaneando. Me cierro la bata con fuerza.

—¿Crees que Taylor estará bien?

Casi puedo asegurar que un atisbo de ira cruza por sus ojos antes de que se llenen de pena.

—No lo sé.

—Está tan... mal. Creo que ese demonio le hizo algo, quiero decir, algo más aparte de... bueno, ya sabes. —Se me revuelve el estómago al recordar las imágenes de la fiesta.

—Tendrás que preguntarle a tu novio sobre ese tema —responde él con una voz que, de repente, suena tremendamente ácida.

Mis ojos se posan firmemente sobre él.

—¿Qué va a saber Luc de ese tema?

—Todo. Él es uno de ellos.

—Ya basta, Matt —le digo bruscamente.

Él entrecierra los ojos y su voz se convierte en un gruñido.

—Te está mintiendo, Frannie.

—¡No es cierto! Pero, hablando de mentiras, él cree que hay algo entre tú y Lili.

Matt no responde. Solo se queda allí tumbado, mirándome.

—Entonces... ¿hay algo?

Aparta la mirada. Puedo verlo luchar consigo mismo para hacer que la palabra no salga de su boca, pero no puede mentir.

Siento que mi cuerpo se relaja cuando un destello de esperanza pasa por mi mente.

—Y... ¿cómo funcionaría eso exactamente? ¿Tú podrías...? No sé...

Él levanta la cabeza y me lanza una mirada mortífera acompañada de una compungida media sonrisa.

—No.

—¿Por qué no? Luc está conmigo. —Puedo sentir el temblor de esperanza en mi voz y sé que es totalmente egoísta. ¿Está mal desear que él pueda tener una vida?

—No funciona así, Frannie. Aunque yo lo quisiera...

—¿Por qué no? No es justo.

Él se levanta de la cama de un salto y me atraviesa con la mirada. Se me eriza todo el pelo del cuerpo mientras su poder crece y el hedor a ozono empapa la habitación. Su voz es un suave rugido.

—No me hables a mí de lo que es o no es justo. Ese demonio puede tenerlo todo y yo no tengo nada.

Abre mucho los ojos y su rostro se convierte en una máscara de dolor mientras a mí se me cae el alma a los pies. No puedo creer que Matt acabe de decir eso. No es solo lo que ha dicho, sino cómo lo ha dicho. Y, por el aspecto de su rostro, él tampoco puede creerlo.

—Yo... —musita, pero el horror ante lo que acaba de decir lo ha dejado sin habla. Baja la cabeza y esconde la frente entre sus manos.

—Matt... yo... —¿Qué, lo siento? Parpadeo muy rápido unas cuantas veces y me quedo mirándome las manos—. No debería haber ido así.

Él vuelve a sentarse en la cama.

—Bueno, pero ha ido así —dice, y su voz suena tremendamente cansada.

Yo me desplomo sobre la silla de mi escritorio y lo miro con cautela.

—Y te equivocas con respecto a Luc —le digo, a sabiendas de que este puede que no sea el mejor momento, pero con la necesidad de decirlo de todos modos—. Ahora él también es un mortal. Igual que yo.

Suelta un profundo y cansado suspiro, pero sus ojos se quedan clavados en la alfombra.

—Él nunca será como tú.

—Te equivocas. Luc me quiere. Es humano. Jamás haría nada que pudiera hacerme daño.

—Es posible —admite Matt. Las comisuras de sus labios se levantan en una media sonrisa algo cansada—. Pero tampoco puede protegerte.

—Bueno... puede. ¿Pero tú lo dejarás un poco tranquilo? ¿Serás más tolerante con él?

Vuelve a soltar otro suspiro y me mira directamente a los ojos.

—Siempre y cuando se lo gane. Espero no arrepentirme.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Si quieres ser bueno en esto de ser un ángel guardián, vas a tener que hacerte una idea clara de quién es el auténtico enemigo. Y no es Luc.

—Según tú. Te olvidas de que aquí el profesional soy yo. Creo que tengo algo

más de intuición que tú en lo que se refiere a vislumbrar el carácter de las personas.

Vuelvo a poner los ojos en blanco pero no puedo evitar sonreír.

—¿Me está permitido reasignarte tu misión?

Un destello le cruza la mirada y por un momento parece que esté a punto de decir que sí. Se levanta de la cama de un salto.

—No.

—Porque de verdad creo que Taylor te necesita más que yo.

Matt aparta sus ojos de los míos y se vuelve hacia la ventana.

—Necesito que hagas algo por mí.

Él se gira de espaldas a la ventana y en su rostro se puede averiguar un destello de desesperación, de algo salvaje.

—¿Sí? —digo con cautela.

Alza la mirada súbitamente y desaparece justo antes de que la puerta de la habitación se abra y Taylor entre en la habitación medio a rastras, envuelta en mi albornoz, con el pelo enrollado en una toalla. Sigue teniendo el mismo aspecto pálido y demacrado de anoche, con dos enormes bolsas amoratadas bajo unos ojos grises sin vida y una piel color ceniza.

—¿Vas a hacerlo? —le pregunto poniéndome de pie.

—Puede. —Su voz suena amarga. No me mira cuando responde.

Yo me acerco a ella y la abrazo, aunque normalmente nosotras no somos muy proclives a hacer cosas.

—No voy a permitir que vuelva a lastimarte.

Ella se aparta de mí y me mira, luego recoge su ropa del suelo.

—Sí, como quieras.

—¿Te encuentras bien para ir a casa? Puedes pasar el día aquí si quieres.

—Estoy bien —dice poniéndose la camiseta por la cabeza.

No tengo muy claro qué debería decir. Estoy convencida de que no está nada bien, pero no sé qué puedo hacer para cambiarlo.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

Ella se da la vuelta hacia mí y me dice:

—¡Aléjate de mi vida, Frannie! —Tiene el rostro marcado por un profundo odio.

Yo simplemente me quedo allí quieta, mirándola asombrada.

—¡Estoy más que harta de tu jueguito de ser siempre más buena y más santa que yo, como si tú fueras perfecta!

—Tay, solo quiero ayudarte.

—Bien, pues ayúdame dejándome en paz de una vez. —Se pone la falda y casi se cae al suelo. Se da la vuelta bruscamente y yo intento ayudarla para que no pierda el equilibrio—. Me largo de aquí.

—Tay...

Ella se gira y me lanza una mirada asesina mientras se dirige hacia la puerta.

—¡Aléjate de mí!

Y de pronto, siento como la furia se apodera de mí.

—No tienes ni la menor idea de lo que arriesgamos Luc y yo para sacarte de allí.

—No os pedí que lo hicierais. No quería que lo hicierais.

—No ves lo que es en realidad, Tay.

Sus ojos se oscurecen y su rostro se pone tenso.

—Yo lo veo perfecto. Déjanos en paz.

—¡No, no lo haré!

Se da la vuelta y se acerca, lo más rápido que le permiten sus temblorosas piernas, a las escaleras.

—¡Vete a la mierda! —dice sin volverse a mirarme.

—¡Perfecto! ¿Sabes qué? ¡Vete al infierno! —le grito por las escaleras a sus espaldas.

Mis palabras se van perdiendo en el silencio mientras ella cierra la puerta de un portazo. Mamá aparece al final de las escaleras observándome con una mirada interrogante en sus preocupados ojos. Yo simplemente sacudo la cabeza y regreso a mi habitación, me tiro en la cama y me quedo contemplando el techo. Las lágrimas empiezan a caerme por las sienes cuando me doy cuenta de lo idiota que he sido. Taylor no piensa coherentemente. Necesita mi ayuda.

¡Dios mío! Ojalá Gabe estuviera aquí. Él sabría qué hacer. Y justo cuando me dejo llevar por ese pensamiento, siento el olor a nieve de verano y siento algo suave y con plumas que me roza la mejilla. De pronto, me quedo aturdida y parece como si se me hubiera parado el corazón. Luego recupera su ritmo, acelerándose rápidamente, hasta que noto que vuelvo a respirar. Me siento lentamente sobre la cama y miro alrededor.

—Gabe —susurro en la habitación vacía, con los ojos muy abiertos y el corazón palpitando en mi pecho. Pero esa sensación que he tenido desaparece tan rápidamente como ha llegado y me encuentro más sola que nunca.

Me quedo tumbada en la cama una eternidad, deseando que Gabe estuviera aquí y tratando de decidir qué hacer. Finalmente, me levanto y me pongo unos viejos vaqueros y una camiseta.

—¡Mamá, voy a casa de Taylor! —le grito de camino a la puerta y no espero a recibir ninguna respuesta.

Voy corriendo a casa de Taylor, pero cuando llego y llamo a la puerta, es Trevor el que me abre.

—¡Eh, Trev! ¿Puedo hablar con Tay?

—No está aquí.

Se me hace un nudo en el estómago.

—¿No ha venido a casa?

—Ha estado aquí como unos cinco minutos. Ha subido directa a su habitación y luego ha aparecido ese chico con el coche fúnebre y ella ha salido corriendo, se ha subido al coche y se han esfumado.

Saco mi teléfono móvil y marco su número, pero la llamada se desvía directamente al contestador automático sin ni siquiera dar línea.

—¡Mierda!

—¿Qué?

—Ese tipo es realmente peligroso, Trev. —Siento que la bilis se me sube a la garganta al pensar en lo que le ha hecho.

—Ni siquiera he llegado a verlo. Él llega con el coche y Taylor sale corriendo.

Yo bajo los escalones del porche.

—Tengo que encontrarla. Llámame si vuelve aquí —le grito por encima del hombro mientras me vuelvo y salgo corriendo por la acera.

Cuando llego a mi casa, subo al coche y me dirijo hacia la casa de Luc.

Matt

Hasta ayer no había pensado en ello realmente, a pesar de que Frannie había sacado el tema hace unas semanas. Pero después de lo que sucedió con Lili, ha estado dando vueltas en mi cabeza todo el día: la influencia de Frannie es la única posibilidad. Si pudiera utilizarla, puede que yo pudiera tener a Lili, que lo pudiera tener todo.

Ella cambió al demonio. ¿Por qué no a mí?

Ya puedo sentir en mi interior que estoy cambiando. Siento cosas que nunca hubiera pensado que fuera posible sentir cuando estoy con Lili.

Observo a Frannie mientras conduce. Mira a través del parabrisas con el ceño fruncido, perdida en sus propios pensamientos.

Me aclaro la garganta y me reclino más todavía contra el asiento trasero y empiezo a soltar el discurso que he estado ensayando.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que me querías hacer humano?

Ella me mira fijamente y su ceño fruncido se relaja y se convierte en un gesto de cautela.

—Sí...

—Quiero que lo hagas.

Ella abre los ojos y, de pronto, su rostro se desmorona ante la amenaza de las lágrimas.

—Oh, Matt... sabes que quiero hacerlo, pero no creo que sea capaz.

—¿Por qué no? —Puedo oír mi voz romperse y espero que Frannie no lo haya oído también.

—Mi influencia no sirve de nada. Pensaba que sí, pero... —Ella sacude la cabeza y parece profundamente angustiada—. Yo... yo no puedo hacerlo.

Es solo por pura desesperación por lo que no puedo evitar decir lo siguiente, aunque sé que debería hacerlo:

—Tú dijiste que querías ayudarme... para compensarme por lo que me habías hecho. Esta es tu oportunidad.

Siento que mi rostro se contrae en una mueca mientras un profundo asco hacia mí mismo se apodera de todo mi ser. No puedo mirarla. Nunca quise decir lo que acabo de decir, no quería entrar en ese juego. Ni siquiera sé de dónde ha salido.

Cuando por fin consigo mirarla, ella me está observando de reojo con lágrimas cayéndole por las mejillas. Se las limpia con el dorso de la muñeca.

—¿Qué se supone que tendría que hacer?

—Solo deseárselo, supongo. Tú sabes cómo funciona mucho mejor que yo.

Un dolorido sollozo se escapa de su garganta.

—Pero es algo que siempre ha deseado, incluso antes de que pasara todo esto. — Ella hace un gesto con la mano hacia mí—. Siempre he querido que tú regresaras.

—Tal vez es por eso por lo que he acabado siendo tu ángel de la guarda, pero creo que lo que tienes que hacer es querer que vuelva de otro modo. Creo que tienes que querer que vuelva como mortal, como humano.

Ella me lanza una mirada llena de inseguridad.

—Yo...

—Solo piensa en ello —le digo.

Lo hará. Sé que lo hará. Puedo sentir su culpa como una losa pesada sobre su ser, como una manta que cubre su alma. Y por muy mal que me sienta en mi interior, ese punzante dolor que palpita en mi pecho no es solo de repugnancia hacia mí mismo. Porque me duele pensar en Lili y este es el único modo que existe para poder tenerla. Frannie quiere que sea así. Ella fue la que sacó el tema por primera vez. El nudo que tengo en el corazón se va aflojando cuando me doy cuenta de que no he hecho nada malo, simplemente la he animado a que haga lo que ya quería hacer.

Aparcamos en el aparcamiento de Luc. Ella apaga el motor y se queda sentada un buen rato antes de volverse para mirarme.

—Lo intentaré —dice.

Abro la puerta apresuradamente antes de que ella pueda ver la expresión de júbilo en mi rostro. Estoy casi convencido de que he empezado a brillar.

Ella sale del coche y me doy cuenta de que estoy temblando. No puedo parar. Deseo que suceda todo esto con tanta intensidad... Puedo ver claramente la imagen en mi cabeza: Lili entre mis brazos, suave y cálida... tocándome, besándome...

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Podríamos irnos de Haden. Podríamos irnos a cualquier lugar donde nadie nos conociera. Estar juntos... juntos de verdad. Mi interior explota en una lluvia de chispas. Puede que debiera dejar de ser tan duro con el demonio. Si así es como se siente él al estar con Frannie...

La sigo por las escaleras y ella mete la llave en la cerradura de Luc. Mi ya acelerado corazón se dispara cuando entro por la puerta y veo a Lili sentada a la mesa con su sudadera gris. Lleva el pelo recogido en una coleta y tiene la cara despejada y está... preciosa. Como si estuviera casi brillando. Sorprendentemente viva.

Pero entonces veo a Luc sentado enfrente de ella y los platos vacíos encima de la mesa, entre ambos. Parecen absortos en alguna especie de conversación y todo sentimiento de piedad que pudiera tener hacia él se desvanece en un instante.

Yo doy una zancada resuelta hacia Lili y me pongo a su lado.

—¿De qué estáis hablando, chicos?

Luc se toma un momento para responder. Sus ojos pasan de Lili a Frannie para volver a Lili y veo que los cierra un poco, casi imperceptiblemente.

—De nada.

Él se levanta de la mesa y coge a Frannie para abrazarla.

—Lili y yo hemos hecho unas tortillas. ¿Quieres una?

Mis manos se agarran al respaldo de la silla de Lili con tanta fuerza que me sorprende que la madera no se astille. Me muerdo los labios y me trago la ira que lucha por salir a borbotones por mi boca. ¿Cómo puede estar tan ciega Frannie? ¿Cómo no puede darse cuenta de que él está completamente colado por Lili?

Siento que me estoy ahogando.

¿Pueden ahogarse los ángeles? Tengo que salir de aquí.

Lili se pone de pie. Sus ojos se clavan en los míos y luego se apartan.

—Tengo que prepararme para ir a trabajar —dice—. Nos vemos, chicos.

Deja su plato en el fregadero y yo la acompaño a la puerta, luchando por mantener mis manos lejos de ella.

—Yo también me voy —digo mientras me despido con la mano por encima del hombro—. Volveré más tarde.

Luc me observa pero no dice nada.

Una vez Lili y yo estamos en el pasillo ya no me molesto en seguir disimulando. Entrelazo mis dedos con los suyos y camino a su lado hasta la puerta de su casa.

—¿De verdad tienes que ir a trabajar?

—No hasta dentro de unas horas —dice bajando la vista y sonrojándose—. Pero tenía la esperanza de que si yo me marchaba, tú vendrías conmigo.

Yo sonrío mientras todos mis sentidos se iluminan.

—He venido así que, ¿vas a invitarme a entrar?

Ella gira la llave en el cerrojo y abre la puerta. Entramos, pero antes de que ella pueda cerrarla, tengo su rostro entre las manos y mis labios se mueven al compás de los suyos.

Yo me aparto y miro sus maravillosos ojos verdes.

—Perdona. Tenía que hacerlo.

Ella me mira sonriendo y cierra la puerta. Luego me coge la mano y me lleva hasta el sofá. Yo busco un hueco para sentarme, pero a ella no parece importarle que haya ropa esparcida encima del sofá. Tira de mí para que me siente y se desliza a mi lado, acurrucándose contra mí y besándome de nuevo.

Y yo me siento arrastrado por un torbellino de aguas revueltas. Cada vez con más fuerza. Pero es lo que quiero. Quiero que me arrastre con fuerza y nunca me deje

marchar.

Sus manos exploran mi cuerpo y yo la abrazo con más fuerza, sintiendo un alboroto en lo más profundo de mi ser. Algo primitivo, innegable. Lujuria.

No. *Amor*. La amo. ¿Está mal querer estar cerca de alguien a quien amas?

Siento que me ahogo en su cuerpo mientras mis manos se deslizan por su espalda, su cintura y por debajo de su camiseta.

Ella se aparta.

—¡Para!

Aparto mis manos de su cuerpo y las levanto, odiándome a mí mismo por haber ido demasiado rápido. *¿Qué me está pasando?*

—Lo siento. He perdido el control. No volverá a pasar.

Ella esconde su rostro entre sus manos.

—No es eso. Quiero estar contigo, pero...

Yo la cojo entre mis brazos mientras se relaja la tensión acumulada en mi pecho.

—Entonces, ¿por qué te has apartado?

Ella levanta la cabeza y me mira, insegura y asustada. De pronto, siento frío en mi interior, convencido de que ella ha cambiado de idea respecto a mí.

Cierra los ojos lentamente.

—Si te lo digo, te marcharás.

—¿Y si te prometo que no lo haré?

—No importará, lo harás igual.

—Ponme a prueba.

Ella levanta la mirada para encontrarse con la mía y me mira un instante antes de levantarse del sofá y alejarse hacia la ventana, donde se queda de pie mirando hacia el aparcamiento durante un buen rato. Cuando por fin puedo oír su voz, siento que suena muy pesada, como si tuviera encima todo el peso del mundo.

—No soy ningún ángel, Matt.

Yo doy un respingo en el sofá. *¿Cómo puede saberlo? ¿Luc?*

Ella se vuelve hacia mí y la tenue luz hace que en su rostro refleje el rastro húmedo que han dejado sus lágrimas en sus mejillas.

—He estado con chicos... con muchos chicos.

Mis entrañas se relajan mientras un largo y profundo suspiro de alivio se escapa de mi pecho. Ella no lo sabe. Y por ahora está a salvo. Yo mismo me aseguraré de ello. Nadie podrá acercarse tanto a ella como para volver a hacerle daño. No sin toparse antes conmigo.

Yo me levanto y me acerco lentamente hacia la ventana.

—A los que amaste en el pasado.

Ella vuelve el rostro y sus ojos se convierten en dos piedras.

—¡Yo no los amaba! —suelta con un resoplido.

Siento cómo abro los ojos ante tal declaración mientras siento un escalofrío en mi interior.

—¡Oh!

El dolor en su voz casi consigue matarme. Me acerco a ella para consolarla, pero ella levanta las manos y da un paso hacia atrás.

—Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir.

Se vuelve de nuevo hacia la ventana. Se le quiebra la voz e intenta, sin conseguirlo, sofocar un sollozo.

—Lo siento mucho, Lili. —Me acerco a ella y poso mi mano sobre su hombro. Me siento tan inútil.

Se aparta de mi contacto y se va a la cocina con pies pesados. Coge un cuchillo de la encimera. Envuelve sus dedos alrededor del mango y a mí me entra un pánico atroz mientras me invaden toda una serie de pensamientos sobre lo que puede hacer con ese cuchillo, antes de que ella clave la punta del cuchillo en la superficie de la encimera de linóleo.

—¿Qué quieres que haga? —La aplastante presión que siento sobre mi pecho es casi insoportable.

Ella se vuelve hacia mí, con una mirada dura, incluso a través de las lágrimas.

—Vete.

—No voy a dejarte sola. No en estas condiciones. —Doy un paso hacia ella y le ofrezco mi mano, pero en sus ojos aparece un destello de ira mientras se aparta.

—No quiero que sientas pena por mí. Vete de aquí de una vez.

Pero yo no me detengo. Sigo acercándome lentamente hacia ella con la imperiosa necesidad de poder hacer algo por ella.

—No.

—¿Qué, es que no te vas a marchar hasta que consigas algo de sexo? —dice con una mirada que muestra un amargo sarcasmo—. Eres igual que todos los demás.

Ella se vuelve de nuevo hacia la encimera y por un momento parece que vaya a coger de nuevo el cuchillo.

Se me hace un nudo en las entrañas. Tiene que saber que soy diferente, ¿pero cómo? Me centro en ella, en lo que siento por ella, e intento irradiarlo hacia el exterior intentando hacer que lo entienda.

—No —digo suavemente mientras sigo acercándome—. No me marcharé hasta que comprendas que cuando te dije que te amaba te lo estaba diciendo en serio.

Ella se vuelve con los ojos muy abiertos.

—No puedes amarme. Soy una persona a la que no se puede amar.

Llego a su lado y lentamente entrelazo mis brazos alrededor de su cintura.

—Pero te amo.

Ella baja la mirada al suelo.

—Muy bien, y yo te odio.

—Si eso es lo que necesitas...

Ella se inclina hacia mí, con las manos abiertas sobre mi pecho y yo la abrazo con más fuerza.

—Te odio —vuelve a decir.

Yo le doy un beso en la cabeza y entierro mi rostro entre sus cabellos.

—Te amo.

Ella se aprieta contra mi cuerpo y yo siento que empiezo a arder. Y cuando me besa, es como si hubiera prendido una mecha. El calor me consume lentamente.

Sé que debería apartarme, por muchas razones. En estos momentos ella es vulnerable y yo no debería aprovecharme de ello. Y también está todo el tema de las alas. Estoy casi convencido de que esta es una línea que no puedo cruzar y conservar mis alas a la vez. Pero es casi imposible. La necesito tanto que es prácticamente como si ella fuera el corazón que yo no tengo. Como si fuera la pieza vital que me falta.

Por fin encuentro la fuerza para alejarme.

—Lili yo... ahora mismo no puedo...

Ella me da un empujón, fuerte.

—Porque soy demasiado desagradable.

—No, de ningún modo. No es nada de eso.

Pongo mi mano sobre su pecho, sobre su corazón y siento cómo late bajo mis dedos. Definitivamente ella es mi corazón.

Ella se desliza a un lado apartándose de mí y de la encimera.

—Sí, muy bien, vete —dice abalanzándose sobre la puerta y abriéndola de un golpe.

Yo me quedo quieto, sintiendo que el gran agujero oscuro y vacío que se ha formado en mi interior se apodera de todo mi ser. Tengo que marcharme antes de que las cosas se descontroren. Pero no puedo marcharme así.

—Lili...

—Vete.

Me acerco a ella, pero cuando estoy frente a la puerta dudo un instante. Quiero demostrarle que hablo en serio, que no quiero solo sexo. Me detengo frente a ella y le doy un beso en la frente. Mis labios se deslizan a su oreja.

—Vamos a hacer esto bien, Lili. Solo necesito un poco más de tiempo.

¿Cuánto tiempo le costó a Frannie convertir a Luc?

¿Unas semanas? ¿Un mes?

Por Lili, puedo esperar eso y más. Y mientras tanto, tiene que haber algo que pueda hacer para invertir su marca. La esperanza crece en mi interior, llenando todo mi ser. Solo tengo que ser fuerte un poco más.

Puedo hacerlo.

Pero cuando sus ojos conectan con los míos, siento un estallido de deseo tan fuerte que no puedo pensar en otra cosa que en cómo me siento cuando mi cuerpo está contra el suyo. El fuego me arrebata, consumiendo cualquier duda que pudiera tener. Nunca antes había sentido una necesidad como esta, tan salvaje y devoradora. Ella cierra la puerta y se inclina sobre mi rostro, acercándolo al suyo.

A partir de ahí, todo se convierte en una imagen borrosa, los besos, la pelea por

quitarnos la ropa... Y de pronto, estamos en el suelo con su cuerpo contra el mío. Yo hago todo lo que puedo por parar, por pensar un momento en lo que estoy haciendo. Entonces ella me acerca más a su cuerpo y me susurra al oído:

—Te quiero.

Y siento que ya no hay nada que pueda hacer. Todo lo que soy se convierte en parte de ella.

La guarida del diablo

Matt

Lili levanta la cabeza de mi hombro.

—De verdad que me tengo que ir a trabajar. Además, me está matando la cadera —dice mientras cambia de postura en el suelo, se masajea la cadera y me ofrece una tímida sonrisa—. El sofá tampoco hubiera sido mucho más cómodo.

Yo cojo su sudadera del suelo, que se encuentra justo a mi lado, se la paso por la espalda y tiro con fuerza hacia mí. No existen palabras para describir lo que siento. La felicidad absoluta ni siquiera le llega a las suelas de los zapatos. Levanto mi rostro de su cabello y la miro a los ojos. Ella me sonrío, lo que significa que le debe parecer bien lo que acabamos de hacer.

Y, por lo que parece, yo también sonrío.

Al principio, por mucho que la deseara, no estaba centrado en Lili al cien por cien porque estaba convencido de que este era el fin. Estaba esperando a que aparecieran los vengadores. Pero a medida que la cosa avanzaba, y avanzaba (pienso con una sonrisa), pude ser capaz de estar con ella de verdad, de dejarme llevar por completo. Y lo que he sentido ha sido mucho más de lo que nunca hubiera podido imaginar o esperar. Puede que tuviera razón. Si esto es amor... puede que me esté permitido tenerlo.

Ella se desenreda de mi cuerpo y se levanta del suelo. Yo me apoyo sobre el codo y veo que se dirige al baño, luego me levanto y empiezo a vestirme, sintiéndome un poco incómodo. ¿Qué se supone que debe pasar ahora? ¿Me quedo? ¿Me marcho? ¿Cuál es el protocolo?

Opto por sentarme en el sofá y observarla en silencio mientras ella se prepara para ir a trabajar. Cuando sale del baño, vestida con un top de tirantes y unos vaqueros gastados, me levanto del sofá y la sigo. Le paso un brazo por la cintura, le aparto el pelo de la cara y la beso. Ella tiene las manos sobre mi cara y cuando inclina la cabeza para besarme con más pasión, una sacudida eléctrica me recorre el cuerpo y me doy cuenta de que estoy brillando ligeramente. Intento refrenar mi poder cuando siento que ella da un respingo ante la sacudida eléctrica.

Se aparta sonriendo.

—¡Caramba!

—¡Sí, caramba! —Yo le devuelvo la sonrisa y hago todo lo posible por no brillar más.

Su sonrisa se vuelve tímida y aparta la mirada de mis ojos hacia el suelo.

—Bueno, si te quieres quedar aquí, puedes quedarte. Yo volveré sobre las ocho.
—Tiene una expresión de esperanza en el rostro y sus ojos vuelven a posarse sobre los míos. Desliza una mano en el bolsillo y cuando la saca me ofrece una llave—. Tengo una llave de sobra.

—¿No te parece que confías en mí con demasiada facilidad?

Ella arquea una ceja.

—¿Me estás diciendo que no debería hacerlo?

La llave desaparece en mi puño.

—No. Solo espero que no les vayas dando las llaves de tu piso a todos los chicos que conoces.

Todavía no he terminado de decirlo cuando empiezo a arrepentirme de ello.

Su rostro se oscurece y me coge la mano.

—Devuélvemela.

Me escondo la mano en la espalda y cuando ella se inclina para cogerla, la rodeo con mis brazos por la cintura y la aprieto fuerte contra mi pecho.

—No quería decirlo y menos que sonara como ha sonado. Solo es que me preocupo por ti.

Ella se aparta y me mira con ojos cautelosos.

—Y estaré aquí cuando vuelvas a casa —añado. La acerco hacia mí y le susurro al oído—: Te amo.

Sus ojos se aclaran pero no me da un beso de despedida. La observo mientras sale al pasillo con la esperanza de no haberlo fastidiado todo y luego me transporto al apartamento de Luc.

Frannie observa con el ceño fruncido el fondo de una taza de café y pincha con el tenedor los trozos de una tortilla ya fría. Tiene la cabeza apoyada en la otra mano, con los dedos enredados entre el pelo y el codo sobre la mesa. Luc remueve con una cucharilla el café de su taza y la mira atentamente desde el otro lado de la mesa.

¿Problemas en el paraíso?

¿Está mal que eso me haga feliz? Este ya era el mejor día de mi existencia. ¿Es posible que pueda mejorar?

Doy un salto y me siento sobre la encimera, incapaz de reprimir la sonrisa.

—¿Qué pasa?

Frannie levanta la cabeza de su mano.

—Cállate, estoy intentando concentrarme.

Le lanzo una mirada interrogante a Luc.

—Está intentando utilizar su influencia con Taylor —me explica.

—¿Para...? —pregunto.

—Para que se mantenga alejada de Marchosias.

Frannie se pone en pie y camina hacia la cama. Se tira sobre la superficie acolchada bocarriba con un brazo tapándole los ojos.

Yo la miro.

—¿Así que el plan es quedarte ahí tumbada todo el día y decirle a Taylor a través de tu mente que Marchosias es un capullo y que no lo quiere?

—Tengo que intentar lo que sea. Es por mi culpa por lo que está con él. No puedo quedarme quieta aguardando a que marque su alma para el Infierno.

Yo miro fijamente a Luc, el cual se estremece.

—Llámame, llámame, llámame... —susurra ella.

Yo me acerco a la cama y le doy un golpecito a la rodilla.

—Si me necesitas, estaré fuera.

—Vale —dice desde debajo del brazo.

Yo me transporto, pero no al pasillo. Vuelvo a casa de Lili. Un estremecimiento de emoción me recorre el cuerpo. *Me ha dado una llave*. Soy bienvenido a su casa... estoy invitado. Ya no tengo que deambular por el pasillo nunca más.

No puedo apartar la sonrisa de mi rostro mientras ando arriba y abajo por el apartamento. En el baño descubro un frasco de perfume sobre el lavabo. Me lo acerco a la nariz, pero me decepciona, no es el mismo perfume antes de haber tocado su piel.

Supongo que lo mismo se podría decir de mí. No soy el mismo ángel que era antes de lo de esta mañana. Estar con Lili lo ha cambiado todo.

Mientras me observo fijamente en el espejo que hay sobre el lavabo, una cosa se hace manifiestamente obvia incluso bajo la débil luz del tubo fluorescente. No puedo concentrarme en Frannie cuando lo único que me importa es Lili. Tengo que encontrar un modo de invertir su marca. Esa es mi nueva misión. Voy a tener que hablar con Gabriel.

Frannie

—El Shelby necesita pastillas de frenos nuevas —dice Luc.

Sé lo que está intentando hacer, y lo quiero por ello, pero por mucho que llenarme de grasa bajo el Shelby con Luc pueda ser una agradable distracción, eso no va a ayudar a Taylor.

—Tengo que ir a trabajar —le digo saliendo de la cama.

Luc se balancea sobre las patas traseras de su silla.

—Llama y di que estás enferma.

—No. Tengo que ir. Los sábados a mediodía es cuando el restaurante de Ricco se llena de cumpleaños. Me despedirá si no aparezco.

—Iré contigo —dice bajando las patas de la silla hasta el suelo y poniéndose en pie.

—Estoy bien, Luc. Deja de tratarme como a un bebé.

Él me mira con los ojos llenos de preocupación.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien, de verdad.

Él todavía no parece convencido.

—Llámame cuando llegues.

—Tranquilo, te llamaré. —Me dirijo hacia la puerta y Luc me sigue, luego escruta con la mirada el pasillo.

—Céntrate, Matt —dice en voz alta hacia un lugar indeterminado del pasillo.

Cuando llego a mi coche, saco el teléfono móvil del bolso y marco.

—Hola, Delanie. ¿Puedes decirle a Ricco que creo que tengo la gripe? —digo intentando poner mi mejor voz de enferma cuando ella responde al teléfono en el restaurante.

—¡Puaj! No estarás también soltando flemas, ¿no? —pregunta con asco.

—Sin parar. —Y empiezo a toser como medida de disimulo.

—¡Qué asco!

—Bastante. ¿Se lo dirás?

—Sí —responde y cuelga el teléfono rápidamente como si temiera que le contagiara lo que sea que tenga a través del teléfono.

Me quedo sentada en el coche y mantengo la respiración por un momento, esperando a que aparezca Matt y me pregunte qué estoy haciendo. Al ver que no aparece, suelto un largo suspiro y salgo del aparcamiento. Paso por delante de Rhenorian, que está aparcado al fondo. Al ver que me sigue con la mirada, pero no con el coche, sé que estoy a salvo. Suelto un suspiro agitado y me dirijo hacia el sur, hacia la ciudad.

Cuando llego al barrio de Marc me pregunto a mí misma qué estoy haciendo allí y, por un instante, pienso en llamar a Matt. Pero sé que él intentaría detenerme, igual que lo haría Luc, así que me guardo las ganas.

Conduzco por las calles grisáceas del barrio de Marc hasta llegar al edificio de arenisca en el que vive. Se me revuelve el estómago y mi rostro se contrae involuntariamente cuando vuelve a mi memoria la imagen de Taylor en la mesa de la cocina. El corazón me palpita en el pecho cuando rodeo el edificio buscando un aparcamiento que esté lo suficientemente cerca como para poder vigilar su puerta. A la segunda vuelta, veo a un coche que está saliendo a poca distancia del edificio al otro lado de la calle. Aparco en el espacio vacío y me quedo allí sentada un buen rato susurrando mi mantra: «Taylor, no quieres a Marc. Es malo para ti. No quieres a Marc».

No tengo ningún modo de saber si Taylor todavía está ahí o no, así que espero para ver si la veo llegar o marcharse.

Pero en lugar de eso veo una destartalada camioneta naranja que aparca justo una calle más arriba de donde yo estoy.

¿Lili?

¡Oh, Dios! También está buscando a Taylor.

Salto fuera del coche para detenerla antes de que se meta en la guarida del león, pero cuando se vuelve hacia Marc veo que está sonriendo.

¿Sonriendo?

Oigo un gruñido que sale de mi interior cuando las piezas empiezan a encajar. Ella no está aquí para buscar a Taylor. Está aquí para ver a ese tal Chax. En el tiempo que me cuesta procesar todo esto, ella desaparece dentro del edificio de arenisca. Me resulta casi imposible no salir corriendo tras ella, pero no lo hago. En estos instantes lo que tengo que hacer es concentrarme en Taylor.

Vuelvo a deslizarme dentro del coche y espero alguna señal de ella. Pasada una hora, me duele todo el cuerpo de estar allí acurrucada con todos los músculos en tensión y estoy convencida de que estoy a punto de morir. He llamado al número de Taylor como un centenar de veces pero, como viene siendo habitual, no me ha contestado.

Llega un punto en que no puedo soportarlo más, salgo del Mustang y cruzo la calle hacia el edificio de arenisca, pero antes de que pueda llegar, Lili sale a la acera. Me quedo sin respiración cuando veo que Marc sale detrás. Y tiene sus manos encima de ella.

Me agacho tras un coche que está aparcado justo al lado y observo que se dirigen hacia la camioneta de Lili, a solo dos vehículos más allá de donde yo me encuentro ahora.

Bien escondida tras el automóvil, intento echar un vistazo desde el parachoques. Lili dice algo que no puedo oír.

—Estaría celoso —responde Marc apretando el cuerpo de Lili contra el coche con el suyo propio—, si no te estuviera compartiendo ya con media humanidad.

Él le da un violento beso que me duele solo de verlo.

Ella se aparta y lo mira.

—Tú tienes tu juguete —dice ella—. Yo soy la que debería estar celosa. ¿Qué pasa si te enamoras de ella?

—Ella no es nada —responde mientras Lili se desliza dentro del coche.

—Solo tenla preparada para cuando yo la necesite —dice Lili a través de la ventana abierta—. Tendremos que hacerlo todo a su debido tiempo. —Él se inclina por la ventana para volver a besarla, pero ella lo aparta y se va con el coche.

Marc se queda allí, de pie, observando cómo la camioneta desaparece traqueteando al girar la esquina de la calle.

Yo espero agazapada detrás del coche, siento el corazón desbocado en mis oídos mientras trato de averiguar qué ha sido todo esto que acabo de ver. ¿Lili está con Marc? ¿Cómo?

Pero cuando Marc se vuelve para regresar al edificio, yo salgo de detrás del coche. Apenas puedo respirar y no estoy muy segura de lo que pretendo hacer, pero tengo que saber si Taylor está ahí.

—¡Marc!

Él se vuelve y de entrada se queda con la boca abierta por la sorpresa. Pronto se recupera y en sus ojos negros obsidiana aparece un destello y en sus labios se dibuja una caprichosa sonrisa.

—Vaya, ¿qué tenemos por aquí?

Yo lo miro fijamente.

—¿Dónde está Taylor?

—¿Dónde está tu chico de juguete? —me pregunta echando un vistazo a la acera por encima de mi hombro.

—¿Está ahí dentro? —digo con un gruñido volviendo los ojos hacia el edificio de arenisca.

Él arquea una ceja y extiende un brazo haciéndome un gesto para que entre.

—¿Por qué no lo descubres por ti misma?

Yo doy un paso hacia delante, clavándome con fuerza las uñas en las palmas de las manos.

—¿Está ahí dentro o no?

Su rostro se convierte en una mueca lasciva que hace que se me ponga todo el vello de punta.

—No lo sé. La última vez que la vi estaba con Chax después de que Andrus hubiera acabado con ella.

Sin ni siquiera pensarlo ni un momento, arremeto contra él y lo lanzo al suelo y lo mantengo allí tirado, haciéndole una llave en el cuello.

Él me sonríe sin ni siquiera molestarse en luchar.

—Impresionante. ¿Qué sientes en estos instantes, Frannie? ¿Ira? ¿Odio?

Me doy cuenta de lo que ha estado intentando hacer y veo que funciona. No puedo controlar la furia que se arremolina en mi interior en una masa salvaje y furiosa. Quiero verlo muerto.

Respiro profundamente antes de obligarme a mí misma a dejarlo ir y me levanto lentamente. Que yo pierda el control de este modo no va a ayudar a Taylor.

Marc se pone en pie con un movimiento suave.

—Por favor, pasa —dice haciendo un gesto hacia la puerta y con una pequeña reverencia—. Tengo un juego de cuchillos dentro por si los quieres. —Se pone la mano sobre el corazón y se da golpecitos con los dedos en el pecho. Una sonrisa sarcástica se extiende por todo su rostro mientras añade—: Cualquiera de estos chicos de aquí dentro podría hacer que te sintieras mucho mejor.

—¿Está Taylor ahí? —le pregunto de nuevo entre dientes.

—Solo hay un modo de averiguarlo.

Él se vuelve y entra por la puerta, dejándome a mí sola de pie en la acera, observándolo marchar.

No tengo otra opción. Respiro profundamente para alejar el pánico que se ha asentado en mi pecho, cruzo el umbral de la puerta y recorro el corto y oscuro pasillo. Ingreso en la oscura habitación del fondo y en el instante que mis ojos tardan a

acostumbrarse a la oscuridad, ya tengo cientos de dedos sobre mí, empujándome hacia el interior. Parpadeo unas cuantas veces y procuro desembarazarme de todos esos dedos mientras intento averiguar quién me tiene sujeta. Cuando por fin puedo distinguir las figuras en la tenue luz, veo los brillantes ojos rojos de Marc y de Chax a ambos lados. Andrus está sentado en un mediocre trono en la plataforma que sirve de escenario a la banda.

Yo doy un giro violento y le doy una patada a Chax en la entrepierna. Él se aparta, sorprendido y luego me mira con los ojos abiertos y media sonrisa en los labios.

—¡Maldita sea! ¿A qué diablos ha venido esto?

Marc lo mira y sonrío con suficiencia.

—Perdona, tío. Debería haberte advertido.

Chax se endereza y me lanza una mirada asesina. Se acerca a mí, pero en lugar de cogerme el brazo, hace un guiño y se abalanza sobre Marc. Le da directo en la mandíbula y lo hace retroceder unos pasos. Marc me suelta un poco, yo hago un giro con los pies, le doy una patada, sus piernas se tambalean y consigo que caiga al suelo, maldiciendo.

Del escenario brota una sonora carcajada que llama la atención de todos. Me vuelvo y veo a Andrus sonriéndome con una boca llena de colmillos.

—Creo que me gustas. Tu entrenamiento será un placer.

Yo lo miro fijamente.

—¿Mi entrenamiento?

—Sí, una vez hayamos invertido tu marca, lo que, por lo que estoy viendo, está resultando bastante sencillo, tendrás que entrenarte. ¿Y quién mejor para hacerlo que el chico de Relaciones Públicas? Es todo cuestión de imagen y aptitud. Te ponemos delante de la gente apropiada y tú, con tu influencia, los obligas a que hagan lo correcto, y nos forramos. No habrá quien pueda detenerte.

Ya he oído suficiente. Me doy la vuelta y me encamino a la cocina a grandes zancadas. Enciendo la luz. Recorro la habitación con la mirada, tratando de bloquear la imagen que tengo en mi mente de lo que Marc le estaba haciendo a Taylor la última vez que estuve aquí. El tubo fluorescente me muestra una habitación vacía. Taylor no está aquí.

Chax se acerca a mí, pero Andrus le hace un gesto con la mano para que se detenga.

Yo me giro hacia él.

—¿Dónde está ella?

Andrus simplemente me sonrío.

Cruzo la habitación y abro de golpe una puerta que hay justo al lado del escenario. La habitación está oscura y huele a sudor, podredumbre y algo nauseabundo. Le doy al interruptor de la luz para encenderla y, sobre una raída alfombra marrón, la bombilla de una lámpara de mesa volcada en el suelo ilumina un

montón de ropa sucia. Lo observo y entro en la habitación.

Hay dos grandes colchones manchados en el suelo, los cuales ocupan prácticamente toda la habitación. Seis o siete cuerpos, todos femeninos y algunos desnudos, están esparcidos sobre los colchones. Algunos cuerpos se revuelven y levantan sus cabezas mientras yo muevo la luz por la habitación. Ninguna tiene el pelo rosa. Ninguna es Taylor.

Una parte de mí da las gracias por no haberla encontrado allí, mientras otra parte gruñe de frustración ante lo que ven mis ojos.

Me adentro más en la habitación y me pongo en cuclillas junto al colchón, dejando la lámpara a mi lado. Cojo a una de las chicas y le sacudo levemente el hombro. Es una chica rubia, muy guapa, de la edad de Maggie. Ella apenas reacciona.

—¿Estás bien? —pregunto sin obtener respuesta.

Me pongo de pie y me dirijo hacia la puerta, donde me topo con Andrus, bloqueándome la salida con un destello de salvaje amenaza en el rostro. Antes de que pueda reaccionar, él ha recorrido la distancia que nos separa y está a pocos milímetros de mí. Me pasa una ardiente mano por la garganta y me levanta la cara.

—Serías una nueva y encantadora adquisición —dice haciendo un gesto con la cabeza hacia las chicas.

—¿Qué les habéis hecho? —pregunto enfurecida.

Sus labios se abren en una sonrisa depravada.

—Quédate por aquí y lo podrás comprobar por ti misma.

—Tú no me quieres —digo reforzando el pensamiento con mi mente.

Por un instante, su rostro pierde toda expresión, luego sacude la cabeza y suelta una carcajada.

—Mm... muy bueno. El rey Lucifer estará encantado de saber que has estado practicando.

Atrapa mi cara con su otra mano y aplasta su boca contra la mía, haciendo chirriar sus colmillos contra mis labios. Yo me quedo sorprendida ante tanta fuerza.

Doy un grito ahogado y me aparto, con el sabor de la sangre en mi boca. En mi huida tropiezo con la lámpara caída y doy un traspie contra el montón de ropa que hay en el suelo y acabo de culo en el piso.

Él vuelve a soltar otra carcajada y me ofrece la mano para levantarme.

—Tenía que hacerlo antes de que cambiaras de idea.

Me levanto y le doy un puñetazo en la cara, pero él me coge la muñeca y me detiene.

—¿Dónde está Taylor? —digo mientras intento soltar mi brazo.

—No lo sé —responde tras una larga pausa.

—¿No está aquí?

Él duda y un destello feroz le cruza la mirada. Yo me pongo en posición de lucha pensando que va a volver a intentar cogerme. Pero en lugar de eso, me sonrío con la más tierna de sus sonrisas.

—No, no está aquí, ya hemos conseguido lo que queríamos de ella.

Lanzo una última y desesperada mirada a las chicas que hay en el suelo, le doy un empujón a Andrus y salgo de la habitación corriendo. Voy directa a mi coche con el corazón palpitándome en la garganta. Cuando llego al Mustang, piso a fondo el acelerador y salgo de la ciudad con miedo de mirar atrás.

En mi camino de vuelta a Haden, llamo a la policía y les cuento lo de las chicas. Luego llamo a Taylor cada dos segundos. Sigue sin responder.

—Vuelve a casa, Taylor —digo una y otra vez en voz alta.

¿Y Lili? ¿Qué estaba haciendo con Marc?

Luc

Lili está de pie junto a mi puerta. Parece diferente, como más segura de sí misma. Su pálida piel contrasta con su oscuro pelo que lleva recogido en una coleta. Se aparta el flequillo de la cara con el reverso de la muñeca ofreciéndome una visión clara de sus intensos ojos verdes, y me sonrío.

—Hola, Luc. ¿Anda Frannie por aquí?

Yo aparto la mirada y abro la puerta de par en par.

—Vendrá cuando salga de trabajar. Puedes esperarla aquí si quieres. No debería tardar mucho ya.

Ella se desliza por mi lado, rozando su cuerpo contra mi brazo, y yo siento un sobresalto en mi interior al notar cómo un profundo deseo me recorre el cuerpo. Me sacudo esa sensación mientras ella entra en casa. Se acerca hacia mi colección de cedés, pasa un dedo por los títulos y saca uno.

—¿Puedo ponerlo? —pregunta.

—Siéntete como en casa.

Y pone el cedé. Después se sienta en una silla de la cocina sobre una de sus piernas.

—¿Quieres un café? —le pregunto mientras yo me sirvo una taza.

—No soy mucho de beber café, gracias. ¿Estás seguro de que Frannie se pasará por aquí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Pronto, supongo.

Me siento también a la mesa de la cocina y ella se queda mirándome a los ojos por debajo de sus largas y oscuras pestañas.

—Y bien, ¿cómo funcionan las cosas entre Frannie y tú?

Su pregunta me pilla completamente por sorpresa.

—¿En qué sentido?

—No sé. ¿Cuánto tiempo lleváis... juntos?

—Técnicamente... hace unos meses.

—¿Qué quiere decir técnicamente?

—Nuestra relación, al principio, fue un poco... complicada. —Y siento la tímida sonrisa que se dibuja en mis labios y que acaba convirtiéndose en una sonrisa de oreja a oreja.

Ella arquea una ceja y me devuelve la sonrisa.

—¿En qué sentido?

Yo me inclino hacia delante con los codos apoyados sobre la mesa y cojo mi taza de humeante café con ambas manos, perdiendo la mirada en su interior.

—No importa, es agua pasada.

—Entonces, ¿es ella tu chica ideal? Ya sabes, ¿tu media naranja?

Mis ojos se quedan clavados en su sonrisita traviesa. Yo doy un largo sorbo de mi taza, sintiendo que el café me quema la garganta en su camino por mi esófago.

—Se podría decir que sí.

—Eso no es un sí. ¿Qué cambiarías de ella si pudieras cambiar algo?

—¡Vaya! —Esa es una pregunta difícil, porque mi primera reacción es decir que no tuviera el don de la influencia porque así el Infierno no iría tras ella y estaría a salvo. Pero es su influencia lo que me ha hecho como soy, lo que soy, y no cambiaría lo que tengo con Frannie por nada. Imagino su rostro y un estremecimiento me recorre el cuerpo—. Nada. Cambio mi respuesta de antes por un simple sí. Sí, ella es mi media naranja.

Ella arquea las cejas y estira los brazos sobre la mesa para tocar mi mano, que sigue sosteniendo la taza de café. Su voz es suave, hipnótica.

—¿De verdad?

Por un instante la habitación parece brillar y es como si estuviera desenfocada. Las formas y los sonidos se desdibujan en mi mente. Lo último que puedo ver con claridad antes de que la cabeza empiece a darme vueltas es a Lili inclinándose hacia mí con los codos sobre la mesa y su mano sobre la mía, sonriendo.

Yo aparto mi mano de la taza, apoyo un codo sobre la mesa y cierro los ojos esperando a que se me pase la sensación de vértigo. Pero no pasa. Más bien se intensifica. Oigo una voz a lo lejos como si me hablaran desde una gran distancia. Al principio me parece que es la de Lili, pero luego me doy cuenta de que es Frannie. Me está llamando por mi nombre. Y luego siento su tacto sobre mi rostro. Mi cabeza empieza a aclararse y levanto la vista.

Frannie está ahí, de pie junto a mi silla. Yo me pongo de pie, atrayéndola hacia mí. El mundo vuelve a desdibujarse cuando sus labios tocan los míos. Un exaltado escalofrío hace que empiecen a zumbar todos mis sentidos y respiro profundamente para intentar mantenerme consciente. Frannie está entre mis brazos, atrayéndome más hacia ella. Me da otro beso, más apasionado, chocando sus dientes con los míos por la urgencia.

La sensación de éxtasis aumenta poco a poco en mi interior mientras ella tira de mí hacia la cama. Me mira con unos pícaros ojos azul zafiro que desvelan las ideas que tiene en mente. Y cuando me arranca la camiseta de un tirón, una lujuria primitiva me invade. Mi deseo por estar con ella es de pronto abrumador e insaciable. Su propio campo gravitatorio tira de mí hacia ella y suelto un gemido cuando nuestros cuerpos se encuentran.

—Frannie —digo entre gemidos mientras enredo mis dedos con su pelo y atraigo su boca hacia la mía, besándola con pasión.

Ella me muerde el labio y el sabor de la sangre hace que mi lujuria crezca hasta convertirse en puro deseo animal. Ella tira de mí con fuerza y yo caigo sobre la cama. Se pone sobre mí a horcajadas y todo empieza a girar hasta convertirse en una oscura niebla.

—Eres mío —dice antes de devorarme con otro beso.

Cuando los ángeles caen

Frannie

Llamo a Matt en cuanto llego a casa y él aparece en un instante cerca de la ventana de mi habitación.

—Tenemos que encontrar a Taylor. —Parece que esté sin aliento, lo que prácticamente es cierto, ya que no he sido capaz de respirar desde que salí de la casa de Marc.

—Es posible que pueda ayudarte con eso, pero no hay nada que pueda hacer con lo de su marca.

No es posible que lo haya oído bien.

—¿Qué?

Él abre los ojos y luego los baja al suelo.

—Pensaba que Luc te lo había dicho.

Me tiemblan las piernas, pero consigo llegar a la cama antes de que cedan por completo y me caiga al suelo. Me dejo caer al borde de la cama.

—¿La marca de Taylor?

Al ver que no responde, levanto la mirada hacia él.

—¿Qué está pasando, Matt?

—El alma de Taylor está marcada para el Infierno, Frannie. Cruzó la línea con Marc. No hay nada que puedas hacer.

Un gemido se me escapa del pecho.

—¿Luc...? —Tengo tal nudo en la garganta que me cuesta encontrar el aire para respirar. Empiezo a ver unas estrellas parpadear, brillantes, luego apagadas, brillantes, apagadas—. ¿Lo sabía?

—Yo... —Duda y me pregunto por qué siquiera está considerando intentar defender a Luc. Él lo odia. Finalmente cede—. Sí.

Me levanto y salgo hecha una furia de la habitación, haciendo caso omiso de mi madre, que me está llamando, y atravieso el comedor como una exhalación, directa a la puerta principal. Cuando salgo a la calle, escucho la voz de Matt en mi oído:

—¿Qué estás haciendo, Frannie?

Miro al frente fijamente a través del parabrisas del coche, incapaz de encontrar palabras que puedan atravesar este frío caparazón de cólera que cubre mi cuerpo.

Ni siquiera puedo recordar el camino que he recorrido hasta llegar al piso de Luc cuando giro la llave y abro la puerta de su casa, dispuesta a abalanzarme sobre él.

En el equipo de música suena la canción *Wrong*, de Depeche Mode, a todo volumen, avisándome de que todo anda mal.

Y cuando echo un vistazo alrededor de la habitación, me doy cuenta de que tienen razón.

Lo primero que veo es el sujetador negro de encaje colgando de la cabecera de la cama, donde siempre había estado el sujetador rojo que le di a Luc como talismán.

Y dos cuerpos se mueven acompasados bajo el edredón.

La sangre desaparece de mi rostro y, a medida que me voy haciendo una idea de la escena, todo se vuelve frío: ropa tirada por el suelo, la de Luc y otras piezas definitivamente más femeninas; un mechón de pelo negro asomando por la almohada; el sutil aroma a vainilla y cítricos mezclado con el aroma más denso del almizcle de los cuerpos cálidos.

Y no puedo respirar.

Pierdo toda visión periférica y me siento bastante mareada. Como si estuviera en trance, me muevo hacia delante. Con cuatro pasos he llegado a la cama y el corazón se me parte en dos cuando escucho suspirar a Luc.

Cojo el edredón, tiro de él y no puedo evitar el gemido de dolor que se me escapa de la garganta. Soy incapaz de reaccionar cuando siento que el corazón me ha dado un vuelco y tengo un fuerte nudo en la garganta.

Lili.

—¡Oh, Dios! —Las palabras salen sin control por mi boca.

Retrocedo tambaleándome hasta llegar al lado de Matt, que se ha quedado petrificado observando la escena de la cama. Me coge y sus dedos se hunden con fuerza en mis antebrazos, cada vez más hondo, hasta que el dolor hace que salga de mi estupor.

Luc parece no haberse enterado de que tienen espectadores, y anda completamente perdido en ella. Pero Lili me regala una mirada de reojo mientras el destello de una sonrisa aparece en sus labios. Coge el rostro de Luc entre sus manos y lo atrae hacia ella.

—¡No! —grito yo sin ser del todo consciente de haberlo hecho. Me vuelvo hacia Matt mientras siento una marabunta de emociones que asaltan todo mi ser. Escondo mi rostro en su hombro y descubro que está temblando. Cuando levanto la cabeza y lo miro a los ojos, lo que descubro es ira.

Él me empuja a un lado y se abalanza contra la cama, tirando de Luc para apartarlo de Lili.

—¡Apártate de ella, maldito cabrón!

Luc parpadea y parece como si tuviera problemas para concentrarse, como si estuviera despertando de un sueño y le costara saber dónde se encuentra. Pasa la mirada de Lili a Matt.

—¡Levántate de ahí, maldito hijo de puta! —brama Matt.

Luc se aparta de Lili y vuelve a parpadear frunciendo el ceño.

Matt arrastra a Luc del pelo fuera de la cama.

—¡Apártate de ella!

Mientras mi mente procesa lo que está sucediendo, de pronto me doy cuenta de que Matt está luchando con Luc por Lili, no me está defendiendo a mí.

—¿Matt?

Su única respuesta es tirar a Luc al suelo, subirse encima de él y golpearle la cara con los puños. Luc ni siquiera levanta el brazo para defenderse, está demasiado aturdido como para poder reaccionar.

Finalmente Luc parece orientarse. Le da un puñetazo a Matt que lo hace retroceder y así tener la oportunidad de poder quitárselo de encima. Consigue levantarse, con el labio sangrando y la mejilla hinchada. Se queda mirándome con los ojos y la boca abiertos. Un mirada de auténtico aturdimiento. Es evidente que he llegado demasiado pronto. No esperaba que lo pillara. Luego vuelve la vista hacia la cama, hacia Lili.

Luc

Lucho por recuperar el control de mis sentidos mientras la ilusión óptica en la que estaba sumergido parpadea y se desvanece. Y veo a Lili y no a Frannie tumbada en mi cama.

Que Satanás se apiade de mí.

Estoy mareado y completamente desorientado, pero a través de la niebla, puedo darme cuenta de lo que acabo de hacer. Y un agonizante grito de desesperación estalla en mis entrañas.

—¡No!

Me acerco a trompicones hacia Frannie. Ella está de pie, inmóvil como una roca, apoyándose con la mano abierta y plana sobre la mesa de la cocina. El rostro retorcido por el dolor. Una lágrima cae lentamente por su mejilla y mi corazón se contrae en un puño. Me pongo los pantalones mientras ella sacude la cabeza incrédula.

—¿Cómo has podido? —dice casi en un susurro.

Yo doy un paso adelante y estiro una mano hacia ella.

—Frannie... Yo no... —Pero no hay nada que pueda decir para arreglar esto. Me paso la mano por el pelo intentando pensar.

¿Cómo ha podido suceder esto?

Busco en mi mente, pero no hay nada. Solo una oscura niebla.

Me vuelvo para mirar a Lili, en la cama, y luego a la taza de café que hay encima de la mesa, al lado de Frannie. Algunas imágenes aparecen en mi cabeza: Lili preguntando por Frannie, tocándome la mano. Luego una lujuria incontrolable. Un

deseo animal. La certeza de que si no poseía a Frannie en ese mismo instante moriría.

Pura y auténtica lujuria.

Esa certeza me golpea como una bola de demolición.

Casi no puedo respirar mientras me vuelvo hacia Lili y me siento en el borde de mi cama.

—¡Tú! ¿Qué eres tú?

Ella se encoge en la cama, se tapa con las sábanas y las lágrimas brotan de sus aturcidos ojos. De pronto estoy confuso. Quiero culpar a Lili por todo esto, pero...

Me vuelvo rápidamente hacia Frannie, que está retrocediendo hacia la puerta.

—No, Frannie, por favor...

Ella se vuelve y corre justo mientras Matt me coge, me tira al suelo y empieza a gritarme como si fuera una *banshee*.

—¡Lo sabía! ¡Voy a matarte!

Me coge del pelo y estampa mi cara contra el suelo y yo puedo sentir cómo crece su poder. Se me encrespa todo el vello al sentir la electricidad estática crepitando entre los dos. Yo lo empujo a un lado y me pongo en pie haciendo caso omiso del dolor punzante que siento en la cabeza.

Matt está de pie, su brillo casi cegador. A través de él puedo ver lengüetazos de luz blanca bailar en la superficie de su piel y el olor a ozono aparece de pronto pesado en el aire. Yo me doy la vuelta y corro hacia la puerta. Cuando escucho su torturado grito a mis espaldas, me preparo para recibir el impacto de su rayo de luz sobre mi espalda. Pero el impacto no llega.

Una luz blanca irrumpe en la habitación y, por un momento, me quedo ciego. Entorno los ojos para poder ver a través del resplandor, levantando el brazo para protegerme los ojos. Mientras se ajustan a la luz, dos figuras, sombras en el resplandor, convergen sobre Matt.

¡Por todos los demonios! Ángeles vengadores.

No es un mito. Son hermosos, angelicales, con una magnificencia celestial que hace que me sea imposible apartar los ojos de ellos. Pero también terribles en el más hermoso y horrible sentido de la palabra. Su único propósito es la destrucción.

Los he visto antes, claro, pero sigo sin poder evitar el terror que se apodera de mis entrañas cuando me doy cuenta de por qué están aquí.

Sus alas con plumas se abren en toda su envergadura, gloriosas, y ambos descienden rápidamente sobre Matt, que está al lado de la cama. Él tiene el rostro contraído en una mueca, con los ojos todavía fijos en mí. La repentina e imperiosa necesidad de protegerlo de los vengadores hace que dé un par de pasos hacia la habitación. Pero su calor frío me quema y me obliga a retroceder.

Matt levanta la mano y un rayo se materializa en su palma.

—¡No volverás a tocar a Lili! —brama, todavía centrado en mí.

Justo en el momento en que suelta la ráfaga de luz, vuelve la mirada hacia el ángel que está descendiendo frente a él y abre los ojos sorprendido. La ráfaga de luz

de la palma de Matt es absorbida directamente por el intenso brillo del ángel. Un instante después, Matt grita y él también es absorbido por el resplandor.

A través del grito de Matt puedo oír el escalofriante crujido de huesos partiéndose mientras le arrancan del cuerpo sus alas y por mucho que quiero, no puedo apartar la mirada. Una ráfaga de aire cargado de electricidad me golpea, como si hubiera explotado una bomba. Yo me tambaleo y retrocedo hacia el pasillo de la escalera. Luego, con la misma velocidad con que apareció, la luz se desvanece y Matt cae al suelo, sangrando.

Yo me vuelvo y salgo corriendo por el pasillo para ir a por Frannie sin mirar atrás.

Matt

Me siento como si me estuviera despertando de un sueño y descubro a Lili arrodillada sobre mí y envuelta en una sábana. Gimo cuando sus dedos acarician mi rostro y cuando se inclina para besarme, mi cuerpo entero explota en un estallido de éxtasis. La atraigo hacia mí y la beso con más pasión, perdido en el sentimiento de su cuerpo junto al mío.

Ella me llena el rostro de besos.

—¿Estás bien?

Yo le sonrío y, de pronto, siento un profundo desasosiego al darme cuenta de que no puedo recordar lo que acaba de suceder. Evidentemente estábamos juntos, ella está desnuda bajo la sábana, pero...

Y entonces es cuando me doy cuenta de que yo no estoy desnudo. Llevo puestos mis vaqueros y mi camiseta. Echo un vistazo en derredor y descubro que estamos en el apartamento de Luc y no en el de Lili.

Miro a Lili atentamente, luchando por recordar lo que ha pasado.

—¿Qué...?

Se le nublan los ojos y ella se aparta de mi abrazo.

—Yo no quería.

Una imagen se hace nítida en mi cabeza. Lili. En la cama de Luc.

Yo me levanto del suelo y mientras me pongo en pie siento cómo me tiemblan las piernas. Apenas si soy capaz de levantar la cabeza. Siento como si mis sentidos estuvieran apagados y veo borroso. Y entonces noto un hilo que me recorre la espalda. Y dolor, un intenso dolor punzante. Intento tocarme la espalda con la mano y un grito ahogado se escapa de mi garganta al ver que tengo la mano húmeda... y roja.

¿Sangre?

Eso es imposible. Los ángeles no sangran.

Vuelvo a mirar a Lili. Ella sigue arrodillada. Los mechones de pelo oscuro como el chocolate le caen por los hombros. Una intensa ira, pero también una intensa

lujuria, hace que se apague el dolor de mi espalda. Lo único que siento es el intenso dolor de mi corazón cuando el recuerdo de lo sucedido me golpea con toda su fuerza como si fuese una inundación repentina.

—¿Lili?

Se pone en pie, arrastrando consigo la sábana.

—Yo no lo quería, Matt, pero no tenía otra opción... —Una lágrima resbala por su mejilla mientras me mira con ojos heridos.

Una ira salvaje se apodera de mí. Camino hacia donde se encuentra ella, sin estar muy seguro de si quiero pegarle o besarla y se aplasta contra mi cuerpo con fuerza.

—Por favor, Matt. Lo siento mucho.

Lentamente levanto mis manos temblorosas y las poso sobre sus caderas. Soy plenamente consciente de su cuerpo desnudo bajo la fina sábana, lo único que nos separa, mientras ella no deja de sollozar en mi hombro. Me mira fijamente con esos maravillosos ojos verdes y el deseo explota en mi interior. Oigo mi propio gemido, el gemido de un animal ante lo que desea, y aprieto mis labios contra los suyos. Pero súbitamente la imagen de ella en la cama con Luc vuelve a irrumpir en mi mente y la aparto de mi lado.

—¡Te has acostado con él!

—Yo no quería. Tienes que creerme. Él me obligó a hacerlo. —Su rostro es una mueca de dolor y desesperación y de pronto mi necesidad de protegerla es incontrolable.

Vuelvo a atraerla hacia mí, estrujándola contra la curva de mi propio cuerpo.

—Lili —susurro en su pelo.

Esconde el rostro en mi cuello.

—No quiero ser así. —Ella se aparta un poco de mí, pero sus ojos me mantienen completamente fascinado—. Prométeme que estarás conmigo.

—Estaré contigo —afirmo, incapaz de decir cualquier otra cosa.

—Para siempre —susurra ella en mis labios.

—Para siempre —repito volviendo a besarla.

Siento el escozor de mi espalda justo donde ella ha puesto su mano y en mi mente oigo un grito de advertencia. Pero no puedo centrarme en ello teniendo a Lili tan cerca. Sus labios trazan un suave y cálido sendero hacia mi oreja y ella susurra:

—Ahora todo irá mucho mejor. Tú eres mi ángel. —Ella me besa, lenta y suavemente y luego se aparta—. Es hora de irse.

Algunas imágenes bailan en la periferia de mi consciencia. Están borrosas y me cuesta conseguir que tengan algún sentido, pero de pronto me doy cuenta de que son importantes.

—¿Adónde? —pregunto intentando comprender la razón del pánico que se está apoderando de mí. Cierro los ojos tratando de recordar y vuelvo a sentir su cuerpo contra el mío. Cuando abro los ojos su rostro está a pocos milímetros del mío.

—Me has prometido que estarás conmigo.

Las alarmas se disparan con fuerza en mi cabeza.

—¿Adónde vamos?

Todo mi cuerpo grita alertándome y ella se aparta de mí y suelta un suspiro.

—Ahora tienes dos opciones, Matt. Puedes seguir aquí y deambular entre ellos sin ningún poder —dice haciendo un gesto vago hacia fuera—, o puedes quedarte conmigo y jurar tu lealtad al rey Lucifer y así podremos tenerlo todo. Tu poder crecerá y cada día será más fuerte, sin lo estorbos de las idiotas ideas celestiales sobre el bien y el mal. Serás libre para vengarte que quien tú quieras. De cualquiera que te haya causado algún mal.

La imagen de Luc y de lo que le ha hecho a Lili se solidifica en mi cabeza y entonces sé qué es lo que quiero. Venganza. Pero...

—Los ángeles no juran su lealtad a nadie que no sea el Todopoderoso.

Ella se acerca y aprieta con fuerza su mano contra mi espalda, luego me la pone delante de la cara llena de sangre.

—No puedes volver. No tienes alas.

Y entonces el resto de la imagen se aclara en mi mente: una luz blanca quemándome en un calor frío. El crujido limpio de huesos rompiéndose y el lacerante dolor recorriendo todo mi cuerpo.

Vengadores.

Me doy cuenta de todo en ese momento, cuando el significado de sus palabras, los vengadores, la sangre y la ira y la lujuria incontrolables que se apoderan de mí, se juntan en un único pensamiento coherente.

He caído.

Me aparto de ella tambaleándome mientras la culpa, el pavor y el terror me inundan.

No tengo alas.

Era lo que esperaba que sucediera la primera vez que besé a Lili y luego también después de haberme acostado con ella. Sabía que estaba jugando con fuego, así que no sé de qué me sorprende.

Pero estoy más que sorprendido. Mi interior se derrumba mientras aparece el terror.

No puedo volver.

Ella deja caer la sábana y vuelve a mis brazos.

—Te necesito —me susurra con unos ojos suplicantes—. Ven conmigo, Matt. Jura tu lealtad a mi señor y podremos tenerlo todo.

En ese preciso instante, un desagradable sentimiento de desesperación se retuerce en mi interior al comprenderlo todo.

—Cuando dijiste que él te obligó a hacerlo, no te referías a Luc, ¿verdad?

Su cuerpo se tensa entre mis brazos y sacude la cabeza.

—No, no me refería a Luc. Tienes que entender que yo me alimento de la lujuria. No puedo sobrevivir sin ella. —Se aparta de mi lado y siento que mis brazos la

agarran con más fuerza, aterrado por el hecho de que ella pueda marcharse. Sus ojos verdes brillan cuando se encuentran con los míos. Ella recorre mis labios con el dedo —. Pero la lujuria de los mortales no puede compararse con la tuya. Podría vivir eternamente solo con la lujuria de mi ángel.

Un insólito pensamiento se apodera de mí: *ella es mía*. El resto no puede poseerla. Sus labios encuentran los míos y hacen que todo mi ser se encienda. Todo mi ser arde por ella, soy todo necesidad y deseo. Ella me besa con más pasión y una sacudida eléctrica recorre todo mi cuerpo como si de un rayo de luz celestial se tratara. Entonces mi cabeza empieza de dar vueltas y todo el mundo material, incluida Lili, se desvanece. Cierro los ojos con fuerza para aliviar esta sensación de mareo y siento como si fuera arrastrado a través del tiempo.

Cuando la sensación por fin termina y abro los ojos no estoy muy seguro de dónde me encuentro. No es ningún lugar en el que haya estado antes. Unas parpadeantes luces color añil se filtran por lo que parece la abertura hacia una cueva, pero esta cueva, en la que me hallo, no se parece a nada que yo haya visto antes. Las paredes centellean, podría decir, pero es como un centelleo inverso. En lugar de reflejar pequeños rayos de luz, parece como si la devorara mientras intenta escapar. El suelo es de un negro lustroso, pero bajo mis pies parece blando, como si fuera a hundirme en él si me muevo con demasiada rapidez. Me vuelvo lentamente intentando descubrir alguna pista sobre el lugar en el que me encuentro.

Y entonces lo huelo: azufre.

Aliento de ángel

Frannie

Casi le doy a tres coches aparcados saliendo del aparcamiento de Luc al verlo venir corriendo tras de mí. He salido del aparcamiento lo más rápido que el Mustang ha podido sacarme de allí. Haciendo caso omiso de mis padres, he atravesado el comedor de casa como una exhalación y he cerrado con pestillo la puerta de mi habitación al llegar a casa. Llevan llamando a la puerta sin cesar la última media hora, dos veces para decirme que Luc estaba aquí, pero en estos momentos no puedo enfrentarme a ellos, ni a él. Tengo que pensar.

Me pongo los auriculares y pongo en marcha el iPod para bloquear las llamadas a la puerta y todo lo que venga del exterior y me acurruco en la cama tratando de organizar en mi mente lo que acaba de suceder y hacer que tenga sentido. La imagen de Luc con Lili se arremolina en mi cabeza. La veo una y otra vez y cada vez parece como si una parte de mí muriera con la imagen.

Me ha sido infiel. Pensaba que eso no podría suceder nunca. Mientras yo lo quisiera, se suponía que él me querría también a mí. En eso era en lo que se supone que consistía toda esa mierda de mi influencia. Básicamente hacía que fuera irresistible.

Pero mi influencia no sirve para nada. Ahora ya lo sé.

Cierro los ojos y aprieto mi rostro contra la almohada. No me sorprendo cuando siento una mano acariciándome el pelo. Sabía que solo sería cuestión de tiempo antes de que Kate o alguien logaran abrir la cerradura. Pero cuando siento el olor de rayos de sol en invierno se me corta la respiración.

Me siento en la cama y me abalanzo sobre los brazos de Gabe.

—Lo siento, Frannie. Debería haber estado aquí.

Su respiración se pierde entre mis cabellos, entre sus brazos me siento... ¡Oh, cuánto lo he echado de menos!

—Sí, deberías haber estado aquí —digo abrazándolo con más fuerza.

—Todo esto es culpa mía.

Me aparto de él y lo miro directamente a sus maravillosos y tristes ojos. Y a pesar de la nieve de verano y la calma que trae a mi interior, siento que la furia se apodera de mí.

—A no ser que esté equivocada y fueras tú el que se encontraba en la cama con Lili, no puedo ver por qué esto es culpa tuya.

—Por mucho que odie decirlo, esto no es obra de Luc. No sabía lo que estaba haciendo.

El nudo de ira y traición que tengo en el pecho amenaza con disolverse en lágrimas, pero no me voy a permitir a mí misma soltar ni una lágrima.

—No lo defiendas. No se lo merece.

—Tienes razón, no se lo merece y me gustaría no hacerlo. Pero la pura verdad es que, esta vez por lo menos, no ha sido culpa suya. Lo han engañado.

Lo empujo con fuerza lejos de mí.

—¡Yo lo vi, Gabe! ¡Ella no lo estaba obligando a hacer nada!

Un quejido sale de lo más profundo de mi pecho cuando la imagen se materializa de nuevo en mi cabeza. Su traición es como si me soltaran una piedra ardiendo en las entrañas, quemándome lentamente por dentro. Se lo di todo a Luc, mi corazón, mi alma, mi cuerpo. Lo quería más que a nada. Si él me hubiera amado del modo que debería hacerlo, entonces, hubiera hecho Lili lo que hubiera hecho, no hubiera importado lo más mínimo. La certeza de que él la ha podido desear, aunque fuera un poco, me atraviesa como un cuchillo.

Pero yo todo esto ya lo sabía, ¿no? Ya sabía que el verdadero amor no existe. Y como una idiota, me dejé arrastrar por el espejismo y esto es lo que he conseguido. Un corazón roto. Exactamente lo que me merezco por ser tan estúpida.

Gabe sacude la cabeza, en sus ojos puede verse un torbellino de dudas.

—Lo siento mucho. —Vuelve a abrazarme con fuerza y yo me sumerjo en su nieve de verano—. Te he echado tanto de menos... —dice entre mis cabellos.

Yo me aparto de él y le acaricio el rostro con la mano. No puedo creer que esté realmente aquí. Cierra los ojos y puedo sentir que un gemido retumba en su pecho cuando pongo mi mano sobre él. Es un sonido de placer, pero también de dolor.

—Por eso es por lo que no me podía quedar.

—No volverás a marcharte, ¿verdad? —Me siento un poco avergonzada por lo desesperado que ha sonado, pero en realidad es así como me siento.

Su sonrisa es poco firme.

—No. Ya te abandoné una vez. No volveré a hacerlo. Te prometí que siempre estaría aquí por ti y así lo haré.

Sus palabras bastan para aflojar el nudo que tengo en el estómago. Él me acaricia el pelo y, poco a poco, me voy relajando.

Yo me miro en sus ojos, en esos ojos tan profundos y llenos de promesas que hacen que me quede sin aliento. *¡Dios, qué hermoso es!* De pronto me doy cuenta de que he ido acercándome y de que nuestros rostros están a pocos milímetros de distancia.

Él me coge la mejilla con la mano y dibuja la línea de mis labios con el dedo pulgar. Luego cierra los ojos.

—Si alguna vez tuviera que renunciar a mis alas por un mortal...

Intento no hacer caso de la oleada de culpabilidad que se apodera de mí, pero no

puedo. Mi influencia es completamente inservible para cualquier cosa menos para fastidiar la vida de la gente. Cojo aire profundamente y sacudo la cabeza.

—En realidad tú no me quieres. Es solo mi estúpida influencia. No es culpa tuya.

Él sonríe porque no hay posibilidad de mentir para un ángel.

—Pero sí que es culpa mía. No se puede confiar en mí cuando estoy cerca de ti.

Él se inclina hacia delante y me besa la frente. Sus frescos rayos de sol de invierno me envuelven y mi herido corazón late con fuerza en mi pecho. Entrecruzo mis manos alrededor de las ondas rubias de su pelo y empiezo a acercar su rostro hacia el mío y, justo antes de que nuestros labios se toquen, me detengo.

La culpa estruja mi corazón hasta convertirlo en un doloroso nudo cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Quiero perderme en él, hacer que todo esto desaparezca. No porque quiera a Gabe, sino porque todavía quiero a Luc. El sangrante agujero que tengo en el pecho me está matando, es un dolor tan intenso que lo siento como si fuera físico. Quiero que se detenga. Gabe puede hacer que eso suceda. Pero no es justo, no está bien.

Ambos damos un salto al oír que llaman a la puerta. Yo me separo de Gabe y me aliso el pelo enredado con los dedos. Gabe se retira hacia la ventana y se queda observando el atardecer.

—¿Frannie? —dice mi padre a través de la puerta—. ¿Puedo pasar?

Siento que mis mejillas se ruborizan y miro a Gabe.

—Bueno, puede que dentro de un rato, papá.

Gabe se vuelve hacia mí desde la ventana.

—Deja que entre, Frannie.

—¡No! —le digo en un susurro.

Él se queda mirándome fijamente.

—Necesitas que entre.

—Vale... un momento. Espera —digo corrigiéndome a mí misma y mirando a Gabe con ojos interrogantes. Luego me dirijo hacia la puerta y quito el pestillo.

La puerta se abre de par en par y papá está allí delante, de pie, con arrugas de preocupación en la frente. Primero me mira a mí y luego a Gabe.

Yo me quedo quieta esperando que reaccione y empiece a preguntarnos enfadado cómo ha entrado Gabe, pero en lugar de eso, lo único que dice es:

—¿Qué está pasando?

Mi boca reacciona antes que mi cerebro y empiezo a farfullar.

—Nada, papá. Estábamos...

—Está volviendo a suceder —dice Gabe con una voz suave.

Su respuesta hace que me quede petrificada.

El rostro de papá palidece.

—¿Matt...?

Gabe mira a mi padre con unos ojos llenos de dolor.

—Ha caído, Daniel.

En ese preciso instante me doy cuenta de que no estaba hablando conmigo. Sus ojos están fijos en Gabe. Y, donde yo creí ver enfado en él, ahora veo claramente que es pura preocupación.

La cabeza empieza a darme vueltas mientras intento asimilar lo que está sucediendo. ¿Por qué está Gabe hablando sobre Matt con papá? ¿Y desde cuándo llama Gabe a mi padre Daniel y lo trata de tú? ¿Cómo es que se conocen tan bien? Gabe solo vio a papá una vez hace unos meses. Al parecer me he perdido algo importante.

Papá se apoya contra el marco de la puerta. Gabe se acerca a él y lo arrastra hacia dentro con la mano en el hombro, cerrando la puerta tras de sí.

—Díselo. Necesita saberlo.

Ambos comparten una mirada de preocupación y papá se vuelve a mirarme con una expresión grave en los ojos.

—Hay algo que tengo que enseñarte —dice mientras empieza a desabotonarse la camisa azul. Se la quita y se queda con una camiseta interior blanca de tirantes.

Todavía aturdida, aparto la mirada cuando él comienza a quitarse también la camiseta interior.

—Papá, ¿qué estás haciendo?

Mi padre es un hombre muy pudoroso. Nunca lo he visto sin camiseta, ni siquiera en la playa.

—Tienes que ver esto, Frannie... para comprender.

Vuelvo mis ojos hacia él y levanto la mirada. Me muestra la espalda y no puedo contener el grito ahogado que sale de mi garganta cuando lo veo. Tampoco puedo evitar levantar la mano y tocar las nudosas cicatrices blancas que cubren sus dos omóplatos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué te pasó?

Él mira por encima de su hombro y yo sigo su mirada. Gabe permanece cerca de la ventana, pero no está de pie, sino que flota en el aire. Se ha sacado la camiseta y en su espalda han aparecido dos enormes alas blancas. Nunca antes me había enseñado sus alas y ahora entiendo el porqué. Son increíbles. Tienen plumas pero no se parecen a nada que pudiera haberme imaginado, nada que ver con esos estúpidos dibujos que se pueden ver en las iglesias y esas cosas. Las plumas parecen estar hechas de pura energía, de luz blanca.

En pleno trance me dirijo hacia Gabe. Levanto una mano para tocar el borde de sus alas, pero él me coge por la muñeca y me detiene. Veo la lucha que hay en su interior reflejada en sus ojos, pero finalmente, él acerca mi mano a su rostro y me besa la palma. Luego me suelta y asiente. Mientras mis dedos acarician sus plumas, siento que la electricidad chisporrotea por la superficie de mi piel. De pronto, todo su conocimiento, todo lo que ha visto inunda mi ser y todo se vuelve negro.

Cuando me despierto estoy tumbada en mi cama. Gabe está sentado a mi lado cogiéndome la mano. Vuelve a llevar puesta su vieja camiseta azul. Mi padre camina arriba y abajo detrás de él, también con la camisa puesta. Cierro los ojos e intento no recordar lo que ha sucedido justo antes de que perdiera el conocimiento. La cicatrices de papá... Las alas de Gabe...

Abro los ojos cuando por fin lo comprendo y atravieso a papá con la mirada mientras me siento en la cama.

—¡No!

Él parece un poco triste.

—Lo siento pero sí.

—¿Eres un ángel?

—No, pero una vez lo fui.

Lo miro atentamente.

—¿Qué significa exactamente «pero una vez lo fui»?

—Caí, Frannie. Hace muchísimo tiempo.

Escondo mi rostro entre mis manos.

—¡Oh, Dios mío! —Entonces se me ocurre algo y vuelvo a mirarlo—. ¿Eres realmente mi padre?

Él me sonríe de un modo que me inspira una gran confianza.

—Sí, soy tu padre.

Me quedo sentada un momento con la mirada perdida e intento que mi mente asimile toda la información. La vista se me vuelve borrosa y luego todo se vuelve negro. Cuando me doy cuenta de que estoy respirando demasiado deprisa y siento un cosquilleo en la punta de los dedos, como si se me hubieran dormido, cojo aire profundamente e intento tranquilizarme antes de volver a perder el conocimiento.

—¿Entonces, eso en qué me convierte a mí? ¿A todos nosotros? —Me cuesta coger aire después de decir lo que acabo de decir.

—En nefilim —intercede Gabe—. Tú y todas tus hermanas.

Mis ojos se vuelven hacia él.

—No lo entiendo.

Gabe me aprieta la mano.

—Tú eres solo mitad humana, Frannie. Todas vosotras.

—Sigo sin comprender lo que eso significa —digo apoyándome en la cama segura de que voy a marearme de nuevo.

Gabe me pasa la mano por la espalda.

—Los nefilim son los hijos de los ángeles caídos y sus parejas mortales. Tu madre es mortal; tu padre es un ángel. La mayoría de los nefilim son mortales, pero pueden haber heredado dones especiales de su progenitor inmortal, cosas como una fuerza excepcional, clarividencia o incluso habilidades más esotéricas.

—Como la influencia. —No es ninguna pregunta.

Gabe asiente lentamente, mirándome con cautela.

—¿Y qué pasa con mis hermanas?

Gabe entrelaza sus dedos con los míos.

—Todas ellas son especiales a su manera.

Pienso en Grace y el modo en que parece que ve a través de mí.

—¿Entonces también tienen ángeles guardianes?

Papá sacude la cabeza.

—Por el momento ellas no lo necesitan.

Bajo las piernas de la cama y me siento al borde mientras percibo un frío pavor subiendo por mi espalda.

—Yo ya no tengo un ángel guardián tampoco, ¿verdad?

Gabe me mira fijamente pero no responde.

Las lágrimas brotan de mis ojos.

—Es culpa mía. Quería que Matt tuviera una vida.

—No es culpa tuya, Frannie. —Los ojos de Gabe se vuelven hacia papá—. Matt no es el primer ángel que pierde las alas por Lilith —dice con una voz pesada.

—¿Lilith? Querrás decir Lili.

Miro a papá y descubro una lágrima que le cae por la mejilla.

—¿Papá?

—Yo era como Matt —dice.

—Como Matt —susurro casi para mis adentros—. ¿Quieres decir que eras un ángel guardián?

Él asiente.

—¿Qué sucedió?

—Dejé que... me distrajeran.

—Lili —digo juntando las piezas del rompecabezas—. ¿Qué es ella?

Papá arrastra la silla del escritorio hacia la cama y se sienta delante de mí con los codos sobre las rodillas. Deja colgar la cabeza como si le resultara demasiado pesada para mantenerla erguida.

—Ella es la primera mujer. La primera mujer de Adán.

—¿Ese Adán?

Él me mira fijamente y asiente.

—Las cosas no fueron bien entre ellos y fue desterrada del Edén.

—Es una broma.

—Ojalá —dice Gabe.

—Entonces ella... ¿es un demonio?

Sigo pensando que todo esto ha de ser una broma, pero la expresión de Gabe es tremendamente seria.

—Es un demonio pero no lo es.

Me quedo mirándolo fijamente y sacudo la cabeza, un incontenible sentimiento

de frustración me bulle en la cabeza mientras intento encontrarle sentido a todo.

—Técnicamente ella es todavía humana —dice—, pero ha descendido a la categoría de demonio.

Papá me coge una mano y suspira.

—Es una historia muy larga, pero basta con decirte que Eva no fue a la única a la que se llevó Satán. Lilith es, en esencia, su reina, su consorte terrenal. Básicamente, ella es el primer súcubo.

Cuando por fin puedo hablar, la frustración es evidente en mis palabras.

—Entonces, ¿cómo es posible que Matt no se diera cuenta de que era un demonio? Se supone que los ángeles saben esas cosas.

—Su alma es humana. Ante nosotros, ella no es diferente a cualquier alma humana marcada para el Infierno. —Papá sacude la cabeza y baja los ojos—. Cuando la trajiste aquí... No estaba en lo que tenía que estar. Debí haberme dado cuenta.

Todo esto sigue sin tener sentido. Ella fue desterrada del Edén...

—Pero todo eso sucedió como... hace una eternidad. Si no es realmente un demonio, ¿cómo puede seguir viva?

Papá vuelve a levantar los ojos hacia mí.

—Lucifer liberó su alma. Ella es libre, libre de moverse entre sus huéspedes humanos. Puede poseer a cualquiera que ya esté marcado para el Infierno. Solo tiene que tocarlos para trasladarse a su cuerpo.

Me pongo la mano sobre los ojos porque no puedo mirar a Gabe cuando hago la siguiente pregunta:

—¿Qué es lo que quiere con Luc?

Oigo el suspiro de Gabe pero no levanto la mirada.

—Estoy convencido de que su objetivo eres tú. Si ella puede apartar de ti tu sistema de apoyo, serás vulnerable y un blanco mucho más fácil.

La imagen de la cara de Luc... y de la de Matt...

Se hubieran matado el uno al otro.

—¿Qué le va a pasar a Matt?

Gabe se sienta en la cama a mi lado y el dolor en su voz es inconfundible.

—Ha caído. Ya no tiene lugar en el Cielo. —Se pone tenso y añade—: Es culpa mía. Lo puse en un puesto para el que no estaba preparado. Supongo que pensé que... No lo sé. —Se inclina hacia mí—. Pero lo de las alas nos puede pasar a cualquiera de nosotros. —Su voz es casi un susurro, solo para mis oídos.

Yo miro a papá.

—Entonces, ¿cómo puedes tú estar... aquí? ¿Cómo puedes ser mi padre? ¿No es así como Lucifer se convirtió en el demonio? ¿No fue él el primer ángel caído?

—Sí que lo es. Pero todos podemos elegir.

Un destello de esperanza se ilumina en la oscuridad de mi desesperación.

—¿Entonces Matt podría estar bien? ¿Podría recuperar sus alas?

La tristeza en los ojos de Gabe mientras responde apaga todo destello de

esperanza.

—No hay nada que haga más feliz a Lucifer que coleccionar ángeles caídos. Los considera como desertores, más valiosos que las almas humanas.

—Cuando yo caí —sigue diciendo papá—, pude elegir, igual que podemos elegir todos nosotros, entre unirme a los grigori y quedarme en la Tierra entre los mortales, casi sin ningún poder, o caer hasta el Infierno. Él nos atrae ofreciéndonos la posibilidad de mantener nuestro poder, de poder seguir viajando entre las diferentes esferas, nos lo ofrece todo.

Mi mente empieza a girar vertiginosamente y no puedo conseguir una idea clara de mis pensamientos. Sacudo la cabeza y me pellizco en el rostro para concentrarme.

—¿Los grigori?

Papá suspira y me mira fijamente.

—No todos los ángeles caídos eligen convertirse en demonios. Los grigori son ligas de ángeles caídos que viven en la esfera mortal para proteger a la humanidad. Es nuestra carga. Nuestra penitencia y nuestra redención. —Aparta sus ojos de los míos y mira a Gabe—. Y nuestra única esperanza es ganarnos de nuevo nuestras alas.

Algo frío y oscuro se retuerce en mis entrañas haciendo que me estremezca.

—¿Qué creéis que hará Matt?

Papá sacude la cabeza.

—No lo sé, Frannie. Supongo que todo depende de lo enfadado que esté. Que te arranquen las alas es como... como si te traicionaran. La mayoría de los que pierden sus alas no piensan con claridad, es evidente, o no se hubieran encontrado en esa situación.

—Entonces él... se ha ido. Han hecho todo esto para conseguirme a mí —digo mientras la responsabilidad por lo sucedido se afianza en mi cabeza.

Gabe tiene una expresión de profunda tristeza mientras asiente.

No hay modo de escapar de ello. Estoy maldita. Todos los de mi alrededor, todos los que me importan acaban heridos.

Y esto no va a terminar nunca.

Siento como si me estuviera ahogando. Me levanto de la cama y Gabe hace lo mismo. Empieza a envolverme con sus brazos, pero yo lo aparto de mí.

—De verdad, necesito quedarme sola para poder pensar.

Él se aparta y me mira a los ojos. Estoy convencida de que está tratando de leer los pensamientos que se me pasan por la cabeza, pero yo estoy demasiado cansada como para dejar que me importe.

Al fin asiente.

—Estaré al otro lado de la puerta si me necesitas.

Yo abrazo a papá, luego me dirijo hacia la ventana y miro hacia las ramas del roble bailando bajo el chisporroteo de un incipiente chaparrón de verano. Oigo cómo se cierra la puerta a mis espaldas y me quedo allí de pie escuchando el viento golpear contra el cristal. Después de abrir la ventana, aparto la cortina y me apoyo en el

alféizar, sintiendo la fresca lluvia que moja mis mejillas. Cuando por fin puedo volver a respirar, me seco las gotas de lluvia con la mano, vuelvo a meterme en la habitación con la esperanza de encontrarme sola. Pero el abuelo está apoyado contra la pared, cerca de la puerta, observándome con unos ojos llenos de preocupación.

Yo atravieso corriendo la habitación.

Él me envuelve en un abrazo.

—Tu madre me ha llamado, me ha contado lo que ha pasado. —Él sacude la cabeza—. Así que, finalmente resultó que era un auténtico demonio.

Su voz vibra a través de mí mientras yo me acurruco en sus brazos, aspirando el suave perfume del humo de pipa que lo envuelve.

—Debería haber hecho algo —dice acariciándome el pelo húmedo con la mano—. Pensé que me veía a mí mismo en él, pero debería haberlo sabido.

Y entonces empiezan las lágrimas... por mí, por Matt, por Taylor. No quiero que ninguna sea por Luc, pero sí que lo son. Las lágrimas corren por mi cara mientras la imagen de Luc y Lili regresa a mi mente con toda su fuerza. Me duele el pecho mientras la imagen se envuelve en mi corazón y lo aprieta con fuerza. Yo intento respirar.

—Lo amaba, abuelo. —Es casi un susurro, como si ni siquiera pudiera admitirlo en voz alta.

—Lo sé —dice él con la voz temblorosa. Él me abraza con más fuerza y me coge mientras lloro. Cuando he terminado, me aparto de su hombro y me enjuga las lágrimas con el pulgar, como solía hacer cuando yo era pequeña—. Duerme un poco y ya lo hablaremos todo mañana tranquilamente.

Al oír la palabra «dormir» me doy cuenta de que estoy exhausta.

—De acuerdo.

Él me mira un rato más y puedo ver el dolor en sus ojos.

—Recuperarse de un corazón roto lleva su tiempo, pero estarás bien, Frannie, te lo prometo.

Yo asiento con la cabeza mientras otra lágrima se escapa de entre mis pestañas.

Cuando sale al pasillo y cierra la puerta, me cambio y me preparo para irme a la cama. Me meto debajo de las sábanas y estoy a punto de quedarme dormida cuando las primeras imágenes de una pesadilla hacen que me despierte sobresaltada.

Taylor.

En cuestión de minutos he perdido a Luc y a Matt. No voy a perder también a Taylor.

Cojo el teléfono y le envío un mensaje de texto a Trevor: «¿Está Taylor en casa?».

«No» es su única respuesta.

Mi dolorido corazón se resiente de nuevo. Me pongo el teléfono contra el pecho y me giro de lado.

Y me quedo mirando a la ventana.

Y rezo.

Porque es lo único que se me ocurre que puedo hacer.

Fuego eterno

Frannie

Me despierto con un grito ahogado en la garganta provocado por la pesadilla que acabo de tener y siento unos fuertes brazos abrazándome, recostándome contra un fuerte cuerpo a mis espaldas.

—Luc... —susurro. Pero antes de terminar la frase me doy cuenta de que no es Luc y de que no es canela lo que huelo. El aroma que me envuelve, como un remolino, es la nieve de verano de Gabe.

Igual que el resto de noches de las últimas tres semanas.

—No pasa nada, Frannie. Soy yo. Estoy aquí.

Como es habitual empiezo a sentir que el terror y el pánico comienzan a evaporarse, como la niebla en una fuerte brisa, mientras me acurruco contra Gabe. Pero no hay nada que él pueda hacer para aliviar el profundo dolor que siento en el pecho.

—Gracias.

Él me aparta el pelo de la cara con los dedos y me da un beso en la oreja.

Yo me doy la vuelta y lo miro a sus ojos azules, brillantes en la oscura habitación.

—¿Terminará esto alguna vez?

—Se hará más fácil.

Acepto creerme la mentira porque en realidad ya no puede ser peor y Gabe no sabe que está mintiendo.

—Me siento como si todo se hubiera ido a la mierda. Taylor está con ese demonio y no quiere hablar conmigo. Matt ha desaparecido y Luc...

Una mueca y un gemido de dolor irrumpen desde algún lugar de lo más profundo de mi ser. ¡Dios mío! Todavía me duele tanto que lo único que veo cuando pienso en él es a Lili en su cama.

Bajo la pálida luz plateada de la luna, el rostro de Gabe se contrae y frunce el ceño.

—La encontraré, Frannie. No permitiré que ella vuelva a hacerte daño.

Sé que con ella se refiere a Lilith y odio el hecho de oír un profundo sentimiento de culpabilidad en su voz. Lo que sucedió no fue culpa suya. Pero ahora mismo no quiero pensar en ella. Levanto la mirada hacia el techo de mi habitación.

—¿Qué podemos hacer con lo de la marca de Taylor?

—Ya se nos ocurrirá algo.

Me sumerjo en su abrazo y dejo que su paz inunde mi cuerpo e intento desconectar mi mente. Siempre me siento bien entre los brazos de Gabe, y cuanto más cerca estoy de él, más siento esa paz y ese amor que irradia. Es como si estuviera hecho de esa paz y ese amor. El ritmo de mi corazón se acelera cuando recuerdo nuestro beso, el único momento de paz verdadera que he vivido jamás.

Él se pone tenso bajo mi cuerpo y me doy cuenta de que, una vez más, mis pensamientos me han delatado.

—No te preocupes, estás a salvo —le digo ofreciéndole una tímida sonrisa.

—Frannie, sabes que haría cualquier cosa por ti, pero en estos momentos cualquier cosa significa que necesito mis alas. Sin ellas te sería inútil. —Me mira con una triste sonrisa—. Pero resistirme a tu influencia es tremendamente duro, en gran parte porque no quiero hacerlo.

—Es decir, que quieres que no te desee —digo terminando la frase por él.

Deja caer la cabeza contra la almohada.

—Eso ayudaría.

Me aparto de él.

—Entonces no deberías pasar tanto tiempo en mi cama.

Él suelta una carcajada y la luz de la luna acaricia sus facciones, haciendo que parezca que brilla. O puede que realmente esté brillando. ¿Quién sabe?

—Pero me gusta estar aquí.

No puedo respirar cuando siento una aplastante ola de desesperación que me golpea al pensar que se pueda marchar.

—Bien, pues quédate.

—Siempre. —Posa un dedo sobre cada uno de mis párpados y me cierra los ojos suavemente—. Duerme —dice. Pero incluso entre la seguridad de sus brazos, pasa mucho tiempo antes de que me quede dormida.

El teléfono, que está encima de mi mesilla de noche, empieza a sonar y yo me despierto sobresaltada. La cara de Riley me sonrío desde la pantalla.

—Te recojo en una hora —dice en cuanto me pongo el teléfono al oído.

—¿Para qué?

—Te vienes a la ciudad conmigo. Tengo el curso de orientación en la universidad. Se suponía que vendría Taylor, pero...

—¿Va a escaquearse del curso de orientación? —El corazón se me hunde en un pozo. Estaba tan emocionada con ir a la universidad... Si ya ni siquiera le importa eso...

Ella duda un momento y puedo oír su suspiro a través de la línea.

—Se está escaqueando de todo. Entonces, ¿vienes?

—Lo siento, Riley, pero de verdad que no estoy con ánimos.

—Tienes que salir de casa y yo no quiero ir sola.

—¿Y Trevor?

—Tienen no sé qué familiar —dice después de una pausa.

—¿No sé qué familiar? —Me incorporo en la cama y empiezo a girar un dedo sobre las sábanas—. ¿Con Taylor?

Ella vuelve a dudar un instante.

—En realidad por Taylor. Como una especie de intervención. Va a ir a su casa el consejero aquel que los visitó después de lo de su padre, ya sabes.

Esa familia ha pasado por muchas cosas: el intento de suicidio de su padre y ahora esto. Pero mi estado de ánimo mejora solo por el hecho de pensar que Taylor está recibiendo ayuda. Puede que si recapacita, se mantenga alejada de Marc y entonces yo pueda ayudarla.

—¿La has visto?

—Solo un par de veces. Casi nunca aparece por su casa.

—¿Cómo está?

Oigo que se sorbe la nariz mientras vuelve a dudar antes de decir:

—Mal, muy mal. —Vuelve a sorberse la nariz y se aclara la garganta—. Entonces te recojo en una hora.

Luc

El recepcionista casi calvo está reclinado en su silla de la oficina, con los pies sobre el abarrotado escritorio detrás del mostrador y la cara sumergida en un cómic. En la otra mano tiene una hamburguesa Big Mac con salsa especial que le chorrea sobre la camisa manchada. Yo me quedo de pie, a mi lado del mostrador, un buen rato sin que él dé señales de haberme visto, y luego me aclaro la garganta.

Levanta el rostro del libro.

—¿Te marchas?

Yo dejo encima del mostrador un fajo de billetes con un golpe.

—Habitación seis. Una semana más.

Él se levanta y mientras yo me vuelvo para marcharme, veo por el rabillo del ojo que se guarda en el bolsillo el dinero que le acabo de dar.

Una vez en la calle, deambulo anónimamente entre la multitud de trabajadores y turistas. Es la primera vez, en las tres semanas que llevo aquí, que me siento con ánimos para aventurarme a ir más allá de la tienda de ultramarinos que hay al otro lado de la calle. Básicamente lo que he hecho es estar tirado sobre la cama dura como una piedra en mi rancia habitación de hotel, temblando y mirando el techo y sintiéndome como un drogadicto pasando por su síndrome de abstinencia y luchando contra la necesidad de volver a Haden, de volver a Frannie, a mi droga.

Pero nunca podré regresar. Todo fue una mentira, una hermosa ilusión. Por mucho

que quiera, no puedo ser lo que ella necesita.

Por lo menos mi escudo parece seguir intacto. La última vez que vi a Rhenorian, él estaba sentado fuera de la biblioteca, en su Lincoln. Eso fue hace tres semanas, justo antes de que le presentara mi renuncia a Mavis y me escabullera por la puerta trasera. El día después de...

El estómago se me revuelve dolorosamente al recordarlo.

Pero Gabriel ha vuelto. Me marché en cuanto estuve seguro de que él estaba aquí. Frannie está a salvo y mientras permanezca con Gabriel y se mantenga alejada de mí, seguirá estando segura. Si hay una cosa de la que estoy seguro es de que él estará mucho más atento a todo de lo que lo estaba Matt.

Ando entre una neblina, esquivando a la multitud de peatones que abarrotan las húmedas calles de verano de Boston. No estoy muy seguro de hacia dónde voy, pero tampoco me importa. Mi mente está centrada en terminar de elaborar el resto de mi plan. No puedo ir a ninguna parte que suponga estar cerca de Frannie, pero puedo ayudarla de todos modos. Con Gabriel vigilándola, yo estoy completamente libre para encontrar a Lilith, para hallar una manera de detenerla. Lo único que tengo que hacer es acertar con el modo de hacerlo.

Por fin me detengo ante un puesto de salchichas, cerca de Fenway Park y aunque no tengo nada de hambre, la mastico sin pensar en lo que estoy haciendo mientras sigo caminando.

Algunos titulares de los periódicos llaman mi atención. Más violencia y muertos en Oriente Medio; pruebas nucleares en Corea del Norte... Todo está yendo mucho más deprisa de lo que nunca hubiéramos podido imaginarnos.

Doy un respingo al darme cuenta de que acabo de incluirme a mí mismo en el colectivo infernal de «nosotros» e intento hacer como que no he sentido un estremecimiento de emoción atravesarme el cuerpo ante la perspectiva de tanta muerte y destrucción.

Aparto los ojos de los titulares de los periódicos y giro la esquina para regresar a mi hotel.

Y doy un traspié.

Frannie y Riley están subiendo las escaleras de la estación de metro de Kenmore Square.

Me apoyo contra un edificio de ladrillos que tengo a mis espaldas, algo mareado, y necesito unos segundos para recuperarme. Cuando por fin la cabeza ha dejado de darme vueltas, vuelvo a centrar los ojos en la estación de metro.

Se han ido.

Un instante de pánico hace que me quede como si me hubiesen clavado al suelo, pero obligo a mis pies a avanzar. Ando hasta el final del edificio lo más rápido que mis temblorosas piernas me lo permiten y miro detenidamente por la esquina. Un suspiro de alivio sale de mi pecho cuando las veo andar tranquilamente por la calle, Riley con el brazo alrededor de Frannie, casi como si necesitara apoyarse en alguien

para poder andar.

Esto es estúpido y peligroso. Existe una razón por la que no me he permitido a mí mismo regresar a Haden.

Pero mi cuerpo se niega a hacer nada de lo que mi razón le dicta. Las sigo a una distancia prudencial. Hay tanta gente por la calle que a ratos las pierdo de vista entre la multitud, y cuando eso sucede, el pánico me obliga a moverme más deprisa, a acercarme más a ellas. Y cuanto más me acerco, con más fuerza siento cómo una cálida electricidad me recorre el cuerpo bajo la piel.

Finalmente aminoran el ritmo ante una cafetería de Starbucks. Se detienen en la puerta y yo me escondo detrás de una columna de ladrillos que hay a pocos metros, observándolas con cuidado desde la esquina.

—Nos vemos aquí en cuanto termine la reunión de orientación —dice Riley. Frannie está de espaldas a mí y Riley la tiene cogida por los hombros y le habla directamente a la cara, como si tuviera miedo de que Frannie no la escuchara—. ¿Estarás bien?

Frannie asiente.

Riley abraza a Frannie y sigue andando por la calle, alejándose de mí. Frannie se queda allí de pie un buen rato y yo lucho conmigo mismo para evitar que mis piernas me lleven corriendo hacia ella. Un grupo de hombres, vestidos con trajes, pasa a su lado dándole un empujón y entra en la cafetería. Frannie los sigue a través de la puerta abierta.

Yo espero unos cuantos minutos, luchando contra mi último atisbo de sentido común. Debería darme la vuelta y alejarme de allí. Sé que eso sería lo mejor y lo más seguro. Lo más inteligente.

Pero, que Satán se apiade de mí, necesito ver su cara. Necesito asegurarme de que está bien.

Cuando el siguiente grupo de gente abre la puerta para entrar, yo los sigo.

Frannie está sentada sola en una mesa al fondo, con las manos alrededor de una taza de café olvidada y es evidente que definitivamente ella no está bien. Yo intento respirar pausadamente al sentir la aplastante presión en mi pecho que me avisa de que mi corazón está a punto de detenerse.

Tiene los ojos hundidos y mira fijamente al vacío. No hay ninguna vida en ese hermoso y trágico rostro.

Han pasado tres semanas y ella sigue angustiada por lo que le hice. Por mi traición.

Me quedo paralizado por el sentimiento de culpabilidad, intentando mantenerme en pie justo cuando me doy cuenta, demasiado tarde, de que Frannie ha abandonado su taza de café sobre la mesa y el acre olor del alquitrán de su desesperación la precede cuando pasa justo por delante de mí.

¿Me ha visto?

Aterrado, me transporto al pasillo detrás de ella. Ella duda un momento y luego

camina rápidamente hacia la puerta.

Y de pronto me doy cuenta: me he transportado.

El peso de mi propia desesperación me deja sin aliento al darme cuenta de lo que eso significa, de todo lo que eso significa. Me dejo caer contra la pared para evitar perder el equilibrio y caer al suelo. Apoyo con fuerza la cabeza contra los ladrillos y procuro encontrar el aire que me falta y que ya no necesito.

Frannie ya no me quiere. Si me quisiera, todavía sería humano. Y es evidente que no lo soy. Todos los síntomas que me he estado negando a mí mismo, que he estado tratando de ignorar o de explicar de algún modo, son reales. Soy un demonio de nuevo.

Tres semanas. Han hecho falta solo tres semanas.

Con esa certeza en mi mente, solo hay una cosa que pueda hacer. Observo cómo se aleja Frannie. Me aparto de la pared que me sostenía, pero justo cuando estoy a punto de transportarme a la habitación de mi hotel, mi sexto sentido empieza a zumbar y siento el peso de una mano sobre mi hombro. Entonces el zumbido cesa y Gabriel se ha ido.

Cuelgo el cartel de «No molestar» en la puerta de mi oscura y pequeña habitación antes de pasar el cerrojo. El olor a humo rancio y a moho disimula algo mucho más fétido, lo que hace que mi estado de ánimo caiga en la desesperación más profunda. Pongo en marcha la vieja radio que hay encima de mi mesilla de noche y la dejo sonar mientras me derrumbo sobre el duro colchón.

Me quedo mirando al techo blanco grumoso durante... ¿horas?, ¿días? No tengo ni idea. No ha llamado nadie a la puerta pidiendo dinero, así que probablemente no ha pasado más de una semana.

Me quiero morir. *¿Por qué no pueden morir los demonios?*

Me estoy planteando si sería posible simplemente transportarme al olvido, el equivalente demoníaco al suicidio, cuando el fuerte olor a azufre asalta mi olfato haciéndome volver en mí.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí tirado, Lucifer? Llevo días esperándote fuera. —Los ojos de Rhenorian tienen un brillo rojo mientras se apoya contra la pared en una esquina de la oscura habitación, con las manos en los bolsillos y los tobillos cruzados.

Vuelvo a dejarme caer sobre la cama, mirando de nuevo al techo.

—Entonces supongo que la respuesta sería que llevo días aquí tirado. Pensaba que había conseguido deshacerme de ti. ¿Cómo me has encontrado?

—Ese ridículo escudo celestial solo te protege a ti, estúpido. Cuando utilizaste tu poder, entonces te hiciste visible para todos nosotros. Yo era el que estaba más cerca —dice con una sonrisa sarcástica—. He aprendido a reconocer tus pautas de comportamiento. Me imaginé que no estarías muy lejos de tu humana.

Perfecto. Apenas tengo poder y cuando lo utilizo acabo expuesto. Pero la triste realidad es que sabía que él se encontraba aquí. El hilo de los pensamientos de Rhenorian estaba en mi cabeza, igual que en los viejos tiempos. Tenía la esperanza de

que fuera mi imaginación, pero no lo era. Mi conexión con lo nefario ha vuelto.

Él se aparta de la pared y se queda en pie junto a la cama.

—No es que importe ya, pero ¿cómo conseguiste que ella lo hiciera?

Me sobresalto al oírlo pronunciar la palabra «ella». Lo sabe.

—¿Qué?

—Eras humano. Ahora ya no lo eres. ¿Cómo hace ella todo esto?

—No es ella.

Él me levanta de la cama cogido por el cuello de la camiseta y me lanza contra la pared.

—No me mientas.

—No te estoy mintiendo —le miento. Me froto la parte trasera de la cabeza—. Ella no tiene nada que ver con esto. Fue el ángel.

Sus ojos se encienden.

—Él me dijo que no había sido él.

De pronto siento como si el frío me paralizara a pesar de mi calor demoníaco. ¿Está Matt en el Infierno? ¿Trabaja con ellos, o mejor dicho, con nosotros? Si es así, Frannie está en un peligro mucho mayor del que pensaba. Intento hacer que mi voz suene tranquila.

—¿Y tú te lo creíste?

—Los ángeles no pueden mentir.

Y entonces me doy cuenta de la verdad: Matt estaba confabulando con Rhen...

—Antes de caer —digo más para mí mismo que para él.

Él me aplasta con fuerza contra la pared y una lenta sonrisa curva sus labios.

—Digamos simplemente que no era un gran seguidor tuyo.

El hecho de saber lo lejos que Matt estaba dispuesto a llegar para librarse de mí me entristece más que me enfurece. Me desplomo contra la pared.

Él me mira durante un instante y luego me suelta.

—Bueno, ya no importa. Ahora ya no hay nada que te impida transportarte de vuelta conmigo —dice sacudiendo la cabeza—. La situación es mala, Lucifer. No solo la fastidiaste. Esto es traición.

—Lo sé. —Y doy un paso hacia delante con las manos levantadas en señal de rendición.

—¿No vas a luchar? —Un gesto de decepción le retuerce el rostro, lo que no debería sorprenderme. Es una criatura de la ira. Luchar es lo que hace—. ¿Qué demonios ha pasado contigo?

La cara de Frannie aparece frente a mis ojos. *Todo...*

—Nada.

—¿Y vas a venir conmigo así simplemente?

Cuando miro a la pared, el rostro de Frannie se evapora. Ella no me quiere. Aunque eso era lo que yo quería, la idea es como un cuchillo que atraviesa mi corazón de azufre.

Es posible que no pueda suicidarme, pero sé cuál es la segunda mejor opción.

—Vamos.

El Infierno no ha cambiado, pero yo sí que lo he hecho. Solía reírme cuando decía que se puede sacar al demonio del Infierno, pero no se puede sacar el Infierno del demonio. Estaba equivocado. Y no resulta divertido en absoluto.

Lo único que veo cuando contemplo el lugar que fue mi hogar durante siete mil años me repugna; hace que odie lo que soy y que anhele lo que era con Frannie. Pero ese no era yo. Todo aquello no era real. Y ni siquiera puedo pensar en volver.

Rhenorian me ha traído directo al pozo del Fuego Eterno. Estoy erguido, todavía en mi forma humana, con la espalda contra un poste calcinado de madera y los brazos por encima de la cabeza encadenados al poste. Por lo que puedo ver, las hambrientas hostes del Infierno, mis hermanos infernales, me están observando. Miro entre el mar de rostros y la mayoría me observa con una mirada lasciva. Veo rostros ansiosos por presenciar el espectáculo que está a punto de comenzar.

—Una buena afluencia de público —farfullo entre dientes.

Rhenorian está en pie a una distancia prudencial.

—Se trata de una orden suprema.

Se me revuelve el estómago. Una orden suprema. Todo el Infierno obligado a estar aquí. Se supone que voy a ser un espectáculo público. Se dará ejemplo conmigo. Lo que significa que no se pronunciará una sentencia ni se realizará una ejecución rápida.

Pero ¿por qué? ¿Quién diablos iba a elegir seguir mi camino aunque pudieran hacerlo? Echo una mirada a la turbia superficie anaranjada y dorada del lago del Fuego hacia la isla de las Llamas y la descomunal y oscura mole del castillo Pandemónium. Entonces, como si hubiera estado convocado por mi mirada, el rey Lucifer aparece ante mí, también en su habitual forma humana: unos brillantes ojos verdes engastados en un afilado y angular rostro y una figura alta y poderosa envuelta por unos largos ropajes rojos. Muy parecido a un Zeus.

Rhenorian retrocede y se difumina entre la multitud mientras Lucifer se acerca hacia mí, mirándome fijamente a los ojos. Aprieto los dientes con tanta fuerza que siento que uno de ellos se rompe e intento no dejar que el dolor se refleje en mi rostro mientras su poder asola mi cuerpo buscando mis últimos vestigios de humanidad. Cuando por fin me libera, suelto un tembloroso suspiro.

Una abyecta sonrisa se apodera de su rostro.

—Muy encomiable, Lucifer. No creo que te haya resultado nada cómodo.

Vuelvo a apretar los dientes con fuerza y miro hacia delante sin responder.

Él hace una señal a la muchedumbre y tres de sus demoníacos secuaces, dos con tridentes y uno con un látigo de nueve colas, sin duda parte del grupo de Rhenorian, dan un paso hacia delante y se separan de la multitud. Detrás de ellos, en las turbias

sombras aterciopeladas, hay algo más, más una presencia que una forma definida. Sea lo que sea, parece existir solo en los límites de la percepción. Brilla enfocándose y desenfocándose y yo intento conseguir una imagen clara de aquello que puede ser hasta que me convengo de que no es nada más que una jugarreta provocada por la luz, una ilusión. Pero entonces los demonios se apartan a ambos lados, dejando un pasillo, y lo que sea empieza a moverse entre ellos. Consigo obtener un destello de algo de un negro imposible, como si estuviera devorando toda la luz de su alrededor.

Cuando el espectro se sitúa al lado de Lucifer, adquiere consistencia: negro como el vacío, a excepción de sus ojos rojos, y unos miembros largos que parecen no tener otro propósito que sobresalir de su alargado y contrahecho cuerpo. Los espectros existen en el plano entre la consciencia y la inconsciencia y se pueden manifestar físicamente solo en la presencia de su creador, Lucifer.

El hecho es que esté aquí solo puede significar una cosa. Se apoderará de mi mente y borraré por completo todo lo que guarde alguna relación con Frannie. Intento centrarme en recuerdos de antes de saber que ella siquiera existía y rezo para que eso sea suficiente para mantenerla a salvo.

Una triste sonrisa revolotea en el rostro e Lucifer.

—No es preciso hacerlo de este modo. —Su expresión se torna pensativa y se lleva un largo dedo a los labios, dándose golpecitos—. Todavía no es preciso. —Retrocede y empieza a andar formando un amplio círculo alrededor del poste al que estoy encadenado, luego se detiene y se acerca a mí con su rostro a pocos milímetros del mío—. Si me dices lo que quiero saber —habla con una voz serena—, no tendré que enviar a nadie ahí dentro para averiguarlo —afirma, y presiona un abrasador dedo contra mi sien.

Yo observo que el espectro me mira lascivamente, mostrándome una ristra de colmillos rojos encastrados en su afilado y oscuro rostro.

Lucifer da un paso hacia atrás y me mira.

—Es ahora o nunca. Elige.

Yo hago rechinar mis dientes y le sostengo la mirada.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, suspira y sacude la cabeza.

—Voy a conseguir lo que quiero de un modo o de otro. No entiendo por qué quieres hacer esto más difícil para ti de lo que estrictamente tiene que ser. —Hace un gesto con la mano hacia el espectro y empieza a andar formando otro círculo.

La mirada obscena del espectro se ensancha mientras levanta una mano hacia mí y yo gruño esforzándome por mantenerlo fuera de mí. Aunque es inútil. Lo siento en mi cabeza, buscando entre mis pensamientos y mis recuerdos y no tengo ninguna duda sobre a quién está buscando. Lucho por pensar en cualquier cosa que no sea ella, por regresar a mis recuerdos más antiguos, a los días en que trabajaba en las Puertas con Barghest, el perro del Hades. Intento centrar toda mi atención en eso. Pero el recuerdo de Barghest me hace pensar en que él salvó a Frannie de Beherit. Intento bloquear con más fuerza los recuerdos que tengo de ella, pero cuanto más lo

intento, más presente está en mi mente.

Eso es todo lo que el espectro necesita. Veo la satisfacción en su rostro cuando conecta con ella. Yo lanzo un gruñido, porque sé lo que eso significa. La ha sacado de mi mente y ahora la tiene en la suya. Los espectros son la encarnación demoníaca de una pesadilla. Perseguiré a Frannie en sus sueños y a través de ellos le mostraré cosas. Los sueños de Frannie son también la ventana del espectro a su mundo. Verá todo lo que ella haga, sabrá lo que ella sepa. Y, lo peor de todo, mientras esté en su interior, Lucifer puede también adentrarse en su interior.

¡No!

Intento con todas mis fuerzas sacarlo de mí, pero sigue en mi cabeza. Levanta una mano llena de garras y la arrastra en el aire. Me muerdo la lengua y hago una mueca de dolor al sentir la quemazón de cuatro profundos cortes en el pecho. Mi camiseta cae al suelo hecha trizas. Sé que nada de esto es real, que está todo en mi cabeza, y no paro de repetírmelo a mí mismo, pero podría ser real por el dolor que me lacera el cuerpo. Su maníaca sonrisa se extiende mientras yo sigo luchando por sacarlo de mí.

Lucifer termina de recorrer su círculo y fija en mí sus inquisitivos ojos.

—Realmente eres un caso único. No puedo evitar sentir curiosidad. Estoy seguro de que me entiendes.

Así que de eso se trata. Se supone que soy una rata de laboratorio. Me desmembrará poco a poco, mental y físicamente, buscando respuestas, pero también para mostrarle a todo el Infierno qué les sucede a los traidores. Así podrá matar dos pájaros de un tiro.

De pronto, vuelve a estar a pocos milímetros de mí y yo intento prepararme para el inevitable dolor. Pero en lugar de eso, él presiona su rostro contra mí y puedo sentir su aliento abrasador en mi oreja.

—Sé lo que es y voy a apoderarme de ella, Lucifer. Ella era mía en los Principios y volverá a ser mía. No hay nada que puedas hacer para detenerme.

¿Qué quiere decir con que era suya en los Principios? Un frío sentimiento de pavor me atraviesa el cuerpo y mi corazón de azufre se desintegra en miles de granos de arena.

Oscuras ideas inundan sus ojos.

—Transfórmate, Lucifer.

Nunca antes había sido capaz de desobedecer una orden directa suya, pero de pronto descubro que me estoy resistiendo. Algo en lo más profundo de mi ser no quiere transformarse, no quiere volver a mi apariencia de demonio. Busco en mi interior esa parte que se resiste y se me doblan las rodillas cuando descubro la razón. Porque es a Frannie a quien veo: la parte de ella que llevo en mi corazón. La parte de ella que soy también yo y la parte de mí que se resiste a dejarla ir.

Eso es lo que quiero ser. Quiero ser quien era cuando estaba con ella. Si me libero de mi caparazón humano, del que llevaba cuando estaba con ella, del que la ha tocado, ¿qué sucederá? ¿Qué pasa si el recuerdo de lo que era vivir con ella se

encuentra encerrado en este caparazón? Si ahora mudo de piel, puede que pierda su recuerdo para siempre. Se habrá ido y me aterra el hecho de pensar que ese recuerdo no regrese jamás. Ese recuerdo es lo único que hace que mi existencia sea soportable.

—No.

Un grito ahogado colectivo emana de la muchedumbre y los ojos de Lucifer se abren incrédulos. Un instante después, cientos de rayos de luz atraviesan mi cuerpo. Grito con todas mis fuerzas y me desplomo contra el poste cuando por fin se detienen. Se oye un suave siseo entre la multitud.

La forma demoníaca del rey Lucifer aparece rasgando su porte humano y se queda en pie frente a mí en toda su gloria infernal. Me mira penetrándome con unos abrasadores ojos verdes engarzados en unas facciones angulares con una piel más que negra. Mi corazón de azufre late con fuerza cuando él despliega sus alas de murciélago y las extiende envolviéndonos a ambos en un negro capullo de piel y bloqueando la entrada de la luz y de cualquier sonido. Cuando sus alas me han rodeado por completo, el mal empieza a emerger de él a oleadas, ahogándome en oscuras ideas y depravados pensamientos.

Su voz es un siseo salvaje:

—¿Qué has dicho?

Vuelvo a sumergirme en lo más profundo de mi ser y descubro a Frannie, mi fuerza.

—No. He dicho que no.

Esta vez la fuerza de su poder es insoportable. Puro fuego eterno me rasga el cuerpo entero y destruye todo lo que encuentra en su camino. Lo último que oigo antes de que todo se desvanezca en una atroz oscuridad es mi propio grito de dolor.

Maldito Infierno

Frannie

Tengo las sábanas completamente enrolladas en el cuerpo y el corazón me late con fuerza en el pecho cuando me despierto de mi inquietante sueño al oír mi propio grito. Había como unos rayos de luz en mi cabeza, pero esta vez era diferente.

Esta vez me sentía bien.

Mi grito no era un grito de agonía. Era un grito de éxtasis.

Luc.

Lo sentí, sentí su oscura y misteriosa energía cuando estuve en Boston la semana pasada con Riley. Incluso estaba convencida de haberlo visto, un instante, en el Starbucks y de haber percibido su olor a canela. Desde aquel día, él ha estado conmigo, un sentimiento del que no me puedo zafar que me arrastra a ese profundo espacio de mi corazón que al parecer no quiere deshacerse de él.

Y también estaba en mi sueño. Sentí el rayo de luz en mi cabeza mientras le hacía cosas horribles a Luc, mientras lo torturaba. Serpientes. Garras. Fuego. Y él gritaba y cada grito enviaba una oleada de atroz placer a mi cerebro.

Oh, Dios, me encantaba.

¿Qué demonios me está pasando?

Pero cuando mi cabeza empieza a girar y empiezo a sentirme enferma, me doy cuenta de que no era realmente yo. La persona que torturaba a Luc en mis sueños era otra, no yo. Alguien oscuro, sin una forma definida ni rostro. Yo miraba a través de sus ojos mientras Luc gritaba y sentía su sed de sangre y me deleitaba con ello.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, me doy la vuelta hacia la papelera que hay al lado de mi cama y la cojo por miedo a acabar vomitando. Pero no lo hago. Lanzo un gemido y vuelvo a recostarme sobre las almohadas cuando la puerta de mi habitación se abre.

Papá asoma la cabeza.

—Frannie, cariño, ¿estás bien?

Al verme con el pelo mojado por el sudor, pegado en la frente, temblando, él entra y se arrodilla ante la cama.

Yo intento respirar profundamente para calmar los latidos de mi corazón, pero no funciona. Miro a mi espalda con la esperanza de encontrar a Gabe allí, pero no está. *Lo necesito.* Levanto la mirada hacia papá.

—Sí, perdona. Era solo un sueño. —Se me rompe la voz y él lo nota.

Advierto una profunda preocupación en su expresión y me abraza con fuerza.

—Sé que han sido unas semanas bastante duras...

—De verdad estoy bien, papá. —Me reclino apoyándome sobre el codo—. O por lo menos lo estaré.

—¿Quieres que me quede?

—No, estoy bien. Gracias.

Vuelvo a recostarme sobre las almohadas e intento sonreír. Estoy convencida de que no consigo engañarlo, pero él suspira y se vuelve hacia la puerta.

—Llámame si me necesitas.

—Claro, papá.

La puerta se cierra tras él y yo dejo brotar las lágrimas que he estado aguantando. Me doy la vuelta y hundo la cara en la almohada para amortiguar el sonido de mis sollozos. Entonces una mano me acaricia la espalda y los frescos rayos de sol de invierno inundan mi ser. Me siento en la cama y miro a Gabe, sentado al borde.

—¿Dónde estabas?

—Había una cosa de la que tenía que ocuparme.

—Luc... he tenido un sueño.

—Lo sé.

El dolor de mi corazón me obliga a preguntar. Necesito saberlo.

—¿Qué era eso? ¿Qué es lo que he visto?

Las sombras de la noche no consiguen ocultar la preocupación que cubre su rostro, pero no responde.

Se me acelera el corazón al sentir de nuevo la presión en mi pecho y me cuesta respirar.

—¿Gabe?

—Estoy trabajando en ello, Frannie —dice bruscamente.

Nunca antes me había hablado así. Algo realmente malo está sucediendo. Siento que el terror se apodera de cada célula de mi cuerpo.

—¿Trabajando en qué? ¿Dónde está Luc?

Él duda.

—En el Infierno.

La habitación empieza a girar. No puedo respirar. Los rayos de luz en mi cabeza... Todo era real. Lo miro a los ojos.

—¿Está... muerto?

—Técnicamente no.

—¡Por todos los santos! ¡Dime qué está pasando!

Él suspira profundamente.

—Es un demonio, Frannie.

Sus palabras son como si me dieran una patada al estómago haciendo que me quedara sin aire en los pulmones.

—Un demonio... en el Infierno. —Levanto los ojos para mirarlo—. ¿Ha

regresado?

Gabe asiente con tristeza.

—¿Por qué iba a querer regresar?

Él me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—Supongo que pensaba que ya no tenía ninguna razón para seguir aquí.

Me abrazo a él y dejo que me ayude a recuperar el ritmo más o menos normal de mi corazón.

—Así que se ha ido... de verdad.

—Estoy intentando traerlo de vuelta.

Yo me abrazo a él con más fuerza y respiro profundamente con la intención de llenar el agujero de mi pecho. Y lo lleno, lo lleno de rabia. La siento hirviendo en mi interior hasta que noto cómo se sacude mi cuerpo también. Había llegado ya al punto en que pensar en Luc no me hacía añicos el corazón. Ha sido muy duro, pero sabía que tenía que sobreponerme y superarlo.

Pero él ha vuelto. Sin pensárselo dos veces.

Me aparto de Gabe.

—No lo traigas aquí por mí.

Sus ojos azules me atraviesan el cuerpo hasta llegar a mi alma mientras levanta la mano y me acaricia la mejilla con el pulgar. En sus ojos veo una tormenta que los oscurece, aunque siguen brillando en la sombra. Y entonces sus labios se posan sobre los míos, tiernos y a la vez acuciados por la desesperación.

Saboreo sus frescos rayos de sol de invierno y algo explota en mi interior iluminando hasta el rincón más oscuro de mi alma. Estoy envuelta en la nieve de verano que ayuda a sacar de mí toda la ira que he acumulado. Me abrazo a él con más fuerza y lo beso con mayor intensidad, sintiendo que necesito más.

Él se pone tenso, lo que hace que vuelva en mí.

—No te deseo —susurro entre sus labios, insistiendo en creer que es verdad.

Él apoya su frente contra la mía.

—Lo sé. —Lo siento estremecerse cuando se aparta de mí—. Todo esto es muy duro.

—Lo siento. Intento no... —¿No qué? Intento no desearlo, supongo. Pero él hace imposible que no lo ame.

Él me apoya la cabeza en su hombro y siento que tiembla.

—Voy a traerlo de vuelta por los dos —dice—. Te quiero...

Las mariposas que revoloteaban en mi estómago explotan en una oleada de emoción. Respiro profundamente, me aparto de sus brazos y lo miro a sus hermosos ojos azules.

—Yo también te quiero.

Su sonrisa es triste.

—Pero no puedo tenerte. Tú eres de Luc. —Se levanta y camina hacia la puerta—. Estaré aquí fuera —dice abriéndola—. Llámame si me necesitas. —Y se

desvanece en el mismo instante en el que pone un pie en el pasillo.

—Te necesito —susurro a sus espaldas.

Vuelvo a echarme sobre las almohadas con la intención de no quedarme dormida otra vez, solo permanecer tumbada observando las sombras iluminadas por la luz de la luna bailando en el techo de mi habitación. Con los dedos me recorro los labios, todavía ardientes, intentando no desear a Gabe... o no preocuparme por Luc.

Luc

Lucifer sigue caminando formando amplios círculos alrededor del poste del que todavía estoy colgando, analizándome desde todos los ángulos.

He perdido la noción del tiempo. Me resulta imposible decir cuánto tiempo llevo aquí encadenado. Lo que sí que sé es que a Lucifer le gusta tomarse su tiempo para hacer las cosas y en este caso no tengo la menor duda de que me dejará aquí colgado meses, incluso años.

Se acerca a mí, su curtido rostro sobre el mío, y me preparo para otra ronda de sufrimiento.

—¡Transfórmate! —gruñe.

Dejo caer la cabeza abrumado por la extenuación y observo los profundos cortes de mi pecho. Unos cortes que estarían sangrando si todavía fuera humano, pero que queman como si me hubieran echado ácido encima igualmente. Tengo cortes por todas partes, en las piernas, en la espalda... El perro del Hades da vueltas alrededor del poste a una distancia prudencial, detrás de Lucifer, babeando y gruñendo. Decidí traer a los perros del Hades cuando llegué a la conclusión de que tenía que ser un ejemplo más visual para la multitud.

Pero el espectro sigue ahí en pie, sonriendo. Esperando.

Yo hago una mueca ante el inevitable dolor que mi respuesta está a punto de conjurar.

—No.

Lucifer suspira y chasquea los dedos. De pronto los colmillos del perro del Hades están sobre mi hombro, rasgando mi carne y esparciendo su abrasador veneno por todo mi cuerpo. Ante cada nueva herida, deseo con todo mi corazón morir en ese instante, pero sé que no será tan misericordioso.

Siento que decae mi determinación cuando el dolor se apodera de cada célula de mi cuerpo.

—Está bien —bufo entre dientes. Intento levantar la cabeza, pero es como si me pesara una tonelada.

Lucifer da un silbido y el perro del Hades se aparta. Yo soy un peso muerto contra el poste. Tiro de las muñecas encadenadas y apoyo la frente contra la chamuscada

madera. Él me mira, moviendo la mano en el aire con impaciencia en mi dirección, con una ceja arqueada.

Cierro los ojos con fuerza, como si el hecho de no verme a mí mismo transformarme cambiara alguna cosa y me concentro en mantener viva en mi cabeza esa pequeña porción de Frannie que tengo en el corazón. Pero justo cuando estoy a punto de ceder y abandonar mi forma humana, el aire acre del Infierno empieza a arremolinarse y una brillante luz blanca irrumpe en una oleada de sombras color añil.

Lo último que oigo mientras me arrastran a través del tiempo y del espacio en un vertiginoso viaje es el rugido de Lucifer.

Cuando vuelvo en mí, estoy sobre una suave cama cubierto con sábanas blancas. En una habitación blanca con muebles blancos.

La casa de Gabriel. Tiene que ser su casa.

Aparto a un lado la sábana que me cubre y examino mi cuerpo. Las heridas en mi pecho y en mis brazos son graves pero están cicatrizando, una de las ventajas de ser un demonio. Pero el recuerdo del dolor que me han causado sigue presente como un profundo e incómodo cosquilleo.

Me doy la vuelta y me siento en el borde de la cama y mi cabeza empieza a girar vertiginosamente.

Y de pronto me doy cuenta. Estoy en casa de Gabriel. Alguien ha ejercido la suficiente presión o influencia como para sacarme del Infierno. Para arrancarme de las mismísimas manos del rey Lucifer.

Vuelvo a sentirme mareado.

—Frannie —digo en un susurro.

Sé que no debería tener tales esperanzas, pero es algo que no puedo evitar. Me levanto de la cama de un respingo y me tambaleo. Cuando recupero el equilibrio me acerco a coger la ropa que hay en el armario blanco, cerca de la cama. Saco la camiseta y los vaqueros que Gabriel ha dejado preparados para mí, abro la puerta, salgo corriendo de la habitación y bajo las escaleras con piernas temblorosas.

Gabriel está repantigado en el sofá del salón, con una pierna apoyada sobre el reposabrazos, hojeando una copia de *La danza de la muerte* de Stephen King.

—Deberías plantearte seriamente comprarte unas gafas para leer.

Miro ávidamente alrededor buscando a Frannie, pero solo estamos nosotros dos. Gabriel deja el libro abierto a un lado del sofá y me mira en silencio. Yo doy un traspie en mi camino hacia la silla que hay bajo la ventana y me dejo caer sobre ella.

—Dime, ¿qué ha sucedido?

Él arquea los labios en una media sonrisa.

—Es una larga historia.

Me inclino hacia delante con los codos sobre las rodillas.

—Puesto que al parecer vuelvo a ser inmortal, tengo todo el tiempo del mundo.

—Encontramos una fisura.

Lo miro fijamente.

—Teniendo en cuenta lo que para mí es una larga historia, esta me parece bastante sosa.

Él se mueve incómodo en el sofá.

—Esa pequeña porción de tu esencia que sigue siendo tu alma humana nos pertenece, así que ejercimos nuestro derecho a reclamarla. Evidentemente siempre está implicada la política. Me costó bastante lograr convencerlo a Él para que interviniera y, en este aspecto, Michael no fue de gran ayuda, ya que teníamos que pasar por encima de más de uno para poder sacarte de allí.

Mi corazón se hunde en un pozo y vuelvo a reclinarme contra la silla, bajando la mirada a la alfombra del suelo, porque yo creía que...

—No ha sido Frannie —digo en voz alta para hacer que el pensamiento se haga real, para confirmármelo a mí mismo. Me equivoqué al esperar que ella hubiera cambiado de idea y hubiera utilizado su influencia para salvarme.

Él me confirma lo que yo ya sabía al dudar antes de responder.

—No, no ha sido ella.

Ya está. Frannie ha terminado conmigo para siempre.

Se me hace un nudo en la garganta e intento tragármelo, pero puedo oír el temblor en mi voz de todos modos.

—Así que me has vuelto a salvar el culo una vez más.

—No llevo la cuenta.

Yo suspiro.

—¿Por qué lo has hecho?

—Necesito tu ayuda. —Cierra el libro y me mira con una sonrisa de suficiencia —. Imagínate mi sorpresa cuando empecé a buscarte y te encontré en el Infierno.

—Deberías haberme dejado allí.

Él se reclina en los cojines y suelta un largo suspiro.

—Frannie te necesita.

—Es cierto, me necesita. Me necesita lejos de ella y el pozo del Fuego Eterno es lo más lejos que puedo estar.

Se levanta del sofá y camina hacia la ventana.

—Al parecer Lucifer tenía en mente mejores planes para ti —dice con la mirada perdida en el vacío.

—No importa. No era nada que no me mereciera.

—Eres igual que Frannie, echándote las culpas por todo lo que pasa.

—La diferencia es que la mayoría de todo lo que ha pasado es culpa mía. —Cierro los ojos con fuerza para intentar borrar la imagen del angustiado rostro de Frannie y me levanto de la silla—. Deberías haberme dejado allí —digo dirigiéndome a la puerta.

—No podía. Hablo en serio cuando digo que necesito tu ayuda. Frannie está en

apuros, Luc. —Una sombra de culpabilidad oscurece sus facciones y baja los ojos hacia sus inquietas manos—. Se encuentra hecha un lío y yo no creo que la pueda ayudar con eso.

Me vuelvo y lo miro directamente a sus atormentados ojos. Está a punto de derrumbarse. Aunque nunca lo admitiría ante mí, está enamorado de Frannie. Y no dejó de amarla cuando se marchó y ella se quedó conmigo, lo que significa que no tiene nada que ver con su influencia. Pero ahora que Frannie lo desea...

Yo suelto una carcajada seca. Esto tiene gracia.

—Me has salvado del Infierno para que interfiera entre tú y ella.

—Ella debe estar contigo —dice con una voz llena de dolor—. Tú eres el único que entiende lo que está en juego. Necesita tu apoyo.

—Te tiene a ti —digo con una sonrisita—, un honesto ángel de Dios. ¿Qué iba ella a querer de mí?

—Yo no puedo... —empieza a decir—. No pensé que nada de esto pudiera suceder. Que yo podría... —Me mira fijamente—. Soy un Dominación. Ya sabes lo que sucedería si pierdo mis alas.

No puedo tener esta conversación.

—Deberías haberlo pensado antes de enamorarte de ella.

Intento transportarme de vuelta a mi apartamento, pero debería haber sabido que no funcionaría estando en el salón de Gabriel y bajo su escudo celestial. Abro la puerta de golpe y salgo furioso al porche con la imperiosa necesidad de alejarme de allí.

Pero sería demasiado esperar que Gabriel me dejara tranquilo. Me sigue hasta allí y se queda mirándome fijamente.

—Fue un acto de bondad. Realmente pensaba que ella te importaba.

Hago todo lo posible por reprimirme las ganas de enviarle una ráfaga de fuego eterno, pero no voy a permitir que vea lo mucho que me duelen sus palabras.

—Solo hago lo que me sale de manera natural. Al fin y al cabo soy un demonio.

—Y un auténtico cabrón.

Empiezo a transportarme a mi apartamento, pero levanto la mirada y descubro al vecino de Gabriel de pie en el jardín, con la bata puesta y mirándonos.

—¿Qué esperabas? —le digo bajando de un salto del porche y saliendo a la calle.

Él me sigue.

—¿Por qué no quieres ayudarla?

—Ya te lo he dicho. El mejor modo que tengo de ayudarla es dejarla sola de una vez por todas.

Él sacude la cabeza y refunfuña.

Yo lo miro.

—Ve a buscar a Lilith. Ella no se detendrá ante nada.

Él mira hacia atrás y empieza a responder, pero de pronto su rostro se contrae en una expresión de aturdimiento y luego de horror. Abre los ojos.

—¡Tu apartamento, ahora! —grita. Y de pronto ha desaparecido.

Un alma que cuidar

Frannie

Luc está en el Infierno. Eso es todo lo que sé. ¿Está a salvo? ¿Muerto?

No puedo creer que haya vuelto a transformarse en demonio, que ya no sea humano. Que no sea mío. No sé qué es lo que esperaba, pero no debería estar sorprendida, porque yo he sido la que lo ha hecho. No lo quería. Lo odiaba.

Pero siempre lo he amado.

Y todavía lo amo.

Pero eso no cambia lo que hizo. No hay nada que pueda decir que haga que vuelva a confiar en él.

Y Gabe no debería confiar en mí. Anoche, cuando se fue, me pasé el resto de la noche intentando convencerme a mí misma de que no lo deseo. Pero no sirve de nada. Lo deseo.

Me dijo que me quedara en casa bajo el escudo protector de papá. Así que la razón por la que estoy conduciendo en dirección al apartamento de Luc la desconozco. Supongo que necesito estar completamente segura de que se ha marchado antes de poder dejarlo ir, antes de poder seguir adelante. Ver para creer, como se suele decir.

Estoy a punto de marcharme por donde he venido en cuanto llego al aparcamiento y veo el Shelby. Pero no lo hago. Aparco cerca del edificio y me quedo sentada en el coche lo que parece una eternidad, toqueteando la pata de conejo y acariciando los bordes afilados de la brillante llave plateada del llavero que cuelga del contacto del coche. Por fin saco las llaves, salgo del coche y me dirijo hacia su edificio. Me siento enferma y débil y me cuesta mucho hacer que mis piernas sigan moviéndose. Las imágenes se agolpan en mi cabeza: cuando conocí a Lili aquel día justo aquí, en la puerta; cuando subimos la vieja cómoda de mi madre por las escaleras; la caída de Matt... Casi me doy la vuelta al sentir que el peso de mi atormentado corazón me aplasta el poco valor que he logrado reunir. Haciendo de tripas corazón, empiezo a subir las escaleras.

Con cuidado introduzco mi llave en la cerradura, intentando no recordar lo que me encontré dentro la última vez que hice este mismo gesto y doy un respingo cuando oigo una suave voz que me llama desde el pasillo.

—¿Frannie?

Noto que me tiembla todo el cuerpo y estoy algo mareada al volverme y

encontrarme a Lili de pie frente a su puerta.

Ella se acerca con cautela hacia mí.

—De verdad que necesito hablar contigo, Fee. —Su voz suena suave, asustada.

Yo parpadeo, tratando de aclarar mi mente, para obligarme a verla como lo que realmente sé que es: un súcubo y la consorte del rey Lucifer. Pero ante mis ojos solo es la tímida y atemorizada Lili.

La Lili que estaba en la cama con Luc la última vez que la vi.

Siento los latidos de mi corazón golpear fuerte en mis oídos y me trago la amarga bilis que me ha subido a la garganta al verla.

—¿Qué quieres?

Ella baja la mirada al suelo.

—Él no está —dice.

Doy la última vuelta a la llave y abro la puerta de un empujón. Tiene razón. El apartamento está vacío. Me vuelvo hacia ella.

—¿Qué quieres? —repito luchando por mantener la voz tranquila.

Ella se acerca lentamente hacia mí.

—Yo solo... —empieza a decir mientras va acercándose más—. ¿Podemos hablar?

Abro la puerta de par en par y ella entra con los hombros caídos. La sigo y cierro. Mis ojos vuelven a analizar el apartamento y cuando llegan a la cama, no puedo evitar el dolor en mi corazón ni las lágrimas que brotan de mis ojos. El recuerdo de Luc y de mí, nuestra primera vez, y todo lo que pensaba que significaba, acaba eclipsado por la imagen de él en esa misma cama con Lili. Me vuelvo hacia ella.

—Di lo que tengas que decir y déjame en paz.

Levanta los ojos del suelo para mirarme y da un dubitativo paso hacia delante.

—Yo no lo deseaba —dice.

Los veo juntos en la cama con tal claridad como si estuviera pasando en este mismo instante, justo delante de mí.

—Podrías haberme engañado —suelto.

Sus ojos se funden en los míos y yo me sorprendo ante la repentina fuerza que veo en ellos. Y algo más. Algo caliente e interminable y antiguo.

—Te deseo a ti.

De pronto me paraliza un abrumador deseo. Ella se desliza hacia mí y, cuando estoy bloqueada contra la puerta, presiona su cuerpo contra el mío. Cierro los ojos al sentir un arrebatado de éxtasis recorrer todas las células de mi cuerpo. Siento su cálido aliento en mi mejilla y suelto un gemido mientras intento apartarme de la puerta. Pero de pronto su mano está sobre mi rostro, acariciándome. Sus dedos trazan la línea de mis pómulos hacia mi nariz y hasta mis labios. Yo abro los ojos y de repente me siento como hipnotizada. Se me acelera el pulso, en parte solo por miedo.

Intento respirar profundamente cuando veo que la habitación empieza a girar y luego todo se hace borroso cuando sus labios tocan los míos. Un cosquilleo eléctrico

me recorre el cuerpo y cuando ella intenta apartarse soy yo la que no la deja. Siento su sonrisa sobre mis labios cuando mis brazos, que hasta ahora la empujaban para alejarla, empiezan a atraerla hacia mí.

—Eso es. Solo déjate llevar... —susurra.

Y, al oír sus palabras, en mi mente aparece Luc, lo perdido que estaba en ella. Siento algo oscuro, feo, antiguo que se arremolina en mi interior tratando de tomar el control.

Me retiro y sacudo la cabeza cuando las campanas de alarma empiezan a sonar en mi cabeza. Instintivamente, le cojo el brazo y se lo retuerzo, haciéndole una llave.

Pero, rápidamente, ella se deshace de mi llave y se aparta de mí.

—No tiene por qué ser así, Fee. Tú no sabes quién soy y lo que puedo hacer por ti.

—No te atrevas a llamarme así —le digo en un gruñido. Siento que una nueva fuerza crece en mi interior mientras observo a la que es el verdadero objeto de mi ira—. Y de hecho, sí que lo sé, Lilith.

De pronto ella parece acongojada, baja la cabeza y se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Ha sido Gabriel? ¿Qué te ha dicho?

—No ha sido Gabe —digo recordando la cara de mi padre cuando me explicó lo de Lilith. Cómo perdió sus alas por ella.

Ella parpadea.

—Daniel —susurra como si me estuviera leyendo la mente. Vuelve a mirarme fijamente con unos ojos profundos y llenos de dolor—. Él fue especial para mí. Mi primer ángel.

Aparto la mirada antes de que sus ojos puedan volver a hipnotizarme y siento que la ira bulle en mi interior. Pero entonces recuerdo la tristeza en su rostro cuando conoció a papá aquel día en el garaje y casi estoy a punto de creerla. Se apoderan de mí emociones contradictorias: dolor, pena, vergüenza, lujuria... hasta que mis pensamientos se convierten en un amasijo de dudas.

—¿Especial? —suelto—. ¿Y qué hay de Matt? ¿Y de Luc? ¿También eran especiales?

Algo oscuro le cubre el rostro.

—Su lujuria me mantiene con vida. Sin ellos, moriría. Así que supongo que todos son especiales a su manera.

Doy un salto hacia la puerta e intento llegar al pomo cuando oigo que añade:

—Pero ninguno tan especial como tú.

Presiono mis manos contra la puerta y lucho contra la oleada de deseo que amenaza con apoderarse de mí.

Cuando me vuelvo hacia la habitación, ella está ahí, a pocos milímetros de mí. La necesidad de soltar la puerta y cogerla y atraerla hacia mí es casi irresistible. Me duele el cuerpo. Mi deseo hacia ella es un sentimiento totalmente salvaje que se

apodera de todas mis terminaciones nerviosas.

Siento que me quedo sin aire cuando cubro la corta distancia que hay entre nosotras y presiono mis labios contra los suyos. Un gemido que es casi como un rugido irrumpe desde lo más profundo de su ser cuando se acerca todavía más a mí y me empuja contra la puerta.

Al cabo de un minuto, mi ya acelerado corazón se desboca todavía más cuando intento coger aire y veo que no puedo. Lili está literalmente asfixiándome con su beso. Hay algo excitante en el pensamiento de morir entre los brazos de Lili. Me estremezco y presiono mi cuerpo contra el suyo, con mis pulmones luchando por conseguir un poco de aire. Es casi como si ella me estuviera absorbiendo la vida con su beso. Y yo quiero que lo haga.

El beso de la muerte.

El terror agudiza mis sentidos y se mezcla con la intensidad de mi lujuria por Lili. Nunca antes había experimentado algo así, nunca antes había sentido unas emociones tan salvajes y fuera de control. Tiro de su ropa ante la necesidad de tenerla más cerca y siento sus dedos presionar mi garganta, cortando mi minúsculo suministro de aire. Ante mis ojos empiezan a brillar cientos de estrellas mientras una oleada de éxtasis inunda mi cuerpo.

Sus labios se deslizan apartándose de los míos y trazando un ardiente camino por mi mejilla hasta mi oído.

—Eres mía —susurra mientras aprieta con más fuerza mi garganta entre sus manos.

Por encima de su hombro, al final de un largo túnel, veo la cama de Luc. La cama donde yo me entregué a él. La cama donde él me traicionó.

Con Lili.

Ante el recuerdo de lo que Luc y yo teníamos, de lo que hemos perdido, me inunda una profunda pena. La tibia lágrima que se desliza por mi mejilla me saca bruscamente de mi trance. Algo en mi corazón se tensa mientras las alarmas en mi cabeza empiezan a sonar con fuerza. Y de pronto oigo la voz de Gabe.

Ella es un demonio, pero no lo es.

Mantengo mis ojos fijos en la cama, en mi profunda pena, mientras me alejo de Lili con la certeza de que no podría encontrar la fuerza para apartarme si la estuviera mirando a los ojos. Con gran esfuerzo, consigo crear cierto espacio entre las dos. Me duele más de lo que nunca hubiera podido imaginar separarme de ella, una dolorosa necesidad que me atraviesa los huesos. Su mano sobre mi garganta no se relaja lo más mínimo y es casi reconfortante saber que todavía estamos conectadas.

Pero cuando ella aprieta mi garganta con más fuerza, intentando no soltarme, siento como si me fueran a estallar los pulmones. Las estrellas brillan con más fuerza ante mis ojos y el pánico envía oleadas de adrenalina a mis miembros. Yo cojo la mano que tiene en mi garganta y le retuerzo el brazo en una llave, levantándola por los aires y haciéndola caer de bruces. La sangre empieza a circular por mi cabeza a tal

velocidad que me mareo. Siento frío y calor a la vez y un cosquilleo por todo el cuerpo mientras vuelvo a la vida.

—¿Qué quieres de mí? —Es casi un sollozo lo que sale de mi áspera garganta.

Ella gira la cabeza a un lado y me mira por encima del hombro que le mantengo retorcido.

—Todo. Tu destino está con nosotros. Conmigo.

Aunque no la miro a los ojos, me abrumba la salvaje atracción que siento por ella y que se intensifica con sus palabras. De pronto, sé que tiene razón. Sé, sin lugar a dudas, que ella y yo estamos destinadas a estar juntas. La deseo más de lo que he deseado nada en mi vida.

Pero mientras la mantengo sujeta contra la puerta, me acuerdo del día que Luc también me mantenía atrapada en este mismo punto. Casi puedo sentir su cuerpo contra el mío, su aliento en mi oído mientras me susurraba: «Te quiero con cada célula de mi cuerpo».

Las lágrimas empapan mis mejillas ante el recuerdo y ahora sé que en realidad él no sentía lo que decía.

—Quita de ahí —le digo con toda la valentía que soy capaz de reunir.

Ella sigue con la espalda contra la puerta y sacude la cabeza.

Me acerco para darle un empujón y apartarla de mi camino, pero ella se deshace de mi abrazo y me vuelve a coger por la garganta.

—No me obligues a hacer esto, Fee.

Antes de que pueda volver a cortarme el suministro de aire, yo levanto la pierna y le doy en la rodilla, obligándola a soltar ligeramente mi garganta. Me desprendo de sus manos y retrocedo unos pasos hacia la cama.

—Déjame marcharme.

—Tengo órdenes. Mi rey te quiere con él. No puedo dejarte ir.

—Estoy marcada para el Cielo. No puedes llevarme.

Por un momento se queda pensativa.

—Simples detalles técnicos. Pero con Luc y Matt... lejos —una pequeña sonrisa curva sus labios—, las cosas parece que no están tan claras.

Yo bordeo la mesa de la cocina con la intención de acercarme a la puerta. Ella se vuelve y sigue mis movimientos con la mirada, pero no me persigue. Paso por su lado y alcanzo el pomo de la puerta, pero justo cuando mis dedos acarician el frío metal, mi libertad, ella me aparta la mano de la puerta con un golpe.

Su rostro se oscurece.

—Esto va en serio, Fee. Yo consigo lo que quiero, por si todavía no te habías dado cuenta, y ahora mismo te quiero a ti.

Intento respirar al sentir el eléctrico cosquilleo que recorre mi piel e intento volver a alcanzar el pomo de la puerta. Ella se abalanza hacia mí, pero yo la bloqueo cogiéndole el brazo y dándole una patada en la rodilla. Ella cae sobre su otra rodilla y cuando yo le lanzo un puñetazo contra la cara, se levanta y me da en las piernas. Yo

caigo de espaldas, golpeándome con fuerza la cabeza contra la puerta y siento un hilillo de sangre brotar entre mi pelo mientras me levanto.

—Ven conmigo, Fee. Por favor. Esto puede ser agradable, sencillo. Puedo hacer que sientas cosas que nunca hubieras imaginado sentir.

—Nunca iré contigo.

Una sombra cruza su rostro y, de repente, parece acobardada.

—No tienes ni idea de lo que él hará conmigo si...

—Tengo una idea bastante clara —digo sin poder evitar el tono sarcástico en mi voz—. ¿El pozo del Fuego Eterno?

Ella sacude la cabeza y palidece.

—Eso es para sus subordinados. Para mí... —Ella se estremece y no puede terminar de decir la frase. Tiene unos ojos apagados en un rostro angustiado y se entrelaza con fuerza los brazos alrededor de la cintura.

Yo casi siento pena por ella, pero ahora ya sé que ese es su juego. Antes ya caí en su trampa de hacerse la indefensa y dejé que pusiera mi mundo patas arriba. No volveré a caer en su trampa.

Me aprovecho de su momento de distracción para intentar nuevamente acercarme a la puerta, pero levanta una pierna y me propina una patada en la cadera que me hace retroceder unos pasos. Nos movemos por el apartamento intercambiando golpes y Lilith se las arregla para estar siempre entre la puerta y yo. Tiene tantas heridas sangrantes como estoy convencida tengo yo también, pero no me dejo vencer.

El pánico se apodera de mí ante el vago pensamiento de que nunca antes en mi vida he estado metida en una pelea de verdad. Nadie puede vencerme en el gimnasio. Pero mis contrincantes de allí no son Lilith. Y, en realidad, tampoco están intentando matarme. Luego, de pronto, vuelvo en mí. Si puedo tener alguna oportunidad de vencer, el pánico no me va a ayudar.

Respiración. Equilibrio.

Influencia...

Luc me diría que me sirviese de mi influencia.

Ella me da una patada. Yo la bloqueo y salto para apartarme de su camino, tratando de decidir de qué se supone que debo convencerla.

Estoy marcada para el Cielo. No puedes llevarme contigo.

Ella ni siquiera duda un instante antes de lanzarme otra patada que, esta vez, me acierta en pleno pecho y me lanza contra la pared. Con un movimiento rápido, me aparto de la pared impulsándome con los hombros cuando ella vuelve a arremeter contra mí.

No me quieres.

Esta vez ella sí que duda, solo por una fracción de segundo, pero el tiempo suficiente para poder propinarle un puñetazo directamente en el ojo derecho. Su cuerpo se gira hacia la mesa y casi la tira al suelo.

—Eres buena —dice con cierto tono de admiración en la voz. Se limpia con el

dorso de la mano un hilo de sangre que le cae de la ceja y se inclina contra la mesa como si se estuviera dando por vencida.

Yo bajo los brazos y avanzo hacia la puerta. Al ver que ella no hace ningún movimiento para detenerme, suelto un suspiro de alivio y miro en su dirección.

Eso es justo lo que ella necesitaba.

Su pie se abalanza contra mi estómago, rápido como un rayo, lanzándome de espaldas a la cama, mientras todo el aire que tenía en los pulmones explota en un doloroso zumbido. En un abrir y cerrar de ojos, ella está sobre mí. Retuerzo las piernas en su cuerpo e intento hacerle una llave, pero ella no se mueve, ni tampoco lo hace la almohada que aprieta con fuerza contra mi rostro.

Me quedo sin aire y no encuentro el modo de recuperarlo. La almohada me impide respirar. Mientras lucho por conseguir que entre algo de aire en mis pulmones, cojo con fuerza el crucifijo que llevo colgado al cuello, tiro de la cadena y se lo muestro con toda mi ira.

—Me gustan las joyas tanto como a cualquier chica, pero no soy un demonio, Fee —dice arrancándomelo de la mano—. Así que, a no ser que estés intentando regalármelo, tu gesto no tiene ningún sentido.

Mi fuerza empieza a fallar a medida que las estrellas brillan con más intensidad ante mis ojos. Me queman los pulmones. Cuanto más pateo y me resisto, más brillantes se vuelven las estrellas, hasta que siento tal pesadez en mis miembros que ya no puedo moverlos. Y justo antes de que el mundo desaparezca en un punto negro, siento un escalofriante tirón en mis entrañas, como si alguien estuviera sacándome los intestinos por el ombligo.

Cuando abro los ojos, el mundo parece diferente. Me siento algo mareada. Todo está confuso y distorsionado, como si lo mirara a través de los espejos de la casa de la risa de una feria. Parte de lo que veo está borroso porque tengo el ojo derecho hinchado. Pero eso no es todo. Aparto la mirada del techo y empiezo a escrutar la habitación: una silla volcada, una mancha de sangre en la puerta... Una oleada de pánico se apodera de mí cuando me acuerdo de Lilith. Doy un salto de la cama, miro alrededor y casi me caigo al suelo cuando la sensación de mareo vuelve a apoderarse de mí. Mi cuerpo no se mueve como yo espero que lo haga cuando por fin me pongo en pie. Me siento extraña. Completamente extraña en mi propio cuerpo. Doy un salto y observo a mi alrededor en busca de Lilith, pero lo que se encuentran mis ojos es conmigo.

Mi cuerpo está tirado sobre la cama inmóvil y pálido.

¿Yo? ¿Estoy muerta?

¿Cómo puedo ser yo esa? Doy un par de empujones al cuerpo inmóvil. Nada. Busco el pulso en mi cuello. Está ahí, pero apenas perceptible. El pavor me lleva a la consciencia y una vaga sensación de terror me cosquillea en la mente, pero no llega a

desarrollarse por completo.

Con una fría objetividad observo la sangrienta mano que hay sobre mi cuello sin vida. Una mano humana con las uñas pintadas de azul.

Me dirijo hacia el espejo que hay detrás de la puerta del baño y allí encuentro a Lilith, llena de sangre pero intacta, mirándome a través de la superficie de cristal. Yo levanto la mano y ella hace lo mismo.

—Bienvenida a mi humilde morada. —La voz de Lilith no tiene el sonido que mis vibrantes tímpanos crearían si ella hablara. Es un eco en el interior de mi cabeza.

¡No!

Lilith me sonrío desde el espejo.

Vuelvo a mirar hacia mi cuerpo en la cama y soy apenas consciente de que debería haber intuido que esto iba a pasar. Tengo clarividencia. La última vez que estuve a punto de morir, me vi muerta a mí misma antes de que sucediera. Debería haber advertido alguna señal de alerta. *¿Significa eso que no estoy realmente muerta?*

—Técnicamente no lo estás —dice el eco de Lilith en mi cabeza. Ella siente mi confusión y, con una voz triunfante sigue hablando—. No obstante, te encuentras lo suficientemente cerca de la muerte como para liberar tu alma. Si te hubiera matado, los del Cielo hubieran venido a robarla y eso hubiera sido completamente inaceptable. Tu destino está conmigo.

Vuelvo a mirar mi cuerpo.

—¿No estoy muerta? —digo en voz alta. Pero no es mi voz la que formula la pregunta, sino la de Lilith.

—Todavía —responde ella en mi cabeza—. Sin un alma, tu cuerpo no durará mucho.

Toda una serie de verdades se ríen de mí bailando en la periferia de mi consciencia. La primera es que podría desear que mi alma volviera a mi cuerpo. Podría utilizar mi influencia para convencer a Lilith de que me dejara ir.

La segunda verdad es que debería estar asustada, aterrada... algo. Lo que fuera. Pero no siento nada de eso porque mis pensamientos se hallan ocupados en cosas más oscuras. Cosas como la venganza y lo mucho que odio... a todo el mundo. Cosas como lo bien que me sentaría matar a alguien. La fugaz idea de que ese alguien debería ser Lilith es rápidamente reemplazada por un pensamiento más poderoso.

Luc.

Todo lo que me ha sucedido a mí, a Taylor, a Matt es culpa suya. De pronto quiero verlo muerto por lo que ha hecho, por su traición.

Dejo que la ira se apodere de mí. Es tan agradable dejar que tome el control, no tener que reprimirla... Una descarga de adrenalina hace que me estremezca mientras camino hacia las estanterías, saco uno de los antiquísimos volúmenes de Dante del estante del medio y arranco un montón de páginas del libro. Las tiro al aire como si fueran confeti. No estoy completamente segura de que la seca carcajada que siento más que oigo sea mía, pero me estimula. Con el brazo tiro al suelo los libros de los

dos estantes del medio y luego me dirijo hacia su colección de cedés, los saco de los estantes y los tiro contra la ventana cerrada hacia el aparcamiento. El sonido del cristal roto se mezcla con el de mis carcajadas. Cojo un trozo de cristal del suelo y deslizo el filo por la palma de mi mano, dibujando una línea carmesí de sangre a su paso. Cuando me chupo la sangre siento su sabor metálico y salado empapando mi lengua. Mi gemido suena a deseo, a anhelo. Luego escucho mi voz, pero no es mi voz.

—Quiero...

La voz de Lilith es como un susurro en mi cabeza atrayéndome con promesas de placeres prohibidos.

—¿Qué, Fee? ¿Qué es lo que quieres? Si pudieras tener lo que quisieras, hacer lo que quisieras, ¿qué sería?

Dibujo la imagen de Luc en mi cabeza, su cuerpo moviéndose bajo el mío, vulnerable. Me estremezco de placer ante la idea de clavarle el trozo de cristal en el pecho, en el cuello, en la cara... La sangre de su cuerpo mezclándose con la mía, una promesa de sangre.

Eso es lo que quiero, ver morir a Luc en la agonía de la lujuria. Arrastrar su alma al Infierno y ver cómo se quema bajo las llamas del fuego eterno. La imagen del Infierno aparece clara en mi mente. Tan clara como si lo hubiera visto miles de veces.

—Muy bonito. —La voz de Lilith es seductora, alentadora—. Formamos un gran equipo, Fee. Puedo enseñarte tantas cosas... Y cuando estés lista, mi rey te encontrará un cuerpo adecuado.

Un hilo de terror me recorre el cuerpo al escuchar el nombre del rey Lucifer, pero casi antes de sentirlo es reemplazado por lujuria. Un sentimiento de lujuria hacia él y hacia su poder. Una irresistible oleada de deseo se apodera de mí. Lo necesito. Necesito estar ante él.

—Eso puede arreglarse —dice Lilith y noto su propio estremecimiento de placer mezclarse con el mío.

De pronto el aire está cargado de electricidad estática. Siento erizarse todo el vello de nuestro cuerpo mientras la electricidad me atraviesa llegando hasta la última célula. Me recorre un cosquilleo de deseo. Cojo aire profundamente para sofocar la sensación de mareo y calmar mi acelerado corazón mientras espero su llegada.

Luego un sonido rasgado inunda el aire y él aparece entre un destello de fuego rojo.

Es enorme y poderoso. Yo suelto un grito ahogado al comprobar su belleza y vuelvo a estremecerme cuando él empieza a deslizarse hacia mí, silencioso e impaciente. Su oscura y curtida piel parece absorber toda la luz que hay a su alrededor e irradiarla de nuevo a través de sus brillantes y gatunos ojos verdes engastados en un rostro anguloso. Sus cuernos rojos como la sangre están rodeados por una puntiaguda corona dorada, un recordatorio de su poder infinito. Y por mucho que desee huir, que lo necesite, estoy con los pies clavados al suelo. Solo puedo

observar, sobrecogida, que se acerca lentamente a mí con los labios dibujando una sonrisa lasciva.

—Frannie —dice con un estruendo—. Por fin eres mía de nuevo. Ha pasado tanto tiempo...

Mientras él se aproxima y me clava las garras en el hombro, el dolor y un indescriptible placer se arremolinan en mi interior.

—Recuerda... —dice con un tono áspero en mi oído.

Él me envuelve con sus alas y de pronto me invade una sensación de familiaridad, de bienestar, la fugaz imagen de un hermoso ángel con unos profundos ojos verdes. Siento sus labios ardientes sobre mi frente y su poder inunda mi cuerpo, como si me conectara con el universo con un fuego que me consume en vida, como si me conectara a una terrible felicidad. En esa eternidad que no dura más que un parpadeo, una parte de mí muere poco a poco hasta que el mundo se convierte en un oscuro pozo que gira a toda velocidad lleno de pensamientos depravados, ideas degeneradas y sentimientos destructivos.

El mundo es el Infierno.

Estoy perdida en la oscuridad.

Y luego... nada.

Luc

Cuando me traslado a mi apartamento, lo que veo está a punto de matarme. Siento que el peso de lo que he permitido que suceda aplasta mi casi corazón de azufre. En un instante, estoy en la otra punta de la habitación, sobre la cama, abrazando el cuerpo sin vida de Frannie contra mí.

Miro a Gabriel que está flotando en el aire cerca de la puerta, mostrando su forma angelical en todo su esplendor, con unas enormes dobles alas abiertas. De pronto, empieza a brillar y se desliza en el aire hacia nosotros mientras yo me vuelvo de nuevo hacia Frannie. Pero justo en el momento en que me inclino para comprobar si todavía respira, siento un calor abrasador cuando una roja ráfaga de fuego eterno ilumina la habitación seguida de inmediato por un destello de luz blanca. El ozono se superpone al azufre y casi consigue asfixiarme. Mis dedos alcanzan el cuello de Frannie y descubro que apenas si puedo sentir su pulso.

Tengo todas las esperanzas puestas en que Gabriel nos ayude, pero cuando veo que pasa volando por delante de nosotros, mis ojos se vuelven hacia la oscura imagen envuelta en su blanca luz: Lilith, de pie junto a la estantería de los libros y rodeada por las alas de murciélago del rey Lucifer. Una aparición. Debe de serlo porque han pasado millones de años desde la última vez que el rey de los infiernos se aventurara a pisar la Tierra.

Lucifer le lanza una mirada lasciva a Gabriel. Él abraza con más fuerza el cuerpo de Lilith entre su imprecisa forma. Su posesión más preciada.

—Sabes que su destino está conmigo, Gabriel —dice secamente.

—Déjala ir —responde Gabriel acercándose más todavía.

Yo abrazo con fuerza a Frannie contra mi cuerpo, bastante confundido. Entonces es cuando me doy cuenta de que, aunque está viva, no siento su esencia. No puedo oler las pasas ni el clavo. Su alma se ha marchado de su cuerpo.

He llegado demasiado tarde.

La desesperación me asfixia y yo atraigo con fuerza a Frannie hacia mis brazos, deseando que viva. Otra ráfaga de fuego eterno acaba con casi toda la cocina, pero yo apenas me altero, excepto para proteger el cuerpo de Frannie de los escombros que vuelan por los aires.

Gabriel le lanza un rayo de luz blanca a Lucifer en dirección a la ventana por donde él intenta escapar con el cuerpo de Lilith entre sus alas. El rayo de Gabriel alcanza su objetivo y Lucifer retrocede y lanza un rugido de tal magnitud que hace vibrar el cristal de las ventanas. Levanta a Lilith del suelo, la coge con uno de sus enormes brazos como si fuera una muñeca de trapo y, con un simple batir de alas se sitúa en el alféizar de la ventana, hace añicos el cristal ya roto y astilla la madera del marco con las garras de sus pies palmeados. Abre sus alas dispuesto a salir volando, y con un destello de luz blanca, Gabriel está en la otra punta de la habitación. Esquiva la ráfaga de fuego eterno de Lucifer y lo atrapa por una ala, haciéndole perder el equilibrio y caer de nuevo dentro de la habitación.

Mientras Lucifer se golpea contra la pared que hay cerca de la cama, rompiendo el yeso y destrozando parte de mi mural, lo oigo.

La voz de Lilith empieza como un sollozo lejano y ahogado, como si luchara por evitar que salieran las palabras de su boca.

—Tú no me deseas. Vete al Infierno.

Cuando veo a Lucifer detenerse a mitad de camino hacia la puerta lo entiendo todo.

Frannie.

En ese momento me quedo petrificado al darme cuenta de lo que sucede. La esencia de Frannie está en el cuerpo huésped de Lili. No sé cómo es posible, pero el terror que siento en mi interior al ver a Lucifer deslizarse hacia la puerta con Lilith bajo el brazo me dice que mi pensamiento es correcto.

Dejo el cuerpo de Frannie con cuidado sobre la cama y me levanto mientras Gabriel arremete contra Lucifer, arrancando a Lilith de sus brazos. Gabriel arrastra a Lilith detrás de él y cuando la suelta, ella cae al suelo. Intento concentrar todo el poder infernal que soy capaz de reunir y le lanzo una ráfaga de fuego eterno a Lucifer. En el mismo instante, Gabriel libera un cegador rayo de luz blanca. Ambos golpean a Lucifer en el pecho en una explosión blanca y carmesí, y hacemos que atraviese la pared que da al apartamento de Lili con un fuerte estrépito.

Lucifer se levanta del suelo y con un rugido de angustia y un escalofriante hedor a azufre desaparece entre una nube de vapor.

—Cobarde —farfulla Gabriel para sí, apagando el brillo de su cuerpo, aunque puedo reconocer cierto temblor en su voz. Se vuelve hacia Lilith y se transforma en su forma humana mientras la levanta del suelo. Cuando habla, es evidente que es Lilith la que lo hace.

—Ese vudú celestial solo funciona con los demonios, Gabriel. Yo no soy un demonio. Inténtalo y todos, y quiero decir todos —remarca con una elocuente mirada hacia el cuerpo de Frannie—, morirán.

Gabriel retrocede un paso.

—Déjala marchar.

Ella se vuelve hacia mí, pero de pronto se detiene con el rostro contraído.

—Déjalo en paz —sale de su boca en un débil y ahogado susurro.

Yo doy un paso cauteloso hacia ella. El pánico hace que se me forme un nudo en la garganta.

—No, Frannie. No utilices tu influencia por mí. Haz que te deje ir a ti.

—Puedes hacerlo, Frannie —dice Gabriel acercándose a Lilith con el rostro todavía brillante, cargado de esperanza.

Pero la confusión en el rostro de Lilith desaparece y ella se vuelve hacia mí.

—Ahora es mía.

Me abalanzo sobre Lilith antes siquiera de darme cuenta de que me he movido.

—¡Déjala ir! —grito mientras mi mano le coge la garganta y la lanzo contra la pared, poniéndole un encendido puño ante la cara.

—No puedo —dice con una voz ronca—. Tú sabes lo que me hará si no me la llevo conmigo.

Y lo sé. Lilith es su reina, pero eso no significa que él no descargue su ira con ella. He oído rumores y una vez oí los gritos. Miro al agujero en la pared y de pronto comprendo por qué él ha cedido con tanta facilidad. Sabe que Lilith no se atreverá a abandonar a su presa y él la ha dejado aquí para que cumpla con su misión.

Gabriel me aparta de ella.

—¡Para, Luc! No puedes matarla.

De pronto me percató de que estaba apretando con fuerza su garganta. Dejo caer mis manos y doy un paso atrás, sin saber muy bien qué debo hacer. Él tiene razón. No puedo matarla sin matar al huésped y, por tanto, a Frannie.

Mientras pienso en ello, la chica que tengo delante de mí de repente es como si se convirtiera en Frannie. Ella da un paso hacia delante, acercándose a mí.

Una oleada de incontrolable deseo me recorre el cuerpo y retrocedo.

—Déjalo tranquilo, estúpida. Si yo lo quiero para mí, será mío —dice, y todo a mi alrededor empieza a desenfocarse cuando ella levanta la mano y me toca la mejilla.

Oigo la voz de Gabriel desde algún lugar lejano, pero no le hago caso; lo único que me importa es Frannie. La abrazo con fuerza, siento su cuerpo contra el mío y mi

interior explota en una ráfaga de lacerante calor.

—Muy bien —dice alzando las manos para atrapar mi rostro y besarme.

La atracción que ejerce sobre mí es voraz. Siento una infinita desesperación por estar más cerca de ella. Reúno mi esencia y la hago pasar entre sus labios a su interior. Pero, en cuanto mi esencia entra en ella, de pronto, despierto de mi trance inducido por la lujuria al oír gritar a Frannie:

—¡No!

—Se está muy agobiado aquí dentro, ¿no crees? —interrumpe la voz de Lilith—. Me noto acalorada y sudorosa. Y tú ya sabes lo que me gusta estar acalorada y sudorosa, Luc.

Yo me siento avergonzado, puesto que Frannie está escuchando nuestra conversación interna, pero Lilith tiene razón. Nunca había tenido una sensación tan claustrofóbica en el interior de ningún otro cuerpo.

La esencia de Lilith empieza a girar como un torbellino, enorme, imprecisa e imposible de controlar. Puedo sentir el alma del cuerpo huésped, oscura y pesada, en los bordes. Un alma que, sin lugar a dudas, ya está marcada para el Infierno, por lo que Lilith ha podido habitar su cuerpo desde el principio.

Luego siento a Frannie, su blanca opalescencia girando débilmente alrededor de mi brillante oscuridad. Y, aparte de lo que es obvio, veo algo que está terriblemente mal. No hay ninguna chispa en su alma, como si estuviera demasiado cansada para continuar, como si estuviera agotada. El pánico se apodera de mis pensamientos. Lo único que sé es que tengo que sacarla de aquí.

—Podría salir de este y llevarme un par de almas conmigo.

—Eso no va a suceder. Mi rey te quiere de vuelta. Evidentemente, y a juzgar por la última vez que estuvimos juntos, supongo que no querrás estar lejos por mucho tiempo.

Otra oleada de deseo casi logra derribarme, pero la controlo y se la devuelvo a ella. Cuando ya he conseguido aclarar mis ideas, se me ocurre que Lilith y yo no somos tan diferentes. Ella es un títere en su juego, igual que lo era yo. Si pudiera mostrarle que hay una salida...

—No tienes que hacer esto, Lilith.

Su esencia se vuelve más densa alrededor de Frannie y de mí, con reflejos color carmesí.

—Sabes que sí.

—Solo te está utilizando, igual que a todos nosotros, para su retorcido juego. Si él consigue a Frannie, ya no habrá quien lo detenga.

—Ya no hay quien lo detenga. Y además, es posible que yo no quiera detenerlo. Cuando él sea el Todopoderoso, las cosas serán diferentes.

—Algunas cosas no cambiarán. Las torturas que él te inflige...

—Necesito lo que él me hace. No hay nada en el mundo mortal como su lujuria. Tenía la esperanza de que con Matt fuera suficiente, pero... —dice sin terminar la

frase.

Aunque sus palabras son cortantes, están cubiertas de una capa de miedo que no puede esconder. Y, en esa afirmación, puedo ver la diferencia entre Lilith y yo. Yo nací del pecado. Lilith lo eligió. Ella, literalmente, hizo un pacto con el demonio hace milenios. Donde yo vendí mi inmortalidad por amor; ella vendió su mortalidad por la lujuria.

—No puedo vivir sin su lujuria —añade con la voz rota—. Frannie lo ha sentido. Ella lo sabe.

Todo empieza a girar. ¿Es eso lo que le ha sucedido? ¿Por eso ya no queda ninguna fuerza en ella? ¿*Qué le ha hecho*? El sentimiento de culpabilidad me rasga el alma, dejándome frío y vacío.

Yo he dejado que esto sucediera.

Pienso en los chispeantes ojos color zafiro de Frannie, en lo vivos que estaban y quiero morirme porque sé que todo esto es culpa mía. No fui lo bastante fuerte para merecerla, para protegerla.

La llamo con mi mente y me muevo lentamente rodeando la brillante esencia de Frannie con la mía. Intento esconder mis dudas y mi inseguridad y me dirijo a Lilith.

—Con Frannie a su lado, ¿de verdad crees que él seguirá deseándote?

—Él siempre me ha deseado y siempre me deseará. —Siento que su furia y su miedo se arremolinan a nuestro alrededor; que los rojos reflejos de su esencia se vuelven más densos, más sólidos.

Y entonces lo hago, mezclo mi esencia con la de Frannie.

Por favor, Frannie. Por favor, vuelve conmigo.

—¡Qué dulce! —dice Lilith con una voz cargada de odio y amargura—. Pero es demasiado tarde. Ella se hubiera entregado por propia voluntad a nuestro rey si no hubieras irrumpido aquí de un modo tan poco educado.

La esencia de Frannie gira con más fuerza a cada instante. Yo me deleito en el espectáculo, sintiendo mi propia esencia crecer a medida que la suya cobra vigor. Su ira aumenta, puedo percibir el olor a pimienta negra en mi nariz y entonces oigo su voz, débil al principio pero haciéndose cada vez más fuerte conforme aumenta su razón de ser. Suena como un cántico y, a medida que se hace más poderosa, soy capaz de descifrar lo que dice. Se hace tan fuerte que los labios de Lilith empiezan a moverse y lo pronuncia en voz alta.

—Déjame ir. No me quieres. Déjame ir. No me quieres.

La esperanza me inunda. Mantengo mi esencia mezclada con la de Frannie y le envío toda mi fuerza. Lilith gime y yo utilizo el poco control que me queda para obligar a su cuerpo huésped a quedarse quieto cuando ella intenta salir corriendo. Lilith lucha por mantener el control sobre Frannie y siento que su determinación flaquea cuando Lilith nos inunda con oscuras ideas de sangre, lujuria y muerte.

—No, Frannie, no la escuches —digo y empiezo el cántico con ella—. Déjame ir. No me quieres. Déjame ir.

Siento una nueva oleada en Frannie y su esencia se fortalece.

—¿Luc? —Viene de algún lugar en lo más profundo de su ser, acompañado de un estallido de chocolate caliente.

—Céntrate —le digo luchando por hacer lo mismo—. Déjame ir. No me quieres.

Ella sigue con el cántico, repitiéndolo con más fuerza.

Siento a Lilith flaquear. Su dispersa esencia disminuye un instante, pero eso es suficiente. Una agradable sensación de alivio se apodera de mí al sentir el alma de Frannie girar a mi alrededor y puedo percibir su sabor a pasas y clavo. Y después se ha ido.

Reúno mi esencia para empezar a filtrarme fuera de su cuerpo por entre los labios de Lilith, pero algo parecido al grito de una *banshee* explota en su interior. Siento un fuerte tirón y me doy cuenta de que estoy atado a ella por alguna fuerza misteriosa.

—¡No! No puedo regresar sin al menos uno de los dos —grita Lilith.

Lilith se abalanza sobre Frannie, donde está Gabriel inclinado sobre su cuerpo, con una mano sobre su pecho y otra sobre su cabeza. Él levanta la mirada. El pánico que veo en sus ojos desencadena un incontrolable terror en mi corazón.

—Estás tú solo, amigo —afirma, y presiona sus labios contra los de Frannie respirando por ella—. Vamos, Frannie, vamos —dice.

Me encuentro prácticamente indefenso en el cuerpo de Lilith cuando ella arremete contra Frannie con la determinación de recuperarla. Pero justo antes de que logremos alcanzarla, Gabriel levanta una mano y un rayo de luz blanca se materializa en su mano, atravesándonos.

Lilith grita y cae al suelo y no puedo hacer nada por evitar mi propio grito, pero por muy doloroso que haya sido el golpe, soy consciente de que Gabriel no ha soltado el rayo con todas sus fuerzas o el cuerpo huésped de Lilith estaría muerto. Pero no lo está, aunque el rayo ha sido lo suficientemente fuerte como para desconcentrar a Lilith.

Pienso en Frannie, en la persona que me hace ser, en todo lo bueno que ha sacado de mí, y siento que aumenta mi fuerza. Lucho por liberarme con todas mis fuerzas. Lilith gime mientras lucha contra el dolor que siente al intentar retenerme. Pero no lo consigue y mi esencia sale disparada de su cuerpo como la piedra de un tirachinas.

La fuerza con la que entro en mi cuerpo humano casi hace que me quede inconsciente. Lucho por mantenerme lúcido y me levanto del suelo.

Lilith se recompone y después de lanzarle una mirada a Gabriel se marcha tambaleándose hacia la puerta. La abre y se topa de frente con Taylor, que está de pie en el pasillo. Taylor abre los ojos sorprendida al ver a Lili salir de mi apartamento llena de sangre.

—¡Eh, hola! —dice Lilith.

Y luego todo se vuelve borroso.

Ella se agarra con fuerza a Taylor. Un instante después, el cuerpo de Lilith empieza a bambolearse sin fuerzas, cae al suelo y Taylor sale corriendo escaleras

abajo.

Oigo el sonido de un entrecortado resuello a mis espaldas y, cuando me vuelvo, descubro a Frannie acurrucada entre los brazos de Gabriel, cogiéndose la garganta y boqueando para conseguir aire.

Gabriel me mira.

—¡Taylor! —grita y sacude la cabeza en dirección a la puerta.

Me quedo quieto un instante, luchando contra la necesidad de correr hacia Frannie, tocarla y asegurarme de que está bien. De camino hacia las escaleras tropiezo contra el cuerpo inconsciente de la morena que solía ser Lilith. Cuando salgo al pasillo abriendo la puerta de un portazo, oigo el sonido de un motor y los bajos de un coche contra el bordillo. Bajo corriendo a la calle y todavía puedo divisar la luz trasera de un viejo coche fúnebre negro girando la esquina.

Marchosias. ¡Mierda!

Me quedo un rato en la acera y luego subo corriendo las escaleras para ver a Frannie.

El demonio en mí

Frannie

Todavía me arde la garganta y mi visión sigue borrosa cuando Luc entra en el apartamento. Se me revuelve el estómago al ver que lleva en brazos el cuerpo inconsciente de Lilith.

Gabe me mece entre sus brazos. Su nieve de verano calma el dolor de mi cuerpo y de mis pulmones haciéndome olvidar todo lo que ha pasado. Me hundo más en su abrazo con la esperanza de que consiga enterrar todos esos recuerdos y reclino la cabeza en la curva de su cuello cuando él me aprieta con más fuerza contra su cuerpo.

Yo me acurruco más aún en el cuerpo de Gabe cuando Luc pone a Lilith en la cama, a mi lado. Sus ojos se vuelven hacia mí un instante, mientras la cubre con una manta y se asegura de que está cómoda. Luego vuelve sus preocupados ojos hacia Gabe.

—¿Estará bien?

Gabe me acaricia el pelo con una de sus manos.

—No lo sé.

Luc mira fijamente a Lilith con una expresión imposible de leer. Se inclina hacia delante y le aparta un mechón de pelo del rostro.

Y ver que la toca de ese modo me duele como si me clavaran un cuchillo. Giro mi rostro para no presenciar aquello e intento bloquear la imagen de la última vez que los vi juntos.

—Tengo que irme —digo con una voz ronca al forzar al aire a pasar por mis vibrantes cuerdas vocales.

—Claro, Frannie.

Yo hago un gesto de dolor y doy un grito cuando Gabe me coge entre sus brazos y me levanta mientras se pone en pie.

—¿Gabriel?

Me quedo sorprendida ante el matiz de pánico que se escucha en la voz de Luc.

Levanto la cabeza del hombro de Gabe y miro a Luc, pero en cuanto nuestros ojos se encuentran, él aparta la mirada.

Estoy tan confundida... Recuerdo cómo me ha hecho sentir Lilith, lo mucho que la deseaba, así que de algún modo me imagino que lo que sucedió aquella noche no fue del todo culpa de Luc. Mi cabeza me dice eso, pero mi corazón roto sigue sin poder superar lo que hizo.

—¿Sabes? Bájame al suelo, estoy bien —digo apartándome de Gabe. La verdad es que me duele todo el cuerpo, pero no es preciso que ellos lo sepan—. No tengo nada roto.

Gabe me mira con ojos preocupados. No discute, a pesar de que sabe que estoy mintiendo. Pero tampoco me baja al suelo. Su mirada se vuelve hacia Luc.

—¿Taylor?

—¿Qué pasa con Taylor? —pregunto revolviéndome en los brazos de Gabe y el fuerte dolor que siento entonces en las costillas hace que suelte un grito ahogado. Miro a Luc esperando una respuesta, pero él solo sacude la cabeza.

—Nada que deba preocuparte —dice Gabe y siento que él vuelve a sumergirme en esa mierda de la nieve de verano otra vez.

Lucho contra la pacífica calma que se posa sobre mí.

—Eso no es una respuesta.

—La encontraré, no te preocupes.

Oigo la frustración en su voz y el pánico se apodera de mí. Me agito para intentar liberarme de sus brazos, pero cada movimiento me provoca un pinchazo de dolor en un punto o en otro.

—¿La encontrarás? ¿Qué demonios significa eso? ¿Ha estado aquí? —Doy patadas con las piernas porque parece que sean la parte del cuerpo que menos me duele—. ¡Bájame!

Gabe pone mis pies en el suelo con cuidado y me ofrece su apoyo. Hace un gesto con la cabeza hacia Luc, indicándole que hable, pero con una mirada de alerta en los ojos.

Yo cojo a Gabe por el cuello de la camiseta y le grito:

—¡No! ¡Respóndeme tú! —Gabe no puede mentir y eso es lo único que hace Luc. Quiero la verdad.

—Más tarde, Frannie —dice.

—¡Dímelo ahora! —Las palabras parecen fuego que arrasan mi garganta.

—Tiene que saberlo, Gabriel —dice Luc. Da unos pasos alrededor de la cama y sus ojos se llenan de dolor—. La tiene Lilith. —Y entonces su rostro se contrae y aparta sus ojos de los míos.

El horror se mezcla con la confusión cuando miro a la chica que hay tumbada en la cama.

—Lilith está justo ahí.

—Esa no es Lilith, es su huésped —responde Gabe.

Sacudo la cabeza intentando controlar el malestar que siento y que hace que quiera darle una bofetada a Gabe para que deje de decir estupideces.

—¿Qué demonios está pasando?

Él me mantiene la mirada, la preocupación grabada en su frente.

—Lilith ha cambiado de huésped. Ha cogido a Taylor.

—¿Ha cogido de huésped a Taylor?

Alguna parte remota de mi mente entiende por fin lo que está sucediendo y me pongo tensa. Taylor está marcada para el Infierno.

—Lograremos que regrese. —Luc evita mirarme a los ojos pero, a pesar del temblor en su voz, parece decidido. Se arrodilla en el suelo y recoge las páginas sueltas de su copia original del *Purgatorio*, que están esparcidas por el suelo.

Me vuelvo hacia Gabe con un gesto de dolor.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tú tienes que irte a casa, Frannie, debes descansar. Luc y yo estamos mejor equipados para localizar a Taylor y tratar con Lilith.

—Yo quiero...

Gabe me interrumpe a mitad de la frase, poniendo un dedo sobre mis hinchados labios.

—Puedes ejercer tu influencia sobre mí y hacer que te deje hacerlo, pero sabes tan bien como yo que solo conseguirías que fuésemos más lentos y entorpecerías nuestro trabajo. ¿Es eso lo que quieres, que estemos protegiéndote? ¿O quieres que regrese Taylor sana y salva?

Yo lo miro enfurecida, tratando de convencerme a mí misma de que se equivoca.

—Pero puede que mi influencia os sirva de ayuda.

—¿Cómo?

—Puede que yo... No lo sé... puede que consiga que deje a Taylor en paz.

—No creo que vaya a resultar tan simple. Tú eres a quien quiere, Frannie. Sería mucho más seguro para ti que no te acercaras a ningún lugar en el que esté ella.

De pronto recuerdo lo que Lilith acaba de hacer conmigo, lo que me ha hecho sentir y finalmente admito que tiene razón.

—Está bien.

La voz de Luc viene de cerca de la ventana rota.

—Yo la llevaré a casa. —Me vuelvo y sus ojos, color negro obsidiana, están clavados en mí. Siento una punzada en el corazón al recordar que esos ojos ya no son humanos.

—Puedo conducir —digo furiosa por el temblor de mi voz.

—No, no puedes —me contradice Gabe—. Y yo tengo que encargarme de esto.

Él se gira y hace un ademán con la mano en dirección al cuerpo de la chica que está en la cama.

Miro a Luc, que no permite que nuestras miradas se encuentren, y me vuelvo hacia la puerta.

—Vamos.

Gabe coge a Luc por el brazo de camino a la puerta y le dirige una mirada dura.

—Quédate con ella hasta que yo pueda ir. —Lo dice en voz baja y supongo que pretende que yo no pueda oírlo, pero me doy la vuelta y lo miro a los ojos para que sepa que sí lo he oído.

Al dar los primeros pasos descubro que mis piernas siguen funcionando con

normalidad, pero mi rodilla izquierda está hinchada y un poco entumecida. En el primer escalón me falla y Luc me coge del codo para evitar que caiga mientras yo me agarro con fuerza al pasamanos. No estoy en absoluto preparada para la reacción de mi cuerpo a su contacto. Suelto un gemido cuando su calor demoníaco me recorre el cuerpo, haciendo que mis ya temblorosas piernas se nieguen a sostenerme. Luc me sujeta antes de que golpee el suelo y me envuelve con sus brazos.

No puedo mirarlo a los ojos.

—Bájame al suelo.

Él no me hace caso y desciende las escaleras conmigo en brazos.

—Bájame al suelo —le repito cuando ya estamos abajo del todo y entonces él sí que lo hace.

Yo me acerco hasta el coche cojeando y Luc me tiende la mano para que le de las llaves. Le doy el llavero de la pata de conejo con la vieja llave del Mustang y la brillante y nueva llave de su apartamento.

Sin decir nada, él coge el llavero de mi mano y subimos al coche. Se sitúa en el asiento del conductor.

—De verdad que puedo conducir. —Empiezo a cruzar los brazos y me desplomo contra el asiento antes de que mis costillas me recuerden que lo que acabo de decir no es cierto.

Como respuesta, arranca el vehículo y sale del aparcamiento. Durante un instante, sus ojos se fijan en los míos y puedo verlo. Culpabilidad.

La cólera me arranca de mi oscuro pozo emocional.

—Lo sabías. —Es más una acusación que una pregunta.

Él vuelve a desviar la mirada un instante hacia mí, pero no responde.

—¿Cuánto sabías? ¿Sabías lo que era, lo que era Lili?

Aprieta la mandíbula con fuerza y suelta un suspiro profundo, pero se queda mirando fijamente al parabrisas.

—¿Sabías que ella y Matt estaban... juntos?

—Te lo dije —afirma con un tono de voz completamente neutro.

Sí que me lo dijo. Y la estúpida de mí deseaba que fuera verdad. Se me hace un nudo en el estómago.

—Sabías que Taylor estaba marcada para el Infierno. —No es una pregunta.

Sus ojos vuelven a fijarse en los míos y reaparece la culpabilidad.

—¿Cómo pudiste no decírmelo?

Sacude la cabeza pero no añade nada.

Mi mente empieza a darle vueltas a otras preguntas y otras cosas que quiero decirle, la mayoría en la línea de cómo has podido llegar a convertirte en un capullo mentiroso. Pero sé cuál sería su respuesta: es un demonio, ¿qué esperaba? Así que me quedo callada y me fuerzo a mí misma a no mirarlo a los ojos. E intento ignorar el doloroso agujero que tengo en el interior. Cierro los ojos, me reclino contra el respaldo del asiento y vuelvo la cabeza hacia la ventana para que no pueda ver las

lágrimas que se deslizan por mis mejillas.

De pronto recuerdo la razón por la que había venido al apartamento de Luc en un principio. Lo que había visto en mi sueño. Necesitaba comprobar por mí misma que se había ido. Pero él está aquí. Tan cerca que podría tocarlo. Y quiero tocarlo. Quiero sentir sus brazos a mi alrededor, sus labios sobre los míos.

¡Dios mío, cuánto lo he echado de menos!

¿Qué me pasa? ¿Cómo puedo amarlo y odiarlo todo a la vez?

Limpio las lágrimas de mi cara y le lanzo una calculada mirada de reojo. Tiene la cabeza apoyada contra el reposacabezas, un poco en ángulo opuesto a mí, una mano sobre el volante y la otra sobre la palanca de cambios. Bajo la mata de pelo que le cae por la frente puedo ver el brillo rojo de sus ojos. Las luces de la calle, que van y vienen, hacen brillar los pendientes que tiene en la ceja.

Dios mío, no sé qué pensar. Parece estar en bastante buen estado, quizá su viaje al Infierno ha sido voluntario. ¿He sido una estúpida por preocuparme?

Me vuelvo hacia él y estoy a punto de levantar la mano para tocarlo. Pero me detengo. Él sigue mirando fijamente a través del parabrisas. No ha intentado decir nada. Tiene una mirada dura, el rostro demacrado. ¿Si todavía le importara me lo diría?

Las lágrimas amenazan de nuevo pero consigo ahogarlas. Vuelvo a pensar en Lilith, en cómo hizo que me sintiera cuando me besó, y entonces sé lo que tengo que decir.

—Sé que no fue culpa tuya, lo de Lilith.

Él se pone tenso y estoy convencida de que ha dejado de respirar mientras sigue mirando por el parabrisas. Cuando estoy ya convencida de que esa es toda la respuesta que voy a conseguir, me vuelvo hacia la ventanilla.

—Lo siento —dice en voz baja y yo espero que no pueda oír el temblor en mi respiración mientras lloro girada hacia la ventanilla.

Intento recomponerme mientras él sale del coche, sube a la acera y me lanza las llaves. Se queda allí de pie, examinándome con unos ojos penetrantes, de un color negro obsidiana, que reflejan su intento de mirar más adentro. En estos momentos lo que más desearía es tener la habilidad de Gabe para leer las mentes.

Me doy cuenta de que está esperando a que entre en casa, así que salgo del coche y empiezo a caminar hacia la entrada, intentando no cojear. A mitad de camino me vuelvo hacia él, tratando de adivinar de nuevo lo que piensa. En ese justo instante, antes de que él se percate de que me he vuelto a mirarlo, descubro algo en su expresión. Dolor.

Casi estoy a punto de darme la vuelta y correr hacia él. Pero cuando sus ojos se fijan en los míos, su expresión se torna dura y fría de nuevo. Y mientras camino hacia él me doy cuenta de que no podré correr hacia ninguna parte en una buena temporada. Pero tengo que saberlo.

—¿Fue todo falso? ¿En algún momento he llegado a importarte de verdad?

Su expresión pasa por unas diez cosas diferentes a tal velocidad que soy incapaz de descifrar ninguna hasta que por fin se queda en blanco. Me observa durante un largo e incómodo minuto y luego, lentamente, sacude la cabeza.

Si alguna vez me lo había preguntado, por lo menos ahora ya lo tengo claro. Así es como él quiere que sea. Es lo que necesitaba saber para pasar página, para seguir adelante. El corazón parece que se me desmorona cuando me doy la vuelta y me encamino hacia la puerta de la casa. Una vez dentro, a salvo del alcance de la mirada de Luc, apoyo la frente contra la puerta y dejo que el dolor de mi corazón se disuelva en lágrimas. Pero la voz de mi madre desde la cocina hace que mis pensamientos se centren en cómo voy a poder adecentarme un poco sin que nadie me vea. La ropa rasgada, los cardenales y la sangre resultan complicados de explicar a mis padres. *Sí, ¿os acordáis de esa chica que se acostó con Luc? Bueno, pues nos hemos dado una paliza la una a la otra.*

Después de escuchar un momento la voz de mamá, me doy cuenta de que lo que oigo es la mitad de una conversación telefónica que mantiene en la cocina. El partido de los Red Sox está puesto a todo volumen en la televisión del salón. Hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que papá se encuentre dormido en su sillón con el partido puesto. Mis hermanas odian el béisbol, así que seguro que está solo.

Escucho por encima del barullo de la televisión y, sin lugar a dudas, los ronquidos de papá pueden oírse por encima de las voces de los comentaristas. Me limpio las lágrimas de la cara y me arreglo el pelo con mis torpes manos antes de cruzar a hurtadillas el salón y subir las escaleras lo más rápida y silenciosamente posible. Mi intención es meterme directamente en el baño, pero antes de llegar arriba de las escaleras siento el sonido de la ducha. Alguien se me ha adelantado.

Corro hacia mi habitación y cierro la puerta. Por la ventana observo las amenazadoras nubes de tormenta que han aparecido en el cielo y me pregunto cómo es que el tiempo parece encajar tan bien con mi estado de ánimo. Bajo los ojos hacia el Mustang y pienso que debería haber subido la capota.

Y mi corazón da un brinco.

Luc sigue de pie junto a mi coche, apoyado contra la puerta del conductor y con la cabeza colgando entre los hombros. Cuando lo miro, él se aparta bruscamente del coche, empieza a caminar por la acera y luego mira hacia mi ventana. Yo me agacho y suelto un grito cuando me golpeo las costillas contra la esquina del escritorio.

¿Por qué sigue aquí?

Pero luego me acuerdo de que Gabe le dijo que se quedara.

Cruzo la habitación a gatas hasta llegar a mi espejo y me apoyo en la cómoda para poder levantarme de nuevo. Me quedo mirándome la cara y no está tan mal como pensaba. Pero después mi mano se mueve hacia el tierno chichón que tengo en la parte de atrás de la cabeza y mi rostro se retuerce en un gesto de dolor.

Mi teléfono suena y yo doy un respingo, haciendo que mi mano apriete con más fuerza el chichón y vuelva a retorcerme de dolor. Miro la pantalla para ver quién

llama, con la esperanza de que sea Taylor. Se trata de Riley.

—¿Sabes algo de Tay?

¿Qué es lo que sabe?

—Eh... no. Ya sabes que no habla conmigo. ¿Qué pasa?

—Trev dice que ha aparecido por casa, ha cogido algunas cosas y se ha marchado sin decir nada. Está preocupado.

—No sé qué decirte, Ry. Ese Marc con el que sigue es un tipo realmente peligroso. Trev tiene razón al estar preocupado. —Yo sí que lo estoy. Tengo un nudo en el estómago de pura angustia.

Ella se queda callada un rato.

—¿Crees que deberíamos ir a buscarla?

—Puede —digo con la esperanza de que Gabe ya lo esté haciendo. Oigo que abren la puerta del baño—. Escucha, tengo que dejarte. Llámame si te enteras de algo, ¿vale?

—Vale.

Marco el número de Gabe.

—Taylor acaba de pasar por su casa —digo en cuanto él responde.

—Iré a ver. ¿Estás en casa?

—Sí.

—Duerme. Iré en cuanto pueda. —Su voz suena dulce y tranquilizadora y siento que se afloja ligeramente el nudo que tengo en el pecho solo de pensar en que él pueda venir.

—Bien, lo intentaré.

Cierro el teléfono y espero hasta que no se oye nada en el pasillo, entonces corro hacia el baño con mi toalla y mi bata.

El contacto del agua con mi piel me sienta extremadamente bien. Me quedo quieta de pie, con las manos apoyadas contra la pared, y dejo que caiga sobre mí, que me limpie entera, por lo menos por fuera. Pero ni siquiera el agua puede calmar el agitado temblor de mi interior, una combinación del recuerdo de hallarme dentro de Lilith y la desazón del espeluznante bienestar que sentí entre los brazos del rey Lucifer. Me estremezco ante el recuerdo de su rostro angelical.

¿Por qué vi aquella cara cuando él me cogió entre sus brazos? ¿De quién era esa cara?

Finalmente suelto un gruñido de frustración y me obligo a que mis pensamientos vuelvan hacia Taylor. Tengo que ayudarla.

Me apresuro en terminar con mi ducha y cuando acabo me envuelvo el pelo en una toalla y vuelvo a inspeccionar mi cara en el espejo mientras me lavo los dientes: un corte en el nacimiento del pelo, sobre el ojo derecho, que hay que apartar el pelo para descubrir; un punto rojizo y abultado en la mejilla derecha y el labio inferior hinchado. Nada complicado de explicar. Lo peor queda debajo de la ropa. Me pongo la bata con cuidado sobre el cuerpo magullado y me dirijo hacia mi dormitorio.

Maggie sale de la habitación que comparte con Grace cuando yo paso por delante.

—¿Por qué está Luc en la acera? Pensaba que vosotros dos habíais roto.

A pesar de mis mejores intentos por no permitir que nada que tenga que ver con él me afecte, mi corazón se acelera.

—Eh... sí, hemos roto. No sé por qué está aquí.

Ella me sonrío con los ojos azules cargados de esperanza. Siempre ha estado colada por Luc.

—Puede que quiera volver contigo.

—No lo creo —digo, pero mi corazón pasa de acelerado a revolucionado.

Ella se encoge de hombros, decepcionada, y se dirige al baño mientras yo entro en mi cuarto. Pulso el botón de «play» de mi iPod justo en el momento en que empieza a sonar el teléfono. Corro hacia el escritorio, lo cojo y miro la pantalla a ver quién llama. ¡Taylor! Es su número de casa.

Me llevo el teléfono al oído.

—Taylor, ¿estás bien?

—¿Frannie? —Al oír la voz de la madre de Taylor se me parte el corazón—. Esperaba que Taylor estuviera ahí contigo.

—No, señora Stevens.

Hay una pausa.

—Se hace tarde. Últimamente está llegando muy tarde a casa. ¿Te ha dicho dónde iba?

No puedo con esto. Ahogo mis lágrimas e intento que mi voz suene tranquila.

—No.

—Bueno, si la ves o te llama, o algo, dile que vuelva a casa cuanto antes, ¿de acuerdo?

—Claro.

Me quedo mirando el teléfono que tengo en la mano. Taylor. Está ahí fuera en alguna parte y yo no puedo ayudarla.

¿O sí que puedo?

—Deja a Taylor en paz. No la quieres —digo en voz alta. Luego lo repito una y otra vez en mi cabeza, cada vez más rápido. Mientras sigo repitiendo mi mantra, me quito la toalla de la cabeza, la tiro sobre la silla del escritorio y apago la luz.

Y de pronto se me hace un nudo en el estómago al acordarme de Luc.

En la oscuridad, me pongo en pie a una distancia prudencial de la ventana y miro hacia la acera. Al no verlo me aprieto con tanta fuerza la bata contra el cuerpo que me duelen las costillas y me acerco más a la ventana. Hasta que no he llegado al lado de la ventana y estoy con la nariz pegada al cristal no me doy cuenta de los brillantes ojos rojos que me observan desde las ramas del roble del jardín.

Empiezo a gritar y me aparto a trompicones de la ventana mientras Luc se abre paso entre la mosquitera, rompiéndola en pedazos. Y antes de que pueda controlar mi grito, él lo hace por mí. Siento sus cálidos labios sobre los míos y mi grito se

transforma en un gemido cuando sus brazos me atraen hacia su cálido cuerpo. Él confunde mi gemido con un quejido de dolor y me abraza con más suavidad.

Se aparta y me mira con una expresión llena de dolor y unos ojos cargados de dudas.

—Frannie...

No quiero escuchar el resto de su pensamiento porque no quiero que él piense en ello. Él está aquí y yo lo amo. Eso es lo único que importa. Me desato la bata, levanto la mano y le pongo el dedo índice sobre los labios. Me obligo a que mi mente se centre en el aquí y ahora, en Luc, y bloqueo el resto de pensamientos. Lo acerco hacia mí, haciéndolo callar con otro beso, y me muevo al ritmo de la música, abriéndome paso en lo más profundo de su interior a cada latido.

Él me devuelve el beso. Salvaje. Profundo. Desesperado. Sus labios trazan un ardiente camino por mi hombro, mi cuello hasta mi oreja donde él susurra:

—Lo siento mucho.

La desesperación en su voz me aplasta el corazón. Apoyo el rostro contra su pecho.

—No fue culpa tuya. Ahora lo sé.

Levanto la mirada y él me limpia con un beso una lágrima que me colgaba de las pestañas. Acerco su boca a la mía y lo empujo hacia mi cama, deslizando mis manos bajo su camiseta. Pero cuando acaricio su perfecto cuerpo con mis manos doy un grito ahogado y me aparto. Su piel ya no es tan perfecta como lo era antes. Todo lo contrario. Le levanto la camiseta y me quedo boquiabierta mirándole los profundos y enrojecidos cortes, los pinchazos y las heridas que le cubren el pecho, la espalda y los hombros. Me estremezco al recordar mi sueño, la tortura.

—¿Qué te ha sucedido? —susurro temerosa de oír la respuesta.

En las comisuras de sus labios se dibuja una pequeña y triste sonrisa.

—No es nada. Desaparecerán en unos días. —Hace un gesto hacia su mejilla y veo por primera vez que la irregular cicatriz que Beherit le dejó de recuerdo ha desaparecido—. Nada comparado con eso. —Su mano duda un instante y luego se desliza por mis costillas, sobre mi piel, por donde se ha abierto la bata. Empiezo a cerrarla de nuevo, pero el tacto de su mano sobre mi piel es electrizante y a la vez amable. Y dejo que me acaricie las heridas. Calma mi dolor solo con su tacto.

Mi cuerpo responde ante él: un cálido ardor en la parte baja de mi vientre que se extiende por mi cuerpo hasta que toda yo estoy ardiendo. Vuelvo a abrazarme a él, dejando que la bata se deslice por mis hombros y caiga al suelo y le subo la camiseta para quitársela. Luego lo atraigo hacia la cama, bajo las sábanas, donde puede hacer desaparecer mi dolor.

Mientras Luc me besa apasionadamente, yo me pierdo en él. Necesito sentirlo más cerca, al lado de mi corazón. Quiero sentir su esencia girar en mi interior otra vez. Le transmito con mi mente, sin palabras, la sensación de lo que necesito. Y cuando noto su esencia deslizarse entre mis labios como la seda, me siento

desbordada. Me ahogo en él. Se me eriza todo el vello del cuerpo y gimo y lo atraigo más hacia mí.

Su esencia me llena, es como un estallido de éxtasis que acaricia cada parte de mi ser y me hace estremecer. No hay nada comparable a esto en el mundo físico. Lo siento en todas las partes de mi cuerpo.

Es como volver a casa.

Luc

Esto está mal y es muy egoísta.

Sería demasiado fácil olvidarlo todo ahora mismo, hacer como que las últimas semanas no han existido y perderme en Frannie y en el momento. Y eso es lo que más deseo en este mundo. Nunca antes en toda mi existencia había estado tan destrozado. La necesito. Ella es mi vida.

Pero no puedo olvidar.

No importa cuántos milenios viva, nunca olvidaré el dolor en los ojos de Frannie cuando ella apartó las sábanas y me encontró con Lilith. Nunca olvidaré la escalofriante desesperación que casi me destruye cuando comprendí lo que había sucedido. Y nunca olvidaré que fue todo culpa mía. El hecho de ser humano no es ninguna excusa. Lilith me dijo lo que era aquel día en la biblioteca. Debería haberme dado cuenta.

Y ese es solo un ejemplo de los muchos modos con los que podría destruir a Frannie si estamos juntos.

Las caricias de Frannie son indecisas, temblorosas, mientras me acerca más a su cuerpo. El fuego chisporrotea sobre mi piel cada vez que me toca como pequeños fuegos artificiales. El corazón de azufre me late con fuerza en el pecho. Y la sensación de mi esencia bailando con la suya es algo indescriptible, es puro éxtasis saber que soy parte de ella, que puedo mezclarme con su brillante alma blanca opalescente. Nunca antes había visto nada tan hermoso y la oleada de sentimientos que me invade me quita el aliento.

Estando con ella me doy cuenta de que en mis pocos meses de humanidad había empezado a dar todos esos sentimientos por supuestos, había dado por supuesta la vastedad de su compasión y su capacidad para amar. Y toda la escala de sentimientos que es capaz de sacar de mí.

Casi me dejo llevar por la necesidad de mezclar no solo nuestras almas sino también nuestros cuerpos. Me pierdo en el sabor a clavo y a pasas de su alma; me ahogo en el aroma a chocolate caliente de su amor. Solo por un instante creo que podemos estar juntos, en todos los sentidos.

Chocolate. Ella me quiere.

Al darme cuenta de ello la deseo todavía más y me resulta casi imposible detenerme. Pero lo que hice es imperdonable. Ella se merece algo mucho mejor.

Y acostarse conmigo ahora haría que se invirtiera su marca.

Retiro mi esencia de ella y me aparto de sus labios y de sus temblorosas manos ahora que todavía puedo.

—Frannie, no podemos. Ahora soy un demonio. Tu marca...

Su marca.

Y de pronto me atraviesa como un rayo. ¿Cómo he podido hacerlo? No podemos poseer a las personas que están marcadas para el Cielo. Agudizo mi sexto sentido para asegurarme. Todavía parece que está marcada para el Cielo. Entonces, ¿cómo...?

Su cuerpo se tensa mientras apoya su frente contra mi hombro, pero no responde.

No puedo disimular la preocupación de mi voz.

—Yo solo me había quedado para... vigilar. Para asegurarme de que estabas bien. No pretendía que acabáramos...

Ella se aparta de mí y se gira a un lado, lejos de mi cuerpo.

—Así que no quieres...

No la dejo terminar porque sí que quiero. Pero no debería.

—Lo que yo quiera es irrelevante. No sé cuál será el próximo movimiento de Lilith. Solo estaba aquí para asegurarme de que no llega hasta ti.

Al oír el nombre de Lilith ella vuelve a ponerse tensa y se tapa con las sábanas.

No me mira y su voz suena profundamente herida.

—Necesito saberlo. ¿Cuando estuviste con ella...?

—Para, Frannie. —La interrumpo porque lo que hice, lo que vio, me resulta insoportable—. Por favor.

Todas las células de mi cuerpo se rebelan contra mí cuando salgo de la cama. Es físicamente doloroso apartarme de ella. Recojo su bata del suelo con las manos temblorosas y la dejo en la almohada, a su lado. Luego me pongo la camiseta y camino hacia la ventana.

—Tengo que irme.

Pero no estoy seguro de poder hacerlo.

Me quedo quieto un buen rato y después me aproximo a la cama.

¡Detente!

Suelto un gemido y arranco mis ojos de la forma de su cuerpo bajo la fina sábana. Me aclaro la garganta para liberarme del nudo que me impide respirar.

—Estaré ahí fuera. No creo que pueda llegar hasta ti mientras permanezcas en casa. Tendría que entrar por la puerta o atravesar la ventana —digo haciendo un gesto hacia la mosquitera rota en el suelo.

Ella no aparta los ojos de la pared.

—Ve a buscar a Taylor.

—Lo siento. —Se me rompe la voz. Salgo por la ventana y vuelvo a trepar al

árbol.

Me cuesta más de lo que había imaginado recomponerme, sentado en las ramas del árbol. Pero no me resisto a la necesidad de transportarme a su habitación porque necesito saber si el campo de protección del señor Cavanaugh sigue intacto. Cierro los ojos y me concentro en la cama de Frannie. Cuando me transporto, me doy de bruces contra la barrera y vuelvo a aparecer en la rama del árbol. *Bien.*

Me siento entre dos ramas y espero a Gabriel. Y como no daño a nadie más que a mí mismo haciéndolo, y creo que me lo merezco, dejo que mi mente vuele de nuevo a la cama de Frannie.

Un infierno en vida

Frannie

No me he movido del punto en el que me ha dejado Luc y estoy completamente despierta cuando el teléfono vuelve a sonar en mitad de la noche.

La madre de Taylor.

El temor se apodera de mí y pienso en la idea de dejarlo sonar, por miedo a escuchar lo que me pueda decir si respondo. Cuando contesto, su voz suena desesperada, al borde del histerismo.

—¿Cuándo hablaste con Taylor por última vez, Frannie?

—Taylor lleva semanas sin hablarme. —Cojo aire profundamente e intento mantener la calma.

—¿Qué? —Su tono de voz es de pura incredulidad. Aparentemente Taylor no la ha puesto al corriente de nuestra discusión.

—No me gustaba Marc. —Siento náuseas al decir su nombre—. Ella se cabreó conmigo.

A través de la línea puedo escuchar que ahoga un gemido.

—La policía dice que no va a hacer nada. Dicen que probablemente esté por ahí con ese chico. Si se te ocurriera algún lugar al que poder ir a buscarla...

Pienso rápidamente en las posibilidades y no se me ocurre nada.

—No lo sé. Hace un rato estuvo en casa de Lili... puede que... no lo sé.

Se produce una larga pausa.

—Bueno, si se te ocurre algo o... si sabes algo de ella, llámame.

—De acuerdo —digo, pero ella ya ha colgado. Seguramente esté llamando a Riley.

Me siento en la cama, me pongo la camiseta que está debajo de la almohada y me abrazo con fuerza a las sábanas. ¿Dónde podría ir Lilith? Si vuelve a su apartamento, Gabe la encontraría. Pero si no... ¿se ha marchado o sigue detrás de mí? Si ha abandonado podría estar en cualquier parte, pero ¿qué posibilidades existen de que lo haya hecho? Así que puede que si salgo a la calle, si me expongo como si fuera un cebo, ella venga a por mí.

Empiezo a elaborar mi plan: deshacerme de los guardaespaldas e ir a alguna parte en la que pueda encontrarme. ¿Pero dónde? Me imagino los diferentes escenarios... Todas las hipótesis que se derivan de mi plan y que pueden funcionar. En muy pocos de los escenarios que imagino salimos Taylor y yo con vida.

El relámpago en mi mente me abrasa el cerebro, ya de por sí en ebullición, arrancándome de mi estado de sueño desazonador. Intento apartar todas las malas imágenes de mi mente y de pronto me siento aterrada por lo que significa todo esto que acabo de ver, por a quién descubriré si dejo que la imagen tome forma clara. Pero no hay manera de pararlo. Ya sé quién es.

Taylor.

Se me revuelve el estómago e intento apartar de mi mente la imagen de Taylor cubierta de sangre y tirada en el bosque. Me giro hacia la esquina de la cama y vomito en la papelera que tengo al lado del escritorio, pero tengo poco que vaciar, ya que desde hace unos días he perdido por completo el apetito.

Y entonces es cuando me doy cuenta de que estoy sola. Gabe no está. Ha pasado por aquí durante la noche. Sentí su nieve de verano y su fresco aliento en mi pelo. Esa fue la única razón por la que pude quedarme dormida. Pero ahora se ha ido.

Cojo el teléfono y marco el número de Taylor. Si Lilith contesta... Pero cuando salta el contestador automático, suelto el aire que no me había fijado en que estaba aguantando, cuelgo y marco otro número.

Riley contesta al primer tono.

—¿Te ha llamado?

—No, tenía la esperanza de que igual tú supieras algo.

—En realidad, no mucho. Trev está aquí. Dice que sus padres se están volviendo locos. La policía se escuda en que ya tiene dieciocho años y que creen que simplemente se ha escapado de casa, así que no van a hacer nada. —Baja la voz y estoy segura de que ha puesto la mano sobre el auricular del teléfono—. ¿Crees que puede haberlo hecho? ¿Crees que puede haberse escapado con ese tal Marc?

Por muy malo que pudiera ser que se hubiera escapado con él, cierro los ojos y deseo que se trate de algo así de simple. Tras los párpados aflora la visión de Taylor sangrando en el bosque.

Doy un grito ahogado y salto de la cama al darme cuenta de que puedo reconocer los alrededores.

—Tengo que dejarte, Ry. Llámame luego. —Cierro el teléfono sin esperar a que ella responda.

La casa de los Gallagher.

Bloqueé con tanta prisa la imagen que no me había fijado bien en los detalles, pero las paredes grisáceas de la cabaña de los Gallagher están ahí, en la periferia de la imagen. El suelo que hay alrededor de la cabaña está lleno de latas de cerveza, también de colillas de cigarrillos y preservativos usados. Cuando vuelvo a reproducir la imagen en mi cabeza, buscando más detalles, descubro que la visión tiene también sonido. Puedo distinguir claramente a The Fray cantando *How to Save a Life*. Se me revuelve el estómago de nuevo al sentir el salado y metálico olor de su sangre en la pesada brisa del atardecer.

Atardecer.

Taylor morirá detrás de la cabaña de los Gallagher al atardecer.

Me pongo la ropa, intentando respirar con calma, y cuando levanto las manos por encima de la cabeza para ponerme la camiseta siento el punzante dolor en mis costillas. Le mentí a Gabe. Como mínimo tengo seguro una costilla rota. Pero esa es la menor de mis preocupaciones.

Mamá me asalta con tortitas y salchichas cuando llego al final de las escaleras.

—Eres la única que podrá disfrutar de un desayuno caliente. El resto sigue durmiendo todavía.

Se me revuelve el estómago al pensar en comida.

—No tengo hambre, mamá. Voy a casa de Riley —le miento.

Al principio pone mala cara, pero luego sus facciones se relajan.

—Tienes que comer, Frannie. Sé que esta ruptura ha sido muy dura para ti, pero no puedes seguir bajando de peso. No es saludable.

Estoy perdiendo el tiempo. Tengo que salir de aquí e ir a hablar con Gabe para pensar qué podemos hacer. Y de pronto libero toda mi frustración.

—No es la ruptura, mamá. Es solo que no tengo hambre. —Me doy la vuelta y salgo dando un portazo antes de que ella tenga la oportunidad de responder.

Corro calle abajo, pero a mitad de camino hacia la casa de Gabe me detengo y pienso que puede que esta no sea la mejor estrategia. ¿Qué pasa si Gabe acaba ahuyentando a Lilith?

Puede que solo tenga una oportunidad. Puede que esta sea mi única oportunidad de hacer que regrese Taylor.

Piensa.

Mi mente vuelve al que era mi plan original antes de saber dónde estaba Taylor. Puedo utilizarme a mí misma como cebo, atraerla con engaños. Sin Gabe ni Luc en los alrededores para ahuyentar a Lilith, es posible que pueda funcionar.

Necesita a alguien marcado para el Infierno para poder cambiar su alma de cuerpo. ¿Y si utilizo mi influencia para convencerla de que estoy marcada para el Infierno? Entonces ella intentaría trasladar su alma de Taylor a mí porque, al fin y al cabo, yo soy lo que ella quiere. Pero en realidad yo estoy marcada para el Cielo, así que no podrá entrar en mi cuerpo. Los cuerpos entre los que ella se mueve tienen que estar tocándose, eso es lo que dijo papá. Si yo aparto a Taylor de mi lado durante el cambio, Lilith se quedará sin cuerpo. ¿Puede sobrevivir sin un cuerpo? Gabe dijo que su alma es humana, así que estoy bastante segura de que la respuesta es que no. Se me acelera el corazón a medida que el plan se hace más claro en mi cabeza junto con el peligro que todo ello implica.

Todo lo que tengo que hacer es conseguir sacar a Lilith de Taylor y entonces apartar a Taylor de Lilith.

Sin Gabe o Luc por el medio fastidiándolo todo.

Mi escudo es inútil contra Luc y Gabe puede leer mi mente, a no ser que vaya con

mucho cuidado, así que tengo que evitarlos a los dos.

Abro el teléfono y llamo a Riley. Odio utilizarla de este modo, pero es por el bien de Taylor. Si se lo pudiera explicar, estoy convencida de que estaría conmigo. Esto tiene que funcionar en dos sentidos. Tengo que mantener a Riley a salvo, pero también necesito una coartada.

—Riley, ¿podéis venir Trev y tú a mi casa?

—¿Te ha llamado Taylor?

—No, pero tengo una idea —digo dándome la vuelta y regresando a casa.

Me comeré un par de tortitas y haré que mamá se sienta feliz. Y si mi influencia sirve de algo, nadie se dará cuenta de nada cuando me marche en el momento oportuno.

Luc

Lo que hice la noche anterior no tiene excusa. Y, si me quedo, volveré a hacerlo. He revivido cada caricia, cada beso una y otra vez en mi mente. El único modo de que ella esté segura alguna vez es con Gabriel. Debería haberme dejado en las manos de Lucifer.

Eso es lo que tengo que hacer, volver al Infierno y apechugar con las consecuencias de lo que hice. De lo contrario, no tengo nada claro si podré arreglármelas para mantenerme lejos de ella.

Pero entonces me acuerdo del espectro. Si regreso, estoy convencido de que me utilizarán para encontrar a Frannie.

—Debo irme.

—¿Adónde? —Gabriel está acomodado en su sofá, ausente, arrancando pelusa del cojín.

—A cualquier lugar que no sea este.

—Así que, después de todo, al final vas a salir huyendo —dice con una sonrisa de suficiencia—. Eres un cobarde.

Levanto los ojos hacia él rápidamente y me levanto de la silla hecho una furia, con el puño extendido, caliente y rojo. Pero en cuanto llego a su altura, veo el aura de luz blanca flotando alrededor de su piel y huelo el ozono que, de pronto, se ha convertido en un hedor pesado en el aire. Me está pinchando. Vuelvo a sentarme en la silla.

—No estoy de humor para tus juegucitos.

Se pone serio de inmediato y la carga estática del ambiente hace que se me erice el vello de la nuca.

—Esto no es ningún juego.

—No hay nada que pueda hacer aquí. Ella estará mucho mejor si yo me marcho.

Él suelta un profundo suspiro y los músculos de su rostro se tensan.

—Ojalá eso fuera cierto, pero por mucho que me duela decirlo, ella está enamorada de ti.

—Estaba. Estaba enamorada de mí y entonces yo me acosté con Lilith y arreglé el problema. Ahora ella te quiere a ti —afirmo, deseando que mis palabras sean ciertas.

Me estremezco ante el recuerdo del aroma a chocolate caliente. Ella no debería amarme. Le iría mucho mejor con Gabriel, con o sin alas.

—No. Ella todavía te necesita, Luc. —Casi se ahoga en el sonido de sus propias palabras y apoya la cabeza pesadamente contra el respaldo del sofá.

Mi rostro se contrae en una mueca de dolor. Cuando cierro los ojos veo su bata deslizándose por sus hombros, siento mis manos sobre su piel y el recuerdo hace que se me parta el corazón. Apoyo pesadamente la cabeza en mis manos.

—Ella es fuerte. Lo superará. —Pero yo no.

—No estoy seguro. —Gabriel frunce el ceño y se frota la frente como si tuviera un fuerte dolor de cabeza.

Lo miro fijamente a los ojos.

—¿Sigue estando marcada para el Cielo?

Él se mueve incómodo en su asiento y se pone recto.

—Deberías saberlo sin necesidad de preguntarlo.

—Parece estarlo, pero...

—¿Pero qué?

—¿Cómo puedo poseerla si sigue estando marcada para el Cielo?

Él arquea las cejas y se inclina hacia delante con los codos sobre las rodillas.

—¿Que has hecho qué?

Bajo la mirada a la alfombra.

—Me detuve antes de que... hiciéramos nada que no tuviera vuelta atrás, pero mi esencia estaba en su interior. Sentí su llamada y dejé que sucediera.

Una triste y torcida sonrisa se dibuja en sus labios.

—Al parecer, incluso las leyes del universo se inclinan ante su influencia.

—¿Crees que su influencia pudo hacer que sucediera?

—Si eso era lo que ella quería... —Él se encoge de hombros—. Por eso es por lo que necesito que te quedes. —Me mantiene la mirada un momento y luego baja los ojos al suelo—. Yo no puedo confiar en mí mismo cuando estoy cerca de ella.

—Eso no es ninguna novedad —digo tratando de esconder los celos en el tono de mi voz, pero no logro conseguirlo.

—Cuando tú no estás, su fuerza sobre mí es... —Me mira con ojos atormentados—. Perderé mis alas y entonces seré inútil para ella.

Mi voz suena ácida.

—Así que necesitas que me quede para que te salve de tu autocompasión.

Él vuelve a apoyar la cabeza contra el respaldo del sofá y se queda mirando al techo.

—Has hecho un resumen bastante bueno.

—¿Qué pasa si yo acabo...? —No puedo terminar la frase y me estremezco pensando en la noche pasada—. Parece que te olvidas de que su fuerza sobre mí no es diferente.

—Es más fuerte. Estoy convencido de que podría volver a transformarte en humano —dice sin levantar la cabeza. El dolor en su voz es evidente y profundo.

Me levanto de la silla.

—He de marcharme por muchas razones. Es evidente que, si me quedo, acabaré haciendo algo que no tendría que hacer y además, este es el primer lugar al que el Infierno vendrá a buscarme. Lucifer no se quedará tranquilo ni permitirá que todo el Infierno contemple lo que iba a ser su ejemplo, y que ha terminado en semejante y estrepitoso fracaso.

Él se queda pensando en mis palabras un momento.

—Por ahora —dice al fin—. Ya se nos ocurrirá una idea para esconderos. Tu escudo debería ayudar.

—Siempre y cuando no emplee mi magia. Es como un callejón sin salida. Estoy casi convencido de que puedo zafarme de ellos sin problemas sin mi magia, pero en cuanto la utilice me encontrarán.

—Es posible que yo pueda ayudarte a conseguir cierta ventaja.

—Eso sería de agradecer. Pero antes tenemos que dar con Lilith. —Siento tensarse cada músculo de mi cuerpo cuando el rostro de la chica que era Lilith se aparece ante mis ojos—. ¿Quién era?

—¿Quién?

—La chica con la que yo... —Mi repugnancia hace que se me revuelva el estómago y me trago la amarga bilis que se me ha subido a la garganta al pensar en lo que le hice—. La chica que era el huésped de Lilith. —La víctima de Lilith.

Gabriel se inclina, apoyándose en el reposabrazos, con aspecto cansado.

—Se llama Robin. La dejé en el hospital anoche. Iré a verla más tarde. —Luego me mira a los ojos—. Que te acostaras con ella no fue culpa tuya, Luc. Ya sabes lo que es Lilith.

Me levanto y me vuelvo hacia la puerta sintiendo una imperiosa necesidad de salir corriendo y cuando la abro, Riley y Trevor están allí de pie. Es evidente que Riley ha estado llorando y Trevor está pálido, como en estado de choque.

Riley abre los ojos, sorprendida.

—Luc.

Cojo aire profundamente y trato de aclarar mi mente.

—Riley. ¿Habéis sabido algo de Taylor?

—No. Hemos estado en casa de Frannie. Ha conseguido un listado de teléfonos de los compañeros de clase. Les hemos estado enviando mensajes a todos, a ver si alguien la ha visto.

Gabriel se levanta y se pone a mi lado en la puerta.

—Bien. Aseguraros de que Frannie no sale de casa.

—¿Por qué?

—Es solo que quiero saber dónde encontrarla.

Riley asiente.

—Quería que te diera esto —dice sacando una hoja de papel amarilla doblada—. Dijo que era más fácil escribirlo que llamarte por teléfono —añade mientras Gabriel arranca el papel de sus dedos y lo desdobra—. Se preguntaba si podías ir a comprobarlo.

Sobre el papel hay escrita una especie de cronología. Hay anotaciones en los márgenes sobre dónde han podido ver a Taylor desde ayer por la tarde. Hay tres asteriscos oscuros junto a la anotación de «las ocho treinta» y al lado una nota que dice «Apartamento de Luc».

Después de eso solo hay dos anotaciones más, ambas con un enorme signo de interrogación al lado. Una dice: «A eso de las diez y cuarto, Cassidy dice que cree que estaban en el pantano». Luego, subrayado al lado, otra nota: «No lo creo». Es evidente que se trata de una observación personal de Frannie. La siguiente línea dice: «A las once, Aaron cree que la vio en el KwikMart». La observación de Frannie al respecto dice: «Es posible». Y la última línea del papel es la dirección de Marchosias. Está sobrescrita varias veces y subrayada repetidamente. Al lado, la observación de Frannie solo dice: «Aquí».

—Gracias, Riley —dice Gabriel y ella y Trevor se dirigen de nuevo hacia el coche.

Yo los observo marcharse y luego me vuelvo hacia Gabriel.

—Voy a ver si puedo pillar a Lilith. El escudo no parece funcionar en ambos sentidos. Vuelvo a sentir su presencia en mi mente. Tú deberías de registrar el apartamento de Marchosias.

—Llama si descubres algo.

—De acuerdo.

No puedo evitar pasar con el coche por la casa de Frannie cuando salgo del barrio. Cuando paso por delante, ella está de pie en la puerta, haciendo entrar a Riley y a Trevor. Sus ojos se encuentran con los míos y yo reduzco la marcha hasta casi detener el coche, saboreando el chisporroteo eléctrico que me recorre la piel cada vez que estoy cerca de ella. Su escudo se supone que debería esconderla de los seres infernales, pero conmigo nunca ha funcionado. Por eso es por lo que la encontré al principio, cuando los otros del Abismo no lo habían logrado. Si ella está a una manzana de distancia, lo sé.

Y ahora que he recuperado mi sexto sentido demoníaco, su fuerza hacia mí es más fuerte que nunca. Respiro profundamente, apartando de mi mente las imágenes de lo que fue y nunca más será y piso a fondo el acelerador. Mi trabajo ahora es mantenerla a salvo. Y una vez se haya ido Lilith, estará mucho más a salvo.

Media hora después, estoy pasando con el coche por el pantano, la frustración

luchando encarnizadamente contra el pavor en lo más profundo de mi ser. Pongo en marcha de nuevo el motor y hago un giro de ciento ochenta grados, con el coche echando humo de las ruedas mientras los guijarros del camino salpican los bajos del automóvil. Estoy saliendo a toda velocidad del pantano para dirigirme al KwikMart cuando suena el teléfono.

—Tenemos a Taylor —dice Gabriel—. Está en The Cove con Marchosias.

Frannie

Dejé a Riley y a Trevor en mi habitación hace media hora. Ellos creen que estoy en el baño. Si mi influencia sirve para algo, seguirán pensando que sigo allí. Pero donde realmente estoy es aparcada a un lado de la calle detrás de la casa de los Gallagher, esperando. Está casi atardeciendo cuando marco el número de Gabe y me pongo el teléfono al oído con una mano temblorosa.

—¿Frannie? ¿Va todo bien?

—Acabo de hablar con Valerie Blake. Me ha dicho que Taylor está en The Cove. Creo que Marc está con ella. —Que es lo más lejos que se puede estar de la casa de los Gallagher antes de topar con el Atlántico. Y abarrotado de gente un sábado por la tarde en pleno mes de agosto—. Voy a enviar a Trevor para que lo compruebe —digo con la esperanza de que piense que el temblor de mi voz se debe a mi preocupación por Taylor. Mantengo la respiración y espero a escuchar la respuesta que quiero oír.

—No. Dile a Trevor que se quede contigo. Yo iré a por ella. Si está allí y Trevor se le acerca... Es un súcubo, Frannie. Aunque sea la hermana de Trevor podría resultar peligroso para él.

Esa es solo la mitad de la respuesta que quiero oír.

—¿Podrás apañártelas con Lilith y Marc tú solo?

—Le diré a Luc que vaya también.

Aquí está la otra mitad. Un tembloroso suspiro se me escapa del pecho.

—Bien, pero daos prisa.

—Estoy de camino —dice y cuelga directamente.

Yo estoy sentada agarrando el volante con tal fuerza que tengo los nudillos blancos. Ha funcionado. Estoy sola.

No puedo hacerlo. ¿En qué estaba pensando?

Sacudo la cabeza y aparto las dudas de mi mente.

No. Esto está bien. Es el único modo de aproximarme a Lilith. Gabe y Luc la ahuyentarían o, si no lo hicieran, nunca me dejarían acercarme a ella lo suficiente como para ayudar a Taylor. Funcionará.

Tiene que funcionar.

Respiro profundamente y repito el mantra en mi cabeza. Lo he elaborado para que

no haya ninguna fisura. Salgo del coche y entro en el bosque moviéndome lo más rápido que puedo, pero por donde yo voy no hay ningún camino, con lo que mi progreso es lento. Empiezo a sentir pánico, convencida de que llego tarde. Pero cuanto más rápido intento ir, más difícil parece que se vuelve el camino. Oleadas de adrenalina irrumpen en mi corazón. Intento correr, pero se me engancha una chancla entre las ramas de una parra y caigo al suelo.

Justo cuando empiezo a creer que he tomado la dirección equivocada, distingo la cabaña entre los árboles, un bloque grisáceo enmarcado en el verde follaje. Me abro camino entre las zarzas hacia el pequeño claro, sin aliento y sangrando a causa de los arañazos que me he ido haciendo por el camino y me acerco más.

Mierda, no estoy sola.

La cabaña está a unos quince o veinte metros escondida en el bosque, detrás de la casa de los Gallagher, así que desde aquí no puedo distinguir ni el jardín ni la casa. Esa es exactamente la razón por la que este es el punto hacia el que desaparecen las parejas cuando quieren un poco de intimidad durante las fiestas. Taylor ha pasado aquí muchos ratos y vi a Riley y a Trevor de camino hacia el bosque el día de la fiesta de graduación.

Y ahora Angelique y Brendan están aquí. Él la tiene sujeta contra la pared de la cabaña con los vaqueros por las rodillas.

Me agacho detrás de un árbol, entre las sombras, al borde del claro y trato de calmar mi agitada respiración.

¿Y ahora qué?

Me quedo completamente quieta, tragándome el miedo que se apodera de mí y tratando de pensar. Pero cuando los ruidos de la pareja terminan y todo se queda en silencio, yo espero un momento más y luego miro a hurtadillas desde el árbol, justo a tiempo para ver a Brendan tirar un preservativo al suelo y subirse los pantalones. Él se dirige al jardín de los Gallagher sin mirar siquiera a Angelique, que se está poniendo la falda en su sitio.

Ella corre tras él.

—¡Espera!

Pero él no la espera.

Y entonces me quedo sola. Salgo con cuidado al claro y suelto un tembloroso suspiro.

El bosque está demasiado tranquilo. El suave jaleo de la gente de la fiesta que hay en el jardín de los Gallagher se filtra entre los árboles hasta donde yo me encuentro, apagado por el suave susurro del toldo de hojas veraniegas. Pero mientras me hago una idea de lo que me rodea, siento que se me eriza la piel. Esta es la imagen exacta que tengo en mi cabeza, excepto por el cuerpo sangrante de Taylor.

Miro en derredor con desesperación, buscando cualquier señal de ella, y casi me da un ataque el corazón cuando una ardilla da un salto por detrás de la cabaña. Me abrazo las piernas con los brazos e intento calmar mi respiración y casi vuelve a

darme otro ataque cuando la música empieza a sonar. Pero no es el equipo de música de Jackson. Son los Roadkill. Deben haberlos invitado a la fiesta.

De pronto me siento algo confusa. La música que se escuchaba en mi sueño no era música en directo.

¡Oh, Dios mío! ¿Lo he interpretado todo mal?

La frustración sale de mi pecho con un gruñido.

Entre mi grito y el estruendo de la música no oigo nada más, así que doy un grito de sorpresa cuando me vuelvo hacia la cabaña y encuentro a Taylor allí de pie.

Luc

Estoy a mitad camino en dirección hacia The Cove cuando lo siento, Frannie no está en su casa. Cojo el teléfono y la llamo. Sin respuesta. Llamo a Riley.

—¡Eh, Luc! —dice cuando responde.

—¡Riley! ¿Dónde está Frannie?

—En el baño.

—Dime la verdad, Riley, es muy importante.

—Te estoy diciendo la verdad. Está en el baño, te lo prometo.

—¿Y cuánto tiempo lleva ahí?

Se produce una pausa.

—Unos minutos... creo.

—Ve a comprobar si está.

Oigo que se abre la puerta y luego sus nudillos golpean la madera suavemente.

—Frannie —dice la apagada voz de Riley. Otro golpe de nudillos—. Bueno, creo que no está ahí dentro...

—Abre la puerta, Riley.

—Está cerrada con llave.

Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Estás segura de que no ha salido?

La voz de Riley no suena nada segura.

—Creo que no...

Cuelgo el teléfono e intento centrarme. No está por aquí cerca, de eso estoy seguro. Mi sexto sentido demoníaco es lo suficientemente fuerte como para tener un claro sentimiento de dónde se encuentra. Pero el hecho de que no pueda sentir nada en absoluto evidencia que ella no está para nada al otro lado de la calle. Esté donde esté, sin duda habrá ido con el coche, con lo que podré sacarla de donde sea rápidamente en caso de necesitarlo.

Aparco en el lateral de la calle y me transporto a The Cove. Observo por la ventana del restaurante de Ricco y veo que no está allí, pero eso ya lo sabía. No hay

ningún zumbido en mis sentidos.

Vuelvo a intentarlo en la presa. Allí el zumbido es algo más fuerte, pero solo un poco.

Pero en cuanto aparezco en la calle delante de la casa de los Gallagher, sé que está allí y puedo captar también el hilo de los pensamientos de Lilith. El coche de Frannie se encuentra aparcado entre muchos otros cerca del bosque.

Maldita sea.

Barro con la mirada el jardín de los Gallagher, pero no está allí. Me vuelvo para adentrarme en el bosque cuando Chase y Kate me ven.

—¡Eh! —dice Chase mientras se acercan—. ¿Has salido solo esta tarde?

—Estoy buscando a Frannie. ¿La habéis visto?

Kate sacude la cabeza.

—Yo no la he visto por aquí. Hace un rato, cuando yo me he ido, ella estaba en casa.

—Gracias —digo mientras salgo corriendo hacia la calle.

En cuanto estoy fuera de la vista de los asistentes a la fiesta, giro hacia el bosque e intento dirigirme hacia donde percibo a Frannie. El bosque es espeso y los árboles no me permiten ver muy lejos, pero ella está aquí. Puedo sentirlo. Podría transportarme a ciegas por el bosque buscándola, pero con tanta gente por aquí corro el riesgo de que alguien me vea. Y podría no encontrarla nunca. Mejor me centro en los pensamientos de Lilith y en la energía de Frannie.

Las doradas sombras del atardecer hacen que trazar un camino entre los árboles y la maleza sea un proceso lento y complicado. Doy varios rodeos entre los árboles a la máxima velocidad que puedo fijándome en Lilith, poniéndola a ella como objetivo. Mi pie se enreda con la raíz de un árbol, doy un resbalón y caigo al suelo del bosque.

Y no me levanto.

Porque en un suspiro, Rhenorian está encima de mí.

—Eh, don Juan. —Su voz suena áspera en mi oído.

Intento liberarme de él.

—Rhen, de verdad, este no es un buen momento.

Él se aparta y me da la vuelta para ponerme con la espalda contra el suelo y su rodilla hundida en mi pecho.

—Él te quiere muerto. Ni siquiera le importa que el alma que tengas esté marcada para el Cielo.

—Entonces deja de malgastar tu tiempo y mátame. O eso o te largas.

—¿Cómo lo has conseguido?

Mi corazón de azufre me da un salto en el pecho.

—¿Qué?

—¿Cómo has conseguido desafiar a Lucifer? ¿Cómo has podido escaparte de entre sus garras?

—De verdad que no tengo tiempo para esto. —Levanto la pierna y se la enrosco

alrededor del cuello, haciéndole una llave y derribándolo—. ¿Podemos hablarlo más tarde?

Él saca un puño ardiente y lo pone frente a mi pecho.

—Ahora.

Yo le doy con mi propio puño ardiente directamente en la cara.

—¿A qué viene tanto interés?

Él duda un momento.

—Has hecho que algunos de nosotros nos planteemos algunas cosas.

—¿Plantearos cosas? ¿No temes que eso se convierta en algo habitual, Rhen?

Él parece nervioso pero no tiene intención de ceder.

—Queremos saber cómo lo has hecho.

Yo pongo los ojos en blanco.

—¿Entonces vas a matarme o qué?

—Seguramente no.

—Eso es un acto de traición.

—Lo sé.

Lo suelto y me levanto del suelo.

Y oigo el grito de Frannie.

Salgo corriendo, adentrándome más todavía en el bosque, sin hacer caso de Rhenorian.

Autopista al Infierno

Frannie

Miro a Taylor a los ojos, incapaz de respirar.

Se inclina hacia Marc, que a su vez está apoyado contra la cabaña. Los labios de Taylor mudan en una sonrisa asimétrica.

—Eh, Fee. Qué bien que estés aquí.

No sé cómo llamarla. ¿Taylor? ¿Lilith?

—Eh... —No me salen las palabras.

—Me alegro de que hayas podido venir.

Al mirarla a los ojos, casi me olvido de por qué he venido. Son los ojos de Taylor, pero no son los de Taylor. Según la miro, una fuerza oscura empieza a invadirme, me hace desear que lo que ve mi mente se haga realidad.

Ella sonrío.

—Puedes sentirme, ¿verdad?

Tras ella, Marc también puede sentirla. Sus ojos están hambrientos, famélicos, la acerca hacía él para darle un beso, pero se aparta. Él suelta un quejido, algo así como entre el placer y el dolor, mientras ella lo deja allí plantado y se adentra hacia el claro, en mi dirección.

—Yo te siento también. ¿Estás lista, Fee?

Marc apoya la espalda contra la cabaña y se queda ahí quieto, con los brazos cruzados y mirando como si supiera lo que va a ocurrir.

¡Corre!

Pero no puedo. En un rinconcito de mi cabeza recuerdo que tenía un plan.

Pero ¿de qué se trataba?

Me quedo aquí, anclada al suelo, incapaz de moverme, mientras Taylor se va acercando cada vez más, lenta y suavemente, como una serpiente de cascabel. Se detiene a unos centímetros de mí, siento que irradia calor y otros elementos oscuros. Se le ha borrado la sonrisa de los labios y recorre mi mejilla con sus dedos. Me aprieto contra ella sin poder controlarme.

—Me deseas tanto como yo a ti. Lo noto —me susurra al oído.

Y tiene razón. Solo con pensar en ella un fuerte cosquilleo me recorre el cuerpo.

Continúa hipnotizándome con sus profundos ojos verdes mientras recorre lentamente mis labios con su dedo. Como no me aparto, sigue hacia abajo, hasta el pecho. Con el contacto, el cosquilleo de la barriga explota por todos los rincones de

mi cuerpo y me hace dar un grito ahogado.

Entonces se saca del bolsillo trasero de los pantalones el afilado cuchillo.

Al verlo, salgo del trance. Este era el plan. Necesito estar tocándola y convencer a Lilith de que deje a Taylor y me posea a mí. Respiro profundamente y recito lentamente para mis adentros el mantra, después lo digo en voz alta.

—Mi alma está marcada para el Infierno. No quieres a Taylor. Me quieres a mí.

Su cuerpo se pone rígido y empieza a retroceder, pero la cojo de la mano y la arrastro de nuevo hacia mí.

—No eres... —empieza a decir.

—Lo soy. Estoy marcada para el Infierno. —La envuelvo con un abrazo y noto el frío acero del cuchillo entre nuestros cuerpos.

Aprieta su cuerpo contra mí de nuevo y tengo que luchar por mantener todos los sentidos alerta.

—Estás marcada para el Infierno —repite.

—Estoy marcada para el Infierno —le confirmo.

Entonces todo ocurre de pronto.

Taylor me arrebató un beso justo cuando Angelique sale de detrás del cobertizo. Levanta la mirada y nos ve abrazadas. Se queda boquiabierto, se le abren los ojos de par en par hasta adoptar una sonrisita incrédula.

—No me lo puedo creer —dice acercándose—. ¡Sois bi! Increíble.

Marc se aclara la garganta y Angelique se gira bruscamente. Apoyado contra el cobertizo, arquea la ceja con una sugerente media sonrisa.

—¿Te unes?

Angelique se queda con la boca abierta de nuevo, mira a Marc y después nos mira a nosotras.

—¡Dios mío! ¿Estáis...? ¿Esto es un trío? ¡Mierda!

Me aferro a Taylor. No me puedo arriesgar a soltarla. Siento el pulso en los oídos, tan alto que apenas oigo mi propia voz.

—Vete, Angelique.

—Tranquila, Cavanaugh, no es para ponerse así. Había perdido el collar.

Se agacha y recoge, sin apenas apartar la mirada de nosotros, una cadena fina de oro de entre los helechos que hay junto a la cabaña.

—¡A Brendan le va a encantar esto! —dice fulminando a Taylor con la mirada.

Después Taylor atrapa a Angelique con la mirada.

—¡Vete! —le digo otra vez.

Pero ya es demasiado tarde.

Antes de que pueda pararla, Angelique se acerca a nosotras. Pero se detiene a mitad camino al ver el cuchillo en la mano de Taylor. Entonces cambia la cara y borra su sonrisita. Veo en su expresión el ansia, la pura lujuria y se precipita hacia Taylor. Da un traspié al alcanzarnos. Alargo el brazo para aguantar a Angelique pero Taylor me empuja con el brazo libre. Coge a Angelique y, en el mismo instante, se clava el

cuchillo en su propio estómago.

Me quedo atónita y, en un segundo, el cuerpo de Taylor cae a mis pies.

Me oigo gritar a mí misma y, de repente, me veo en el suelo encima de Taylor, presionándole la herida del estómago.

Mi cabeza lucha por no perder la razón, pero quiere huir. Consigo centrarme en Taylor. Ella alza los ojos y me mira aturdida. Lanza un fuerte quejido y cierra los ojos. Miro aterrada a mi alrededor en busca de ayuda, pero me encuentro con Angelique en los brazos de Marc sosteniendo el cuchillo ensangrentado.

—¡Ve a buscar ayuda! —le grito.

Sacude la cabeza.

—No había otra salida, Fee. No me has dejado elección.

Siento que estoy hiperventilando mientras intento mantener presionada la herida de Taylor. Pero necesita algo más que presión. Miro la sangre, que va formando un charco junto a ella, en el suelo.

—Oh, Dios mío.

Las lágrimas me resbalan calientes por las mejillas y caen sobre la cara pálida de Taylor. Ella tose y escupe sangre.

Saco el móvil de mi bolsillo con la mano impregnada de sangre. Se me escurre y se me cae al suelo dos veces hasta que consigo marcar temblorosamente el número de emergencias.

—Han apuñalado a mi amiga —digo entre sollozos cuando responden.

Necesitan más información, pero no llego a dársela porque alguien me quita el teléfono de la mano.

Cuando levanto la vista, Marc está ahí de pie. Sonríe y se encoge de hombros, apaga el teléfono y lo lanza al bosque.

—Oh, Dios —digo de nuevo—. Taylor, no te vas a morir —susurro con un nudo en la garganta—. ¡Ayuda! —grito con todas mis fuerzas. Pero es como una pesadilla en la que, por mucho que lo intentes, no tienes voz. Mi grito suena ahogado y seco.

—No te van a oír. No con esa música —dice Angelique.

Solo entonces me percató de la canción. *How to Save a Life*, de The Fray, suena en el estéreo.

No puedo evitar las lágrimas. Mi llanto resulta tan patético y frágil como si fuera de algún animal inútil, enfermo y malherido.

Soy tan débil. Y tan estúpida por pensar que mi influencia servía para algo. No sirve para nada.

—Oh, Dios mío. —Lloro y mis lágrimas se mezclan con la sangre de la camisa de Taylor.

Me doy cuenta de que ha parado de jadear y escupir sangre.

—¡No! No te vas a morir —repito una y otra vez mientras le presiono en el pecho y le hago la respiración boca a boca, notando el sabor de su sangre cálida y metálica. Cada vez que elevo la cabeza grito pidiendo ayuda.

—Sí, sí que se va a morir. —Hasta la voz de Angelique suena casi triste cuando mira a Taylor. Parece más humana que nunca desde que la ha poseído Lilith. Da un paso hacia delante—. Noto tu rabia. Desearías que yo estuviera muerta, ¿verdad?

Y de repente lo hago. La rabia me rompe, me sale un grito primitivo a través de la garganta, me abalanzo contra ella y la tumbo en el suelo.

Se retuerce debajo de mí, pero su cuerpo frágil no tiene nada que hacer contra mis ocho años de judo. Casi sin esfuerzo consigo mantenerla quieta con una llave.

El cuchillo.

Una mano con un cuchillo se abalanza hacia el pecho de Angelique.

¿La mía? ¿Es mi mano? No sé decirlo. Las imágenes flotan en mi mente y no puedo procesarlas.

Entonces oigo el susurro de Angelique.

—Hazlo, Fee. Hazlo.

Sacudo la cabeza en un intento de aclararme la mente y bajo los ojos hacia Angelique. Ya no se retuerce. Me sonrío, tiene la mano sobre la mía en la empuñadura del cuchillo. Deshago la llave que había hecho con mis piernas alrededor de su cuello y descargo el peso en ellas, el cuchillo me rasga la piel. La cantidad de sangre en la punta del puñal aumenta, se desborda por su pecho en un río carmesí. Me aprieta más la mano alrededor del cuchillo y la emoción me invade al imaginarme clavándoselo.

Consigue elevar la otra mano y hacerse con un mechón de mi pelo. Me aparto y me doy cuenta de que no se resiste. Tira de mí hacia ella y me da la impresión de que quiere decirme algo, pero cuando le acerco la cara, levanta la suya y me da un beso. Una quemazón eléctrica me invade. Un deseo repentino por ella me domina. Mi peso se desplaza hacia el cuchillo y siento el hueso y el tejido muscular entre sus costillas. Sus manos tiran de mi cuello, haciendo más fuerte el beso y a la vez más honda la herida al presionar sobre el cuchillo.

Cuando la suelto me invade el deseo de su sangre. Me siento a horcajadas sobre sus caderas y aguanto el cuchillo con las dos manos por encima de su corazón.

Se queja, pero no es un quejido ni de agonía ni de miedo. Se le ilumina la mirada al alcanzarme con las manos.

—¡Hazlo! —me grita.

Una sacudida de indescriptible placer irrumpe en mi cuerpo. Cierro los ojos y muevo el cuchillo, dibujando un arco hacia abajo. Pero antes de que encuentre su marca, desde un lado, alguien me tumba en el suelo. El cuchillo sale disparado por encima de los helechos hasta unos arbustos cerca de la cabaña.

—¡No! —grito yo y oigo a Angelique, cuyo grito resuena con el mío por encima del fuerte ritmo de la música.

La voz de Luc, un susurro en mi oído, irrumpe en la neblina. Poco a poco tomo conciencia de mi alrededor. La humedad del suelo me penetra en el cuerpo desde abajo, mientras el calor de Luc, que está encima de mí, me quema la ropa y él me

aplasta contra el suelo, hundiéndome la cara en el barro.

—¡Suéltame! —le grito.

Los dedos de los pies se me anclan en la tierra mojada al intentar deshacerme de su peso. Pero, a pesar de tener el olor del moho y la putrefacción del bosque a un centímetro de mi nariz, me viene de nuevo el sabor a cobre salado de la sangre de Taylor, siento ganas de vomitar y trago bilis.

Me sale de las entrañas un rugido animal.

—¡Quítate de encima! —le grito sacudiéndole.

—¡Frannie, para! Eso es lo que quiere Lilith. —Me aparta el pelo de la cara y noto su mejilla junto a la mía—. Quiere que mates a Angelique. Quiere invertir tu marca.

—¡No! —Lo empujo más fuerte, luchando bajo él. Como no me suelta, me giro, le hago una llave con las piernas, le doy la vuelta y lo tumbo en el suelo.

Ahora estoy yo encima y él me mira dulcemente.

—Escúchame, Frannie. Necesito que me escuches.

El mundo parece que cobra sentido de nuevo. Me falta el aliento pero no encuentro aire.

Continúa mirándome como si nada más importara.

—Si lo haces, ella gana. Si matas a Angelique, marcarás tu alma para el Infierno y Lilith será libre de entrar en tu cuerpo. Serás suya.

Es la esencia de canela de Luc lo que al final consigue distanciarme del bosque. Parpadeo y miro a mi alrededor. Veo a dos demonios de pie a ambos lados de la cabaña, con los puños al rojo vivo. Son Marc y Rhen. No entiendo la escena, pero no importa. Taylor yace en el suelo, tiene la camiseta empapada de sangre y el olor a sangre pesa en el aire del anochecer.

Suelto a Luc y, girando sobre mí misma, me siento a su lado. De nuevo me da un vuelco el estómago y vomito entre mis pies.

—No he podido salvarla. —Mi voz se quiebra y se hace casi inaudible.

—No podías hacer nada, Frannie.

—Mi influencia. Debería haber podido reanimarla.

—No desde el Infierno. Aún no, desde luego. Pero tal vez tu influencia no tarde en alcanzar todo su poder...

Con la mirada clavada en mis pies, pienso en lo último que le dije a Taylor y me dejo caer en los brazos de Luc, que me coge por la cintura. «Vete al Infierno», le había dicho. Le había dicho que se fuera al Infierno.

Me inclino de nuevo y vomito.

Oigo el sonido de las hojas y veo a Angelique sentada, con la espalda apoyada contra la cabaña, la camiseta empapada de sangre y mirándome con una sonrisa maliciosa.

—Él no lo entiende, Fee. No entiende que nos necesitamos.

Se arrastra unos metros hacia los arbustos y rescata el cuchillo.

—Somos del mismo mundo. Eres una de los nuestros, Fee.

Despacio, consigue aguantarse sobre sus piernas, toma el cuchillo por la hoja afilada y me muestra la empuñadura.

Luc me rodea con sus brazos.

—No, Frannie.

Pero el efecto de Angelique en mí es voraz. Doy un paso hacia ella.

—Frannie. —Luc me da la vuelta hacia él y me observa—. Mírame.

Intento girarme hacia Angelique, pero Luc me coge por la barbilla.

—Aquí, Frannie —insiste, con los dedos índice y medio señalándose a los ojos.

Me pierdo en sus oscuros ojos negros y me lleva hacia la música que viene del jardín de los Gallagher, lejos de Taylor. Con mi visión periférica, advierto que Rhen levanta el puño al rojo vivo, como protegiendo nuestra retirada. No lo entiendo, *¿por qué nos ayuda?*

Angelique grita a nuestras espaldas.

—Frannie, no dejes que te aparte de mí. Estamos hechas la una para la otra.

Me quejo, me repliego en mí misma y las piernas no me responden. Luc me arrastra hacia él, sale del bosque y se dirige hacia el jardín. Dejo caer la cabeza en su hombro e intento aprovechar su fuerza.

Alguien grita. ¿Será Kate? Pero sigo respirando la esencia a canela de Luc que bloquea cualquier otro olor.

Oigo que le dice a alguien que llame a la policía. La gente nos rodea. Me zarandean en los brazos de Luc. Alguien me agarra por el brazo e intenta separarme de él. Yo me aferro a él con las pocas fuerzas que tengo.

—¡Dios mío! ¿Qué le has hecho? ¡Dámela!

Esa voz. Es Reefer. Es Reefer gritándole a Luc. Intento elevar la cabeza para decirle que pare, pero pesa demasiado. Demasiado para moverla.

Déjalo, pienso. Por favor.

Y me acurruco en los brazos de Luc, sentándonos en las escaleras del porche. Luc está caliente e intento impregnarme de su calor, pero tengo tanto frío que no puedo dejar de temblar. Al final consigo abrir los ojos. Entonces me doy cuenta de la sangre, la sangre de Taylor, que tengo por todas partes; en las manos, en la ropa.

—Ay, Dios, Taylor.

Me sale del pecho un grito parecido al de una *banshee*. Luc me mece contra su cuerpo, creo, pero no puedo dejar de gritar. La gente grita, no, espera, soy yo. De repente, todo cae en el olvido.

Me despierto en mi cama, la brisa cálida de la mañana mueve las cortinas y me envuelve el olor del sol de invierno. Fijo la vista y veo a Gabe en la silla de mi escritorio, a los pies de la cama. Sonríe y me aprieta el pie por encima de las sábanas.

—Eh.

Pero todos los recuerdos vuelven a mí y el insoportable peso de lo que hice amenaza con apoderarse de mí otra vez.

Cierro los ojos.

—¿Taylor? —Me sale una voz ronca y al decirlo el frío me cubre de miedo el corazón.

—Lo siento, Frannie. Debí haber estado ahí.

Siento el dolor en su voz.

Lo que no dice es que no estuvo allí por culpa mía. No puedo frenar el sollozo ahogado que me viene a la garganta y me deshago en un mar de lágrimas. Gabe me coge en sus brazos y me calma. No hay más que decir, así que escondo la cara en el cuello de Gabe y lloro.

Para cuando entra mamá, las lágrimas van cesando, pero la ira que descargo hacia mí misma todavía me quema como ácido en el corazón. Gabe me seca las lágrimas de la cara con su pulgar y vuelve a la silla. Papá está de pie en la puerta y mamá se acerca a la cama y me coge de la mano.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

Qué pregunta más estúpida.

—Hecha mierda.

Desearía reprenderme por mi vocabulario, lo veo, y en realidad es por lo que lo he dicho, para enfadarla. Porque me siento hecha mierda y quiero que todos se sientan igual.

Respira hondo y me dice:

—¿Necesitas algo?

Me arrebujó en las almohadas en un intento de desaparecer.

—A Taylor...

—Oh, cielo.

Me doy la vuelta sobre mi costado hacia la pared.

—Frannie —me dice, y duda—. Lo siento.

Si alguien más dice esas palabras empezaré a gritar de nuevo.

La cama se mueve cuando se pone de pie y oigo cerrarse la puerta.

Apenas noto a Gabe acercarse a la cama, pero sé que está ahí porque siento cómo se desvanece el enfado.

—Sé que es duro, pero culpar a tu madre no te va a ayudar.

No quiero que se me pase el enfado, necesito odiarme a mí misma.

—¡Cállate! ¡Vete!

Sin embargo, sube las piernas a la cama y se apoya en el cabezal.

Miro a la pared, me siento incapaz de apartar las imágenes del bosque, que se suceden en mi cabeza como una película de terror.

—Oh, Dios —sollozo—. La he matado.

Sabe que estoy en lo cierto. Lo sé por el modo en que se mueve detrás de mí.

—Frannie, nada de esto es culpa tuya.

Mi voz es tan amarga como mi corazón.

—Creía que no sabías mentir.

—Deberías creerme.

Sin duda intenta tranquilizarme. Estoy enterrada en su nieve de verano. Mi respiración se suaviza y siento que cedo por dentro. Pero no puedo apartar esas imágenes de mi cabeza. Taylor, Angelique, Luc...

Elevo la cabeza, me separo de la almohada y le pregunto:

—¿Dónde está Luc?

—Creyó que era mejor si... se iba.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué hay de Angelique? —pregunto temiendo la respuesta.

—La tiene Lilith. Se ha ido.

Dejo escapar un quejido lento. Una vida más que he echado a perder. No sé lo que siento por ella. Odio. Culpa. Deseo.

—La deseaba, la necesitaba. Pero no soy... no tengo... con chicas.

—Lilith es un súcubo. El género es irrelevante. Puede manipular tus pensamientos y deseos más oscuros, tus emociones más primarias. Te puede hacer ver o desear ciertas cosas. Necesita su dosis y hace lo que sea por conseguirla.

—¿Su dosis?

—Vive de la lujuria. Sin ella, se muere.

Cierro los ojos, aprieto los párpados para evitar que se formen de nuevo las imágenes en mi cabeza. Habría hecho cualquier cosa que se le antojara, incluso matar a Angelique. Por un momento se me va el pensamiento al recuerdo de Lili en la cama de Luc y a la cara de asombro de él.

—Luc no sabía lo que hacía... —me digo entendiéndolo todo por primera vez.

—Supongo que no.

De nuevo me hundo en la almohada, estoy demasiado débil para aguantar más tiempo incorporada. La mente se me cierra y abro paso al vacío. Cuando me doy cuenta de que es Gabe el que me está haciendo esto, por un segundo siento ganas de enfadarme, pero me dejo llevar y me adormezco. Y ya no pienso en nada.

Lágrimas desde el Cielo

Frannie

Paso los siguientes cinco días adormecida. Entra y sale gente, o eso creo. Veo unas imágenes borrosas de Riley y Trevor. En ellas, Trevor está casi tan inconsciente como yo. Parte de mí quiere abrazarlo, esa parte que recuerda haber perdido a Matt.

Pero no lo hago.

Mamá me trae comida, pero no puedo comer. Cuanto más insiste, más me encierro en mí misma. Oigo un murmullo en el pasillo. ¿Mamá? ¿Gabe? ¿Papá? No estoy segura y parece que mamá grita, pero no tengo fuerzas ni para oír. Tal vez sea la policía... tal vez.

Los días pasan en una nube de imágenes desenfocadas y al final de ellas aparezco vestida de negro, sentada en el banco de una iglesia. Hay gente, algunos lloran, y también está Luc. Lo siento más que lo veo. Gabe está conmigo, siempre a mi lado, y creo que esa es la razón por la que estoy adormecida. De lo contrario estoy casi segura de que el grito que se oculta en mi garganta hubiera irrumpido ya.

El abuelo me coge la mano. Noto su piel áspera y cálida y el olor dulce del humo de su pipa al apoyarme en su hombro. La única persona que necesito. El único que puedo tener al lado.

Otras personas intentan acercarse y el abuelo, en cierto modo, los mantiene alejados, lo cual está bien porque, si abro la boca para hablar, el grito...

Después la gente se va y todo queda en calma. El reverendo O'Donnell empieza a hablar. Apenas me percató de la presencia de los padres de Taylor y veo a Trevor andando por el pasillo delante de una caja de madera.

Una caja.

Taylor.

Me empieza como un leve gemido, pero de repente ya no hay nada que Gabe pueda hacer para contener mi grito.

Luc

Ella no dice nada de camino a casa. Se desploma en el asiento del coche y se queda con la mirada fija en el salpicadero.

Me hundo en el asiento trasero mientras Gabriel conduce y desearía ser yo el que

estuviera en ese ataúd. *¿Cómo he podido dejar que esto pasara?*

De vez en cuando, a Frannie le brota un gemido que me destroza el alma. Si pudiera aliviarle el dolor... Haría cualquier cosa.

Gabriel aparca su Charger en el camino de entrada de su casa, tras la caravana de la familia. Frannie se queda un rato sentada, después se desliza para salir del coche y empieza a cruzar el jardín. Sus padres la miran desde el porche y su padre hace el intento de salir a por ella, pero Gabriel le pone una mano en el hombro y me hace un gesto con la cabeza. La sigo por el césped hasta la acera y veo que se dirige hacia la casa de Taylor.

Me pongo a andar a su lado, siguiendo su ritmo.

—¿Frannie?

Arrastra los pies, ajena a todo lo que la rodea. Casi la he alcanzado, pero me paro. No estoy seguro de que pueda tocarla sin...

Me sitúo delante de ella y camino de espaldas, mirándola a los ojos.

—Frannie, ¿me oyes?

Nada.

—Sé que es... —Noto en la garganta un nudo ardiente que ahoga mis palabras. ¿Qué voy a decir? ¿Duro? Es más que duro. Es imposible.

Me doy cuenta de que he dejado de andar hacia atrás cuando Frannie me toca la mejilla con los dedos. Levanto la vista y ahí está mirándome fijamente. Tiene las yemas de los dedos mojadas.

—Estás llorando —me dice.

Imposible.

—No puede ser. Ahora soy básicamente un demonio.

Se frota el pulgar con las yemas de los dedos.

—Sí que estás llorando.

Se lleva los dedos a los labios y las lágrimas le empiezan a caer por las mejillas. Se da la vuelta y se sienta en el bordillo con la cabeza entre las manos. Se pasa los dedos entre el pelo, que le oculta la cara.

Me siento a su lado, dejando una distancia prudencial entre nosotros.

—Lo siento, Frannie. —Pero suena tan inapropiado.

—No la he podido salvar. Está en el... Infierno, Luc —lo dice entre sollozos—. Y no he podido hacer nada por salvarla.

—No es culpa tuya.

Aparta la cabeza de las manos y me mira. Con la humedad de las lágrimas se le han pegado algunos mechones a la cara.

—Claro que es culpa mía. —Y su voz es baja pero atroz, casi como un rugido. De repente, abre los ojos de par en par—. ¿Eres un demonio?

Asiento.

La expresión le cambia, adopta una mueca y dice:

—¿Puedes ir a buscarla? Al Infierno, me refiero.

En este instante, frente al dolor que expresa el rostro de Frannie, desearía intentarlo, aunque no veo la manera de llegar al Infierno, y menos de sobrevivir.

—Si es lo que quieres, Frannie, lo puedo intentar.

Cierra los ojos en un lento parpadeo y cuando los vuelve a abrir parece asomarle un destello fugaz de esperanza en los ojos. Pero de nuevo se apagan.

—No podrás salvarla, ¿verdad?

Bajo la vista. Me hunde verla así.

—No.

—Y también te matarán a ti.

—Podría ser.

Me levanto del bordillo, esta proximidad se me hace difícil, y me alejo un poco por la calle. Entrelazo las manos por encima de mi cabeza e inspiro profundamente tratando de pensar. Cuando vuelvo al bordillo, Frannie está de pie y de nuevo con lágrimas en los ojos. Me acerco casi sin mirarla y al subir a la acera, me coge por el brazo.

—Luc, lo siento. Sé que no fue culpa tuya... lo de Lili.

Estoy rígido y miro al frente con los puños cerrados a los lados para evitar atraerla hacia mí. Porque no puedo hacerlo, aunque lo deseo tanto... Pero no puedo volver.

En toda mi existencia, no he conocido un dolor así; el dolor de tenerlo todo y perderlo. Aun así, no es menos de lo que merezco. Porque se equivoca. Sí que fue culpa mía. Todo lo que le ha pasado a Frannie desde que llegué a Haden ha sido culpa mía.

Acabará destruyéndola si me quedo.

Me deshago de su brazo.

—Frannie...

Vuelve a sentarse deprimida en el bordillo.

—Demasiado tarde, ¿verdad? Lo he estropeado todo. —Esconde la cara entre las rodillas y entrelaza los dedos tras la cabeza.

—No creo... —empiezo a decir, pero el corazón me ahoga las palabras y me late fuerte en la garganta. Me paseo por la acera hasta que consigo hablar—. Frannie, no puedo hacerlo otra vez.

No levanta la cabeza, pero el sonido que emite, un quejido sordo, me hiela la poca sangre que debe quedarme.

—Esto... —digo señalando vagamente el mundo a pesar de que no me mira— es una tragedia para todos nosotros. Debes saber que es mejor así. No puedo quedarme.

Por fin aparta la cara de las rodillas, pero sigue sin mirarme.

—Entonces, ¿ya está? ¿Se ha acabado? —me dice, ahora sí me mira con unos ojos oscuros, vacíos—. Supongo que puedo intentar no desearte... si es eso lo que quieres.

—Sí, es eso lo que quiero —digo con gran esfuerzo y cada célula de mi ser grita

en protesta. Miro atrás, hacia el hogar de Frannie, y procuro no mirarla a ella, y veo a Gabriel que nos vigila desde el camino de entrada a la casa. Me inclino y le doy un beso en la cabeza. Le hago un gesto a Gabriel, cruzo la calle y entro en el Shelby.

Frannie

Se ha ido. Lo sé sin necesidad de mirar. El corazón se me encoge en una dura pelota y otra parte más importante de mi ser, tal vez el alma, se encoge y muere, dejándome fría y vacía.

Sin duda ya no me quiere. ¿Cómo podría quererme después de todo lo que le he hecho pasar? Debe preferir ser un demonio a estar conmigo, y no le culpo.

Me rodeo las piernas con los brazos y las aprieto contra el pecho, me centro en no derrumbarme.

—Entra en casa, Frannie. Por favor —me dice Gabe con voz dulce y débil mientras se agacha a mi lado.

Lo miro con los ojos perdidos. Tiende la mano y se la cojo. Me levanta del bordillo y me dirige hacia casa. Subimos las escaleras y me mete en la cama.

—Descansa un poco. Volveré más tarde.

El pánico apresa el aliento de mis pulmones y me incorporo de golpe.

—Por favor, no te vayas.

Se gira hacia la puerta abierta, acerca la silla que hay en el escritorio y se sienta junto a la cama.

—De acuerdo —me dice apretándome la mano.

Me revuelvo en la cama durante horas, con miedo a cerrar los ojos porque, cada vez que lo hago, me vienen a la cabeza imágenes de Taylor, Angelique y Luc. De vez en cuando veo a mamá o papá que pasan por la puerta abierta. Al final, papá apaga la luz del pasillo y la habitación se sumerge en la oscuridad. Gabe se levanta y se me escapa un quejido agudo que me avergüenza.

—Estoy aquí, Frannie. No me voy a ningún sitio —dice sacando la camiseta con la que duermo de debajo de la almohada—. Creo que dormirás mejor si te pones cómoda. Esperaré fuera.

Sale al pasillo y el temblor de mi cuerpo se hace tan intenso que apenas puedo desvestirme sola. Al final, consigo quitarme el vestido, me pongo la camiseta y me meto de nuevo bajo las sábanas.

—Ya puedes —le digo con una voz que más bien parece un ronquido.

Gabe vuelve a entrar y cierra la puerta de la habitación tras de sí. Se acurruca en la cama, a mi espalda.

—Te pondrás bien, Frannie. No dejaré que te pase nada.

Me estremezco al pensar en todas las cosas que me han pasado, y también a todos

los que quiero, y sé que me miente, aunque él no lo sepa.

No puedo dejar de temblar. Incluso la presencia de Gabe no basta para pararlo. Acerco la espalda más a su cuerpo. Pero a pesar de la proximidad y la calma que me aporta, el corazón todavía me late fuerte en el pecho. Sé que si cierro los ojos volverán las pesadillas, Taylor, Angelique...

—Frannie, por favor, intenta dormir —me susurra al oído.

—No puedo. —Tiemblo intensamente y me aprieta más contra él.

Me giro y me cobijo en su cuerpo. Su aliento fresco en el pelo aparta el miedo que se ha apoderado de mí. Hundo la cara en la curva de su cuello e inhalo la esencia de su sol de invierno en un intento de olvidarme de todo salvo de esto que estoy sintiendo ahora. Aun así, el pánico está ahí, a punto de irrumpir. Me besa la cabeza y me recorre un escalofrío. Aparto la cara de su cuello y lo miro a los ojos, esos ojos azules que brillan con la luz de la luna, e intento abstraerme.

Cuanto más cerca estoy de él, más calmada me siento, lo sé por experiencia. Es el único que puede bloquear el dolor.

—Frannie... —me dice mientras recorro sus labios con los dedos. Noto que se estremece.

Cuando atraigo su rostro hacia el mío y mis labios tocan los suyos, su paz me inunda, sumergiéndome en una suave inconsciencia que en un instante mitiga el dolor que tengo en el pecho. De repente, mi corazón vacío se llena porque él me quiere. Lo siento. Me quiere profunda e incondicionalmente.

Aquí es donde deseo estar. Quiero perderme en su paz y su amor. Tanto que no puedan encontrarme.

Deseo olvidarme de mí misma.

Su beso se hace menos inseguro, su boca me busca. Me devora con los labios y me ayuda a desaparecer. Cuanto más me adentro en él, menos queda de mí. Busco a tientas los botones de su camisa. Él me quita la camiseta y continúa explorándome suavemente con las manos y la boca, y con cada caricia me aleja un poco más de mí misma.

El corazón todavía me late fuerte, pero no es de miedo. Y mi respiración entrecortada tampoco se debe al miedo. Con cada paso hacia lo inevitable, estoy un paso más lejos del dolor.

Cuando se pone encima de mí, le deslizo la camisa por los hombros y siento su piel en la mía, ya no está fría, sino caliente. Le beso el hombro y tiro de sus pantalones, deseándolo todo, deseándole a él. Noto sus labios ardiendo en mi cuello, que susurran:

—Oh, Dios... Frannie.

Y su boca encuentra la mía de nuevo y siento como si el cuerpo me ardiera lentamente por debajo de la piel y mi corazón se acercara al suyo.

Nos movemos en la cama y casi estoy fuera de mí, un paso más. Lo rodeo con las piernas, dándole permiso para dar el último paso que me libere de la tristeza,

diciéndole con el cuerpo que lo deseo.

Y noto cómo responde, presionándose más contra mí, olvidando esa última brizna de cautela. Le deslizo la mano hasta la parte delantera de los pantalones y lo oigo estremecerse. Me besa más profundamente y noto su desesperación, como si se ahogara y yo fuera su aire. Lo deseo tanto como él a mí. Lo sé. Es lo que necesitamos, el uno al otro.

Casi estoy fuera de mí.

Un paso más.

Le desabrocho el botón del pantalón. Besa mis labios, baja por la barbilla, el cuello, el hombro y, de nuevo, sube a la oreja. Su respiración es tan entrecortada como la mía, y susurra:

—Por favor, Frannie. Por favor, para.

Una oleada de culpa me invade y me doy cuenta de lo que le estoy haciendo.

Se queja al apartarlo de mí y se deja caer en la cama, a mi lado. Se incorpora y se pone de pie. Veo su silueta recortada contra las sombras cambiantes de la luz de la luna en mi ventana.

Me hundo más entre las almohadas e intento evadirme.

—Yo... —No acaba la frase. En lugar de eso, coge su camisa, se da la vuelta, sale al pasillo y cierra la puerta.

Y después, nada.

Todo está tranquilo como si fuera a quedarse así para siempre y yo estoy aquí tumbada, tratando de decidir qué hacer. Cuando ya no hay duda de que Gabe no va a volver, cierro los ojos y le pido a Dios sinceramente que acabe conmigo ya.

Me incorporo al ver que la puerta se abre de nuevo y de repente me cubro con las sábanas, avergonzada, y veo que quien entra es Gabe.

Me da la espalda y me dice:

—Creo que ahora ya puedo controlarme, pero me sería más fácil si te pusieras algo de ropa.

Me giro y recojo la camiseta del suelo.

—No tienes que quedarte —le digo mientras me la pongo, intentando hacer que mi voz suene suave. Pero en realidad me muero por que se quede, aunque también me mortifique—. Si te resulta difícil...

Se gira y se sienta en el borde de la cama. Me coge la cara y me mira.

—Te quiero, Frannie. Pero no podemos hacer... esto. —Y señala las sábanas revueltas—. Con mucho gusto estaría dispuesto a perder mis alas por ti, pero así no.

La tristeza me oprime el aire de los pulmones.

—Lo sé.

Le acaricio la cara de nuevo. No puedo evitarlo, es tan guapo.

—Cuando Matt perdió sus alas, dijiste que tuvo opción de... —Bajo los ojos y me doy cuenta de lo egoísta que es el resto de ese pensamiento.

Pero Gabe siempre sabe lo que estoy pensando.

—No soy como Matt. No podría quedarme contigo.

—¿Por qué no?

—Soy un Dominación de la segunda esfera. No soy un ángel.

Lo miro de nuevo a los ojos y me incorporo apoyándome en el codo.

—Creía que todos erais ángeles.

—No. El término ángel se aplica a los mortales que han conseguido el estatus del Cielo. Yo nunca he sido humano.

Intento asimilarlo.

—Así que... eso significa...

—Si pierdo las alas, no habrá vuelta atrás. No soy de la Tierra, así que no podría volver a ella. Pertenece a Lucifer.

El corazón se me sube a la garganta.

—A menos que yo quisiera que fueras humano. —Y lo quiero. Ahora mismo no hay nada que desee más.

Me mira por debajo de sus pestañas blancas y los pensamientos le pasan tan rápido por los ojos que apenas puedo captar ninguno. Entonces se inclina y me besa de nuevo. Lo atraigo a mi lado en la cama y lo miro directamente a esos ojos increíbles. La pregunta se me escapa casi antes de darme cuenta de que la he dicho.

—¿Conocías a Lucifer antes de que cayera?

Se pone tenso, pero su voz siempre es calmada, tranquilizadora.

—Frannie, no te preocupes por él ahora. Estás a salvo. Duérmete.

Me muevo en sus brazos, un poco incómoda, pero algo dentro de mí no me deja apartarme.

—No me preocupo, solo quiero saber.

Mueve la cabeza despacio.

—Fui creado antes de la guerra. Para entonces él ya se había ido.

—Así que... ¿nunca lo conociste como ángel?

Gabe frunce el ceño:

—¿Adónde quieres ir a parar?

Muevo la cabeza, porque realmente no lo sé. Es un sentimiento que no puedo explicar.

—A ningún sitio, supongo.

Me besa en la frente y se acomoda de nuevo en las almohadas.

—Duérmete, Frannie.

Los párpados me pesan y dejo que se cierren, pero las imágenes de la pesadilla me acechan. Taylor, la sangre, Lilith. Le pongo la mano en el pecho, a la altura de donde estaría el corazón, deseando con fuerza no querer lo que no puede darme, pero necesito estar cerca de él.

—¿Está bien así?

Deja escapar un suspiro tembloroso y me aprieta el hombro.

—Perfecto —me dice.

Y en algún momento, horas después, por fin me duermo.

Al despertarme, una luz de color gris pálido se filtra entre las ramas del árbol que hay en mi ventana. Estoy sola en la cama y todo lo que ha pasado en los últimos cinco días se encuentra un poco borroso, como si me despertara después de una borrachera de varios días. Tengo la misma sensación de resaca. Me quedo un buen rato aquí tumbada en la cama, intentando reconstruirlo todo, lo real y lo soñado. El asesinato de Taylor es real, ningún sueño provocaría tanto dolor. La marcha de Luc, real. ¿Gabe... anoche? Me viene un cosquilleo al estómago al recordar su increíble y dulce tacto. ¿De verdad casi lo hacemos? ¿Me dijo que me quería? Creo que también fue real. Estaría dispuesto a renunciar a sus alas por mí... eso fue lo que dijo.

Pero se ha marchado.

Aparto la sensación de decepción y miro el reloj. Cojo el teléfono y llamo a Ricco para decirle de nuevo que estoy enferma. Me contesta que no me moleste en volver.

El fin de los días

Luc

—¿Estás bien?

Me sobresalto al escuchar la voz y sentir una mano sobre mi hombro mientras estoy apoyado contra la fría pared de azulejos del hospital. Llevo aquí de pie un buen rato, intentando encontrar el coraje para llamar a la puerta de la habitación 322.

Se llama Robin.

Aparto la frente de la pared e intento sonreírle a la enfermera.

—Sí, estoy bien.

Ella me lanza una última mirada preocupada y sigue adelante por el pasillo. Respiro hondo y levanto la mano para llamar a la puerta, pero antes de poder hacerlo, la puerta se abre de par en par y ella sale al pasillo con la bata del hospital. Casi tropieza conmigo antes de que yo pueda apartarme de su camino.

—¡Oh, lo siento! —dice. Sus ojos son del mismo verde, pero parecen más apagados sin tener a Lilith en su interior para que los alimente.

Pero soy yo quien lo siente. Bajo los ojos y abro la boca seca, pero no puedo encontrar palabras, así que vuelvo a cerrarla. Levanto los ojos y conecto mi mirada con la suya. Tengo el corazón en la garganta.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—Perdona —digo. Es lo más cercano a una disculpa que puedo articular. Me doy la vuelta y salgo corriendo por el pasillo hacia las escaleras, que bajo de dos en dos. Cuando llego al coche estoy sin aliento. Me apoyo con las manos sobre el capó, aspirando con fuerza en busca que aire.

Ella no se acuerda. Era evidente en sus ojos. No tenía la menor idea de quién era yo. Eso debería ser un alivio, pero no cambia lo que sucedió, lo que le hice. Y lo único que pude decir fue «Perdona».

Le debo mucho más.

Me apoyo contra el parachoques y empiezo a darle vueltas a la cabeza, igual que llevo haciendo desde el momento en que me di cuenta de que volvía a ser mortal. Debería estar a kilómetros de aquí, a miles de kilómetros de aquí. Lejos de toda tentación. Pero al parecer no consigo reunir las fuerzas necesarias para marcharme.

Porque marcharme sin Frannie es como intentar vivir sin oxígeno.

Esta vez todo ha ido más rápido. El cambio se ha producido en unas semanas. Y pude sentirlo. Sabía que ella me estaba cambiando. Frannie dijo que intentaría no

desearme. Aparentemente no ha tenido ningún éxito porque es difícil argumentar en contra de mi humanidad. El hecho de saber que me desea hace que un estremecimiento me recorra el cuerpo entero a la vez que el pensamiento de poder estar con ella de nuevo me aterroriza.

Me aparto del Shelby y abro la puerta. Luego cierro con un portazo, dando un gruñido. Porque quiero ir a su casa. Y si me meto en el coche es adonde acabaré yendo. Camino arriba y abajo en el aparcamiento, intentando aclararme la mente y encontrarle algún sentido a todo esto. Finalmente me subo en el coche y me dirijo hacia mi apartamento.

Mientras aparco, en un espacio libre que hay cerca de mi edificio, me percató de que no recuerdo cómo he llegado hasta aquí porque mis pensamientos estaban completamente absorbidos por Frannie. Me quedo sentado en el coche una eternidad, frotándome la frente para intentar controlar el dolor de cabeza que acaba de estallar en mi cabeza. Y justo en el momento en que estoy a punto de derrumbarme y poner el coche en marcha, aparece el Mustang de Frannie por la calle y se para justo detrás de mí, bloqueándome cualquier salida.

Ella sale del coche y se acerca hecha una furia hacia donde yo estoy aparcado. Por el aspecto de su rostro pienso que puede que estuviera equivocado con lo de que ella me deseaba.

Ella abre la puerta del coche bruscamente y me arrastra del brazo hacia fuera.

—¿Adónde demonios vas? ¿Volverás a huir como la otra vez?

No intento soltarme el brazo, porque el tacto de su mano sobre mi piel es...

—Estaba...

—Eres un auténtico cobarde, ¿lo sabías? No puedo imaginarme cómo has podido sobrevivir todos estos años en el Infierno.

—Frannie...

Ella me suelta el brazo y me da un empujón.

—Ni siquiera sé por qué me preocupo. Vete, imbécil.

La cojo por los brazos y la sujeto contra el coche con la intención de decirle que se meta en el coche y se marche de aquí. Con la intención de decirle algo tan cruel que ella nunca más quiera volver a verme. Pero en lugar de eso, acabo con mis labios sobre los suyos. Mi mente me grita que me detenga a la vez que mi corazón me grita que no la deje marchar. Ella me golpea con los puños en el pecho al principio, pero luego se funde en mí, devolviéndome el beso. Por fin consigo controlarme y apartarme. Ella se queda mirándome un largo rato. Se me hace un nudo en la garganta cuando una lágrima se desliza tortuosamente por sus mejillas. Doy un paso atrás, sin saber muy bien qué decir.

Eso parece que la saca de su trance. Ella me mira con unos ojos que parecen tan asustados como yo me siento por dentro, luego se seca la lágrima con el dorso de la mano, respira profundamente y se vuelve hacia el coche. Pero justo cuando llega a él, yo siento un sutil olor a azufre. Me abalanzo sobre Frannie y la empujo dentro del

coche, cerrando la puerta de un golpe a sus espaldas. Cuando me vuelvo, veo a Rhenorian justo delante de mí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vaya! ¿De qué iba todo esto?

Suelto un tembloroso suspiro.

—¡Por todas las cosas malditas, Rhenorian, no te acerques a mí de ese modo tan sigiloso!

—Admítelo, ella es la que te cambió. —La sonrisa ha desaparecido de su rostro y vuelve la mirada hacia Frannie con ojos hambrientos.

Yo le doy una palmada fuerte a la puerta.

—¡Vete, Frannie!

Ella duda un instante.

En un abrir y cerrar de ojos, él me tiene sujeto contra el coche de Frannie.

—¡Haz que haga lo mismo conmigo!

—¡No sé de qué me hablas!

Antes de que pueda reaccionar, me da un puñetazo en plena cara y oigo gritar a Frannie. Luego él sonrío y me pasa el dedo por el hilo de sangre que brota de mi labio partido.

—Esto. Haz que haga esto —dice levantando el dedo manchado de sangre.

—Ella no puede hacerte mortal, Rhenorian.

Él se aparta un poco de mí y se queda mirándome, clavándome el dedo en el pecho. Luego su mirada se vuelve hacia Frannie.

—Quería disculparme por haber sido tan maleducado la última vez que nos vimos. Es un placer volverte a ver. —Pasa por mi lado y le ofrece la mano a Frannie.

Me aparto del coche y le doy un empujón para que se aleje de Frannie.

—¡No, Frannie! ¡Vete!

Pero nunca antes me ha escuchado y no creo que vaya a empezar a hacerlo ahora. En lugar de irse, ella sonrío y sale del coche.

—No pasa nada —dice ofreciéndole la mano.

En cuanto sus manos se encuentran, con un diestro movimiento, ella le retuerce el brazo y lo tira de cara al suelo. El brazo de él está bloqueado y la rodilla de ella en su espalda.

—No puedo hacerte humano —le dice a la nuca.

—Has hecho humano a Lucifer —gruñe contra el asfalto.

—Pero no a propósito.

Él gira la cabeza hacia un lado.

—Está bien. Dile a tu perro guardián que se aparte de mí, Lucifer.

Aunque la situación no es nada divertida, no puedo evitar soltar una carcajada.

—Ella nunca me ha hecho caso. Estás solo en esto.

—¡Hijo de Satán! —Él se retuerce. Sus puños empiezan a brillar y hace una mueca con la intención de conseguir lo que quiere.

Yo vuelvo a soltar otra carcajada.

—Sí, buena suerte. —Me agacho a su lado—. ¿De qué va todo esto?

Él intenta liberarse de Frannie una vez más y luego se desploma, cansado por el esfuerzo, contra el asfalto.

—Deja que me levante.

—No hasta que nos digas qué está pasando.

—Hay una rebelión.

Al principio, no soy capaz de procesar lo que ha dicho.

—Una rebelión —repito.

—Tu proceder... ante la orden suprema. Aquello hizo que algunos de nosotros empezáramos a plantearnos ciertas cosas. Nadie nunca se había rebelado contra él. Era imposible.

Él tiene razón. Hasta el momento en que yo lo hice, jamás hubiera pensado que fuese posible hacerlo. Sus órdenes siempre iban acompañadas de castigo físico. Mi cuerpo se inclinaba ante su voluntad sin cuestionárselo. Era como si nos hubieran programado así el día de nuestra creación.

—Pensamos que es porque tú eres humano. Puede que, al convertirte, se produjera como una especie de cortocircuito en la programación.

—Así que pensáis que si fuerais humanos, aunque solo fuera por un corto espacio de tiempo...

—No tendríamos que obedecerle —dice terminando él la frase.

—Frannie no puede hacerlo, Rhen. No podemos hacer nada para ayudaros.

Aunque de hecho, si se pudiese, me lo plantearía seriamente. Una rebelión en el Infierno...

Frannie me lanza una mirada y yo asiento. Ella suelta su brazo y aparta la rodilla de su espalda.

Pero justo en el momento en el que él se incorpora del suelo, la amenaza con un puño brillante a pocos milímetros de su cara.

—¡Hazlo! ¡Hazme humano!

Ella me mira, pero detrás de esa mirada puedo ver que está calculando ya el modo de volver a derribarlo.

—¡Por todos los pecados de Satán, Rhenorian! ¿Qué demonios pretendes conseguir actuando así?

El pánico aparece en sus ojos cuando vuelve su mirada hacia mí y luego de vuelta a Frannie.

—Las cosas están completamente fuera de control, Lucifer. Tú te has marchado, no sabes nada.

—Sois demonios. No hay nada por debajo de vosotros. ¿Cómo puede ser de malo?

Él vuelve a pasar los ojos de Frannie a mí.

—Malo. Hay descuartizamientos públicos, el pozo del Fuego Eterno está lleno a rebosar. Y él pretende que mi gente apoye su demencia. Ha traído espectros y

nigromantes como refuerzo. —Parece exasperado—. Espectros. Es realmente malo.

Yo hago una mueca ante el recuerdo de mi reciente experiencia con los espectros de Lucifer.

Frannie se aprovecha de su momento de distracción, saca la pierna, veloz como un rayo, y le rompe el brazo izquierdo.

Él grita de dolor y se acerca el brazo al pecho.

—¿Quién demonios eres tú? —gruñe entre dientes, mirando a Frannie con unos brillantes ojos rojos.

Ella le devuelve la mirada intentando resultar más amenazante que Rhenorian.

—Alguien con quien no quieres tener problemas.

Él se vuelve hacia mí con los ojos abiertos.

—Maldita sea, olvídate de lo de convertirme en humano. Solo necesitamos que ella eche a patadas al rey Lucifer de su trono.

Frannie hace una mueca. Es evidente que el recuerdo de su último encuentro con Lucifer todavía la atormenta.

—Tienes todo mi apoyo, pero no creo que haya nada que yo pueda hacer. Quizá Gabriel...

—Estás de broma, ¿no? ¿Estás con Gabriel? ¿Qué será lo siguiente, te brotará un par de alas en la espalda? ¿Vas a convertirte en uno de esos seres alados y con plumas?

—Pensaba que querías ayuda. Pero si vas a poner pegajos sobre la procedencia de la ayuda...

—¿De verdad que él estaría dispuesto a colaborar?

—Que haya disturbios en el Inframundo beneficia a todos.

Miro a Frannie. A ella especialmente.

Él retrocede un poco, todavía cogiéndose el brazo, aunque ya ha empezado a cicatrizar.

—A ver qué puedes hacer. —Y se desvanece, dejándonos a Frannie y a mí solos en el aparcamiento.

La incomodidad entre nosotros reaparece de inmediato. Yo la miro y no puedo evitar que la preocupación sea evidente en mi voz.

—¿Estás bien?

Ella asiente.

—Vamos a hablar con Gabe.

Frannie

Conducimos en silencio hacia la casa de Gabe. En realidad, yo no tengo ni la menor idea de qué puedo decir. La cabeza me hervía cuando me dirigía a casa de Luc con

todo lo que le quería decir. Básicamente quería culparlo por... por todo. Pero también estaba dispuesta a decirle que necesitaba que volviera. Y que lo amaba.

Cuando Gabe me dijo que Luc había regresado, la oleada de emoción que me inundó casi me ahoga. Y, de pronto, todo vino a la vez. Sentía mucha ira. Me había puesto los cuernos, luego me había abandonado, dos veces. Pero también sentía mucha alegría y amor. Lo más grande y lo más difícil de aceptar era la esperanza.

Así que cuando vi que se estaba marchando de nuevo... me volví loca. Y todo lo que le quería decir desapareció de mi mente.

El corazón me late con fuerza en el pecho y el dolor se extiende desde aquí a todo mi cuerpo. Me arriesgo a mirarlo de reajo mientras conduce. Todavía no es demasiado tarde. Todavía podría decírselo todo.

Respiro profundamente y abro la boca, pero entonces vuelvo a cerrarla. ¿Por qué no puedo encontrar las palabras?

Te amo. No es tan difícil. ¿Por qué no puedo decirlo?

Él me ha besado. Eso es que él también me ama, ¿no?

No lo sé. Me vuelvo para mirarlo e intentar leer su mente. Él tiene la mirada fija hacia delante con una expresión fría y dura.

Para cuando llegamos a casa de Gabe, estoy hecha un auténtico lío. Salgo del coche y empiezo a andar sin esperarlo. Gabe abre la puerta y yo subo las escaleras para ponerme a su lado. Él me pasa un brazo por los hombros sin ni siquiera pensarlo.

Luc se detiene en el porche cuando nos ve y cierra los ojos un instante. Pero entonces su rostro se aclara y sigue subiendo las escaleras.

—Gabriel —dice acompañándolo con un gesto de la cabeza. Pasa por nuestro lado rozándonos y entra en el salón, donde se deja caer sobre la silla que hay bajo la ventana. Gabe y yo lo seguimos y nos sentamos juntos en el sofá.

Gabe se inclina hacia mí.

—Bueno, ¿qué pasa?

Luc vuelve los ojos hacia mí y aprieta la mandíbula, luego coge aire profundamente.

—Está pasando algo importante en el Infierno. Rhenorian nos pide ayuda.

—¿Y tú crees que yo debería proporcionársela?

Luc se encoge de hombros.

—No haría ningún mal.

—No estés tan seguro. Tú eras uno de ellos. Sabes que no se puede confiar en ellos.

—Estoy convencido de que era sincero.

—Por ahora seguro que sí. —Gabe examina con la mirada a Luc—. Pero una vez tenga lo que quiere...

—Sigo pensando que deberíamos encontrar una manera de apoyarlo a él y a su grupo. —Los ojos de Luc se fijan en mí—. Una rebelión contra Lucifer solo puede beneficiarnos.

Gabe sacude la cabeza.

—Meditaré sobre ese asunto. Pero, por el momento, tenemos otras cosas de las que ocuparnos. Frannie se marcha mañana.

Yo me aparto de él.

—¿Qué yo qué? ¿De qué demonios estás hablando?

—Tenemos que llevarte a algún lugar seguro. Me equivoqué al pensar que Lucifer dejaría de perseguirte una vez estuvieras marcada para el Cielo. Nunca abandonará.

—¿Y adónde me voy?

—Lo que sabe tu familia es que te marchas a Los Ángeles. De todos modos ibas a marcharte la semana que viene.

Yo me quedo mirándolo sin saber muy bien qué decir.

Él se vuelve hacia Luc.

—Tú también vas.

Luc abre la boca para protestar, pero yo lo corto con un ataque de furia repentina al ver que carezco de control sobre mi vida.

—¿Y qué pasa si yo no quiero ir?

La mirada de Luc se cae al suelo y siento que Gabe me abraza con más fuerza.

—Sé que esto es duro, Frannie. —La compasión en el rostro de Gabe alimenta mi frustración apenas contenida.

Yo doy un salto del sofá.

—Tengo que pensar —digo de camino a la puerta.

Cuando salgo al porche me alejo de allí corriendo. Corro más deprisa al oír unos pasos acompasados a mi espalda. Llego al parque que hay al final de la calle Amistad y acelero el paso mientras cojo un atajo por la zona de juegos del parque, entre los árboles, cuando me tropiezo con la raíz de un árbol y caigo al suelo todo lo larga que soy. Me queman los pulmones y me cuesta respirar. Antes de poder levantarme veo a Luc de pie, a mi lado, con la mano extendida.

No hago caso de su mano.

—No te necesito —le digo levantándome del suelo lleno de suciedad del parque y limpiándome los pantalones.

—Lo sé.

No lo mires, me digo a mí misma. Pero no puedo evitarlo. Y cuando lo hago sus ojos negros parecen no tener fin, como si llegaran directamente a lo más profundo de su ser y sostuvieran su alma. Siento que una lágrima se desliza por entre mis pestañas antes de tener tiempo de recuperar el control sobre mí misma.

—No te quiero.

Él simplemente asiente.

Me vuelvo y me adentro más en el parque. Él camina a mi lado, acompasando su ritmo al mío, con las manos en los bolsillos y los ojos clavados en el suelo. Ninguno de los dos dice nada.

El atardecer se hace más denso en las sombras de los árboles, por lo que no nos

damos cuenta de su presencia hasta que prácticamente tropezamos con ella. Luc me coge del brazo y me pone detrás de él.

Yo me sacudo el brazo y salgo de detrás de él justo a tiempo para verla deslizarse entre los árboles, a unos pasos de nosotros.

—Angelique —susurro.

—Fee —dice ella con una voz hipnótica, y con esa simple palabra hace que sienta un incontenible deseo hacia ella.

Luc retrocede unos pocos pasos, manteniéndome detrás de él.

—Frannie, escucha solo mi voz. No la mires. Solo escúchame a mí.

Él repite lo mismo una y otra vez mientras retrocedemos lentamente hacia la zona de juegos del parque, pero yo no puedo hacerlo. No puedo arrancar mis ojos de ella mientras esta avanza hacia nosotros al mismo ritmo.

Pero cuando saca el cuchillo, todavía manchado con la sangre de Taylor, yo despierto de mi trance. Me suelto el brazo que tiene cogido Luc y me abalanzo sobre ella. Luc intenta interceptarme, pero no es lo suficientemente rápido. Angelique me ofrece el cuchillo.

En ese instante, la deseo más de lo que nunca antes hubiera podido desear a nadie, pero también la quiero ver muerta. La fugaz imagen del cuchillo clavándose en su pecho hace que un estremecimiento de placer me recorra el cuerpo. Me abalanzo a por el cuchillo. Siento una irresistible necesidad de tocarla mientras observo que se le escapa la vida por el corte del cuchillo. Pero justo cuando la alcanzo, caigo al suelo a sus pies.

Gabe me tiene sujeta contra el suelo.

—¡Frannie, para!

Luego aparece Luc con una mirada asesina. Gabe me coge entre sus brazos y empieza a correr. Lo último que puedo ver mientras corremos calle arriba es a Luc arrebatándole el arma a Angelique con una mano y atrapándola por el cuello con la otra.

Cuando mi mente empieza a aclararse, mi corazón comienza a gritar. Los pierdo de vista mientras Gabe sigue corriendo por la calle.

—¡No! —grito y luego escondo mi rostro en el hombro de Gabe—. ¡No, Luc, por favor! —susurro.

Gabe me lleva hasta su casa y me acompaña dentro.

—¡Ahora! —dice mirándome con unos ojos llenos de preocupación y determinación—. Te marchas ahora mismo.

Tengo las manos apoyadas sobre mis temblorosas rodillas y lucho por conseguir que pase el aire entre el nudo que se me ha formado en la garganta.

—¿Ahora? ¿Y qué pasa con Luc? —digo jadeando.

—Él ahora está solo, Frannie. Mi prioridad eres tú.

Me dejo caer al suelo, incapaz de mantenerme en pie.

—¡Oh, Dios mío! —susurro entre mis manos. ¿Por qué he tenido que salir

huyendo? ¿Por qué no le he dicho simplemente que lo amaba?—. Si él la mata...

—Ella se apoderará de su cuerpo —dice Gabe rotundamente, de pie a mi lado.

—¡No! —Empieza en mi pecho una dolorosa necesidad que se extiende por cada célula que vive en mi cuerpo. «¡Vuelve a mí!», grita mi cerebro una y otra vez.

Me levanto del suelo y casi llego a la puerta, pero Gabe me bloquea el paso. Se pone entre la puerta y mi cuerpo y levanta la mano hasta mi hombro. Yo me aparto de él violentamente. Entonces siento que su nieve de verano empieza a calmar mi miedo.

—¡Para! Debo ayudarlo.

Sus ojos se llenan de dolor y compasión cuando dice simplemente:

—No.

A sus espaldas llaman a la puerta, o más bien es como si la aporrearán. Yo doy un salto hacia el pomo y Gabe me aparta, poniendo él una mano sobre la puerta. Al cabo de un instante la abre. Mi corazón casi estalla del alivio que siento al ver a Luc de pie en el porche. Intento abalanzarme contra la puerta de nuevo, pero Gabe me hace retroceder con un brazo mientras examina a Luc con la mirada. Finalmente lo deja pasar. Luc tiene el brazo izquierdo apoyado contra el pecho y cogido con la mano derecha y se puede ver sangre en la parte delantera de su camiseta. Y yo no estoy del todo convencida de que sea toda suya.

Me quedo mirándolo, incapaz de respirar, mientras él entra por la puerta y se deja caer sobre la silla que hay bajo la ventana sin decir nada, pero sin dejar de mirarme a los ojos.

Me acerco a él y me arrodillo. Procuero averiguar de dónde proviene la sangre. Él deja caer los brazos y doy un grito ahogado al ver el sangrante y profundo corte que tiene en la parte interior del antebrazo izquierdo.

Yo presiono el brazo de Luc de nuevo contra su pecho y miro a Gabe, que desaparece en el cuarto de baño y regresa con un paño húmedo y todo lo necesario para hacer un vendaje.

Luc me escudriña con unos ojos vacíos y perdidos mientras le limpio la herida y se la tapo. Gabe vuelve a desaparecer y cuando regresa le da a Luc una camiseta limpia. Ambos se miran y, por un segundo, estoy convencida de haber visto cierta desconfianza en el rostro de Gabe mientras Luc se quitaba la camiseta manchada y se la entregaba.

Observo a Gabe, pero tengo miedo de preguntarles a cualquiera de los dos qué está pasando.

Gabe tira la camiseta de Luc a la basura y se queda de pie en la puerta de la cocina.

—Tenemos que sacarte de aquí. No es seguro. Lucifer no se detendrá.

Me dejo caer sobre el sofá y el sentimiento de amargura se mezcla con el de alivio en mi interior. Porque en las últimas semanas hay una cosa que por fin he visto clara.

—Él ya no me querrá para nada cuando se dé cuenta de que en realidad no tengo

el don de la influencia. No es que eso me importe en absoluto.

La sonrisa de Gabe es triste.

—Ojalá fuera tan fácil convencerlo. Algún día tu influencia será lo suficientemente fuerte para poder hacerlo.

La ira se mezcla con el alivio y yo salto indignada:

—¡No tengo influencia! ¡No puedo cambiar nada!

Él se desliza en el sofá, a mi lado, y se reclina observándome. Luego sus ojos se vuelven hacia Luc.

—Creo que la mayor prueba de tu influencia está sentada ahí delante. Lo has convertido en mortal, dos veces.

Yo miro a Luc, que permanece sentado, quieto como una roca, con las manos en las rodillas y el rostro sin expresión alguna, mirándome.

Yo sacudo la cabeza.

—No sé cómo lo hace, pero no soy yo.

—Frannie...

—¡No puedo cambiar una mierda! —grito llena de frustración—. ¿Acaso no es obvio? ¡Taylor está muerta!

Gabe me mira las manos y habla en voz baja, solo para mí.

—Tú sabes que tienes el don de la influencia, Frannie. Yo lo he sentido.

Y entonces, sobre todas las cosas, aparece la culpa que se arremolina en mi interior al pensar en todas las veces que he utilizado a Gabe. Me levanto hecha una furia del sofá y apoyo la frente contra el frío cristal de la ventana. Siento que Gabe se acerca a mí.

—Cuando tu influencia ha funcionado, sobre Luc y sobre mí, ¿qué ha sido diferente? —Su voz suena suave y tranquilizadora en mi oído.

Me apoyo contra la ventana.

—No soy yo. ¿Por qué no quieres creerme?

Él me coge suavemente para volverme hacia él y sus ojos son profundos y están llenos de compasión.

—¿Qué ha sido diferente? —repite.

Yo sacudo la cabeza, pero él me coge por la barbilla y me levanta la cara. Lo miro a los ojos mientras siento su paz y su amor apoderarse de mí. Levanto la mano y la poso sobre su pecho, como si pudiera sentir los latidos de su corazón. Y, como es lo que quiero, los siento aunque él no tenga corazón.

De pronto, me doy cuenta de todo.

—Ha funcionado cuando he querido algo desde lo más profundo de mi corazón.

Él me acaricia la frente con los dedos y me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Entonces, cuando apartas esto —dice besándome la frente y bajando los dedos hacia mi pecho—, y dejas que esto haga su trabajo, tu influencia es más fuerte.

Yo apoyo mi mejilla contra su pecho para escuchar los latidos del corazón que no tiene.

—Es amor —digo yo finalmente—. Mi influencia es amor. —Algo en lo que yo nunca había creído antes de conocer a Luc y a Gabe.

—Creo que es mucho más que eso... que tú eres mucho más que eso —dice con una voz suave pero que vibra en su pecho.

Yo me aparto.

—¿Qué quieres decir?

—Todavía no estoy seguro pero... No lo sé. Es solo un sentimiento.

—Por favor, no lo digas. Estoy convencida de que no seré capaz de soportar nada más. —Mis ojos se vuelven hacia Luc, que está sentado con la frente apoyada contra su mano sana. Me acerco y me arrodillo de nuevo delante de él, y sujeto su otra mano. Él levanta los ojos y me mira con una expresión atormentada. Yo cojo aire profundamente, me quito la coraza del corazón y, sin añadir ni una sola palabra, dejo que mi corazón le diga todo lo que ha estado deseando decirle.

Entonces parece que la mirada de Luc se fija en mis ojos y sé que él me oye porque, de pronto, sus ojos sin vida se llenan de lágrimas y él aparta la mirada a la vez que la mano.

—¿Luc? ¿Qué pasa?

Él se queda mirando el vendaje de su brazo, rascando el esparadrapo, pero no responde.

Gabe me pone la mano en el hombro.

—Frannie, tenemos que sacarte de aquí.

Mi apesadumbrado corazón hace difícil que pueda levantarme. Intento aclarar mi mente y centrarme en lo que es realmente importante. No estamos seguros aquí.

Gabe me conduce hacia la puerta, guiándome con la mano.

—¿Y si ellos saben que nos vamos a Los Ángeles? —digo.

—No nos vamos a Los Ángeles. —Me coge de la mano, me saca de la casa y me lleva hasta el coche. Me vuelvo para ver a Luc, que nos persigue con sus ojos negros clavados en mí.

—Entonces, ¿adónde nos vamos? —Y me estremezco al darme cuenta de que al referirnos a nosotros me refería a todos nosotros, a Luc también. ¿Y si él no quiere venir? Este se desliza en el asiento trasero del coche, todavía con aspecto atormentado, mientras yo lucho por mantener controladas mis lágrimas.

—Todavía no puedo decírtelo. Nadie puede saberlo. Tu familia... todos tienen que creer de verdad que estás en Los Ángeles.

Suena el grupo Theory of a Deadman, que llena la habitación con su música y ahoga mis pensamientos mientras meto la ropa en mi bolsa de viaje de lona. Saco el iPod de la base de los altavoces y guardo ambas cosas también en la bolsa antes de cerrar la cremallera.

Gabe está apoyado en el quicio de la puerta. Está de todo menos tranquilo.

—¿Preparada?

—Supongo. —Echo un último vistazo a la habitación y luego miro a Luc, que está de pie junto a la ventana, mirando a la calle. No ha dicho ni una palabra desde lo de Angelique. Tengo que saber qué ha pasado, pero no soy capaz de atreverme a preguntárselo. Dudo un instante y, en lugar de eso, le pregunto:

—¿Vienes?

El corazón me late acelerado, pero se detiene un momento cuando él se vuelve y me atrapa en su oscura mirada.

Y me hace esperar su respuesta eternamente.

Ninguna buena acción queda sin castigo

Matt

Esto es el Infierno. Y Frannie y su demonio me han metido aquí.

Ninguna buena acción queda sin castigo.

Una especie de carcajada sin vida se escapa de mi garganta.

Mi único consuelo es que ellos también arderán toda la eternidad en el Infierno. Me aseguraré de ello. Porque de entrada, si ella no hubiera sido una auténtica gilipollas nunca se hubiera enamorado de un demonio.

Un demonio. ¿En qué estaría pensando?

Ella cree que puede esconderse tras el ridículo escudo protector de Gabriel, pero nosotros somos gemelos y ese es un lazo inquebrantable. Estoy completamente convencido de que podré encontrarla. Y ayudará a mi causa el hecho que ella siempre piense que todo es culpa suya. Se sentirá culpable por lo que me ha sucedido... y debería.

Puedo utilizar ese recuerdo, y otros, para hacerle pagar por lo que ha hecho. Porque con la ayuda del rey Lucifer he encontrado mi talento especial. Mi don. Ese que Gabriel nunca mencionó que debería buscar. Lo cual me hace preguntarme si he estado en el lado equivocado todo este tiempo. Sea como sea, ya no hay vuelta atrás. He jurado mi lealtad al rey Lucifer. En realidad, ¿qué otra opción tenía?

Al principio no estaba seguro de que fuera el movimiento adecuado.

Ahora sí que lo estoy.

Los seres celestiales no hacían otra cosa que reprimirme. Pero mi nuevo rey me ha mostrado cosas, modos de utilizar mi poder, que nunca antes hubiera imaginado.

Estoy tumbado en el suelo, con los dedos entrelazados detrás de mi cabeza, mirando el techo de la cueva, la luz que es absorbida por la negra superficie de la roca, como si de destellos inversos se tratara e intentando imaginarme cómo funciona. Siento que mi poder recién descubierto palpita en mi interior como un animal salvaje hambriento a la espera de que lo liberen para ir de caza. Y, de pronto, siento algo más: las manos de Lilith. Acariciándome, recorriendo mi cuerpo. Convirtiéndome en un animal hambriento pero de otras cosas. Vuelvo la cabeza y la expresión en su rostro habla por sí sola. Es insaciable.

Tuvo que dejar a Angélique atrás porque los cuerpos mortales no pueden sobrevivir al tránsito entre esferas. Pero el rey Lucifer tiene lo que él denomina un «recipiente» aquí para ella, un cuerpo. Puede llamarlo para ella siempre que quiera.

Lo creó de acuerdo con sus gustos, con lo que me costó un poco acostumbrarme a las garras y a los cuernos, pero en la mayoría de los aspectos es prácticamente humano. Y tremendamente ardiente, aunque está algo maltrecho. Por lo que parece, a nuestro rey no le gustó nada que regresara con las manos vacías.

Nunca me dirá qué es lo que le ha hecho, pero sostiene que se lo merecía. Todavía se apodera de mí la ira cuando veo sus cardenales. Sigo sin poder evitar querer protegerla. Incluso de él. Lo único bueno de todo esto es que parece que, por el momento, ha terminado con ella. Me ha prometido que Lilith será para mí todo el tiempo que la quiera, que creo que será eternamente.

Yo dibujo el contorno de uno de sus cardenales del muslo con el dedo y arqueo una ceja:

—¿Otra vez? —dice ella encogiéndose de hombros—. Es lo único que hago.

—Pero yo necesito practicar.

Ella vuelve sus brillantes ojos verdes hacia mí.

—Lo siento, pero tú eres lo único parecido a un humano que hay por aquí.

Se sienta y se aparta de mí un poco.

—De acuerdo, pero recuerda nuestro trato. Si yo dejo que tú me hagas daño, tú tienes que hacerme sentir mejor después. —Y una inocente y pequeña sonrisa se dibuja en sus labios en total contradicción con el brillo de sus ávidos ojos.

Esa mirada enciende la lujuria en mi interior.

—No tendrás que obligarme a hacerte sentir mejor —digo mientras un cosquilleo me recorre todo el cuerpo ante la perspectiva de lo que está a punto de suceder.

—Pero eso suena divertido. ¿Qué pasa si quiero obligarte? —Sus labios se tuercen en un mohín y no puedo controlarme. Aprieto mis labios contra los suyos, todavía más excitado al sentir el sabor de su sangre en mi lengua.

Le lamo la sangre del labio inferior, que tiene abierto, y me aparto. Dirijo sus manos hacia las profundas marcas de unas garras en mi cadera.

—Si no supiera que no es cierto pensaría que estás intentando descuartizarme, arrancándome miembro tras miembro.

Su mohín se convierte en una sonrisa.

—Puede que más tarde. —Ella cruza las piernas y se sienta sobre ellas con los brazos metidos debajo, acentuando ciertas curvas y haciendo que la desee todavía más—. Venga, vamos, empieza a practicar.

Me planteo la posibilidad de no hacer caso a la sugerencia de Lilith y saltarme la práctica, pero si tengo que enfrentarme a Frannie en un futuro próximo tengo que estar centrado.

Cierro los ojos y limpio mi mente y, poco a poco, empiezo a escudriñar la mente de Lilith. No puedo leerle la mente, pero puedo captar recuerdos y saborearlos. Elijo uno que me proyecta un sentimiento particularmente oscuro y concentro mi poder en él, como un rayo láser. Y entonces veo que el rostro de Lilith se contrae por el dolor provocado por el recuerdo. Las lágrimas empiezan a brotar de sus ojos y se evaporan

en sus mejillas a causa del intenso calor del Infierno. Agudizo mis sentidos sobre ese recuerdo hasta que ella deja caer la cabeza entre las manos. Primero empieza a sollozar, pero paulatinamente los gemidos de profunda pena se van convirtiendo en gritos de agonía.

Un escalofrío eléctrico me recorre el cuerpo, me arrastro hacia donde está ella todavía gritando, le aparto la mano del rostro y siento que mi excitación aumenta al ver sus aterrorizados ojos.

Porque, seamos sinceros, Lilith se merece una recompensa.

Todo mi ser se estremece cuando mis labios se enganchan a los suyos, sofocando sus gritos. Los gritos se convierten en un gemido salvaje y entonces ella me coge y me tira al suelo.

Entonces libero su mente y ella toma el relevo con mi cuerpo.

Agradecimientos

Cuando echo la vista atrás y observo lo que ha sido este último año, me estremezco al ver lo abrupta que resulta la curva en lo referente a mi proceso de aprendizaje en el mundo editorial. He tenido algunos excelentes (y muy pacientes) guías a lo largo del camino a los que les estaré eternamente agradecida. Entre ellos se encuentran mi maravillosa agente Suzie Townsend, extraordinaria animadora y la trabajadora con más capacidad que he conocido, y Melisa Frain, mi tremendamente calmada editora, que siempre ha estado al pie del cañón en todos los aspectos creativos y nunca tuvo miedo de publicar esta historia. Muchas gracias también a todo el equipo de Tor Teen por su entusiasmo y dedicación a la hora de conseguir que *Demonios personales* y *Pecado original* pudieran ver la luz y llegar a tantas manos.

Una vez más, muchísimas gracias a mi familia, que ha sido mi mejor apoyo y mi mayor aliento. Mi marido Steven ha soportado mi disparatado programa de trabajo y nunca me llamó loca cuando me obsesionaba con mis amigos imaginarios, aunque creo que lo pensó en más de una ocasión. Mis chicas, Michelle y Nicole, siguen inspirándome. Mi hermano Russ ha sido en todo momento mi mano derecha, y mi madre Harriet y mi hermana Sherri me han ayudado a hacer brotar las palabras.

Una de las mejores cosas que podían haberme sucedido ha sido tropezarme con mi fantástica compañera de crítica, Andrea Cremer, en una conferencia para escritores, cuando *Demonios personales* estaba en su momento embrionario. Ella me ha ayudado a explorar posibilidades que nunca hubiera visto por mí misma y a llevarlas a un nivel completamente nuevo. Muchas gracias también a Kody Keplinger y a Courtney Moulton por inspirarme con su trabajo y ser una fuente inacabable de estímulo. Además, también quiero darle las gracias a toda la gente de Elevensies por todo el apoyo que me habéis mostrado y por haberme adoptado y haberme dejado llegar a ser uno de los vuestros.

Y ya que mi musa sigue siendo una aspirante a estrella del *rock*, mi más sincero agradecimiento a Isaac Slade y a The Fray por escribir la inolvidable letra de *How to Save a Life*, que ha dado forma a esta novela desde la perspectiva de Frannie; y a Adam Gontier y a Three Days Grace por su fantástica canción *World so Cold* que, por desgracia para Luc, es la encarnación musical de toda la novela.

Pero sobre todo, gracias a vosotros, mis lectores, por brindarme la oportunidad de poder entreteneros. No tengo palabras para expresar mi más sincero agradecimiento.



LISA DESROCHERS (California, EE. UU., 1950) es una escritora norteamericana, autora de la trilogía de fantasía juvenil *Demonios personales*. Comenzó a escribir para explicar historias a sus hijas, pero no pensaba dedicarse a ello profesionalmente. Su primera novela, *Demonios Personales*, fue publicada en 2010. También ha escrito las series *A Little Too Far* y *On The Run*, enfocadas a un público adulto.

Actualmente vive en California con su marido y sus dos hijas.

Notas

[1] N. de la t.: Tweedledum y Tweedledee (Patachunta y Patachún o Tararí y Tarará en la traducción española) son personajes del libro *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, de Lewis Carroll, y de una canción de cuna inglesa anónima. <<

[2] N. de la t. El aliento del diablo, también conocido como escopolamina o burundanga, es una droga con una capacidad casi inmediata de hacer perder el conocimiento o la voluntad a una persona durante varias horas, tiempo suficiente para sufrir cualquier tipo de agresión. Por eso, los delincuentes, sobre todo violadores y secuestradores, la emplean para adormecer a sus víctimas y tenerlas a su merced. <<